



UNIVERSIDAD DE CHILE
Facultad de Ciencias Sociales
Escuela de Postgrado

Programa de Doctorado en Psicología

LA IMPLICACION DEL ANALISTA: ESTRUCTURA SOCIAL Y SUBJETIVIDAD

Tesis para optar al grado de Doctor en Psicología

Nombre del candidato : JUAN ANTONIO FLORES RIQUELME

Nombre del profesor guía : DR. RAFAEL PARADA

SANTIAGO 2009

AGRADECIMIENTOS

Al profesor Rafael Parada , por su apertura y libertad para conducir y dirigir este trabajo.

A Horacio Foladori ,por su acompañamiento en la construcción y desarrollo de esta tesis.

A Carlos Descouvieres, y a través de él al departamento de Psicología de la Universidad de Chile, por su acogida, apoyo y confianza , que hicieron posible trabajar y pensar sin censura.

DEDICATORIA

A Sandra , por su sostenimiento permanente y por sus aportes que hicieron posible esta tesis.....

INDICE

1.- PREFACIO.....	1
2.- INTRODUCCIÓN.....	4
3.- ESTRUCTURA SOCIAL Y SUBJETIVIDAD.....	14
<u>3.1.- LO SOCIAL COMO CONSTRUCCIÓN INCONSCIENTE DEL PSICOANÁLISIS.....</u>	<u>14</u>
3.1.1.- Estructura social e impacto en el sujeto	
3.1.2.- El sujeto: cuerpo, mente, sociedad	
3.1.3.- La subjetividad construida socialmente	
3.1.4.- El psicoanálisis un producto social	
<u>3.2.- SABER Y PODER : LAS RELACIONES CON EL PSICOANÁLISIS.....</u>	<u>31</u>
3.2.1.- El psicoanálisis y el poder	
3.2.2.- Saber, poder, objetividad	
3.2.3.- Libertad y poder	
3.2.4.- Ciencia, política y psicoanálisis	
3.2.5.- Freud y la política	
<u>3.3.- EL PSICOANÁLISIS : EL IMPACTO DE LA REALIDAD SOCIAL.....</u>	<u>52</u>
3.3.1.- El investigador, el analista	
3.3.2.- La ideología: ¿dependencia o liberación?	
3.3.3.- Psicoanálisis e ideología	
3.3.4.- El psicoanálisis, la política y lo social	
3.3.5.- De los "deberes sociales y políticos" del psicoanálisis	
3.3.6.- Marx y Freud	
3.3.7.- Aprender la realidad	
3.3.8.- El dinero como epifenómeno del conflicto social	
4.- LA IMPLICACIÓN DEL ANALISTA : DE LA TEORÍA Y LA PRAXIS CLÍNICA.....	80
<u>4.1.- EJES ESTRUCTURANTES DE LA IMPLICACIÓN.....</u>	<u>80</u>
4.1.1.- Sobre el dispositivo	
4.1.2.- La situación analítica y sus implicancias,	

- 4.1.3.- El encuadre: ¿marco acotado o regla opresora?
- 4.1.4 .- La neutralidad: de operación técnica a convención
- 4.1.5.- Neutralidad y apoliticismo
- 4.1.6 .- Neutralidad y relación transferencial: un arma de dos filos
- 4.1.7.- Contratransferencia e implicación
- 4.1.8.- Transferencia y contratransferencia : una dialéctica del vínculo social

4.2.- EL PSICOANALISTA IMPLICADO.....123

- 4.2.1. - La implicación y sus caminos
- 4.2.2 .- La implicación permanente
- 4.2.3.- Compromiso subjetivo y riesgo social
- 4.2.4.- Psicoanalismo y banalización

4.3 .- INSTITUCIÓN Y PSICOANÁLISIS : UNA RELACIÓN DE IMPLICACIÓN..... 141

- 4.3.1.- La relación entre institución y psicoanálisis
- 4.3.2 .-Institución psicoanalítica y conflicto social
- 4.3.3.- Institución y sociedad
- 4.3.4.- La institución implicada

4.4.- EL PROCESO DE CURA Y SU DIMENSIÓN SOCIAL.....164

- 4.4.1.- La cura y sus distintas versiones
- 4.4.2.- Síntoma y enfermedad
- 4.4.3.- De la adaptación
- 4.4.4.- Manipulación y adoctrinamiento: los riesgos de la praxis clínica

5.- CONCLUSIONES Y DESAFÍOS.....178

- 5.1.- Procesos y dificultades
- 5.2.- Síntoma personal , conflicto social
- 5.3.- Las configuraciones de la implicación
- 5.4.- Analizar una tarea imposible : las consecuencias del analista implicado
- 5.5.- Utopías y desafíos
- 5.6.- Analizar al Psicoanálisis

6.- BIBLIOGRAFÍA.....204

1.- PREFACIO

El término *implicación* abarca genéricamente una serie de sentidos que aluden a determinado tipo de vinculación entre cosas, acciones o proposiciones. La acepción más habitual se aplica a designar lo que está contenido o envuelto en una situación sin que esa pertenencia esté formalmente expresada. Se la suele usar — por ejemplo — para aludir al papel desempeñado por alguien en un delito. También se emplea — en particular en lógica — en el sentido de contradicción. En lingüística, por su lado, el vocablo se emplea ya sea para denominar a la pareja formada por un determinante y un determinado, o bien para nombrar la relación que hace que si entre dos proposiciones una es cierta, la otra también lo sea.

Salta a la vista el interés del concepto cuando se trata de estudiar — de analizar — lo inconsciente. En particular cuando se trata de designar todo aquello que en el sujeto se encuentra anudado a ciertas condiciones materiales de existencia que determinan su vida y construyen su subjetividad sin que tenga consciencia de ello. De cualquier manera, el uso corriente ha ampliado el sentido para designar — además de las relaciones necesarias pero no explícitamente formuladas — también al compromiso activo, consciente y voluntario con una tarea o una causa. Así, "implicado" resulta ser aquel que participa, ya sea de manera abierta o solapada, en una cosa. La implicación puede entonces ser consciente o inconsciente, voluntaria o involuntaria.

En este sentido, en toda relación hay implicaciones, no sólo en uno, sino en varios niveles, directas e indirectas, visibles, ocultas y hasta secretas. En el campo psicoanalítico esto abarca desde las relaciones del analista con su medio histórico y social, con las instituciones de las que participa, con su práctica profesional concreta, con la teoría a la que adhiere, hasta las propias implicaciones de esas instituciones, teorías y prácticas con la sociedad que las produjo y dentro de la cual se desenvuelven, a las que hay que agregar también las relaciones que se establecen entre todos estos campos y el analizando mismo.

Toda esta red de relaciones está enmarcada por la común pertenencia a una sociedad particular, históricamente determinada, marco general que condiciona tanto lo que se puede hacer como lo que es posible desear y pensar. Como postulaba Foucault M. (2000), cada sujeto es una concreción política e histórica, y no una sustancia libre y atemporal: nadie se percibe a sí mismo sino según los criterios formados por la historia. Las formas materiales de su existencia tanto como los sentidos, ideas y valores que se le asocian, son forjados por la historia con los materiales que la sociedad pone en cada momento a su disposición. De tal modo que, las variadas y complejas relaciones instaladas a lo largo de la historia en el tejido social — contradicciones y alianzas, afinidades y oposiciones, luchas, dependencias, determinaciones, implicaciones, conflictos, influencias y filiaciones — que se expresan a nivel de la sociedad, de la cultura, en el campo de la práctica social, profesional o científica, y que culminan en el individuo mismo hasta alojarse en su inconsciente, forman una trama extremadamente densa y enmarañada, cuyo estudio exigirá una serie compleja de estudios posteriores

Tanto psicoanalista como paciente están implicados — de maneras no siempre iguales — en el mundo en el que viven y comparten la situación analítica, en la cual ocupan lugares distintos. En la tupida trama de relaciones de la que cada uno de ellos participa circulan así los intereses, conflictos y fuerzas enfrentadas en la realidad "extraanalítica". Desentrañar la madeja — tejida con hilos múltiples que componen tantos diseños como la fantasía humana y la realidad social en su conjunto puedan componer e imaginar — no es sencillo. Incluso puede ser imposible, al menos acabadamente. Muchos de los hilos circulan a nivel de la consciencia, y con ellos se tejen diferentes aproximaciones interpretativas para dar cuenta de disímiles aspectos puntuales de esa realidad. Otros quedan ocultos, reprimidos, disfrazados y confeccionan máscaras para ocultar lo que no se puede mostrar (tanto respecto de la sociedad como del sujeto).

Como Freud ha evidenciado, estos hilos ocultos siempre están presentes, forman parte del dibujo, aunque estén disimulados al punto de no ser visibles. En ese sentido, en toda práctica social, así como en toda elaboración teórica, intelectual o cultural, una parte de la trama está oculta, disimulada, reprimida. Justamente de algunos de estos hilos secretos

y reprimidos nos ocupamos al asomarnos al inconsciente a través del psicoanálisis. Y al hacerlo debemos así lidiar con problemáticas muy variadas

El "otro" al que alude Freud en la *Psicología de las masas y análisis del Yo* (Freud S., 1921) es — en tanto comprendido como un yo social — portador y representante de la sociedad, nos enfrenta con ella "*como modelo, como objeto, como auxiliar y como enemigo*". En la situación analítica, a pesar de los esfuerzos por centrar el trabajo sobre los aspectos intrapsíquicos que nos revela el análisis de la transferencia — y la contratransferencia — estos aspectos están siempre presentes — provienen tanto del analista como del analizando — y pesan — a veces de forma determinante — sobre el trabajo de análisis.

De tal modo, el psicoanalista, al estar implicado en él, se ve confrontado con el contexto social y político, tal como éste está incluido en el aparato teórico del que se vale, y también en su propio cuerpo, en su propia práctica y en el cuerpo del paciente. Cuando esto no es tenido lo suficientemente en cuenta, se expone la tarea analítica a escollos que pueden llegar a desviar su rumbo o incluso a hacer zozobrar el análisis, poniendo en riesgo sus propósitos y ahogando sus resultados.

2.- INTRODUCCIÓN

La teoría psicoanalítica desde sus inicios ha considerado que la división entre lo individual y lo social es algo imposible de sostener conceptualmente, y que por lo tanto toda constitución del sujeto implica necesariamente al otro, ya que como planteaba Freud, *“en la vida anímica del individuo, el otro cuenta con total regularidad como modelo, como objeto, como auxiliar y como enemigo, y por eso desde el comienzo mismo la psicología individual es simultáneamente psicología social”*.(Freud S., 1921, p.67).

A pesar de esta clara cita freudiana, el hecho de que la práctica clínica de los psicoanalistas se haya ido estableciendo ligada casi exclusivamente a la consulta privada, ha ido configurando un campo de información, de recolección de datos y de desarrollo de la teoría que se estructura sesgadamente, teniendo como consecuencia, entre otros sesgos, la creación de un ámbito de trabajo que tiende a obturar el aporte de otros registros disciplinares, los cuales podrían enriquecer y poner en cuestión muchos de los desarrollos teórico-técnicos psicoanalíticos.

Tradicionalmente, los psicoanalistas solo hemos operado con los determinantes intrapsíquicos de la relación terapéutica, ya sea en relación a las problemáticas vinculadas a los aspectos transferenciales o contratransferenciales (Thomä H., 1993), o, más recientemente, en los llamados componentes intersubjetivos, es decir, cómo los propios aspectos personales del analista están actuando en la relación con el paciente, y en el curso del análisis. (Stolorow R., 2002)

A pesar de estas constataciones, no se ha advertido o profundizado en aquello que constituye lo central del trabajo analítico, creando incluso las condiciones de su posibilidad: la escucha analítica.

Esta escucha está atravesada por las instituciones que han constituido al psicoanalista, tales como el modelo de familia, las instituciones religiosas, las costumbres, los hábitos, la clase social, clubes y asociaciones a las que el analista pertenece, y evidentemente la institución en la cual el analista se formó y de la cual es miembro. Dicho de otro modo: el aparato de escucha no es neutro, sino que opera con múltiples filtros que son las instituciones que lo han constituido. Desde esta perspectiva es posible postular que las instituciones, en tanto son parte de la infraestructura (división social y división técnica del trabajo), configuran un escenario que dispone a la escena analítica como un campo de despliegue de la conflictiva social.

Poder pensar acerca de la relación entre la realidad psíquica y la realidad social nos vincula necesariamente a las consecuencias que resultan de la inserción social del analista y cómo éstas impactan en las relaciones que establece con su paciente, y por lo tanto la manera en que esto afecta el curso del análisis.

Nuevamente, por “inserción social del analista” no sólo podemos entender la evidente influencia que el entorno cultural ejerce sobre el analista, sino cómo éste está entramado en su práctica al interior de una estructura social que le asigna el lugar desde donde escucha.

Podemos entonces plantear, la relación vinculante entre el inconsciente que observamos con aquello que lo instituye, es decir, la existencia de condiciones productoras de un cierto material, a partir de las instalaciones del *setting* y del papel del analista; y como éstas se convierten en la escenificación imbricada del conflicto social que está establecido en la sociedad, en el cual ni analista ni paciente ocupan lugares neutrales

Si asumimos que toda práctica social se inserta en una determinada correlación de fuerzas, el psicoanalista ocupará un lugar social desde donde habla (Schnaider M., 1987). Sin embargo la mirada tradicional —mirada ideologizante— inadvierte esta situación, suponiendo una apoliticidad y neutralidad beatíficas, más allá del bien y el mal, reduciendo lo político a un conjunto de materiales alumbrados por la fantasía inconsciente o reduciéndolo a una pura subjetividad, a una externalidad extraña al análisis, provocando las

más de las veces más bien una neutralización del analizando, producto de la carga ideológica subrepticia creada a partir de determinadas praxis analíticas.

Es esta “neutralización” del analizando lo que hace que el problema político que opera subyacentemente en la escena analítica quede oculto, lo que frecuentemente se expresa en una lógica de moderación y control que tiene como consecuencia el distanciamiento progresivo y paulatino de todo compromiso político y la irrupción soterrada pero permanente de la resignación y el conformismo.

Estas dinámicas operantes, tienen su fuente en una perspectiva que opera desde una tradición teórica en la cual el psicoanalista es visto “habitando” un lugar extraterritorial, ocupado sólo de la historia individual, o intentando relevar condiciones universales de estructuración, descuidando el vínculo y los impactos constituyentes de la historia social y política.

Desde un marco conceptual que incorpora la conceptualización acerca de la implicación del analista, es posible desarrollar la idea de cómo el dispositivo analítico no es un conjunto de técnicas neutras que permiten escuchar, sino que en su desarrollo y construcción participa de un mismo campo histórico social que otras prácticas, y que por lo tanto puede producir efectos similares

Asimismo esta investigación trabajará en torno a poder apreciar cómo, en la aparente pretensión de dar cuenta de un "discurso específico" del psicoanálisis, éste inadvierte e ignora la influencia ejercida a partir de la misma estructura social-política-económica, la cual configura dinámicas y desarrollos al interior del dispositivo analítico, posibilitando la comprensión de las vinculaciones existentes entre teoría y técnica psicoanalítica y la estructura social, y sus implicaciones para el analista. Esto requiere detectar las determinaciones sociales y políticas que afectan el armamento teórico-técnico del psicoanálisis, y entender al analista implicado en la misma producción que genera, y como esto alcanza a la misma escucha desde la cual trabaja.

Los psicoanalistas han desarrollado a partir de Freud una serie de concepciones teóricas y técnicas que intentan dar cuenta de lo que genéricamente pudiéramos llamar “la

investigación del inconsciente”. Este esfuerzo de conocimiento se establece como observable a partir de una conceptualización teórica y técnica que adquiere su concreción en lo que Bleger denomina “situación analítica”, la que intenta dar cuenta de la “totalidad de los fenómenos incluidos en la relación terapéutica” (Bleger J., 1997).

Todo el proceso de hacer psicoanálisis se funda en ciertas concepciones básicas, estructurantes de la situación analítica, las cuales son abordadas muchas veces sólo como un conjunto de reglas cuya alternativa es ser cumplidas o desobedecidas; reglas, que ya sea por el acatamiento o el desvío, generan una cierta realidad que se entiende necesaria para observar el despliegue del inconsciente.

La creación de la situación analítica y el papel del encuadre constituyen para muchos analistas las condiciones de posibilidad de hacer análisis, aún a pesar de las condiciones de artificio que esa realidad supone, en tanto en ella se intenta suspender la existencia de la realidad externa, bajo una supuesta abstracción de las relaciones de fuerza que estructuran materialmente la vida social con la que inexorablemente todo paciente llega al consultorio.

Es necesario consignar que toda investigación supone un dispositivo desarrollado para poder observar un fenómeno. Tal como propone Foucault, los dispositivos son generados para “hacer ver” y “hacer hablar” (Foucault, M., 1996).

Es a través de su puesta en escena donde se irán constituyendo los campos de lo visible y lo invisible, lo que es posible de objetivizar y aquello que fractura el sentido. En estos términos, todo dispositivo se sustenta en una base epistemológica y encarna una teoría, lo cual hace posible desarrollar un campo de análisis, la creación de un “adentro” y un “afuera”.

Podemos afirmar entonces que todo dispositivo es histórico, coyuntural, creado ad-hoc y dando cuenta de un lugar epistemológico, teórico, metodológico y técnico. Por de pronto el dispositivo psicoanalítico y la noción de encuadre expresan también estos componentes. Es justamente su historicidad la que es ignorada, y las formas en que este dispositivo expresa una situación social y política.

El intento de establecer una relación entre estructura social, la constitución de la subjetividad y la manera en que el psicoanalista está implicado en su actividad, requiere plantearse desde una posición que no desmienta las características individuales y la singularidad que afirma un sujeto, las que no se agotan en las puras determinaciones sociales (Freud S., 1930).

Esto hace necesario identificar esas configuraciones para no asumir una comprensión ingenua y naturalizante de lo humano. Supone para el analista, entender su lugar y el del análisis desplegándose en una relación dialéctica entre lo social y lo individual. Más aún, en la medida en que estos registros se presentan como separados, nos movemos en un ámbito de autarquía conceptual y de imposibilidad de entender los nudos vinculantes y habilitantes de lo social y lo psíquico.

Es por ello que afirmamos la importancia de la incorporación de una escucha psicoanalítica que comprenda a la actividad clínica inserta en los registros de lo psíquico y lo social, lo cual supone que no es posible pensar una práctica y una teoría psicoanalítica aséptica y a salvaguarda de lo ideológico. Tal como señala Baranger al afirmar cómo, de modo inadvertido, se producen modificaciones ideológicas en el analizando en el curso del análisis: La reestructuración de la personalidad del analizando corre pareja con una reestructuración de sus sistemas ideológicos (Baranger W., 1993).

El encuadre, para algunos analistas, se constituye en la condición de posibilidad de analizar, lo cual frecuentemente significa entender el *setting* sólo como un conjunto de reglas. Aquello propugnado por Freud como lo característico del método se vuelve dogma, dejando sometido al análisis solo a una técnica y al analista como un operador, supuestamente objetivo. (Freud S., 1912).

Es posible postular entonces que hay una relación directa entre lo que sucede al interior del dispositivo analítico, la ubicación social del analista y lo que sucede afuera, en el ámbito de los órdenes sociales, tal como señala Castel al referir la situación analítica como una entidad que tiene efectos sociales específicos que nunca son socialmente neutros (Castel R., 1980). Estos elementos ponen en cuestión cualquier visión psicoanalítica que, heredada de la ciencia clásica, obre con la ilusión de que el observador podía ser eliminado.

El sujeto era, o bien perturbación, o bien espejo: simple reflejo del universo objetivo. Ya Heisenberg al postular las relaciones de incertidumbre nos permitió incorporar la idea de que, llegado a un punto, el observador se convierte en una intervención perturbadora, por de pronto en la física, pero mucho más en el proceso analítico (Hornstein L., 2003).

Existe acuerdo general en las distintas vertientes teóricas psicoanalíticas, tanto en la descripción como en el papel que cumplen los así llamados aspectos contratransferenciales, o bien resistenciales del analista, presentes y actuando en el proceso analítico. Esto muestra claramente que el analista es un integrante activo del campo dinámico de la relación terapéutica, actuando desde un campo subjetivo (Renik O., 1996).

Sin embargo, así como se ha escrito e investigado profusamente sobre estas dinámicas, es escaso y resistido el abordamiento de la inserción social, política, económica y cultural del analista y del propio psicoanálisis. Esta interrogación acerca de la práctica analítica da cuenta acerca de cómo ella debe ser entendida como una formación social-histórica más, y que por lo tanto, está sujeta a las propias determinaciones de su desarrollo e inclusión en el conflicto social (Volnovich J.C., 1999), expresando una discrepancia radical con cualquier intento de situar al psicoanálisis y a la práctica clínica en un registro en el cual no cabrían las determinaciones de todo discurso.

Este adiós al psicoanalista "objetivo", concebido como un receptáculo que sólo recibe las identificaciones proyectivas sin añadirles los elementos propios de su realidad psíquica, ha puesto en cuestión el concepto de neutralidad psicoanalítica, en tanto el psicoanalista no es sólo un soporte de proyecciones y de afectos movilizados por la regresión del paciente.

La contratransferencia revelará al psicoanalista no sólo su "saber" sino también su capital libidinal y relacional que remite a su propia historia. Pretender que exista un psicoanalista robotizado, ahistórico, que sólo ejerza una función mecanizada que termina desvitalizando el proceso de la experiencia psicoanalítica o conduce a un escepticismo, que termina generando un ideal desmesurado cuya realización práctica va a promover obstáculos insalvables. Por lo demás, esta exigencia se torna en idealización, que finalmente siempre se cobra (Hornstein L., 2003).

En general existe acuerdo en que esta implicación subjetiva del analista actúa en el trasfondo de la relación terapéutica. Sin embargo, lo que permanece olvidado son las implicaciones sociales y políticas que el psicoanalista sostiene en su práctica y que de modo inevitable se expresan en el trabajo clínico permeando la teoría, especialmente, cuando ella arranca desde la facticidad que se despliega en la sesión y la escucha del paciente. La alienación no puede ser nunca planteado cómo un fenómeno singular. Requiere siempre del entramado de una configuración vincular que se juegue en el espacio social...y los analistas no están exentos de ella. (Waisbrot D., 2002).

Es justamente el concepto de *implicación* lo que ha generado un mayor desarrollo sobre el tema, encontrándonos con diversos tipos de atravesamientos: desde los histórico-personales del investigador, en los que hay que analizar los imaginarios sociales constitutivos (origen, clase social, género, edad, raza, tradición familiar y cultural, religión, nivel económico, migraciones, transculturación, movilidad social, contradicciones ideológico-práxicas, deformaciones etnocéntricas, escotomas, autoimagen narcisista, etcétera), y los núcleos conflictivos emergentes de esos niveles, como también los puntos ciegos concomitantes; además de los concernientes — entre otros — a los niveles de pertenencia grupal e institucional, al saber constituido y legitimado (con mayor o menor sometimiento o autonomía frente a los mismos), a sus marcos éticos, ideológicos, políticos, a sus propios propósitos y ambiciones como investigador, a las dimensiones del poder o la circulación de poderes en el sentido foucaultiano y las ineludibles resistencias al mismo, a los deseos manifiestos o latentes de ingresar a la "institución del prestigio", etcétera, etcétera, todo ello leído desde el propio investigador.

Se impone además hacer otra lectura diferente: desde los efectos grupales, institucionales, científicos, sociales, políticos, culturales, etcétera, generados por la investigación en cuestión. Todos estos niveles, heterogéneos, complejos e interrelacionados, nunca pueden ser autoanalizados cabalmente por el propio investigador, en principio por el monto de resistencias que suscitan, pero también por la imposibilidad de abarcarlos en su variada complejidad.

Desde el campo psicoanalítico estos tópicos son profundamente relevantes, especialmente porque el analista actúa en solitario con su paciente. Será sólo la posibilidad de poner en juego su clínica con sus pares y/o en la institución a la que pertenece, lo que podrá hacer posible la apertura y escucha crítica (Manero B., R., 1992). Sin embargo, esto no basta; la misma institución psicoanalítica, por sus mismas redes operantes, actúa como eje de reproducción, generando en muchos casos, justamente por ignorar las redes de implicación en las cuales se sustenta, especialmente aquellas que dicen relación con lo social y lo político, sólo reconfirmaciones de lo ya sabido.

Recurrentemente se mencionan las dificultades metodológicas para poder investigar, especialmente cuando las temáticas se relacionan con campos que se plantean diferencialmente de la hegemonía de las así llamadas “ciencias duras”. Por ello es pertinente poder desplegar las características del “campo” en el cual se sitúa el área a investigar, entendiendo que en la lucha científica...«lo real», «esa realidad objetiva» a la que todo el mundo se refiere ya sea de manera explícita o tácita nunca es, en definitiva, más que lo que los investigadores participantes en el campo en un momento dado concuerdan en considerar como tal. (Bourdieu P., 2000). Así entonces, al psicoanálisis lo podemos entender también como un “campo” en el cual, tomando a Feyerabend, todo proyecto, teoría o procedimiento ha de ser juzgado por sus propios méritos y de acuerdo a criterios que se adecuen al proceso en cuestión (Feyerabend P., 1982).

Al psicoanálisis se le ha ubicado muchas veces en la definición de “ciencias humanas”, aunque claramente él se funda y origina a partir de las llamadas “ciencias naturales”. Es Freud justamente quien da una seria lucha en un primer momento por legitimarse en el terreno de “la racionalidad” de las “ciencias físicas”.

Esta característica: intentar aproximarse desde una inteligibilidad rigurosa hacia la psique (el inconsciente como objeto de investigación) y vincularse con las ciencias de la cultura, atravesará toda la producción freudiana (Assoun P-L., 2003). Las ciencias humanas, distintas por su objeto de las ciencias físicas, propician un método específico, basado en la singularidad de un objeto propio. Este debate ya está presente en la aparente antinomia entre la “explicación” de las ciencias naturales y el llamado “método

compreensivo” de las ciencias sociales. Esta discusión tiene como base el debate acerca de la singularidad distintiva de lo humano, y la dificultad de aplicar las leyes del determinismo científico a un sujeto dotado de libertad. Es justamente el psicoanálisis el que rescata radicalmente esta “singularidad” de lo humano, pretendiendo a partir de este campo previo establecer relaciones e incluso teorías explicativas, siempre abiertas a su modificación a partir de los nuevos datos de la clínica. La escena analítica es un lugar privilegiado de despliegue de la relación terapéutica, siendo entonces un lugar que debe ser profusamente investigado desde distintos campos, especialmente porque las ciencias no poseen una estructura común, no hay por lo tanto elementos que se den en toda investigación científica y que no aparezcan en otros dominios (Feyerabend P., 1996).

Así entonces, esta tesis intentará guiarse por estos “canales” del conocimiento, pretendiendo abordar, desde la literatura psicoanalítica y aquella que desde otros registros disciplinares, dé cuenta de lo que es constitutivo de la relación terapéutica: cómo el psicoanalista está implicado en la escena en tanto sujeto constituido desde las distintas instancias materiales que explican su lugar y su escucha.

Se investigará cómo esta “constitución de lugar” afecta no sólo a la teoría y la praxis clínica, sino además cómo parte de sus puntos ciegos y la imposibilidad de revisar críticamente la propia producción psicoanalítica provienen del entramado institucional en el cual descansan las inevitables relaciones de poder, y cómo el analista está también inadvertidamente afectado.

Los resultados de la tesis pretenden mostrar como producto un aporte a la praxis psicoanalítica, estableciendo los marcos dentro de los cuales se debate la actividad del psicoanalista a través de detectar las configuraciones de su implicación. Este aporte refiere a pensar cómo esto implica no sólo al analista sino además a la misma teoría, la cual conlleva en su producción a la institución misma. Es posible afirmar entonces que los desarrollos de la teoría psicoanalítica no están sólo alimentados desde un lugar “puramente científico”, con datos que surgen sólo desde la información clínica, o traducidos desde los referentes teóricos particulares, sino que ella contiene en sí misma y en su propio despliegue técnico los componentes reproductores del propio sistema social dominante.

Detectar estas determinaciones y su relación con los componentes teórico-técnicos nos permite entender al analista implicado en la misma producción que genera, y en la misma escucha desde la cual trabaja.

Es justamente, el ejercicio de una actividad clínica que no considere estos registros lo que provoca el peligro de ignorar el profundo y permanente cuestionamiento en relación a cómo el sufrimiento individual e íntimo de un paciente está entramado en una estructura social y vinculado con ciertas determinaciones materiales al interior de las cuales se dan las condiciones de posibilidad de despliegue de la subjetividad. Esto supone entender a la subjetividad constituida a partir de esta misma inserción social, en permanente relación dialéctica con la historia individual y su contextualización social (Caruso I., 1966).

3.- ESTRUCTURA SOCIAL Y SUBJETIVIDAD

3.1.- LO SOCIAL COMO CONSTRUCCIÓN INCONSCIENTE DEL PSICOANÁLISIS

3.1.1.-- Estructura social e impacto en el sujeto

El hecho de ejercer un trabajo clínico, somete a un profundo y permanente cuestionamiento de cómo el sufrimiento individual e íntimo de un paciente está entramado en una estructura social y vinculada con ciertas determinaciones materiales, al interior de las cuales se dan las condiciones de posibilidad de despliegue de la subjetividad. Esto supone entender a la subjetividad constituida a partir de esta misma inserción social, en permanente relación dialéctica con la historia individual y su contextualización cultural.

Sin desmentir las características individuales y la singularidad que afirma un sujeto, las que no se agotan en las puras determinaciones sociales; es vital conocer estas configuraciones, para no acoger una comprensión ingenua y naturalizante de lo humano. Recordando a Castoriadis, que plantea que no se puede reducir el mundo de las representaciones sociales a las individuales, ya que las sociales a diferencia de las individuales, son las que brindan a los integrantes de una sociedad el carácter de individuos sociales, a partir de lo cual se ejecutan conductas y representaciones adaptativas o diferentes a las dominantes (Castoriadis C., 1998). Por lo tanto pretender hacer una comprensión del funcionamiento social a partir de la psicopatología individual es evidentemente una ingenuidad, o bien una sobreideologización de los conceptos freudianos, ya que los imaginarios sociales no adquieren su existencia a partir de la caracterización de las relaciones con los objetos, sino que más bien, estos últimos tienen una significación a partir de la inserción en una comprensión histórico social.

Determinados modos de producción y cierto desarrollo de las fuerzas productivas van a provocar el desarrollo de un cierto tipo de sujetos que tendrán como tarea integrarse a esa estructura social, para sostenerla, creando espacios en los cuales los sujetos se inscriben, reproduciendo su mantención

Althusser menciona que la ideología interpela a los individuos como sujetos y que esta interpelación es constituyente del sujeto. Desde esta perspectiva el sujeto no llega a serlo sólo por experiencias específicas históricas, ni por un desarrollo autónomo o por instancias neurológicas, sino que está conformado como tal a partir de requerimientos emitidos por la estructura social y ejecutados por las instituciones del poder.(Althusser L. et al.,1970)

Inexorablemente todo sistema social engendra una serie de impactos psicosociales, inherentes a su constitución, mantenimiento y desarrollo. Esto que es una mera constatación de una situación, va a tomar distintos derroteros, según las características del sistema en cuestión. Sin embargo, es necesario hacer una precisión: Aquello que va a ser signado como “impacto” va a estar en directa relación con la mirada que atraviesa al investigador o al teorizante. Otro hecho fatal: No hay neutralidad u objetividad científica que pueda dejar fuera en forma total la propia visión atravesada por constituyentes teóricos, subjetividades e incluso posiciones ideológicas. Este maridaje es el que muchas veces se nos presenta como el reverso ignorado de aquello que es constituyente del inconsciente psicoanalítico. Castel plantea que es muy importante distinguir entre lo ignorado propiamente dicho, lo cual no aparece jamás en el discurso psicoanalítico (posición de clase del analista y las relaciones objetivas de poder que estructuran la situación analítica) y lo a medias reconocido a medias interpretado, disfrazado y completamente trasladado de un contexto a otro por la lógica psicoanalítica (por ejemplo, el papel del dinero como mediador del investimento, el de la neutralidad como exigencia técnica en la transferencia, o dicho de manera más prosaica, el poder que el contrato le da al analista de estructurar el empleo del tiempo, decidir de modo pseudodemocrático las fechas de interrupción, el aumento de la tarifa, etc.) (Castel R., 1980).

Para abordar esta aproximación, es vital acercarse al psicoanálisis de un modo que no le otorgue ninguna condición de extraterritorialidad, lo cual requiere estudiarlo como cualquier otro campo disciplinar.

Aproximarse desde esta perspectiva, supone considerar las distinciones teóricas pertinentes, y entender que no es posible proyectar el orden de lo inconsciente sobre las condiciones histórico sociales, las cuales operan con rangos de autonomía propia. Y que así como podemos reconocer los efectos del inconsciente sobre la vida cotidiana, es fundamental aceptar cómo este inconsciente está inserto al interior de condiciones sociales e históricas muy precisas.

La subjetividad va a ser la resultante de un efecto, como una expresión de una producción al interior de una práctica social concreta. Es una “sujetación” resultante de las condiciones en las cuales un individuo desarrolla su existencia. En tanto los cuerpos biológicos naturales no pueden producir subjetividad, ésta resulta del proceso social en los cuales los individuos están insertos.

Un papel relevante en las condiciones de reproducción de las relaciones sociales, la tiene la ideología, la que juega un rol articulador y vinculante de las visiones dominantes en un contexto determinado. Ella es la condición de realización de todas las prácticas que en su conjunto constituyen la práctica social y están supeditadas a esta. (Braunstein N., 1998).

Braunstein plantea que, si bien es cierto, que las prácticas sociales son el resultado de coyunturas ideológicas y son ejecutadas por hombres, lo innegable es que estos mismos sujetos son a su vez el efecto de esas prácticas. En esta “práctica ideologizada”, el lenguaje tiene una función determinante en la producción de sentidos, de interpelación y constitución de sujetos; lenguaje que surge (y produce) a su vez en una dialéctica permanente, los mismos sujetos que a su vez son el elemento fundamental en la trama reproductiva de la sociedad y el pensamiento. (Braunstein N., 1998).

El papel de lo ideológico no se resigna a una pura inmaterialidad conceptual, sino que ejerce una acción reconocible en mantener, engendrar y reproducir pensamientos, sistemas de representaciones y conductas que actúan sobre sujetos específicos, pudiendo

ejercer (en la medida que estos sujetos se ubiquen de manera distinta en la trama productiva) aproximaciones y construcciones determinantes en el plano del discurso constituyente.

El cuerpo es entonces, un cuerpo constituido histórico-socialmente, como lo son también sus necesidades y los modos de satisfacerla, por ello es vital apreciar las formas precisas que determinan los modos concretos de construcción de los sistemas de pensamiento y de representación, que articularán en un momento histórico determinado a un sujeto, produciendo la subjetividad dominante en una situación social precisa.

Cada individuo producido por el conjunto social, se plantea a sí mismo como fuente y origen de sus discursos, se incluye como autor y partícipe del sentido supuesto que sus palabras contendrían. El sentido supuesto surgiría de su propia individualidad, o ingenuamente de su propia persona. Por el contrario, más bien tendríamos que afirmar que el sentido se puede concebir como un efecto de la historia, y los sujetos como soportes.

El sentido no aparece en el discurso sino que entendemos que el discurso mismo es el efecto de un campo contradictorio de discursos preexistentes que pululan y constituyen al sujeto. Éste se da al interior de una cierta coyuntura discursiva la cual engendra la posibilidad de surgimiento de nuevos discursos de los que sus sujetos se considerarán (ingenuamente) los autores (Braunstein N., 1992).

Guattari plantea que en toda existencia se conjugan dimensiones deseantes, políticas, económicas, sociales e históricas y que los padecimientos psicopatológicos (o los malestares individuales, o las fracturas familiares) no se pueden pensar por fuera del universo social, describiendo cómo las condiciones sociales intervienen en la producción del malestar cultural.(Guattari F., 1976)

Para este autor no se trata de infiltrar la política en el psicoanálisis sino mostrar cómo la política es condición de producción del inconsciente mismo. Guattari despliega la idea de que el inconsciente no sólo tiene relación con la individualidad constituida desde la historia familiar, lo cual pertenece a los enfoques tradicionales desde el psicoanálisis, sino que también esta constitución del sujeto es fruto de la formación entre lo social, lo

económico y lo político. Guattari propone que los contenidos sociopolíticos del inconsciente intervienen en la determinación de los objetos del deseo. Es decir, no es posible concebir las relaciones sociales como algo que está más allá o más acá de las cuestiones individuales, familiares o institucionales, sino que las relaciones sociales son los flujos maquínicos con los que el inconsciente hace su trabajo. (Guattari F., 1976)

Señala Guattari que, por ejemplo, la pregunta por la psicosis está necesariamente vinculada al problema del inconsciente y esto lleva al problema político. Los estados psicóticos exponen una subjetividad, constituida históricamente, la cual es reprimida por ataduras neuróticas y por disciplinamientos sociales. Los psicóticos muestran esa locura de flujos y simultaneidades, pero, viven alienados del mensaje del que son portadores. (Guattari F., 1976)

3.1.2.- El sujeto: cuerpo, mente, sociedad

En todas estas consideraciones, la relación del sujeto al poder aparece dentro del marco fijado por las relaciones sociales y políticas. Ahora bien, estas relaciones en realidad no deben ser asimiladas a un simple elemento que comprime al cuerpo desde afuera para obligarlo a adoptar determinadas posiciones o formas. Como bien lo había mostrado Freud, *"el campo social no es una simple fuerza exterior, sino una base productiva que constituye a los sujetos"*. (Hornstein L., 2003, p.31)

El sujeto mismo ha sido convertido en el portador —más o menos sano o asintomático hasta que la neurosis o la psicosis hacen irrupción— de lo social. De hecho, ese orden ha sido incorporado por el sujeto y actúa desde el interior mismo de cada individuo. De tal modo, el hecho de que el sujeto lleve inscrita en su propio cuerpo la estructura social significa que la red de dependencias e implicaciones entre uno y otra sea, por un lado, indisoluble, y por el otro, incluya una dimensión que ha salido de la escena pública y queda oculta, alojada en el interior del sujeto mismo.

Rozitchner señala al respecto que "*Freud descubre que el represor no está sólo fuera del aparato psíquico, en el aparato del Estado, o de la economía, o del ejército, o en el aparato de la religión. Nos dice que si hay represión también hay que buscarla allí donde se forma sistema con ella: en la forma como está organizada nuestra propia subjetividad*". (Rozitchner L., 2003, p. 20)

De manera que esta implicación de lo social en lo subjetivo no es una simple dependencia "externa", ni tampoco puede considerársela fija, establecida de una vez y para siempre. Es un producto histórico, huella del conflicto, portadora de contradicciones e instrumento de represión. Pero la determinación social del sujeto no se presenta sólo como marca, como imposición, sino como resultado de un debate, de un conflicto donde la forma de lo social triunfa — y no siempre — sólo bajo el modo de una transacción. Esta transacción da cuenta de la presencia de dos actores — el sujeto y la sociedad — en una relación de tensión. Cada uno de ellos aporta sus propios materiales — relaciones e instituciones sociales, la una; historia personal y deseo inconsciente, el otro — y deja su propio sesgo inscrito en ella. En ese sentido, el conflicto no desaparece nunca, sino que se traslada y se desdobra. Actúa por un lado desde el exterior, sobre el sujeto y por el otro, desde el interior del sujeto mismo, desde su propia psiquis.

Las maneras y niveles en los que se imbrican sociedad y sujeto determinan el tipo variado de implicación que los vincula. Sin embargo el vínculo social se transmite preferentemente por un intermediario: la familia. Cooper sostiene que "*la familia nuclear burguesa (...) es el principal artilugio mediador que la clase dominante capitalista utiliza para condicionar al individuo a través de la socialización primaria, con el fin de que encaje en algún complejo de roles que se acomode al sistema*". (Cooper D., 1978, p.22)

La sociedad define los roles, la familia los transmite. Generación tras generación, roles y sociedad van evolucionando, arrastrando y determinando las transformaciones que acaecen en la familia y la manera en que el sujeto resulta marcado por la sociedad.

En este aspecto puede descubrirse alguna confluencia entre las teorías de Freud y los planteos de Marx. En efecto, también para éste, según Rozitchner, "*es el propio cuerpo personal el lugar donde el debate histórico plantea su contradicción, que será por lo tanto*

contradicción vivida, contradicción histórica subjetivizada, convertida en destino personal" (Rozitchner L., 2003, p. 30)

El debate, la contradicción histórica, el conflicto social, la violencia constitutiva de la sociedad no están afuera del sujeto. Forman parte de su vida, de sus proyectos y frustraciones. Freud, partiendo desde el interior más secreto del sujeto, llega a conclusiones similares. Desde el parricidio hasta la lucha de clases, los conflictos histórico-sociales han encontrado su lugar en el propio cuerpo del hombre, desde allí actúan, tanto hacia el interior del sujeto como hacia su medio social y político.

También Foucault afirma -como lo remarca Álvarez Uría en su prólogo a la obra del pensador francés- que "*la microfísica del poder permite determinar cómo el poder disciplinario atraviesa los cuerpos y graba la norma en las conciencias*". (Álvarez-Uría F., 1996, p.25)

Norma — sociedad — conciencia — subjetividad — resultan forjadas por las mismas fuerzas, con la particularidad de que el poder social no solo actúa desde afuera — desde la Ley y el Estado — sino que además está inscrito en la conciencia y desde allí actúa sobre los instintos — y las pulsiones — encuadrando los deseos y las fantasías inconscientes y conduciendo las conductas.

En todas estas consideraciones aparece un cuestionamiento radical a la imagen ideal del hombre — identitaria, individualista — que sostenía la concepción burguesa (como antes de ella lo hacían la visión religiosa o la animista). A partir de estos conceptos es que se puede afirmar que "*hay otra modernidad, una modernidad (auto) crítica ejemplarmente representada por el pensamiento de Marx, Nietzsche o Freud, que implacablemente se dedicó a cuestionar ese universalismo de la identidad, ese esencialismo del Sujeto moderno*". (Grüner E., 2002, p.250)

No hay sujeto "en sí". No hay sujeto sin sociedad. El sujeto solo puede definirse — y entenderse — en base a su determinación social, en función de ese "otro" que hace que "*desde el comienzo mismo*", la psicología individual sea "*simultáneamente*" psicología

social. Nadie siquiera se percibe a sí mismo sino según los criterios formados por la historia, es decir por la evolución de las relaciones sociales.

Es también por eso que Castel señala que *"el verdadero debate se refiere al lugar del deseo en el campo social"* (Castel R., 1980, p.243). Es allí — en ese campo — en el que se dirimen las apuestas de fondo, además lo que se enfrenta dentro de la subjetividad incluye los conflictos que alberga la sociedad. La imbricación de niveles por lo tanto es completa: lo que parece más personal e íntimo — ya que se lo vive en la propia carne — expresa también, a su manera, algo que está afuera, en el campo colectivo. Dice Rozitchner: *"la significación del drama edípico no puede quedar entonces restringida a la familia: debe buscar su sentido afuera, en el campo total del sistema político y social que determina a la familia"*. (Rozitchner L., 2003, pág.61)

No en vano Freud recurrió a un antiguo mito para designar este conflicto constitutivo del sujeto: Edipo es mucho más que la historia — la leyenda — de un caso singular: representa una relación social fundamental, la que impone la prohibición del incesto como precio de la inclusión social. En ese sentido debemos admitir, con Assoun, que *"el neurótico no es la muestra de una simple psicopatología, puesto que es en sí mismo, «existencialmente», el «signo», y en cierta manera la «encarnación subjetiva», de ese malestar estructural"*. (Assoun P-L., 2003, p.185)

Si la sociedad está implicada en el sujeto, habla por su medio y también manifiesta sus síntomas en él. Como todo síntoma, expresión de lo reprimido que pugna por retornar, - el "síntoma social"- el "malestar estructural", se presenta de manera distorsionada. Al encarnarse en un sujeto particular, como sufrimiento vinculado a una marca social inscripta en la subjetividad, lleva consigo el sesgo propio de su portador.

El psicoanálisis — y el psicoanalista — se encuentra así, al investigar el inconsciente del sujeto, con la totalidad del campo social, político y cultural que en él está implicado. De tal manera se encuentra también a sí mismo, ya que — tanto en cuanto ser social como en tanto teoría y práctica — forma parte de ese campo. El psicoanalista resulta implicado en la situación analítica como sujeto, y también, en tanto vocero o expresión del conjunto social. Aunque estas implicaciones sean extremadamente complejas, requieren de un esfuerzo

especial para dilucidar sus efectos en la situación analítica, ya que se hacen inevitablemente presentes tanto en la transferencia —en la medida en que el paciente puede asumir la implicación del analista desde una determinada ubicación frente a las marcas que la sociedad ha dejado en su subjetividad— como sobre la contratransferencia —en la que el analista implicado puede responder en nombre de la sociedad— o en respuesta a ella —más que en función de la problemática propiamente subjetiva del analizando.

3.1.3.- La subjetividad construida socialmente

El psicoanálisis — lo quiera o no, lo sepa o no — cumple funciones sociales. Está implicado en el mundo tanto como el mundo lo está en él. Estas funciones son objeto de debate, y de disputa. Es lugar de poder, y como tal las fuerzas que pugnan en el conflicto social luchan por imponerle su sesgo en contenidos y valores y por orientar su rumbo. De lo que se trata es de qué sujetos ayuda a producir el psicoanálisis y cuál es su papel en la producción de subjetividad.

De hecho, *"siempre la identidad — total o parcialmente — es grupal o institucional, en el sentido de que siempre por lo menos una parte de la identidad se configura con la pertenencia a un grupo, una institución, una ideología, un partido"* (Bleger J., 1977, p.238). La red de determinaciones que concurre a la configuración subjetiva, atravesando al sujeto desde su historia personal y las instituciones por las que circula, es de por sí una red social, construida históricamente y dentro de la historia. Esto implica que todo lo que recorre el sujeto en su práctica social —su historia personal— está de alguna manera cargada afectivamente, resultando de ello una compleja trama de vínculos afectivos (libidinales) que lo enlazan al mundo material (histórico-social) en el que vive mediante mecanismos específicos, introyección, investidura, etc. Se construyen así lazos de pertenencia, pero también de exclusión, de simpatía y antipatía, de atracción y rechazo.

Para Rozitchner, *"Freud es quien abre el camino e intenta, tal vez de manera precaria pero al mismo tiempo precisa, dar cuenta de esta determinación histórica en la subjetividad. Es él quien va a tratar de mostrar de qué manera la historia está presente articulando y organizando ese «aparato psíquico», donde la sociedad se ha interiorizado hasta tal punto en el sujeto que éste aparezca congruentemente integrado dentro de la reproducción del sistema que lo produjo"* (Rotzitchner L., 2003,p.13).

Ahora bien, esta integración, por "congruente" que sea, no está exenta de conflictos, como no lo están la sociedad en su conjunto ni las instituciones y circunstancias que van "articulando y organizando" el aparato psíquico del sujeto. De manera que la "reproducción" del sistema incluye la reproducción de sus contradicciones, y la interiorización de la sociedad no conlleva automáticamente la aceptación sumisa y completa de los valores dominantes. Dependerá de una serie de factores -unidos a la historia personal- la manera precisa —subjetiva— en que se lleva a cabo esa interiorización, el lugar y el eco que los conflictos atravesados encuentren en el sujeto, la forma en que se inscriben en su deseo inconsciente.

En ese sentido, Paul-Laurent Assoun señala que *"Freud no deduce de alguna pertenencia colectiva una suerte de determinación inconsciente que fuera aplicable al sujeto. Marca más bien la incidencia de la determinación colectiva (histórica) en la constitución de la subjetividad"*. (Assoun P-L., 2003, p.160). Incidencia indiscutible, pero no lineal ni monolítica, y que hace pasar lo colectivo por el filtro del sujeto.

Es verdad que *"nosotros, en nuestra individualidad, hemos sido organizados como el lugar donde la dominación y el poder exterior, cuya forma extrema es la racionalidad pensante que nos cerca desde adentro y desde afuera, reprime nuestro propio poder, el del cuerpo, que sólo sentirá, pensará y obrará siguiendo las líneas que la represión, la censura y la instancia crítica le han impuesto como única posibilidad de ser: de ser «normal»"* (Rozitchner L., 2003, p.34). En tal sentido la sociedad -las fuerzas que dominan en ella y determinan sus grandes directrices y el rumbo principal de su marcha- marcan líneas generales de fuerza que orientan al conjunto en la dirección deseada.

Como sea, el sujeto anuda vínculos afectivos con lo que lo rodea, vínculos que son eventualmente objeto de censura y represión: se alojan en su aparato psíquico y sufren en su inconsciente las transformaciones correspondientes. Es por eso que se puede afirmar que *"el vínculo social se define por condiciones inconscientes, del lado del sujeto"*. (Assoun P-L., 1999, pág.25) .Así, el sujeto encierra en su propia psiquis a la sociedad, o por lo menos a todo lo que de ella ha atravesado en su vida. Lleva las huellas corporales —psíquicas— de esos atravesamientos. Y en ese sentido tiene dos caras: *"hay en efecto un sujeto inconsciente que implica, cual un Jano bifronte, un «lado» colectivo y un «lado» individual y sin el añadido de un «inconsciente colectivo» que, subraya Freud, responde a un pleonasma y no explica nada en sí mismo"* (Assoun P-L., 1999, p.25). De modo que lo inconsciente —lo reprimido— de lo colectivo se aloja y vive en el sujeto.

La oposición clásica entre lo individual y lo colectivo encubre una falacia que es funcional a la obtención de ese sujeto "ya-no-social" y "ya-no-político". Pero *"no hay Uno que no sea simultáneamente una función de lo Múltiple: el "individuo" y la "masa" no son dos entidades preformadas y opuestas como querría el buen individualismo liberal, son apenas dos modalidades del Ser de lo social, cuya disociación «desapasionada» solo puede conducir a la tiranía"*. (Grüner E., 2002, p. 354). Cualquier postura que afirme una división, pasa por afirmar el aislamiento, el ensimismamiento, por la negación y la represión interna de la dimensión social —colectiva— del sujeto, e, inversamente, por la correlativa represión social de lo colectivo, relegado al interior del inconsciente.

El psicoanálisis tiene aún cosas para decir sobre todas estas discusiones. Por cierto, su teoría y su práctica se han desarrollado preferentemente apuntando hacia el interior de la psiquis, e incluso ha descuidado —por no decir negado o censurado— la dimensión social del sujeto, a pesar del esfuerzo de Freud por "abrir el camino" en el sentido de dar cuenta de la determinación histórica en la subjetividad. Si ese camino no ha sido ampliado de la manera esperada, es necesario considerar el análisis de las resistencias —internas e institucionales— y las dificultades teóricas o prácticas —incluso ideológicas y políticas— que han hecho obstáculo a la tarea.

El psicoanálisis ha desarrollado conceptos y enfoques teóricos novedosos para investigar al inconsciente —enfoques que, con los debidos recaudos, podrían ser integrados a una teoría de la historia y de la cultura, como reclamaba (Grüner E, 2002), sino que además, ha logrado instalar algunos temas levantando, al menos parcialmente, la censura social que los mantenía reprimidos : el papel de la sexualidad en la vida psíquica o el de la existencia de la sexualidad infantil, son ejemplos de aportes centrales que también expresan el impacto de lo social en el cuerpo del sujeto y dan cuenta de la estructura de dominación social. En efecto, *"el dispositivo de la sexualidad, es un dispositivo estratégico de primer orden, ya que permite orquestar el ejercicio del poder al mismo tiempo sobre el individuo y sobre la especie, sobre los cuerpos y sobre las poblaciones"* (Álvarez F., 1996, p.28). A pesar de todo, el psicoanálisis ha tenido un papel decisivo en los cambios realizados en ese aspecto, y si bien puede ser más o menos cierto que haya dejado prácticamente inalteradas las relaciones sociales, los modos de vida concretos, las prácticas de la vida cotidiana entre sujetos sexuados, ha sido clave en la ruptura de muchos tabúes al respecto.

Agrega Foucault (1983), que el problema político, ético, social y filosófico que se nos plantea hoy no es el de tratar de liberar al individuo del Estado y de sus instituciones, sino de liberarnos a nosotros del Estado y del tipo de individualización que depende de él. Debemos promover nuevas formas de subjetividad (Llevamos al Estado —a la sociedad organizada por la represión— dentro nuestro). Deshacernos de esa represión internalizada no es tarea liviana, y aún falta desarrollar los instrumentos idóneos.

Desde un punto de vista histórico, la práctica clínica exige esfuerzos concretos, dedicación, imaginación y talento. La escucha psicoanalítica refiere a aguzar el oído y diversificar su atención. Se trata nada menos que de liberar al sujeto de la parte de represión interna, a la imposición de valores — intereses — que no son los propios, lo cual incluye variados aspectos y cuestiones, desde la censura que aísla al sujeto y lo enfrenta a su semejante hasta la sumisión a normas cuyo fundamento es la defensa del orden establecido a costa del sufrimiento subjetivo.

Ahora bien, el levantamiento de esas trabas no acarrea automáticamente la "liberación". Para Baudrillard *"la subjetividad «liberada» sólo lo es en el sentido de que es recobrada por una economía política"* (Baudrillard J. en Castel R., 1980, p.15) Con ella se logra sin embargo un paso esencial: que el sujeto logre alzar las barreras que le impiden ver y enfrentar a su real opresor, que en la medida en que actuaba desde adentro suyo era hasta entonces irreconocible. Con la devolución del opresor a su condición externa, el sujeto está en condiciones de identificarlo con claridad, de conocerlo y buscar las mejores maneras de enfrentarlo.

Sabemos que la represión social trabaja desde dentro del sujeto, y lo obliga a someterse sumisamente, en contra de sus propios intereses vitales, o a actuar de manera irreflexiva, impulsiva, del orden del *acting-out*, promoviendo el aislamiento del sujeto en el tejido social. De hecho, *"quebrados los lazos sociales a favor del éxito como medida de valor, el sujeto –paciente o terapeuta– carece de soporte narcisístico constituyente, que permitiría mitigar la agresión o la auto agresión. Sin lugar en el otro no es sencillo inscribirse en el tejido social de otra manera que la del enfrentamiento o del conformismo complaciente o aplastante"*. (García Reinoso G., en Carpintero, E., y Vainer, A., 1983, pág.14). Sin embargo el psicoanálisis encuentra dificultades para afrontar esta tarea. No solamente está, tanto en lo teórico como en su praxis, en otra dirección —la que trabaja activamente por expulsar de la escena analítica todo lo colectivo que se aloja en el sujeto—, sino que -como señalaba Castel- incluso las corrientes psicoanalíticas interesadas en abordar esa problemática —tanto en el interior de la psiquis como en las "aplicaciones" extraanalíticas— se encuentran con que el psicoanálisis carece de los instrumentos teóricos para "aprehender" lo social.

No alcanza, en efecto, con la buena disposición, y ni siquiera con una invocación general en el sentido de atender a lo político y social que se hace presente en la escena analítica. Como señala Assoun, *"esta apelación a la «contextualización» social de la experiencia analítica, por útil que sea, no basta para convencer de que el psicoanálisis es de suyo una psicología social"*. (Assoun P-L., 2003, p.100). Para ello es necesario desarrollar conceptos y teorías que —partiendo de los descubrimientos y aportes realizados—

permitan ver algo más que los pálidos "reflejos" de lo histórico-social que hasta ahora estaría en condiciones de reconocer el psicoanálisis.

El tema de la existencia de una "psicología de lo social" es objeto de discusión desde que el psicoanálisis existe. El propio Freud se encargó en su momento de discutir conceptos como los de "inconsciente colectivo" y mostrar lo infundado que era postular una "pulsión social" o "gregaria". Pero no por ello se privó de opinar fundadamente desde el psicoanálisis sobre la "psicología colectiva" en una serie de textos, en primer lugar *Psicología de las masas y análisis del Yo*. (Freud S., 1921). En este sentido cabe señalar con Assoun que *"los «objetos psicosociales» a los que el psicoanálisis da valor no son objetos menores. Al contrario: son los objetos electivos y sintomáticos del «arraigo» del sujeto en el tejido social los que la psicología social propiamente dicha viene a «acallar», por así decir, al disolver la especificidad de las «situaciones» en cuestión".*(Assoun P-L., 2003, p.101) Lo "específico social", aquello sobre lo cual el psicoanálisis sólo alcanza a percibir vagos reflejos, es totalmente anulado —"acallado"— cuando lo que permite el arraigo del sujeto en el tejido social es reducido sólo a una pulsión, es decir, puesto entre lo que por definición no se puede analizar. Para el psicoanálisis, aún cuando no alcance a "aprehender" lo social, hay una inscripción social en el sujeto que no borra la especificidad de los dos campos.

Vale pues en ese sentido la observación de Assoun respecto de que *"el psicoanálisis no añade pues un esclarecimiento psicológico al hecho social, sino que cuestiona su esencia. Solo que ahí radica la paradoja de su «contribución», el psicoanálisis comprende la realidad social a través de su reverso, con lo cual evita psicologizarla "*. (Assoun P-L., 2003, p.187)

El cuestionamiento que refiere Assoun, alude a una dialéctica profunda que atraviesa el diálogo con la realidad social. Su abordaje supone la necesidad del replanteo de las categorías con las que tradicionalmente se ha abordado el conocimiento de lo colectivo, para propiciar nuevas formas de entendimiento, en la cual esta realidad pueda ser abordada en su mérito, es decir, de acuerdo a los parámetros propios de ese escenario conflictual.

3.1.4.- El psicoanálisis, un producto de su sociedad

Ahora bien, aunque Freud nunca olvidó la implicación social del sujeto, lo que nunca llegó, en cambio, a considerar —estaba fuera de su área de interés, quizá más allá del alcance de su visión— fue la manera en que su propio descubrimiento estaba marcado por su época y por su medio social. Caruso señala que Freud fue manifiestamente indeciso, y como un burgués típico de la época, habría sido bastante indiferente frente a la base social de su psicoanálisis. (Caruso I., 1966)

La preocupación de Freud, estaba más bien centrada en lograr la aceptación social de su teoría, en el reconocimiento formal de su base científica, tareas para las cuales se vio obligado a desarrollar una serie de actividades políticas -aunque referidas a la distribución del poder dentro del campo específico de la ciencia médica y la psiquiatría y en los medios académicos e intelectuales y no en el ámbito del Estado- orientadas a vencer las resistencias que el psicoanálisis despertaba , no solamente en los círculos científicos y médicos, y que iban desde las acusaciones de "seudociencia", de aplicar un enfoque idealista y sin fundamento y de emplear categorías inverificables -no "falsables", para tomar la terminología de Popper (1985)- hasta las tan meneadas y consabidas imputaciones de "pansexualismo". De hecho, Freud estaba convencido de "llevar la peste" consigo, lo que no le impedía aspirar —sin que ello lo llevara a hacer ningún tipo de concesiones en cuanto a su pensamiento— a integrar al psicoanálisis a la sociedad, en conseguir para él la respetabilidad de todo saber instituido.

Más que a desentrañar los vínculos entre el psicoanálisis y el medio en el que éste tomaba vida y crecía, Freud se encontraba abocado a construir nuevos lazos entre ellos — a "contagiar la peste", de alguna manera — con la convicción que esto redundaría en beneficios tanto para el sujeto como para la sociedad. Para ello aplicaba sus mejores esfuerzos en mostrar y explicar los fundamentos y los alcances de su descubrimiento, incluso a veces haciendo mucho más énfasis en su carácter de instrumento de análisis —no solo de la psiquis sino de la cultura y de la sociedad — que en cuanto herramienta terapéutica.

Siguiendo la línea marcada por los escritos "culturales" de Freud, desde el psicoanálisis nunca se han abandonado los estudios sobre la sociedad, o por lo menos, sobre algunos de sus aspectos puntuales. De hecho Freud, en *Tótem y Tabú*, se planteaba —según señala Paul-Laurent Assoun— *"redefinir el momento colectivo a través del «punto de vista» del sujeto inconsciente (...) En lugar de un «inconsciente de los pueblos» o de un «Inconsciente Colectivo», se tratará de volver a comprender lo colectivo por medio de la lógica del síntoma, que ha sido descubierta en el plano «individual»"*. (Assoun, P-L., 2003, p.62)

Desde un conocimiento distinto del sujeto -conocimiento que rompe con *"ese universalismo de la identidad, ese esencialismo del Sujeto moderno"* al que se refería Grüner (2002) - y una concepción renovadora del síntoma, el psicoanálisis ha seguido esbozando líneas de interpretación sobre lo social.

Freud , siempre insistió en que se trataba de "analogías", de un "punto de vista", cuyas observaciones debían necesariamente ser completadas con las que otras áreas del conocimiento pudieran aportar. Cabe observar, sin embargo, que *"el psicoanálisis sí que recuestiona, y de manera radical, la propia creencia social. Lo hace a la luz de su sujeto inconsciente, el cual sólo puede venir de la experiencia y la «ciencia» psicoanalíticas"*. (Assoun P-L., 2003, p.186)

De tal modo, el cuestionamiento desde la óptica psicoanalítica de lo que la sociedad piensa, cree y dice de sí misma , genera una luz distinta sobre la realidad social. A partir de esta luz se anudan efectivamente lazos , se tejen interpretaciones , que partiendo de la lógica del sujeto - del síntoma hecho "social", del inconsciente tal como se lo conoce a partir de su presencia en la escena analítica, de la represión - vuelven a interrogar a la sociedad.

De cualquier manera, la implicación del orden social y político en el psicoanálisis, y la posibilidad de descubrir aspectos ignorados del mundo al aplicar los descubrimientos del psicoanálisis al análisis de otros fenómenos sociales y culturales, no debe hacer olvidar la autonomía de la problemática que desde esos campos proviene. Siempre se tratará nada más

que de aproximaciones parciales, de "analogías" y "puntos de vista", lo que hace evitar confusiones al respecto.

En palabras del psicoanalista francés René Kaës, *"no hace falta psicopatologizar estas problemáticas. El tratamiento psíquico no debe desviar la movilización de los obreros de la toma de conciencia de los problemas sociales y políticos (...) No podemos tratar psíquicamente problemas políticos y sociales. Creo que cambia el nivel de análisis (...) Me pregunto si el desarrollo de la cultura psicoanalítica en Argentina no ha sido un factor de disminución en la elaboración de propuestas políticas y sociales, de poner el acento en otra parte, de desviar la fuerza a esos campos"*.(Kaës R., 2002, 21 de abril)

Lo que podemos deducir de esta frase de Kaës, es que el abordaje de estas problemáticas, tiene sus ámbitos de autonomía, por lo que no deben ser tratadas psicoanalíticamente en forma exclusiva, pero tampoco soslayarlo en el análisis: he allí la apuesta. Caer en cualquiera de esos excesos puede llevar a *"desviar las fuerzas"* y a hacer del psicoanálisis un mero instrumento adaptativo al servicio de la "paz social", es decir, convertirlo en recurso conceptual que provoque la "psicopatologización" de los conflictos sociales, ofreciendo un desvío de sus dinámicas propias , convirtiendo al psicoanálisis y a los analistas en una suerte de "coartada" explicativa.

3.2.- SABER Y PODER : LAS RELACIONES CON EL PSICOANÁLISIS

3.2.1 .- El psicoanálisis y el poder

Podemos definir *hegemonía* como un amplio conjunto de estrategias prácticas a través de las cuales un grupo obtiene consenso para su dominio por parte de aquellos que se encuentran a él subordinados. Gramsci lo extiende a toda la sociedad, planteando que un grupo obtiene hegemonía dentro de una sociedad estableciendo un liderazgo moral, político e intelectual sobre los sectores subordinados, difundiendo su cosmovisión a través de la sociedad toda, haciendo de sus propios intereses los intereses de toda la sociedad. Esto, además, implica que el “pacto” que constituye la hegemonía en cuanto consenso incluye concesiones mutuas. (Gruppi L.,1978)

La hegemonía no es algo completo ni acabado, debe ser constantemente mantenida, renovada, recreada, defendida, modificada. Es así que el concepto de hegemonía lleva siempre implícito connotaciones de lucha. El poder que se ejerce a través de la hegemonía es sutil, y más porque a través de las declamaciones ideológicas - por ejemplo, de los “mensajes” de los medios o del sistema educativo - se ejerce fundamentalmente a través de la producción de un modo de vida - en el que las prácticas vinculadas a la producción económica ocupan un lugar clave y donde las prácticas habituales, íntimamente ligadas a lo que llamamos cultura, inscriptas en la misma textura de la experiencia cotidiana, van a producir efectos decisivos sobre la manera en que esa sociedad percibe y reproduce una visión del mundo, de los objetos, de los hombres y de la historia. Es decir: una sociedad produce simultáneamente las formas de la vida práctica y las justificaciones teóricas que dan cuenta de las mismas. (Gruppi L., 1978) .

En el psicoanálisis los desarrollos técnicos y teóricos no pueden ser comprendidos fuera del campo histórico donde se despliegan, y al interior de cómo cada una de esas

posturas contienen aproximaciones no sólo del conflicto psíquico sino que portan visiones sobre el funcionamiento humano, con su innegable impacto social. (Baranger W., 1994). La forma en que una predominancia teórica o técnica va asumiendo una forma de hegemonía, es decir, estableciendo un liderazgo o una forma predominante de relevar tal o cual teoría, va a tener una vinculación directa con las formas en que el poder circula en las instituciones, estableciendo a través de su praxis un campo, en el sentido que Bourdieu le otorga al concepto: una arena social donde las luchas y maniobras se llevan a cabo sobre y en torno al acceso a recursos. En el campo no sólo se recrea la hegemonía y se consolida el control de un grupo sino que lo básico que ocurre es que los adversarios luchan para “imponer unos principios de visión y de división del mundo social” (Bourdieu P., 1990, p.136).

El descubrimiento freudiano del inconsciente, instaura una aproximación a los problemas y a los conflictos sociales, a partir de concebir la enfermedad vinculada al registro de lo social, incorporando la historia y la realidad como agentes de producción patológica, ya sea al interior de las relaciones sociales donde se insertan los padres y la familia, o en tanto releva la profunda oposición entre el Ello y la restricción propia de la cultura, por ello debemos tomar en consideración a los distintos agentes culturales y al propio movimiento psicoanalítico y sus instituciones.

Más allá de las legítimas discrepancias que se tengan respecto a la “teoría cultural” freudiana o a sus procedimientos clínicos, el psicoanálisis es ya parte integrante del legado de la modernidad. Sin embargo, este aporte es subvalorado o, en algunos casos, claramente ignorado. El carácter profundamente cerrado y “esotérico” que ha tenido el psicoanálisis, debido a una hegemonía teórico-técnica en la construcción del desarrollo institucional, fue creando un modo dominante de entender el psicoanálisis ligado casi exclusivamente al ejercicio de la práctica clínica y remitiéndolo, en el mejor de los casos, a lo que se le llamaba peyorativamente “aplicaciones del psicoanálisis”. Así, las políticas de extensión del psicoanálisis, han terminado reduciéndose a la postura según la cual, se entiende la difusión en los términos banales de “psicoanalizar” ciertas expresiones y consumos culturales, preferentemente el cine, el teatro y la literatura. Por una parte entonces, una

visión psiquiatrizante y mecanicista del psicoanálisis; por otra, una muy pobre idea de cultura.

Sin embargo , a pesar de que es posible constatar de modo evidente que en lo que llamamos psicoanálisis conviven distintas expresiones teóricas y técnicas, lo que prevalece es un modo de concebir la práctica como una que *«al reconocer en lo político solamente la forma despolitizada de sus efectos en la subjetividad, o como pura exterioridad cuyos problemas le son extraños, el psicoanálisis escamotea el problema central de la significación extraanalítica de su neutralidad»*. (Castel R., 1980, p. 48)

Actualmente se ha producido una revalorización de lo subjetivo como modo de entender la problemática humana. El énfasis puesto en comprender las «condiciones objetivas de las contradicciones sociales» como modo casi exclusivo de los procesos de transformación humano, ha dejado paso al entendimiento de que los procesos internos, cumplen un papel relevante en la modificación de las conductas humanas. (Galende E., 1994)

En este contexto, podemos afirmar que el psicoanálisis surge como el método más riguroso de exploración de estos ámbitos subjetivos del devenir humano, así como un instrumento crítico de la cultura y la sociedad. Sin embargo, para muchos analistas, el psicoanálisis opera como un intérprete absoluto.

El riesgo de entender al psicoanálisis desde una mirada en la cual éste opera de una manera que no considera su inserción en la cultura y sus propias determinaciones, es producir un psicoanálisis alienado de su propia práctica y de las dinámicas que éstas mismas generan. Frente a esta postura, por el contrario, podemos afirmar que el psicoanálisis se ha aproximado permanentemente a su relación con el problema de la cultura, debido a dos razones centrales .

Una de ellas es económica. El psicoanálisis al no constituir una especialidad médica no se inscribe como tal dentro del marco general de las prestaciones médicas. Su oferta en el mercado profesional (o de los saberes) requiere de otras vías. Esto implica que su inscripción en la cultura es tan importante como su inscripción en el campo de la salud

mental para la constitución de un mercado propicio a las demandas de análisis y la existencia económica y física de los analistas.

La otra razón es clínica. Como claramente lo señala Freud en el comienzo de su "Psicología de las masas", "en la vida anímica del individuo, el otro cuenta ...". (Freud S., 1921) En ese sentido, debemos tener presente que el psicoanálisis es un producto histórico, y que toda aproximación discursiva, con sus innegables derivados teóricos y técnicos, solo es posible entenderlos en la medida en que van a encarnar la subjetividad propia de una determinada época. En tanto el psicoanálisis es posible concebirlo como la teoría de una práctica articulada en torno al dispositivo analítico y relacionado con la centralidad de la dimensión de lo particular, la validez de sus incursiones en otros campos sólo podrá ser verificada en la medida en que el circuito conceptual que podemos desplegar, siempre retorne a su campo práctico específico, la clínica psicoanalítica

Esta argumentación permite plantear que todo intento por trasladar conceptos psicoanalíticos a otros ámbitos, conlleva el peligro de una transformación de los mismos que puede alejarlo de las mediaciones específicas que hicieron posible su surgimiento.

Al no establecer estos distinguos se corre el riesgo de desarrollar un proceso de teorizar e interpretar todo el campo de lo humano sólo desde la perspectiva psicoanalítica, desoyendo la vieja recomendación de Freud de no hacer del psicoanálisis un nuevo "Baedeker" filosófico-político-existencial. Planteadas las cosas de este modo, el psicoanálisis puede transformarse en ideología, y por ello, en tanto ideología -en tanto *Weltanschauung*- es presubjetiva, ya que considera un sujeto indiviso.

Al respecto Marie Langer pone como ejemplo la teoría del filicidio de Rascovsky, el cual hipotetiza que los padres inconcientemente portan deseos agresivos y de muerte para con sus hijos (Rascovsky A., 1975). Marie Langer, plantea que "No es por su tendencia al filicidio por lo que los presidentes y generales norteamericanos mandaron a sus hijos a agredir a Vietnam, aunque puedan morir en esta empresa". (Langer M., 1971, p.18) La teoría del filicidio extrapolada de esta manera, desconoce la condiciones sociales y económicas productoras del conflicto. Langer plantea por lo tanto que "La teoría del filicidio como factor causante de las guerras se vuelve insostenible por esta omisión. La

interpretación psicoanalítica puede complementar nuestra comprensión sociológica y política, pero pierde sentido si la emitimos aisladamente, en vez de ubicarla dentro de una estructura social.” (Langer M., 1971, P.18)

Asumir estas interacciones supone entender al psicoanálisis mismo -como teoría y como práctica- como implicado con la sociedad que lo ha producido y en la que desarrolla su actividad. En ese sentido se ha podido afirmar que *"el propio psicoanálisis es una manifestación del capitalismo tardío, pero al mismo tiempo es el intento dialéctico de crítica de la propia época"*. (Caruso I., 1966, p.209)

Esta característica, que une al vínculo constitutivo con el intento superador que aporta la actitud crítica frente a su propio origen, establece uno de los rasgos que han permitido dar cuenta del carácter "revolucionario" que sería inherente al psicoanálisis. De hecho, en él se alojan sin duda las contradicciones del sistema (el "malestar en la cultura") pero, en un mismo movimiento, también se esconden (se reprimen) contenidos y conceptos que no resultan pensables.

En tanto teoría y práctica, el psicoanálisis no puede escapar a las condiciones históricas que determinan su actividad. A pesar de que su trabajo se dirija al abordaje de la subjetividad, no todo lo que en él se juega se agota en el inconsciente. Freud lo tuvo claro, al intentar expandir el campo de sus indagaciones. El contexto definido por el sistema se hace presente en cada detalle de la situación y de la relación analítica. Así, Loureau advierte respecto del hecho de que *"en el acto psicoanalítico, inscripto objetivamente en un sistema de formas económicas, así como en un sistema de conocimientos y un sistema de procedimientos terapéuticos, el dinero y el poder no son únicamente materiales útiles para la elaboración inconsciente del deseo, para la articulación de la demanda ni para el trabajo desordenado del acting-out. Nada -salvo una ideología no analizada, una ciega contratransferencia institucional - permite postular una primacía del sistema de parentesco simbólico, de la libido o del aparato inconsciente con respecto a las connotaciones materiales y sociales de la intervención"*. (Loureau R., 1975, p.21)

En cada momento, en cada asociación, en cada interpretación, y también en los más elementales detalles del "contrato" analítico es necesario discriminar esos niveles. De este

tipo de ocultamientos trata también el psicoanálisis. De los psicoanalistas depende, con su atención y su escucha, no perder el rumbo dentro de la complejidad de implicaciones y elementos reprimidos que atraviesan su teoría y su práctica.

En cuanto teoría con aspiraciones científicas, el psicoanálisis aspira (desde sus propios orígenes médicos) a ser reconocido como tal y admitido en pie de igualdad entre las otras disciplinas con rango de ciencia. Esto implicaba la necesidad de su inscripción en el "campo científico", para lo cual ha debido desarrollar, como cualquier teoría que tenga pretensiones de ese tipo, una actividad destinada a vencer las resistencias de los saberes instituidos. Es decir que debe resolver un conflicto, desarrollar una lucha que modifique y sancione una nueva correlación de fuerzas en el campo de la ciencia. En efecto, *"el campo científico es un campo de fuerzas y un campo de luchas. En la práctica, se establece una relación dialéctica: el campo de fuerzas opera como una estructura en la que están insertos tanto investigadores como instituciones en las que ocupan ciertas posiciones, y que, aunque haya sido establecida por los mismos agentes, como campo de luchas entre dominantes y dominados, los primeros están asociados a la "tradición" (en términos kuhnianos) y los segundos son los que buscan modificar el orden establecido"*. (García M.H., 2006, p.8)

En ese sentido, *"las estrategias científicas, que son estrategias de poder, pueden constituir estrategias de conservación (generalmente ejercidas por los agentes ortodoxos, es decir, por aquellos que tienen más tiempo en el campo o que ya se han establecido en una posición alta con respecto a la jerarquía interna del campo) o bien estrategias de subversión (impulsadas por los agentes heterodoxos, recién llegados al campo) que apuestan a modificar la estructura"*. (García M.H., 2006, pp.12-13)

El psicoanálisis se ubicó desde su inicio bajo la batuta de Freud, en este segundo grupo, y dentro de sí mismo verá luego generarse los mismos debates, las mismas oposiciones que atraviesan el campo científico. Pero las disputas dentro del campo científico, disfrazadas como un modo de legitimación, de búsqueda de la "verdad", esconden las mismas pugnas por el poder que las que se desarrollan en otros ámbitos. Pierre Bourdieu, en particular, se ha encargado de exponer las motivaciones y los mecanismos que

rigen estas luchas, y develar lo que se enmascara detrás de las pretensiones de pureza y "objetividad científica", incontaminada por las bajas pasiones que rigen las disputas por el poder. Esto le costó la animadversión de muchos de sus colegas, incómodos por encontrarse colocados en el mismo nivel que un joven ejecutivo disputando una promoción en su empresa. M^a Haydée García Bravo señala que Bourdieu *"denuncia las luchas de poder, las rivalidades y los intereses que caracterizan a este campo. Su análisis pone en evidencia que, a pesar de la autonomía históricamente consolidada, el campo científico no es independiente de las relaciones de dominación que caracterizan al mundo social en su conjunto y mantiene estrechos vínculos con el campo económico y con el campo político"*. (García M.H., 2006, p.13)

Las líneas de fuerza en el campo científico, en efecto -como en los otros campos- no se limitan a la lucha por ocupar las posiciones de privilegio dentro del campo, con su correlato de prestigio, reconocimiento, honores, etc. Ni siquiera pasan solamente por la necesidad de ubicarse de la mejor manera en las cadenas de promoción social y profesional que la economía y la política instalan por el lado de la financiación de proyectos, o a participar de las utilidades que puede prometer la obtención de resultados utilizables en el terreno de la producción. Tampoco se agotan en el plano de la afirmación de poderes en la escena política y económica propiamente dicha. Además de todos estos componentes, las disputas que allí se desarrollan -como toda contienda humana- incluyen las mucho más sutiles, larvadas y escurridizas servidumbres sociales y políticas vinculadas a las huellas de la inscripción del contexto histórico-social en la mente, en el inconsciente, a nivel del deseo del investigador.

Ninguna teoría, ninguna expresión de pensamiento escapa a esas determinaciones. De hecho, los vínculos entre poder y saber son múltiples. Foucault señala que no hay relaciones de poder sin constitución correlativa de un campo de saber, ni saber que no suponga y no constituya al mismo tiempo, relaciones de poder. Son esas relaciones de «poder-saber» las que no deben analizarse a partir de un sujeto de conocimiento que se muestra como libre o sin considerar el sistema de poder; sino que por el contrario, debe considerarse que el sujeto que conoce los objetos, son otros tantos efectos de esas implicaciones fundamentales del poder-saber. (Foucault M., 2000)

Esta estrecha imbricación está siempre presente, detrás de toda teoría, en cualquier polémica o disputa de apariencias puramente científicas, sosteniendo toda actividad desarrollada dentro del campo.

3.2.2.- Saber, poder, objetividad

Los hechos, la realidad, los objetos de la investigación y de la ciencia, asumen significado a través de la interpretación que de ellos da el conocimiento, pero estos significados - y los medios empleados para establecerlos- no son neutros desde el punto de vista de los conflictos que atraviesan la estructura social. Grüner afirma al respecto que *"justamente porque los hechos están necesariamente sometidos a la reconstrucción interpretativa, son un escenario privilegiado de la lucha por la hegemonía ideológica, una lucha por la construcción del sentido que está a su vez sobredeterminada por la lucha de clases. Pero esto modifica radicalmente el criterio convencional de objetividad histórica: aquí no hay otra «objetividad» que la elección explícita de un bando en la lucha ideológica"*. (Grüner E., 2002, p.110)

En toda teoría están implicadas las contradicciones, las luchas, las tensiones que subyacen en la sociedad y la constituyen. Su formulación, implica el triunfo en esas luchas, de ciertas posiciones en desmedro de otras. Hacer explícitas estas posiciones, traerlas a la superficie, resulta un aporte a la inteligibilidad de todo conocimiento, de todo pensamiento. Pero estas posiciones -posiciones de fuerza- se mantienen en general ocultas, disfrazadas, se presentan bajo rasgos ajenos, han sido borradas de la escena, reprimidas.

Sin embargo, el tema de la "objetividad" se ha convertido en uno de los puntos clave, en uno de los puntales ideológicos, en el campo de la epistemología, para el reconocimiento del carácter científico de cualquier disciplina, lo cual conlleva muchas veces, la ilusión de una incontaminación del conocimiento, por parte de las fuerzas que hegemonizan el mundo y de las relaciones de poder que atraviesan la sociedad, la economía y la política, de las cuales es portador todo producto humano. Se toma a la "objetividad", ya

sea por confusión, distracción o astucia, en el sentido de "imparcialidad", de neutralidad en la dinámica histórica. Con ello se silencia -se reprime- el auténtico sentido de esa mirada y se oculta el juego de relaciones de poder en el que se inserta, oscureciendo el papel concreto que desempeña en el campo histórico-social.

Las ciencias "humanas", distintas por su objeto de las ciencias "físicas", propician un método específico de análisis, basado en la singularidad de ese objeto. El problema se hace presente ya en la aparente antinomia entre la "explicación" de las ciencias naturales y el llamado "método comprensivo" de las ciencias sociales, debate que tiene como base la discusión acerca de la singularidad distintiva de lo humano y la dificultad de aplicar las leyes del determinismo científico a un sujeto dotado de libertad, es decir, dueño de sus actos (a pesar de todas las trabas que se puedan poner a su independencia).

Ahora bien, es justamente el psicoanálisis el que rescata radicalmente esta "singularidad" de lo humano, y pretende, a partir de allí, establecer relaciones e incluso teorías explicativas siempre abiertas a su modificación a partir de los nuevos datos de la clínica. El psicoanálisis aporta en efecto una visión renovadora, al asomarse a lo reprimido (el deseo inconsciente) por el camino del análisis de su emergencia en una relación intersubjetiva, aunque esto sea al precio de mantener una relación tensa con los criterios clásicos de objetividad e imparcialidad (a los que de todas maneras intenta incluir de algún modo dentro del propio dispositivo analítico).

No obstante, las aspiraciones de legalidad científica del psicoanálisis debieron (en rigor deben; la lucha por este reconocimiento aún no termina) enfrentar los obstáculos que su propia teoría y su propia práctica erige, reacias a quedarse con lo manifiesto, es decir con aquello que por caer bajo los sentidos también suele ser presentado como "objetivo". Eso produce ciertos efectos contradictorios. De hecho, Castel afirma que *"el psicoanálisis se ha esforzado tanto por adquirir una respetabilidad cultural, por no ser confundido con el materialismo vulgar de un método científico que siempre objetiva, que a su vez ha contribuido a hacer olvidar el núcleo prosaico en torno del cual se organiza la existencia humana: el cuerpo (biología), las necesidades (economía), la violencia social (política)".* (Castel R., 1980, p.86)

Ese "núcleo prosaico" estaría así, al menos en alguna medida, "reprimido" en el discurso psicoanalítico, cuando debiera ser objeto de atención específica. De hecho, la escena analítica es el lugar privilegiado en el que se escenifica una relación terapéutica que se vale de la palabra para investigar el inconsciente, definiendo un lugar de observación (construido por la relación entre analista y paciente) en el que se anudan todos los niveles de la experiencia subjetiva, y que debiera ser investigado desde distintos campos.

Los criterios convencionales de "objetividad", el intento ilusorio de mantener apartadas a las determinantes sociales y políticas, presunta garantía de imparcialidad que avalaría la "universalidad" del conocimiento, se han convertido en uno de los requisitos esenciales que se suelen exigir para otorgar calidad científica a una teoría. El psicoanálisis, en tanto ciencia del inconsciente, habituada a lidiar con los mecanismos de defensa y la represión del deseo inconsciente, se enfrenta con estos aspectos reprimidos de la realidad, tal como se presentan y se ocultan en toda teoría.

En ese sentido, Slavoj Žižek ha destacado que *"hay una homología fundamental entre el procedimiento de interpretación de Marx y de Freud. (...) en ambos casos se trata de eludir la fascinación propiamente fetichista del «contenido» supuestamente oculto tras la forma: el «secreto» a develar mediante el análisis no es el contenido que oculta la forma (la forma de las mercancías, la forma de los sueños) sino, en cambio, el «secreto» de esta forma"* (Žižek S., 2003, p.35)

Esta precisión posee la gran virtud de poner el acento sobre un elemento esencial para el psicoanálisis, pero que a menudo resulta descuidado: el método de conocimiento que éste pone en acción (y es verdad que eso vale tanto para los planteos de Marx como para los de Freud) rehúsa la tentación, alentada por un "realismo" ingenuo, de alcanzar un cierto "contenido" y apunta más bien a buscar lo que está tras de ese contenido. No se trata de encontrar el "núcleo oculto" en el sueño o en la mercancía, sino de entender *"por qué los pensamientos oníricos latentes han adoptado esta forma, por qué se transpusieron en forma de sueño [...y de explicar] por qué el trabajo asumió la forma del valor de una mercancía, por qué el trabajo puede afirmar su carácter social sólo en la forma-mercancía de su producto"*. (Žižek S., 2003, pp.35-36)

3.2.3.- Libertad y poder

Jorge Volnovich (2003), al referirse a declaraciones del Secretario de Estado de los Estados Unidos, el que señalaba que el desafío del Siglo XXI consiste en defendernos contra lo desconocido, lo incierto, lo invisible y lo inesperado , desarrolla la idea que el Estado Imperial le ha declarado la guerra al inconsciente, y precisa, siguiendo a James Petras (Petras J., 2003) que de lo que se trata es de "recolonizar" "*las mentes, los afectos y las memorias*". Más allá de la propia situación analítica, se oyen voces que reclaman que es "hora de darle a «lo reprimido» su lugar no sólo en la teoría del inconsciente que fundó Freud, sino también en una teoría de la historia y la cultura " (Grüner E., 2002, p. 25)

Lo "reprimido" se despliega, en efecto, como la marca del poder, poder que atraviesa todo conflicto y da cuenta de las relaciones de fuerzas en pugna. En este sentido, lo reprimido está presente al mismo tiempo en el nivel de las relaciones sociales y en el del funcionamiento de la psiquis; es un rasgo distintivo a la vez de los conflictos sociales y de los subjetivos. No en vano Igor Caruso señalaba que "*la civilización reposa sobre las represiones de generaciones anteriores y que cada nueva generación se le plantea la labor de conservar tal civilización llevando a cabo las mismas represiones*". (Caruso I., 1996, p.52)

El rol conservador de la represión que se transmite por la vía de la civilización, sin embargo, no puede eliminar los conflictos reales, concretos. Solo atina a cubrirlos, a desplazarlos. Lo reprimido no desaparece, se oculta. Las relaciones (las implicaciones) entre el campo de lo subjetivo y el de lo colectivo surgen de variados modos y en forma permanente. Son relaciones complejas, que exigen precisión y cuidado en su abordaje para no caer en simplificaciones. De hecho, "*la reducción de los procesos colectivos a las propias categorías individuales es ya un equivalente del delirio en los procesos históricos*". (Rozitchner L., 2003, p.197) Inexorablemente estas implicaciones , dan cuenta de la inclusión de estos campos y registros en el ámbito de lo político, generando una

aproximación conceptual que se torna inclusiva y dialéctica , desterrando un abordaje de categorías desvinculadas y sin relación.

El Diccionario de la Unesco de Ciencias Sociales propone que *"podemos definir como políticos los procesos, acciones o instituciones que definen polémicamente un orden vinculante de la convivencia que realice el bien público"*. (Diccionario de la Unesco de Ciencias Sociales - Tomo III, p.1708)

El campo de lo político, convencionalmente asociado al gobierno de los Estados o a la intervención en los asuntos "públicos", abarca en realidad al conjunto de la experiencia del hombre viviendo en sociedad. Es propio de todas las relaciones entre los hombres, que son siempre objeto de relaciones de fuerza, lugar de ejercicio del poder, aunque se suela reservar el término para lo que ocurre en la esfera pública. Ampliando un poco la visión, podríamos decir al menos que la política es el *"proceso por el cual en cada etapa histórica la sociedad redefine sus vínculos simbólicos con la polis, con las leyes y las normas que imponen (hegemonicamente, si se quiere) su visión del mundo a las masas"*. (Grüner E., 2002, p.66)

Leyes y normas expresan esa hegemonía (ese campo de fuerzas en disputa), y en el proceso cada sujeto recibe en su propia constitución subjetiva la marca de las relaciones sociales dominantes.

Es posible ampliar el concepto aún más, para dar cuenta del hecho de que todas los vínculos sociales están atravesados por conflictos latentes y por las relaciones de fuerza con las que se establecen los equilibrios (siempre inestables) necesarios para la vida social. Equilibrio que sanciona la primacía (el dominio) de ciertas fuerzas sobre otras, cuya expresión no se permiten y se reprimen. De hecho, *"a partir de la toma del poder a fines del siglo XVIII, la burguesía ha tendido a rechazar la esfera de lo político y a circunscribirla a escenas limitadas, a lugares de ejercicio de la política (en el caso extremo, la escena parlamentaria, con el voto como paradigma del acto político)"*. (Castel R., 1980, p.91)

El intento de limitar el alcance de la acción política, de reglamentarlo y enmarcarlo, no es ligero o gratuito. Responde a la necesidad de naturalizar las relaciones sociales y de poder seguir manteniendo en la nebulosa sus fuentes y base en las que se apoya, de reprimir las tensiones que la sociedad encierra para sostener y profundizar el control que sobre ella se ejerce.

Como dice Perrés: *"todo pensamiento, toda reflexión sobre la vida colectiva, sobre la sociedad y la cultura, es y no puede dejar de ser un acto político, un trabajo sobre lo político, sobre la dimensión política constitutiva de todo ser humano (Perrés J., 1998, p.10)*. En ese sentido, el psicoanálisis (como toda práctica social) tiene también una dimensión política, asumida o reprimida como tal. Así, para Volnovich, *"el psicoanálisis no puede hacer oídos sordos a esta nueva configuración que ha adoptado el capitalismo y si el psicoanálisis es el discurso de los psicoanalistas, debemos aceptar que el discurso de los analistas doblemente recolonizados nunca podrá ser ni neutral ni cientificista bajo pena de ser aniquilado"*. (Volnovich J., 2003, p.2)

Sabemos que al hablar de política hablamos de poder y que éste atraviesa todas las esferas de la actividad humana: *"en las relaciones humanas, sean cuales fueran, ya se trate de una comunicación verbal (...), o de relaciones amorosas, institucionales o económicas, el poder está siempre presente"*. (Foucault M., 1996, p.110)

En ese sentido, también el psicoanálisis resulta atravesado por el poder. Lo está en sus relaciones con la sociedad, en sus relaciones internas, en la escena psicoanalítica misma, en la relación terapéutica inclusive. El psicoanálisis, abocado a la esfera subjetiva, si bien no puede despreciar los efectos personales de esas circunstancias y debe aportar a la decodificación (y a la re-codificación) de las marcas inscriptas en el inconsciente, no puede aspirar a convertirse en instrumento de poder, ni siquiera de contrapoder. Su función política (y la implicación del analista en este campo) es innegable, tal como su capacidad de aliviar ciertos sufrimientos sociales es indudable, pero no por ello podemos pretender encontrar en él un instrumento de acción política. Caruso señala el punto en estos términos: *"piénsese tan sólo en los representantes de clases oprimidas, en las minorías étnicas o religiosas, etc. ¿Se puede afrontar psicoanalíticamente el sufrimiento de estos hombres?"*

Aquí debería tratarse, ante todo, de modificar las relaciones sociales objetivas". (Caruso I., 1996, p.205)

3.2.4.-Ciencia, política y psicoanálisis

Los vínculos entre el psicoanálisis y la lucha social han estado tradicionalmente enmarcados por la necesidad de aquel de ser reconocido de pleno derecho como "ciencia", es decir (entre otras cosas) como un saber que no se encuentra sometido a la coyuntura política. Perrés señala que si bien los aportes teóricos, epistemológicos, psicopatológicos, clínicos y técnicos del psicoanálisis *"conllevan inevitablemente (como todo fenómeno inscripto histórica y socialmente) elementos políticos, no han pretendido nunca en Freud y en los desarrollos psicoanalíticos posteriores, en forma manifiesta y activa, pasar de la reflexión teórica a la acción política para provocar una modificación radical de la dimensión política de la sociedad occidental en donde vio la luz. Incluso todo el movimiento psicoanalítico, tanto en los niveles nacionales como en el internacional, ha intentado siempre lo opuesto. Es decir, mostrar con verdadero ahínco, por todos los medios a su alcance, que es totalmente "científico", y por tanto "apolítico", en esa vieja ilusión cientificista de pretender separar la ciencia de la sociedad y sus avatares histórico-políticos".(Perrés J., 1998)*

El origen de esa actitud de "prescindencia" política puede encontrarse en Freud mismo, en la medida en que éste sostenía: *"Soy un científico. Nada tengo que ver con la política"* (Reich W., 1970, p.88). Lo planteaba en términos genéricos, de pertenencia, con total independencia de sus opiniones políticas particulares: Freud se definía a sí mismo como *"un liberal, alejado de todo extremismo o dogmatismo político, ya fuera de izquierda o de derecha"* (Perrés J., 1998). De lo que se trataba era de apartar todo eventual cuestionamiento al carácter científico del psicoanálisis. Y para ello consideraba necesario alejar cualquier irrupción de lo personal o lo contingente. De tal manera, la problemática política fue puesta al margen del psicoanálisis. Pese a lo cual Freud —a la manera en que

también lo hacía respecto de cuestiones relativas a la estructura de la sociedad y a la cultura — dedicó estudios a la guerra — "*continuación de la política por otros medios*", según Clausewitz — y al presidente estadounidense Wilson. Trabajos culturales — aunque examinados desde la óptica psicoanalítica — sobre los que Freud alertaba que no debían ser tomados más que como "puntos de vista", que de ninguna manera reemplazaban los aportes de otras disciplinas y a los que pretendía mantener — y sostenía esa pretensión en su enfoque — alejados de todo sesgo coyuntural.

Sin embargo, no obstante esa explícita prescindencia en cuestiones políticas y sociales, siempre se ha destacado el papel social (pero desconsiderando sus efectos políticos) que le cabría al psicoanálisis. En él residiría, de hecho, el carácter de "peste" que Freud le atribuía, de toxina capaz de contagiar a la sociedad, de enfermar (o de hacer desaparecer) a los prejuicios e "ilusiones" sobre los que se apoya la sociedad, y su correlativa capacidad de comprender e incluso aliviar los sufrimientos sociales. Es decir el "malestar en la cultura", cultura edificada sobre la base de renunciamientos pulsionales, malestar que reclamaba su atención, a pesar de las dificultades inherentes que encierra todo cambio de la estructura social.

Así, el aspecto "tóxico", corrosivo para las relaciones sociales existentes, del que el psicoanálisis se considera portador desde Freud en adelante, ha sido objeto asiduo de debate, y Castel no se ha privado de constatar que "*el psicoanálisis ha aportado lo que tiene que aportar y seguramente seguirá haciéndolo, dejando prácticamente inalteradas las relaciones sociales, los modos de vida concretos, las prácticas de la vida cotidiana entre sujetos sexuados*". (Castel R., 1980, p.91)

La capacidad de asimilar toxinas por parte de la sociedad - o la inmunidad adquirida frente a ellas- ha sido sin duda superior a la que Freud preveía. Ahora bien, el status quo, también recibió ayuda del mismo psicoanálisis -sobre todo en sus versiones más conservadoras y dogmáticas- que optó por encerrarse en sí mismo, renunciando a aventurarse seriamente (tal como lo hacía Freud) en el campo de los estudios relativos a la sociedad y a la cultura y, en cambio, toleró de buen grado la inserción del psicoanálisis en

los círculos del poder, quedando muchas veces, prisionero conceptual de aquello que pretendía analizar y deconstruir.

La relación entre el psicoanálisis y la ciencia -al menos la ciencia en su versión convencional- nunca ha sido sencilla. Ya hemos revisado algunas discusiones relativas a los criterios de "objetividad", que si bien se relacionan con un profundo debate que abarca al conjunto del campo científico, se plantean con énfasis especial respecto del psicoanálisis. De hecho, a las dificultades que encuentra todo pensamiento renovador para vencer las resistencias que le presentan las teorías vigentes y los saberes instituidos, armados tanto de sus "verdades" con aspiraciones de universalidad y eternidad cuanto de rígidos aparatos institucionales destinados a su custodia, el psicoanálisis debe sumarle las dificultades que encierra en sí mismo, en su teoría y en su método.

Todo esto obliga al psicoanálisis a una continua y permanente tarea de promover ciertas innovaciones conceptuales y metodológicas radicales. En ese sentido, *"algunos quisieran que el psicoanálisis obedezca a los procedimientos científicos habituales, a las experimentaciones tales como son efectuadas la mayor parte del tiempo por los científicos, según sus métodos de evaluación y de validación. Eso es desconocer que la originalidad del descubrimiento freudiano, irreductible a tales criterios, llegando hasta a subvertirlos, obedece a una puesta en tensión de la consistencia de la teoría con la implicación subjetiva"* (Major R. y Tallagrand Ch., 2007, p.25)

De hecho, la teoría psicoanalítica se hace cargo de la relación vinculante que se establece entre el inconsciente tal como se lo observa con aquello que lo instituye, es decir que, además de la instalación de una serie de condiciones controladas (el *setting*) que permiten la producción de un cierto material, trabaja específicamente sobre el papel del analista y las relaciones que se establecen entre éste y el paciente, al punto de hacer de ellas un elemento central en la tarea de análisis. Así, en la escena analítica, el análisis de la transferencia y la contratransferencia representa una propuesta concreta de incorporar lo que tradicionalmente se tomaba como una suerte de "interferencia" con efectos "distorsivos" sobre la observación o como un elemento (y no uno más: el principal) de trabajo e investigación.

El particular objeto del psicoanálisis y su peculiar condición es lo que le ha permitido desarrollar los conceptos y la técnica correspondientes; y, en vez de buscar los medios de anular o neutralizar esos vínculos (vínculos afectivos, libidinales, pero detrás de los cuales se agita el conflicto social, en el cual ni analista ni paciente ocupan lugares neutrales) se convierta esa escenificación en la que se imbrican analista y analizando, con todos los anudamientos y las implicaciones de los que cada uno de ellos está constituido, en productora de sentido, en fuente principal de conocimiento.

Nada hay en ello de "anticientífico". Muy por el contrario. La influencia del observador - y de su aparato tanto técnico como conceptual - sobre la observación, su interacción con el objeto, ha llegado a convertirse en la ciencia actual en un tópico.

Como sea, la vocación científica del psicoanálisis es explícita. Desde su origen se ha ocupado de dejarlo en claro. De hecho, si bien es cierto que *"también cuando se trata del inconsciente lo que se produce depende en gran medida del marco experimental de su producción. Lo inconsciente que pone en escena el psicoanálisis, por su carácter y por el modo de conocerlo, es solidario de la convención que lo instituye"* (Castel R., 1980, p.44) nada en ello hay que invalide tal "producto". Tampoco la mayoría de las partículas subatómicas existe fuera de los dispositivos - tecnológicos, pero también conceptuales e ideológicos - contruidos para sacarlas a la luz.

Los epistemólogos tradicionales son reacios a reconocer las innovaciones y aportes del psicoanálisis y a aceptar su método. El inconsciente, el deseo, parecen demasiado asociados a la fantasía (en su sentido más convencional) y no prestarse a los requisitos de "falsabilidad". Toda actividad humana es obra - y vehículo - del deseo, por más esfuerzos que se puedan hacer para disimularlo o para mantenerlo apartado. Como observa Castel, *"los epistemólogos hacen trampa, porque pretenden suprimir el deseo. La ciencia, dicen, es un saber puro, o sea, separado de todo deseo"* (Castel R., 1980, p.91).

Esta separación ilusoria lleva a engaño. Es ella la que distorsiona los resultados, ya que, como bien señala Raphaël Pividal, *"el deseo permanece y se disfraza, toma la apariencia de teoría ¿No ven ustedes que su biología y su sociología están habitadas por deseos ocultos, como las neurosis místicas?"* (Pividal R., en Castel R., 1980, p.91)

La implicación de lo social y lo político dentro de la teoría y la práctica psicoanalíticas - como en cualquier otra práctica social - es también un hecho ineludible. No hay actividad humana que pueda mantenerse al margen. De hecho, toda conducta, todo pensamiento, todo discurso, desde el más rígido y estructurado hasta el de la poesía y el del inconsciente, opera con signos y se encuentra entonces sometido a lo que éstos escenifican. En el signo se aloja la cultura. Al decir de Bajtín, las formas de los signos están condicionadas por la organización social de los participantes involucrados (Batjin M., 1992).

Es preciso agregar que *"el psicoanálisis significa precisamente el descubrimiento del no-saber como regla universal de la acción y, por consiguiente, como base de toda empresa de conocimiento. El no-saber sobre el deseo y el no-saber sobre aquello que funda la sociedad pueden tener un origen común: ésta es una hipótesis posfreudiana, en la medida en que Freud y la mayor parte de sus seguidores no evitan ver en el psicoanalista a un «sabio» del no-saber, capaz de descifrar tanto los meandros de la historia y de la vida social como los contornos de una neurosis"*. (Loureau R., 1975, p.19) El no-saber dice más que lo que calla: señala no solamente lo que se oculta sino una manera de ocultarlo. Este concepto central del psicoanálisis, destacado reiteradamente por Freud, es extensivo a todo saber, en la medida en que éste delimita un campo de lo sabido y otro de lo no-sabido.

Esto no quiere decir que se debe concluir que sea el psicoanálisis el que deba dar cuenta de lo "no-sabido" social y político, aunque sin duda pueda aportar un "punto de vista" enriquecedor a la tarea

3.2.5.-Freud y la política

Freud mismo nunca estuvo ajeno a la política. Aunque no tuvo mayor actuación en las cuestiones partidistas (si dejamos de lado un conato juvenil, bajo la influencia de un colega, de participar en el partido liberal de Alemania) su actividad siempre tuvo un explícito componente político. Sus descubrimientos en ruptura con la ideología dominante

le exigieron grandes esfuerzos, tanto hacia el interior del movimiento psicoanalítico como hacia fuera, alternando buenos modales, sutileza diplomática e intransigencia intelectual para lograr la aceptación e inserción del psicoanálisis en la sociedad y su reconocimiento como disciplina científica. Todas estas luchas y conflictos lo encontraron en medio de conflictos permanentes, en los cuales lo político estaba presente recurrentemente, tomando en cuenta que en ella se dirimían asuntos de poder.

Además de su propio manejo del poder, fuerza y persuasión mediante, en sus relaciones sociales e institucionales, Freud siempre tuvo en cuenta la necesidad de considerar la dimensión específicamente política del sujeto. Al respecto Perrés afirma que *"Freud no pudo dejar de ser un sujeto político que sin actuar en política, en el sentido más restringido del término, no dejó nunca, a modo del zoon politikón de trabajar en la dimensión de lo político, presente siempre en el ser humano.*(Perrés J., 1998, p.10)

Esta presencia de lo político en el ser humano, ineludiblemente atrapado en una red de conflictos y de poderes, llevó a Freud a ocuparse, rebasando el ámbito del sujeto, de los temas relativos a la "cultura".

Su visión política, y su implicación activa, estuvieron limitados, no sólo por su propia ubicación social y cultural, sino por la orientación de sus intereses e investigaciones. En ese sentido, como señala Perrés, no fue *"un verdadero crítico de su sociedad y su cultura, cuya estructura no pretendió nunca estudiar y teorizar. Sus objetivos críticos y teóricos eran otros: analizar las características más permanentes del ser humano en sociedad, en ese conflicto inevitable entre vida pulsional y socialización, con el concomitante surgimiento del sentimiento de culpa debido al renunciamiento a la agresividad".* (Perrés J., 1998, p.10)

Freud era escéptico en cuanto a la naturaleza humana, y era reticente a creer en las posibilidades de un cambio social profundo. El mundo (la realidad) tenía para él algo rígido, un núcleo insuperable, que se enfrentaba a la pulsión de muerte, alojada en la psiquis humana, y Freud desconfiaba de las posibilidades de transformarlo, *"construyendo en su lugar un nuevo mundo en el cual queden eliminados los rasgos más intolerables, sustituidos por otros más adecuados a los propios deseos. Quien en desesperada rebeldía*

adopte este camino hacia la felicidad, generalmente no llegará muy lejos, pues la realidad es la más fuerte". (Freud S., 1930, p.81)

La realidad es para Freud como una piedra dura, invulnerable, contra la cual rebelarse es un acto desesperado. El escepticismo de Freud a este respecto es profundo: no se ahorra calificativos para descalificar a los "rebeldes desesperados" que quieren construir un mundo acorde con sus deseos. Se detiene sobre "*el caso en que numerosos individuos emprenden juntos la tentativa de procurarse un seguro de felicidad y una protección contra el dolor por medio de una transformación delirante de la realidad*". (Freud S., 1930, p.81)

Para él esos intentos de transformar la sociedad, a pesar de reconocer la injusticia presente en ella, están destinados al fracaso por chocar contra la pulsión de muerte. Ahora bien: ese escepticismo no le impidió con el psicoanálisis, avances concretos, modificaciones importantes, replanteos acerca del funcionamiento de la psiquis, también respecto de la terapéutica, de sus condiciones y objetivos, etc.

Lo suyo no pasaba en absoluto por una actitud de ignorancia o de indiferencia frente a la injusticia social. Los "rasgos intolerables" y el "dolor" que caracterizan a las relaciones sociales y políticas dominantes no se le escapaban. Siempre se mostró atento a ellos, y es justamente por ellos, por el "malestar" que detectaba en "la cultura", que emprendió la tarea de aplicar sus descubrimientos a investigar las componentes subjetivas de los sistemas de dominación. En ese sentido tuvo incluso, según señala Volnovich, la claridad necesaria como para reconocer los efectos que generan los sistemas de dominación y la necesaria identificación al opresor. (Volnovich J., 1999)

De modo que sus esfuerzos por explicar ciertos hechos culturales y sociales dan cuenta suficiente de la conciencia que tenía en cuanto a los límites de su propia teoría y de la necesidad de expandir el conocimiento hacia otras áreas de la experiencia humana. No obstante, su ubicación social y sus objetivos no le permitieron ver en los intentos de "construir un nuevo mundo", de "transformar la sociedad", otra cosa que un destino fracasado.

Abordaremos más adelante las implicancias reales de lo que se suele caracterizar y denominar como el "carácter revolucionario" del psicoanálisis, que Freud sostenía de algún modo, aunque ciertamente no en el sentido de los aportes que éste podría hacer a una revolución social. De hecho, aunque esa fórmula sea un verdadero tópico entre los psicoanalistas, Castel afirma que "*el psicoanálisis ha aportado lo que tiene que aportar, y seguramente seguirá haciéndolo, dejando prácticamente inalteradas las relaciones sociales, los modos de vida concretos, las prácticas de la vida cotidiana entre sujetos sexuados*". (Castel R., 1980, p.91)

Esa "revolución" deberá buscarse entonces, si acaso se quiere mantener el término, en otro lado, y no entre las relaciones intrapsíquicas, que el psicoanálisis investiga. Para Castel, "*el psicoanálisis, en el mejor de los casos, sólo puede hablar de emancipación, de liberación, etc., dentro del marco de una aventura personal*". (Castel R., 1980, p.15)

3.3.- EL PSICOANÁLISIS: EL IMPACTO DE LA REALIDAD SOCIAL

3.3.1.-El investigador, el analista

Un crítico del psicoanálisis y de su método, Karl Popper, sostiene que *"la objetividad se halla íntimamente ligada al aspecto social del método científico, al hecho de que la ciencia y la objetividad científica no resultan (ni pueden resultar) de los esfuerzos de un hombre de ciencia individual por ser «objetivo», sino de la cooperación de muchos hombres de ciencia"*. (Popper K., en Baranger D., 2004, p.172)

Este criterio, que aparta a la objetividad de las pretensiones de "imparcialidad" (aspiración que implicaría la deshumanización del observador o concebirlo como "des-socializado") para acercarla a una suerte de resultado estadístico surgido de la integración de muchos puntos de vista diferentes (y tanto más aproximado cuanto más se acerque la muestra a lo que pide el enunciado de los "grandes números"), abre las puertas del planteo de "objetividad" a la sociedad y a la historia.

Desde esta óptica ya no se busca mantener alejada a la subjetividad del investigador - pretensión ilusoria e inútil - sino a equilibrarla por medio de la inclusión de otras subjetividades equivalentes. Sociedad e historia construyen así una "objetividad" que incluye los conflictos y reemplaza la "imparcialidad" por una "parcialidad múltiple" que daría cuenta exacta de las relaciones de fuerza en cada momento.

Sobre el tema de la objetividad, al psicoanálisis se le plantea un problema relevante; no poder contentarse con una mera repetición de las consignas genéricas que se aplican en otras ciencias, por "duras" que éstas sean y por mucho prestigio que ostenten. La necesidad de circunscribir el objeto, alejando en lo posible las perturbaciones que las "proyecciones individuales" producen, de *"saber como objetivar la relación al objeto de modo tal que el discurso sobre el objeto no sea una simple proyección de una relación inconsciente al objeto"*. (Bourdieu P., en Baranger D., 2004, p.181)

Esta tarea exige un análisis profundo de las relaciones e implicaciones entre sujeto (investigador, analista) y objeto (fenómeno, paciente), y de ambos con el marco de referencias inmediato de la observación (teoría, encuadre) y aún más allá, con el contexto histórico-social, determinante último de las condiciones de existencia y desarrollo de cada uno de esos elementos.

En otras palabras, requiere de un trabajo detallado sobre la transferencia y la contratransferencia, capaz de penetrar la complejidad de implicaciones recíprocas y de filtrar las interferencias, que no son "impurezas" sino el material mismo que permite el análisis, para generar el proceso de conocimiento. En ese sentido, cuando Bachelard señala que "*si el conocimiento consiste en la implantación de relaciones entre el sujeto y el objeto, y si la objetividad es una conquista sobre la subjetividad original, toda ciencia en estado naciente y todo espíritu en vías de formación encontrarán obstáculos en su marcha hacia la objetividad*", (Bachelard G., citado en Baranger D., 2004, p.177)

Es necesario matizar el significado esencial y quizá el carácter de "conquista" atribuido a la objetividad, ya que ella sólo puede ser una meta en la medida en que sepamos que es en los obstáculos que dificultan el camino del conocimiento donde habita lo más significativo de las relaciones entre sujeto y objeto y que de lo que se trata no es de evitarlos, sino de hacerlos hablar, de estar atentos a lo que los llevó a adoptar esas formas, de averiguar por qué se organizaron de esa y no, de otra manera.

Desde un inicio todo conocimiento está atravesado ("contaminado") por el observador mismo, con todo lo que éste incluye en cuanto implicaciones sociales, políticas y culturales. Para Bachelard, "*la primera objetividad, el contrato espontáneo e inmediato que el espíritu establece con el objeto, en una palabra el conocimiento sensible, es un acercamiento cargado de proyecciones individuales. El papel del psicoanálisis es hacernos tomar conciencia de este hecho*". (Bachelard G., en Baranger, D.,2004, p.177)

En rigor es necesario señalar que tampoco el mismo psicoanálisis está exento de esta "contaminación": a lo sumo tiene conciencia de ello y puede así mantenerse atento a sus efectos, eludiendo las trampas que lo manifiesto siembra en el camino del conocimiento. De hecho, para Bourdieu, "*cuanto más «realista» sea la descripción de la*

práctica científica, menos accesible será la consecución de la objetividad". (Bachelard G, en Baranger D., 2004, p.167)

La llamada “interferencia del observador en la observación” es ya un tópico en las ciencias, y no solamente en las "sociales". Ni siquiera las ciencias "duras", aparentemente blindadas en su método, ignoran hoy que la observación que contiene el dispositivo y el instrumento, pero también al observador mismo, su ubicación en el mundo y las teorías en las que se apoya, alteran la escena y perturban el objeto de estudio.

En las "ciencias humanas" -y en el psicoanálisis, esto asume incluso un rol protagónico- esta comprobación es aún más obvia. Bourdieu expresa que *"el sociólogo [en nuestro caso diríamos: "el psicoanalista"] debe esclarecer lo que su práctica le debe a su posición social, en cuanto a lo que ve y no ve, lo que hace y no hace..."*. (Bachelard G, en Baranger D, 2004, p.181)

Su "ser social" (para usar la terminología de Marx) es en efecto lo que determina su capacidad de ver y de actuar, engendra los instrumentos y conocimientos de los que se vale, alimenta los propósitos que lo alientan, define los criterios de verdad que guían sus pasos y fija las normas y valores con los que evaluará los resultados obtenidos.

Además, en el mismo sentido de lo que decía Marx en la décima de las *Tesis sobre Feuerbach*, Grüner señala adecuadamente que, en el caso del psicoanálisis, éste *"no se reduce a ser una simple teoría, sino que su propia riqueza teórica deviene de su presupuesto filosófico y práctico de que el conocimiento es inconcebible fuera de la transformación material de la realidad, transformación que es en última instancia la que constituye el propio objeto de conocimiento"*. (Grüner E., 2002, p.68)

Esta exigencia implica la manera particular de relacionarse con el objeto de conocimiento que es característica del psicoanálisis, manera que se apoya justamente, por la vía del análisis de la transferencia y de la contratransferencia, en el papel que asumen los vínculos sujeto-objeto analista-paciente, en la producción de conocimiento y en la transformación de la realidad subjetiva.

En cuanto a la implicación del contexto histórico-social en la producción del conocimiento, ya provenga de las condiciones "objetivas" de la investigación o de las que se implican en ella por el través de los agentes, es constitutiva de toda práctica social, extensiva a cualquier producto o conocimiento, y representa en última instancia nada más y nada menos que el medio por el cual éstos resultan incluidos en la historia. Queda en pie el hecho de que *"al control objetivo no se llega más que por la vía del control social"*. (Bachelard G., en Baranger D., 2004, p.71) Ese control (que no tiene por qué coincidir necesariamente, con la suerte de "media estadística" que proponía Popper), es el que pasa al objeto de investigación por el filtro social. Todo lo cual no impide constatar junto con Bourdieu que *"la ciencia funciona, en una gran medida, porque se logra hacer creer que funciona como se dice que funciona"*.(Bourdieu P., en Baranger D., 2004, p.174)

La "objetividad" proclamada termina por ceder el paso ante la creencia. Esto nos devuelve al campo de la subjetividad, de la ideología y del inconsciente.

3.3.2.- La ideología: ¿dependencia o liberación?

El primero de los obstáculos que se alzan tradicionalmente frente a la "objetividad" científica, el primer agente "contaminante" para toda teoría es el de la ideología, en cuanto la existencia de ésta representa aceptar el sesgo, admitir que el panorama observable depende del punto de vista del observador, y renunciar entonces a las pretensiones de totalidad y de "universalidad" de lo observado. La asunción de esta perspectiva, puede dar lugar a reconocer la necesidad "objetiva" de asumir el lugar desde el cual se trabaja y se piensa. Sin embargo, esta toma de partido supone una óptica que tome en cuenta el atravesamiento inevitable del conflicto social y la contradicción histórica en toda empresa de conocimiento. La única "objetividad" atendible sería aquella que no esconde sus valores, sino que asume conciente y explícitamente los supuestos que la sustenta.

La sociedad, desde la hegemonía generada a partir de las clases dominantes, intenta disimular su ideología detrás de una aparente prescindencia que se apoya en la

naturalización ilusoria de las relaciones sociales existentes para ocultar sus orígenes y sus propósitos, proponiendo como modelo una ciencia —un conocimiento— "incontaminada" por la realidad histórico-social, en la que todo lo referido a los conflictos y tensiones que en ésta actúan queda reprimido. Esto no significa evidentemente que estos conflictos desaparecen o dejan de actuar; más bien pesan, cargan, marcan toda práctica y todo pensamiento. La diferencia consiste en las posibilidades que ofrece saberlo, hacer explícita la posición que el investigador asume ante ellos y asumir las consecuencias que de ello se derivan, tanto en el nivel social como en el de la producción del conocimiento. La "prescindencia" —como en todo— no es neutra como se pretende, sino mera sumisión a la ideología dominante, aceptación acrítica de las condiciones existentes. En este sentido, Loureau señala que toda epistemología, toda ética en las ciencias de la materia, de la vida, del hombre, están, de ahora en más, cubiertas por el paraguas del comercio mundial a modo de "gran novela". En fin, es la ideología dominante, hegemónica —la del mercado, de la "circulación", como decía Marx en La cuestión judía— la que se impone en el laboratorio, como en el terreno o de cara a las nuevas escribanías electrónicas. Los paradigmas o los proyectos políticos, los programas de investigación o de acción por esto y contra aquello, están ajustados al mismo Referente, al mismo interpretante último: la democracia ya no es el fin a alcanzar, la libertad no es más una causa vital; son las condiciones de instalación y mantenimiento de una libre circulación del capital, de la mercancía". (Loureau R., 2001)

Éste es el marco contextual dentro del cual se inscribe toda práctica, todo conocimiento. Marco conflictivo, opaco, donde las causas y los mecanismos responsables del conflicto histórico y del sufrimiento social se encuentran reprimidos y se manifiestan bajo las diversas formas de "malestar social", las cuales pueden llegar hasta el estallido colectivo, por un lado, y el trauma psíquico por el otro. (Dejours C., 2006)

Al respecto, Zizek sostiene que "*lo que se «reprime» no es un origen oscuro de la Ley, sino el hecho mismo de que no hay que aceptar la Ley como verdad, sino únicamente como necesaria*". (Zizek S., 2003, p.67)

Así, lo que se naturaliza de las relaciones sociales sería sobre todo su aspecto mutable, convirtiendo a la Ley en "esencia", reprimiendo a la historia en tanto marco

general, y no solamente como genealogía específica. El psicoanálisis en tanto teoría y práctica no puede mantenerse indiferente, no ser impactado ante los efectos de las implicaciones que produce la realidad sobre el sujeto, tanto en lo que respecta al analista - como sujeto, pero además (y sobre todo) como terapeuta- como también al paciente, el que de alguna manera lo manifiesta en sus síntomas. De hecho, el "principio de realidad", al que el psicoanálisis le asigna un rol de primera importancia en la economía psíquica, se cuenta entre sus postulados teóricos fundamentales. Así y todo, la "realidad" —lo que ésta representa e implica— es objeto de debate, dentro y fuera del psicoanálisis. Zizek, citando a Lacan, afirma que *"la «realidad» es una construcción de la fantasía que nos permite enmascarar lo Real de nuestro deseo"*. (Zizek S., 2003, p.76)

De hecho, en la fantasía, el mundo histórico-social se desmaterializa, y sólo asoma en las huellas que ha dejado en el inconsciente del sujeto. Sin embargo, *"desde una perspectiva materialista (histórica), lo real (tomado ahora en un sentido amplio, aunque siempre distinguido de la «realidad»), sigue existiendo más allá y más acá de su percepción y/o de su constitución por el discurso"*. (Grüner E., 2002, p.102)

Robert Castel nos señala que *"el núcleo prosaico"* que organiza la existencia humana: *"el cuerpo (biología), las necesidades (economía), la violencia social (política)"*, existen siempre aunque se nos presenten bajo la forma de un discurso, actúan desde su ineludible materialidad.

Es en ese sentido que Caruso señala que *"los factores sociales, económicos, políticos e ideológicos no pueden reducirse simplemente a factores psicológicos. Un «tratamiento psicológico» de una ideología social, sería una ilusión peligrosa, sería un totalitarismo disfrazado"*. (Caruso I., 1966, p.209)

Circunscribir lo real a la realidad psíquica y al deseo inconsciente sólo puede cerrarnos el camino de su conocimiento y desembocar en la represión de una parte fundamental de lo que nos constituye. Por eso cuando Zizek afirma que *"el nivel fundamental de la ideología (...) no es el de una ilusión que enmascare el estado real de las cosas, sino el de una fantasía (inconsciente) que estructura nuestra propia realidad social"*, (Zizek S., 2003, p.61) reafirma la noción de que no es la ideología —y mucho

menos como ilusión o fantasía inconsciente— la que estructura nuestra realidad social, sino la inversa. En todo caso, es la manera cómo esa realidad social se inscribe en nuestro cuerpo (es decir: en nuestra mente) - el modo en que se organiza su forma subjetiva - lo que pone en juego los mecanismos inconscientes y se estructura en forma de ideología, de fantasía, de discurso.

Reducir la ideología a una pura fantasía inconsciente, a una "relación imaginaria" con las condiciones reales de existencia, nos priva nuevamente -al reprimirlo- de todo lo que el concepto arrastra en cuanto a expresión consciente, a la "*elección de un bando*" como expresión de una voluntad libre, al reconocimiento de lo que esto significa en la definición del lugar que cada cual ocupa en el campo de la lucha social (e ideológica, en el sentido clásico) como condición esencial para no caer en equívocos "universalistas" que enmascaran posiciones y actitudes concretas tendientes a preservar - al deshistorizarlas - las condiciones sociales e ideológicas existentes. La ideología es un elemento fundamental en la relación del hombre con el mundo y con sus semejantes, subyace, de manera abierta o velada en cualquier acto humano y forma parte esencial de toda teoría.

3.3.3.- Psicoanálisis e ideología

El psicoanálisis no es un instrumento específico de análisis de la ideología pero ella forma parte de su objeto, y exige por tanto su atención. Para ello debe enfrentar el obstáculo de su propia implicación. A ello apuntan los Baranger cuando afirman que "*el psicoanálisis mismo es una ideología, en el sentido estricto como en el sentido amplio de la palabra*". (Baranger W. y M. 1969, p.104) El psicoanálisis consiste por un lado en un conjunto sistematizado de representaciones, y por el otro, representa una visión determinada sobre el mundo, una perspectiva de acción, un conjunto de valores que pueden regir la conducta. Poner en claro esta perspectiva, estos valores, permite construir un discurso en el que el mundo no está ajeno: el psicoanálisis y el psicoanalista se verán enfrentados a la necesidad de tomar posición, de "elegir su bando" frente a las cuestiones que afectan a su objeto de

conocimiento. Es decir que "*hay una ética psicoanalítica*" que asumir y declarar. (Baranger W. y M. 1969, p.104)

Es esta "incorporación del psicoanálisis" en el mundo y su asunción como producto histórico, la que hace que Castel denuncie "*el lugar privilegiado que ocupa hoy el psicoanálisis entre las ideologías dominantes y las instituciones de control social*". (Castel R., 1980, p.15) Con ello Castel se hace eco de una polémica cuya sola existencia podría también servir de testimonio acerca de la preocupación (del "malestar") que existe en su propio seno (la institución psicoanalítica) y de la atención que estos problemas suscitan entre los psicoanalistas. De hecho, la denominada "vocación revolucionaria" del psicoanálisis, tan invocada, no obligatoriamente lleva al reconocimiento de su implicación en la esfera de los conflictos histórico-sociales - en el plano de la revolución social, o al menos de la participación activa en los conflictos que atraviesan la sociedad - y bien puede quedar limitada, a lo sumo, a la esfera del análisis del inconsciente individual.

El psicoanálisis puede reconocerse revolucionario de todos modos, sin duda, en la medida en que derrumba el "*esencialismo del Sujeto moderno*" al que se refería Grüner (2002), pero "revolución" que deja más o menos intactas a las estructuras sociales, que no cuestiona y quizá ni siquiera roce la represión - incluso la que se lleva a cabo en el inconsciente - en cuanto ésta tiene de instrumento de control social. De hecho, la corriente más tradicional del psicoanálisis - la cual involucra a gran parte del movimiento psicoanalítico internacional - cierra su mirada frente a estas temáticas y escamotea la discusión conceptual sobre estos tópicos.

La negación de estas vicisitudes no cambia el hecho de que el psicoanálisis —por el solo hecho de ser un producto histórico-social— está atravesado ideológicamente y circunscrito desde el mundo extra-analítico. Los dispositivos cuidadosamente instalados por el encuadre - que retomaremos luego - procuran construir un marco que —al menos idealmente— debiera permitir al análisis concentrar su trabajo sobre el inconsciente del analizando, pero aún así no se puede soslayar el hecho de que "*la relación analizando-analista es, entre otras cosas, una relación ideológica, y la regla de abstención es*

contradictoria con la esencia misma de la relación interpretativa". (Baranger W. y M. 1969, p.105)

En efecto: donde reina la abstención no hay análisis. No hay tampoco interpretación que sea "neutra", desideologizada, aunque algunos psicoanalistas se empeñen en sostener un criterio de "prescindencia" como si ésta pudiera "poner entre paréntesis" (tal la fórmula empleada) a lo real extraanalítico. Sin siquiera entrar en el análisis de la situaciones más obvias pueden darse *"situaciones transferenciales y contratransferenciales muy complejas en el caso en que exista incompatibilidad ideológica entre analista y analizando"*. (Baranger W. y M. 1969, p.106)

De hecho, aún en condiciones de relativa "paz" social, el análisis puede enfrentarse (por ignorar o reprimir lo que el contexto histórico impone a todo sujeto y a todo vínculo social) a un fracaso (una imposibilidad) o convertirse directamente en iatrogénico, exponiendo al analista o al paciente (o a ambos a la vez) a riesgos importantes.

3.3.4.-El psicoanálisis, la política y lo social

En realidad, desde Freud mismo, el psicoanálisis ha reivindicado la dimensión social del sujeto, como queda claro en su postulado de que la psicología individual es simultáneamente psicología social (Freud S.,1921).

Aún más, lejos de ensimismarse en el abismo de la mente humana, Freud se sintió obligado a extender sus indagaciones más allá del psiquismo y del inconsciente individual para dar cuenta del "malestar en la cultura", asomarse a la "psicología de las masas", abordar las "ilusiones" religiosas, dar la palabra a los mitos, interrogar al arte y a la literatura de su propio tiempo y de épocas pasadas. Tampoco fue indiferente a la política, al menos en sus manifestaciones más generales o más extremas y a pesar de su escepticismo respecto de la posibilidad de eliminar el sufrimiento humano por la vía del cambio social (al que no dejaba de considerar positivo) dedicó profundas reflexiones a la guerra. En ellas

queda clara su actitud escéptica frente a la naturaleza del alma humana, de manera que *"su progresismo sin ilusiones no debería soñar con erradicar las pulsiones de crueldad y de poder, tanto las que dependen de lo cotidiano como las que desgraciadamente abundan en la historia"*. (Major R. y Tallagrand Ch., 2007, p.196)

Tampoco desdeñó elaborar (con la colaboración de William Bullit) un estudio biográfico sobre el presidente estadounidense Thomas Woodrow Wilson ("padre" de la Sociedad de las Naciones cuya figura despertaba en él una fuerte antipatía), trabajo en el cual eludió las tentaciones de una psicobiografía para exponer *"la continuidad entre los sueños mesiánicos de un hombre llegado al poder y la fantasía de deseo de un pueblo"*. (Major R. y Tallagrand Ch., 2007, p.192)

Señala Perrés que Freud, en especial, *"y también sus primeros discípulos, se confrontaron críticamente a la sociedad, a la cultura, para hacer una lectura psicoanalítica de ella, a partir del estudio de los efectos del inconsciente. La preocupación por la relación individuo/sociedad (exigencias impuestas por la cultura a la vida pulsional, sometimientos a las normas para la vida en sociedad, etcétera), existió siempre en el joven Freud pudiendo encontrársela en sus intercambios epistolares"*. (Perrés J., 1998, p.5)

Este interés, siempre crítico por "la cosa social", que lo llevaba a intentar el abordaje de las implicaciones del inconsciente en la sociedad, estuvo siempre presente en el movimiento psicoanalítico, e incluso después de la institucionalización de éste y el afianzamiento de las corrientes que buscaban (con éxito, en muchos casos) desviar su rumbo hacia un cauce de "adaptación" social. A pesar de ello, el espíritu original, el soplo vital renovador (y ciertamente contestatario) insuflado por Freud nunca dejó de hacerse sentir.

Como explicita Rozitchner, *"Freud (...) mostrará que dentro del campo llamado «subjetivo» persisten, como categorías descriptivas de su comprensión y funcionamiento, las categorías presentes en el orden represivo social"*. (Rozitchner L., 2003, p.19)

Esta persistencia remite a una circulación. Entre sujeto y sociedad se anudan lazos y se establecen vasos comunicantes, correas de transmisión, canales por los cuales circula el orden social tal como éste se inscribe en los sujetos. Los modos de circulación de ese orden se apoyan, son modelados por el primer núcleo de inclusión social al que el hombre se incorpora: la familia. Es ella el instrumento fundamental de la transmisión del vínculo social. Ahora bien, para Freud *"el vínculo social, lejos de ser explicable por la existencia de una única y «gran» familia, isomorfa o similar a la célula familiar propiamente dicha, se mantendría como una cadena interminable de «vínculos libidinales» que van especificándose al distanciarse de la célula familiar, conservando una relación constante con esta"*. (Loureau R., 2001, p.157)

De tal manera se pone en evidencia que ese vínculo no corresponde a una homología de formas producto de una "esencia" única inmanente (lo que sí permitiría afirmar el vínculo como un hecho "natural" y ahistórico), sino que depende de las condiciones de tiempo y lugar que le son propias. En ese sentido, *"lo que está estructurado libidinalmente no es la «sociedad» como vasta organización de los posibles, sino cada eslabón constitutivo del vínculo social"*. (Loureau R., 2001, p.157)

No es pertinente buscar entonces una "libido social", sino determinar los canales por los que la libido circula entre los distintos sujetos, las mediaciones y atravesamientos que la marcan y las modalidades que va asumiendo, para entender las maneras en que todo esto va dejando sus huellas, dando forma particular al vínculo social.

Rozitchner afirma que, *"en Freud se trataría de explicar la estructura subjetiva como una organización racional del cuerpo pulsional por imperio de la forma social"*. (Rozitchner L., 2003, p.19)

Ahora bien, esa forma social, organizadora de la estructura subjetiva, obviamente no puede ser ignorada en el análisis. Para que éste pueda tener lugar y que ese lugar no sea ocupado por un cierto simulacro *"se hace necesario articular los puntos de continuidad y de ruptura entre el conflicto psíquico y el conflicto social, los umbrales en donde se marcan la entrada y la retracción de lo político, dónde se neutralizan las relaciones del sujeto a la ley y las relaciones de la ley a la legitimidad del deseo"*. (Major R., 1984, p.6)

En este sentido, si lo que está reprimido en la sociedad y en el individuo (y por la sociedad en el individuo) es que no hay que aceptar la Ley como verdad, sino únicamente como necesaria para que el análisis sea digno de ese nombre esta cuestión no puede quedar omitida, no puede soslayarse. (Zizek, 2003) De hecho, *"para llegar a este punto el psicoanálisis debe romper con la ilusión de estar dissociado de lo jurídico"*. (Major R., 1984, p.6)

En efecto, esas ilusiones, si se mantienen, pueden encandilar al psicoanalista, nublar su visión, obnubilarlo. La Ley siempre se hace presente en la escena analítica, haga lo que haga y piense lo que piense cualquiera de los miembros de la pareja analítica. Está presente en la manera en que está hecha carne en el psicoanalista y en el paciente, en la forma en que está implicada en la teoría y en la técnica psicoanalíticas. Olvidarlo implica cerrar los ojos nada menos que ante el instrumento de represión por excelencia.

En ese sentido se ha señalado que *"la responsabilidad individual frente al Superyó puede ser enteramente «falsa»"*, y que *"el Superyó es una «instancia» socialmente troquelada"*. (Caruso I., 1966, p.31)

Ese "troquelado social" no puede ser soslayado en el análisis, a menos de convertir al Superyó en un producto autónomo, en una "esencia" eterna del "alma" humana, inmarcesible e inmóvil. En el acto analítico, como vemos, se entrecruzan las implicaciones. Los *"puntos de continuidad y de ruptura"* entre el conflicto psíquico y el conflicto social, las implicaciones políticas y sociales de analista y paciente, atraviesan tanto a la transferencia como a la contratransferencia, con la dificultad agregada que señala Waisbrot (siguiendo a Alaugnier): *"el discurso social cumple una función identificante, que es la esencia del «contrato narcisista», al que Piera Alaugnier postuló como el fenómeno más difícil de analizar, en tanto implica a ambos miembros de la escena analítica"*. (Waisbrot D., 2002, p.100)

La necesidad simultánea de mantenerse atento (cerca) y de tomar perspectiva (distancia), de las condicionantes histórico-sociales implicadas en el acto analítico, eludiendo las propuestas (las trampas) identificatorias que surgen tanto desde el medio social e histórico como desde el mismo paciente (y desde el analista) para concentrarse en

el deseo inconsciente de aquel sin caer en un reduccionismo negador de lo que el mundo material pone en el camino del análisis, obliga al analista a extremar precauciones, y la consigna de mantener en la escucha analítica una "atención flotante", necesaria para dar lugar a un diálogo que no caiga en aleccionamiento, puede mostrarse a veces insuficiente para ello.

3.3.5.- De los "deberes sociales y políticos" del psicoanálisis

Si el psicoanálisis está implicado en su relación con la realidad y el mundo, es lógico que se le reclamen actitudes acordes a esto, es decir, que se le marquen ciertos "deberes". Habrá quienes desde su propia visión ideológica le piden al psicoanálisis (y al psicoanalista) un compromiso activo con las luchas sociales y de liberación. Habrá otros que desde el otro extremo le asignarán funciones adaptativas, es decir orientadas hacia el control social y la sumisión de las disidencias. Aunque ambas alternativas sean ideológica y prácticamente posibles (y de hecho ambas encuentran sus defensores), no son en absoluto equivalentes desde el punto de vista del psicoanálisis. Convertir a éste en un instrumento de promoción de las posiciones sociales y políticas del analista - sean cuales fueran - representa un avasallamiento de la intimidad del sujeto, imperdonable éticamente e incompatible con los postulados esenciales que hacen posible el psicoanálisis. Pero la negación de lo social y político o su inclusión en el análisis marcan también una divisoria de aguas.

Las incompatibilidades ideológicas entre analista y paciente pueden sin duda complicar el análisis de la relación transferencial, e incluso imposibilitar la tarea analítica, en la medida en que el terapeuta pierda la posibilidad de manejar su propio deseo inconsciente de modificar al paciente en una determinada dirección o no quiera "hacerse cómplice" de lo que representa su paciente, o, inversamente, cuando el paciente no se sienta en condiciones de hablar y asociar libremente frente a su analista. Sin embargo, es poco frecuente llegar a semejantes extremos, tanto paciente como analizado suelen hacer una

selección previa, y en general, las diferencias que pudieran surgir no llegan a ser tan conflictivas. Sin embargo, la negación de la dimensión colectiva del sujeto no es neutra.

La tarea de Freud en cuanto pionero para "abrir el camino" en esa dirección nunca fue abandonada por el psicoanálisis. La presencia de lo colectivo a cada paso en el análisis era demasiado obvia, y era necesario un esfuerzo consciente y continuo de negación para apartarlo. Aún en lo más íntimo de la consulta, *"de los problemas que cotidianamente nos presentan nuestros enfermos, vamos entrando, insensiblemente, querámoslo o no, a los de la familia, la comunidad, del país y del mundo, en el que estamos inmersos"* (Bermann, 1964, p.241-2). Por cierto que en gran parte de las instituciones psicoanalíticas, se ha hegemonizado la tendencia de no considerar estos elementos actuando en la relación terapéutica, limitando las intervenciones "sociales" del psicoanálisis casi exclusivamente a las improvisaciones mediáticas de algunos de sus miembros, sin profundizar seriamente la investigación ni hacer ningún intento por redirigir la escucha en dirección del "discurso social".

Como relata Emilio Rodrigué: el intento de dar un mayor sentido social al psicoanálisis, sirvió para socializarlo (eso era y sigue siendo importante). Pero socializar no quiere decir entender lo social. Ahí según Rodrigué, estaba el error. (Rodrigué E., en Martínez B.,C., 1970) Lo social seguía manteniéndose básicamente impenetrable al psicoanálisis. Pero al menos se lo había traído a la superficie, se lo volvía a hacer visible.

Algunos adoptaron una posición de franco escepticismo respecto de las posibilidades de avanzar en la tarea. Castel, que no hace una oposición cerrada y sistemática al psicoanálisis, sino que delinea con seriedad y respeto una serie de objeciones tanto a nivel de la teoría como de la práctica, sostiene, en particular, que *"en cuanto tal, el psicoanálisis oculta siempre los problemas sociopolíticos"*. (Castel R., 1980, p.11)

La fórmula es taxativa: para Castel la ocultación no es ocasional ni depende de una aplicación defectuosa de la teoría: sucede "siempre". De manera que, en la medida en que resulta imposible (desde el psicoanálisis), percibir con suficiente nitidez los problemas sociopolíticos, solo cabe deducir que *"los sostenedores de una revolución por el psicoanálisis tienen realmente una concepción idealista de la revolución, de la historia y*

de la sociedad" (Castel R., 1980, p.95). La "revolución por el psicoanálisis" ha sido, en efecto, una aspiración (incluso una inspiración) para muchos psicoanalistas que sintieron la necesidad de comprometerse con las luchas y conflictos sociales e históricos que atravesaban sus vidas. Aspiración utópica, sin duda (omnipotente quizá), pero que puso sobre el tapete la necesidad de nuevos desarrollos teóricos, de explorar con el instrumento conceptual desarrollado por el psicoanálisis regiones nuevas, tanto en el interior del inconsciente como fuera de él.

No es que el psicoanálisis haya sido por completo estéril desde el punto de vista social, a pesar de las limitaciones mostradas por Castel en cuanto a sus reales efectos sobre las relaciones sociales, los modos de vida concretos, las prácticas de la vida cotidiana de los sujetos. Para Gregorio Barenblit, *"aquellos atributos definitorios del hombre, aquellos que lo hacen tal, se adquieren en el proceso de socialización, luego el terapeuta encargado de curar al hombre enfermo cura la parte de la sociedad que está incluida en la esencia del hombre mismo"*.(Barenblit G. en Bermann G., 1964, pp.241-242) Cura parcial, limitada, puntual. Pero "terapia social" al fin, aunque sea a escala "micro". En esas condiciones, es cierto, alcanzar algún efecto a proporción de la sociedad se presenta como un trabajo de hormiga, inacabable, interminable; quizá irrealizable. Y (además y sobre todo) limitado por la falta de sistematización de las condiciones necesarias de escucha, de elaboración de los conceptos capaces de dar cuenta de lo observado en ella y de su organización en un cuerpo teórico organizado. Ahora bien: sin avanzar en estas tareas es difícil ampliar las miras del psicoanálisis y desarrollar el alcance de sus conocimientos y efectos sociales. Es difícil ver más allá de la "luz indirecta" que proyecta la sociedad sobre el inconsciente, iluminar la realidad social y política de frente, en lugar de percibirla solo "a través de su reverso".

Sin embargo, (aún para Castel, cuyas críticas no le impiden reconocer en el psicoanálisis un valioso y renovador instrumento terapéutico y de investigación del inconsciente) el psicoanálisis *"es capaz, de cierta manera y en ciertas circunstancias bien precisas, de liberar al individuo de ciertas restricciones sociales"* (por la vía de *"nuevos investimentos que expresarían la lógica de su deseo más bien que el peso de los determinismos políticos y sociales"*) (Castel R., 1980, p.95).

Así, al menos se alcanzarían ciertos resultados (del orden al que se refería Barenblit) a nivel de las relaciones entre el individuo y la sociedad, un relativo "desplazamiento de los límites" entre ellos, un replanteo en beneficio de una mayor libertad del sujeto.

En realidad, la "vinculación" social del psicoanálisis cuenta hoy con instrumentos más diversificados. Por un lado, por el desarrollo de una serie de prácticas terapéuticas (terapias de grupo, de pareja, de familia, psicodrama, etc.) en las cuales se aplica la teoría psicoanalítica, pero que llevan a planteos técnicos distintos, y por el otro, por la participación (escasa) de psicoanalistas en instituciones asistenciales —públicas o privadas— que presentan condiciones distintas y apuntan a un público bastante más diversificado que el que tiene acceso al consultorio privado.

En ellas el psicoanalista se ve obligado —no siempre de buen grado, y en un contexto a menudo desfavorable, es cierto—, con efectos potencialmente benéficos en cuanto a la flexibilización del dispositivo de escucha, a llevar adelante la tarea terapéutica por fuera de las reglas de encuadre convencionales, aunque mantenga el abordaje de la situación desde la teoría psicoanalítica. En todos esos ámbitos, el psicoanalista tiene la ocasión de entrar en contacto con realidades distintas, de ampliar su escucha, de investigar más allá del dispositivo clásico de encuadre.

En esa tarea, el psicoanalista con vocación social se encuentra enfrentado a los adversarios que el psicoanálisis ha ido acumulando en su historia. Juan Carlos Volnovich señala el *triple embate de los psicoanalistas vinculados a los programas sociales: con el Estado y los aparatos de poder societario políticos, económicos y subjetivos; la propia corporación psicoanalítica y finalmente la inscripción del psicoanálisis en el imaginario social como un tratamiento para una élite de personas inteligentes, o sea de la burguesía. En ese contexto, los psicoanalistas, en su devenir político-social perciben claramente el cambio que sufren en su implicación: son psicoanalistas y militantes de una causa*" (Volnovich J.C, 2003).

Si la implicación social del psicoanálisis se revela a la vez necesaria y problemática, la actuación política tampoco le ha sido ajena, aunque siempre se trató más bien de atender

a la política interna, a los conflictos que tenían lugar dentro de las instituciones, o bien de disputas entre ellas.

La presencia del psicoanálisis en la política ciudadana ha sido siempre manejada desde las instituciones, y ha estado caracterizada por su carácter más bien episódico y (las más de las veces, incluso con Freud) por estar cargada de oportunismo. En cambio, desde el campo teórico, la discusión política del psicoanálisis (y dentro de él) ha sido continua. Desde algunos sectores se le reclamó una participación activa (en línea con su "vocación revolucionaria") en los conflictos sociales, o, por el contrario, se lo acusó de cumplir una función esencial en la reproducción del sistema de dominación.

La "disputa por el sentido", "sobredeterminada por la lucha de clases", fue de hecho particularmente visible en el psicoanálisis, y su enfrentamiento o alianza (desde la teoría y la práctica) con las políticas orientadas a la "liberación" del hombre o a producir una revolución social, ha sido objeto de conflictos y polémicas, en particular con el marxismo.

3.3.6.- Marx y Freud

En la relación entre el pensamiento marxista y el psicoanálisis, Castel diferencia tres períodos, caracterizados por los cambios en la valoración que desde el marxismo se hacía de la teoría freudiana. Señala en ese sentido que *"las principales etapas de esta dialéctica fueron: la condena por razones estratégicas de acuerdo con la línea «dura» del partido comunista; la fascinación nostálgica en el freudomarxismo; la delimitación de las esferas de jurisdicción por el intelectualismo althusseriano. Eliminación del contenido del psicoanálisis en el primer caso, confusión de sus diferentes elementos en el segundo, purificación de su núcleo de «cientificidad» en el tercero"* (Castel R., 1980, p.232) con el cual culminaría el "giro académico".

La "dialéctica", en este caso, parece más bien marcada por la mirada marxista. El psicoanálisis, desde su teoría del inconsciente, no opinaba sobre el marxismo, aunque su

utilización con fines "adaptativos" implicara una toma de partido frente a la problemática social y política a la que el marxismo remite. En realidad esta mirada, en muchos casos, era proyectada desde las reflexiones de analistas que se reivindicaban marxistas y aspiraban a establecer puentes y puntos de contacto entre ambas teorías, incluso en contra de las posiciones tanto de los partidos en los que militaban como de las que avalaban las instituciones psicoanalíticas a las que adherían. No nos proponemos aquí hacer una historia de la relación entre el pensamiento de Marx y el de Freud, ni entrar en el detalle de las polémicas a las que dio - y sigue dando- lugar. Intentaremos tan solo marcar algunas cuestiones de interés que de ellas se desprenden, en virtud de los vínculos con los objetivos de esta tesis

Los puntos de contacto entre ambas teorías existían, sin duda, pero los puentes debían ser contruidos. Como señala Igor Caruso, *"las relaciones familiares reflejan relaciones de clases. El psicoanálisis clásico se limitó al primer miembro, mientras el marxismo se concentraba exclusivamente en el segundo. Los mecanismos de defensa traducen en el lenguaje del destino individual las tensiones colectivas y los dinamismos sociales; en el lenguaje de Marx, las relaciones de clase"*(Caruso I., 1966, p.198)

El aparato psíquico del sujeto responde desde su inconsciente a las situaciones que le impone su existencia social. Así, en cada situación se hace presente el "Jano bifronte", que expresa el "lado colectivo" y el "lado individual" del sujeto, y puede ser estudiada desde uno u otro lado con los instrumentos desarrollados por Marx y por Freud. Pero esos instrumentos - que apuntan a aspectos diferenciados, aunque no autónomos, de esa situación- apelan a conceptos, métodos e incluso lenguajes distintos, llevando así a conclusiones cuya conexión no son evidentes. La posible compatibilidad - al menos, la falta de contradicción- de los conceptos desarrollados por uno y otro queda oculta detrás de enunciados que a veces aparecen formulados en lenguajes muy diversos.

Por otra parte, la "interfase" entre ambas teorías, se expone a los riesgos de toda traducción: *traduttore - tradittore* es un lema que da buena cuenta de las dificultades que envuelve toda traslación (toda *interpretación*): en última instancia es una "transposición" en

la cual siempre se pierden (se censuran, se deforman, se ocultan) jirones de sentido cuya recuperación exige un análisis específico.

A Freud, por su parte, no podría ubicársele como un opositor al marxismo, pero cuestionaba la ilusión de que la revolución hiciera desaparecer los conflictos sociales: *"Yo opino que mientras la virtud no sea recompensada ya sobre la Tierra, en vano se predicará la ética. Parece también indudable que un cambio real en las relaciones de los seres humanos con la propiedad, aportará aquí más socorro que cualquier mandamiento ético; empero en los socialistas, esta intelección es enturbiada por un nuevo equívoco idealista acerca de la naturaleza humana, y así pierde valor de aplicación"* (Freud S., 1930, pp.138-139). Aceptación entonces de la necesidad del "socorro" que sólo la transformación de las "relaciones entre los seres humanos" podría ofrecer, pero escepticismo en cuanto a sus posibilidades prácticas de "aplicación". Como ya fue planteado, Freud encontraba en la "pulsión de muerte" un obstáculo insalvable para consumir ese "cambio real".

Ulloa señala al respecto que *"Freud no contó con la experiencia de una praxis concreta en el campo social. Doy al término praxis todo el valor que un post-freudiano (Lacan) le asignaba: trabajar lo real desde lo simbólico"*.(Ulloa en Carpintero E., 2004, p.29)

Su experiencia en ese orden se limitaba a la defensa del carácter científico del psicoanálisis y a la organización institucional que instalara su voz en el mundo. En esas condiciones, su mirada no podía menos que ser restringida. Su visión estaba enfocada sobre el inconsciente - destinada su comprensión, fundamentalmente a lo individual- y el campo social quedaba fuera de foco.

Sin embargo, los puntos de anudamiento no son de despreciar. Para Rozitchner, *"el redescubrimiento en Freud del propio cuerpo como determinado libidinalmente por los otros es paralelo al descubrimiento de Marx del hombre ligado necesariamente con la naturaleza como cuerpo común, como el «cuerpo objetivo de su subjetividad» que le fue escamoteado. En ambos casos la recuperación del campo de objetivación y producción material se convierte en el índice de lectura de la racionalidad que tiene forma «orgánica», es decir forma «hombre"* (Rozitchner L., 1972, p.343)

A partir de estas coincidencias - o convergencias - sería posible pensar en la posibilidad de construir puentes que den cuenta de la subjetividad tanto en lo que tiene de social como de histórico.

Así y todo, la necesidad de "interpretar" (traducir de un idioma a otro), encuentra dificultades, resistencias. Las realidades que ambos sistemas conceptuales describen no son excluyentes. Es lo que expresa Pividal cuando señala que *"el punto fundamental es la relación de la ciencia con el deseo. Si nuestras dos cabezas están separadas, es porque el saber y el deseo están separados. Esta división existe en el interior de cada una de nuestras cabezas"*(Pividal en Castel R., 1980, p.212).

En relación a los nexos y encuentros que es posible pesquisar en Marx y Freud, relata Hugo Vezzetti: *"más que la simple «aplicación» del discurso psicoanalítico o la extensión hacia otros saberes desde un reducto de certezas, había un «encuentro» con problemáticas que eran, en el plano propiamente conceptual, a la vez del psicoanálisis y de las disciplinas filosóficas y sociales, y que, en el terreno de las prácticas sociales, no eludía sus consecuencias éticas y políticas"*(Vezzetti H., 1922).

Desde ambos lados se transitaba un mismo terreno, aunque se lo hiciera por caminos distintos. Los cruces y coincidencias no podían faltar. Psicoanalistas comprometidos - muchos de ellos declaradamente marxistas, e incluso militantes políticos- buscaron ampliar esos contactos, hacer del psicoanálisis una herramienta de trabajo social y político tanto desde el trabajo con el deseo inconsciente como de sus aportes epistemológicos y metodológicos. Para ello debían vencer no sólo las dificultades propias de la tarea, sino las resistencias y barreras alzadas desde dentro de las instituciones psicoanalíticas, temerosas de las derivaciones - institucionales tanto como sociales- que pudieran resultar de esos desarrollos. Por cierto esta resistencia obraba ya en los partidos marxistas, en particular (pero no sólo) en los partidos comunistas dependientes de la Unión Soviética, que tendían a considerar al psicoanálisis una "ciencia burguesa", "idealista", y le oponían la psicología "materialista", representada por los trabajos de Pavlov y sus derivaciones -la "reflexología", en especial.

Todos esos movimientos tenían su origen en la inquietud social y política - a veces incluso una militancia formal- de ciertos analistas, y eran sostenidos desde los intentos de trabajar el aspecto teórico del psicoanálisis. Sin embargo, en general se trató de esfuerzos aislados, asistemáticos, con acceso limitado a nuevos sectores sociales - en particular a los más desposeídos- que no lograron un cambio profundo, ni en la estructura institucional del psicoanálisis, ni en la teoría, ya que los desarrollos no fueron sistematizados hasta conformar un complemento teórico consistente o una alternativa organizada frente a la "ortodoxia" psicoanalítica. Es por eso que Castel sostiene: "*no niego la existencia de una «izquierda» psicoanalítica. Pero si es tal cosa no es por ser psicoanalítica sino por ser política*". (Castel R., 1980, p.24)

El psicoanálisis, como disciplina, sigue ajeno a todo sesgo ideológico "natural", constitutivo, y lo que marca su orientación en cada caso es la posición que adopte el analista.

Castel avanza en su crítica: la posición de los analistas "de izquierda", comprometidos social y políticamente, no tiene sustento teórico en el psicoanálisis. Su expresión consiste en "*una serie de pasajes incesantes del radicalismo político al radicalismo psicoanalítico y recíprocamente, uno y otro sirviéndose mutuamente de caución, pero jamás de fundamento*".(Castel R., 1980, p.25) Uno y otro se apoyan, pero sin que ese apoyo supere el nivel retórico: no hay una retroalimentación conceptual que permita sostener un avance.

Es en ese sentido que "*la politización psicoanalítica sigue por tanto confinada, como su hermana enemiga, la neutralidad psicoanalítica (...) dentro de la problemática (o de la metáfora) de la «recuperación»*".(Castel R., 1980, p.15)

Esta metáfora es la que daría cuenta de las maniobras realizadas - de los éxitos alcanzados- por el sistema (incluyendo a las instituciones psicoanalíticas) para vaciar al psicoanálisis de su carga subversiva, de su "vocación revolucionaria" e integrarlo ("recuperarlo") a la estructura de dominación, permitiendo hacer de él, en ciertos casos, un instrumento orgánico de reproducción del sistema.

Pero Castel insiste: *"la metáfora de la recuperación es la máscara bajo la cual el psicoanálisis disimula, y se disimula, su complicidad esencial con una estructura social que lo ha producido, lo apoya y lo propaga"*. (Castel R., 1980, p.30) El psicoanálisis, para él, no es el agente de contagio que proclama ser, no ha sido "vaciado" de sentido. Es tal cual como su práctica general lo muestra: una parte integrante de la estructura represiva. Ella es la que lo creó y le da sentido. Las disidencias dentro del psicoanálisis expresan la buena voluntad, la lucha y la entrega de hombres generosos y valientes que asumen el compromiso social e histórico e intentan vanamente torcer el rumbo de una teoría que, lejos de haber sido "recuperada", quizá sea "recuperante".(Castel R., 1980, p.31)

La crítica de Castel sigue siendo pertinente, "la elección de lugar" sigue siendo una disyuntiva en el trabajo psicoanalítico, la alternativa entre la pura reproducción desde las instituciones, y la posibilidad de lectura , es decir , de imprimir un sello particular a experiencias que ocurren tanto en la práctica psicoanalítica clásica como en terapias psicoanalíticas que salen de los moldes del psicoanálisis "ortodoxo", permite volver a plantearse las preguntas esenciales acerca de los vínculos que unen al sujeto con la historia y al psicoanalista con su mundo. Las maneras en las cuales el psicoanalista está implicado social y políticamente en su práctica, en definitiva.

3.3.7.- Aprender la realidad

El psicoanálisis se encuentra con un problema cuando quiere abordar la realidad extra-psíquica, ya que, como señala Castel, *"no dispone en sí mismo de categorías para aprehender el poder, lo social, lo político, etc., en su objetividad no psíquica"*.(Castel R., 1980, p.201) Eso resultaría así "inanalizable". En realidad - y Freud siempre se encargó de destacarlo- *"el psicoanálisis no es la psicoterapia, ni siquiera la psicoterapia psicoanalítica"*.(Castel R., 1980, p.40) Es -siempre quiso ser- antes que nada una teoría del funcionamiento de la psiquis y un instrumento de investigación.

Las funciones terapéuticas (unidas y consustanciales al método analítico, al punto de haber terminado por ocupar el centro de la escena y desplazado a los otros aspectos) resultaban ser, si no accesorias o secundarias, más bien una derivación, una consecuencia de su aplicación. El análisis no apuntaba directamente a una meta terapéutica, tampoco podía hacerlo, en la medida que no había un lugar definido al que encaminarse: ésta se encontraba en el camino. De hecho la "cura" no consiste en la vuelta a un estado original alterado por obra de la neurosis sino en la construcción de un nuevo equilibrio psíquico.

Como teoría -como instrumento de conocimiento del inconsciente- el psicoanálisis aporta algunas particularidades e innovaciones radicales. En lo que respecta a las tentativas realizadas en el sentido de utilizarlo para "*aprehender el poder, lo social, lo político, en su objetividad no psíquica*" ha debido, sin embargo, enfrentar los obstáculos que su propia estructura -orientada hacia el interior más íntimo del sujeto- levantaba. De hecho, para Castel, "*las dificultades con las que ha tropezado el psicoanálisis para salir del marco que lo ha originado, el del tratamiento de las neurosis, y especialmente, ante todo en Freud, del de las neurosis llamadas de transferencia, son en realidad dificultades que plantea el desplazamiento de este dispositivo*". (Castel R., 1980, p.41) Particularmente porque este dispositivo se basaba -para la observación del inconsciente- justamente, en la "puesta entre paréntesis" de los aspectos no psíquicos de la realidad.

Pero la capacidad del psicoanálisis de comprender los hechos sociales se encontraría también trabada -además de por el dispositivo analítico- por ciertos aspectos de su teoría, aspectos que destaca Castel al señalar que "*una doctrina que percibe la exterioridad bajo la forma del «principio de realidad», o sea, según la dialéctica del investimento, el retiro de investimento, el contrainvestimento, etc., (renunciamiento, derivación, desplazamiento...), no puede proporcionar nunca un enfoque directo de lo que es propiamente social en lo social. Sólo arroja sobre él una luz derivada, a partir de los intereses libidinales de los individuos, únicamente*".(Castel R., 1980, p.217)

Saltar desde la libido individual a la sociedad, como hemos visto, implica seguir una larga y compleja cadena de anudamientos subjetivos, y aún así nos llevaría, según Castel, a percibir sólo una imagen refractada —un espejismo, de algún modo— incompleta y en

muchos aspectos engañosa: "*nunca*" —enfatisa Castel—, podrá aprehender lo social. Una luz que sólo ilumina —un discurso que sólo habla de— los aspectos de la realidad exterior vinculados al deseo inconsciente no puede dar una imagen acabada del mundo material, de la "exterioridad" social y política.

De hecho, el psicoanálisis no es una teoría de las relaciones sociales y no tendría por qué decirlo "todo" sobre ellas (aprehenderlas), como algunos pretenden (tanto desde las llamadas "izquierdas" como desde las "derechas") reclamarle. En cambio, está claro que su especificidad psicológica ha servido de coraza para aquellos que consideran al sufrimiento íntimo de un paciente como ajeno a las determinaciones materiales dentro de las cuales se dan las condiciones de despliegue de la subjetividad y minimizan el hecho de que esa subjetividad está constituida a partir de la inserción social del sujeto, en permanente relación dialéctica con su historia individual y su contextualización social. De tal manera, *"la distinción absoluta entre un orden de lo inconsciente y un orden de las relaciones de producción y de dominación (aunque luego se los «articule») establece un cordón sanitario en torno de la ortodoxia psicoanalítica"*. (Castel R., 1980, p.33)

Esta ortodoxia puede instalarse cómodamente en el orden de lo inconsciente y confiar en que el dispositivo analítico montado absorba todos los embates que desde afuera podrían afectarla, y esconder la vista frente a las implicaciones sociales y políticas que todo psicoanalista lleva en sí y que -de modo inevitable- se expresan en su trabajo clínico y permean la teoría de la que se vale.

En ese sentido, anotemos que las aplicaciones del psicoanálisis a los problemas sociales requerirían -si acaso quisieran superar la condición de meros "puntos de vista"- de desarrollos teóricos específicos. Sin ellos podrían caer en lo que Reich le atribuye en el sentido de practicar un "*racionalismo utópico*", que no es "*ni original ni revolucionario*" y que "*trasluce una concepción individualista del fenómeno social*", ya que el psicoanálisis, "*a diferencia del marxismo, preconiza el reino de la razón y pretende mejorar la existencia social mediante una reglamentación racional de las relaciones humanas y una educación tendiente a lograr el dominio consciente de las pulsiones*". (Reich W. en Castel R., 1980, p.218)

3.3.8.- El dinero como epifenomeno del conflicto social

Los psicoanalistas, debido a la pretensión de extraterritorialidad de su clínica, inadvierten cómo ella está inserta al interior de un campo histórico-social, que condiciona muchas de sus prácticas.

Un ejemplo claro de cómo este “inconsciente social” desde el cual el psicoanálisis ejerce su actividad, es la inscripción simbólica y actuante del dinero.

Freud se relaciona conceptualmente con el dinero, con referencias que se vinculan a la significación de él, hecha por pacientes en sueños y en otras formaciones del inconsciente. Una referencia más general, vinculada a la relación paciente analista, la da Freud en *Nuevos consejos sobre la técnica*, (Freud S., 1913) cuando se refiere a los honorarios. Su aproximación está fundamentalmente ligada a aspectos “operativos” y técnicos y a las implicancias transferenciales que su uso como mediador de pago pueda tener. Agrega Freud la vinculación del dinero con la sexualidad y la importancia de que el analista tenga conciencia de estos significados.

Freud explica igualmente las complicaciones que tiene la gratuidad de la atención y lo que ello puede generar en el analista y en la relación. Sin embargo, un punto importante a considerar, es que el campo de pacientes que atendía Freud y el que hoy realizan los analistas en términos numéricos, es significativamente distinto. Esto hace que la implicancia o efecto en la constelación remunerativa del analista sea también muy diferente.

Así entonces, no da la impresión de que en Freud haya una teoría sobre el dinero, que considere sus implicancias sociales, o bien un abordaje conceptual que explique cómo este contexto social o ideológico opera en la relación comercial que se establece entre paciente y analista.

Sin embargo, este tema siempre genera una serie de resistencias a ser tratado como un constituyente de la relación, operando de un modo oscuro e inadvertido en sus implicancias sociales. Más aún, al mismo tiempo que este tema genera profundo interés, aparece muy poco desarrollado teóricamente desde esta perspectiva, probablemente por una resistencia desde el campo de los analistas y por las implicancias institucionales que esto pueda generar. Es la dificultad para discutir explícitamente este conflicto lo que da cuenta acerca del por qué del silencio acerca de estas temáticas, y cómo esto impacta en el funcionamiento colectivo de los analistas.

Es este sentido de “des-conocimiento” de estas materias, lo que da cuenta de la dificultad de apreciar la posición dominante que tiene en la “institucionalidad analítica”, como en todo funcionamiento asociativo, la lógica del mercado y del intercambio de mercancía. Como “profesión liberal” o como una “empresa libre”, el psicoanálisis y el psicoanalista no puede sino dar cuenta de la función estatuida al interior de los procesos sociales en los cuales está inserto; es decir, reproducir y perpetuar los principios fundamentales que regulan el funcionamiento de las sociedades de “libre empresa” y el sometimiento a las «leyes de la oferta y la demanda» en el mercado de pacientes y analistas. En tanto «empresas de servicios», la actividad analítica de modo evidente intentará asegurar la mayor cantidad de clientes del mercado, corriendo el peligro de “adecuar su práctica” a la consecución de estos objetivos.

Pretender que estas inserciones del trabajo del analista, no afectan su funcionamiento, o no actuaría en la producción del material sería ingenuo o criticable conceptualmente (especialmente en aquello que dice relación a la forma en que el analista se acerca al material producido, o más aún, a la influencia en la producción del material del analizando).

Michel Sauval, menciona críticamente que “¿Cuál es una de las principales preocupaciones, sino la principal, de la mayoría de los psicoanalistas, sino la de cómo conseguir pacientes?, ¿Cuándo es más común que un analista acuda a una supervisión si no es cuando percibe que uno de sus pacientes está por irse?

¿No es acaso todo un problema, para la mayoría de los psicoanalistas, poder vivir, como se dice, de su "profesión"? ¿Para qué se acercan gran parte de los psicoanalistas a una u otra institución si no es para tratar de encontrar el camino para superar los vacíos de sus consultorios?

¿No se ha transformado, a su vez, a la "desocupación" de los psicoanalistas en un excelente mercado para el desarrollo de los "posgrados" y otras promesas de "saber" que muchos imaginan sería la vía para ... conseguir pacientes? ¿Cuál es, sino esa, la razón del éxito de esos posgrados que combinan su oferta de "enseñanza" con la atención de pacientes que concurren pagando honorarios, como se dice, "institucionales"? (el negocio es redondo: pagan los pacientes y pagan los analistas)

¿Cómo no reconocer la ventaja económica que puede significar figurar en el listado de miembros de una institución, y aún mejor, disponer de alguno de sus títulos (didacta, AME, AE, etc.)?

¿Cómo no reconocer que la posición de "enseñante" muchas veces es el paso indispensable para obtener pacientes? ¿Cómo se explica, si no es así, la desesperación de tantos psicoanalistas por obtener algún cargo en la Universidad cuando todos sabemos que esta es una función (al menos en Argentina) prácticamente ad-honorem? ¿Cuál sería el beneficio? ¿Cómo no percibir que en el funcionamiento global siempre habrá una cierta acumulación y cotización de las transferencias, de las derivaciones, etc.?» (Sauval, 1998, disponible en <http://www.sauval.com/articulos/carta2.htm>)

Cada una de estas preguntas atraviesan repetidamente nuestra práctica, constituyendo un ruido sordo y permanente de algo que no percibimos. El psicoanálisis ha arrojado un inmenso haz de luz sobre cómo la estructura de nuestras relaciones -las que están constituidas socialmente- determina y significa nuestros vínculos con el mundo. Sin

embargo proporciona una interesante paradoja: que justamente aquello que se propugna como una de las características más distintivas y curativas del proceso y de la relación con el analista: la acogida, la contención, la capacidad de *rêverie* y de comprensión del dolor humano, se convierte en un artículo de lujo, no por algo que diga relación estricta con el psicoanálisis mismo, sino por cómo la «profesión de analista» ha constituido un campo social y económico desde el cual opera.

Mientras más cosificadas, abstractas e inhumanas se hagan las formas de tratos sociales y cuanto más aumente la pauperización psíquica, mayor será la demanda de psicoanálisis y mayor su precio.

Mientras las formas de trato social, continúen apoyándose en la competencia y la explotación, podrá establecerse el “mínimo de existencia psíquica” de comunicación, contacto, confianza y solidaridad en sectores privilegiados de la sociedad, a través de un acto de compra y de una elitista relación analítica incluida en la transacción. (Schneider M., 1987).

4.- LA IMPLICACIÓN DEL ANALISTA : DE LA TEORÍA Y LA PRAXIS CLÍNICA

4.1.- EJES ESTRUCTURANTES DE LA IMPLICACIÓN

4.1.1 Sobre el dispositivo

Uno de los centros fundamentales de “producción de sentido”, surge a partir de condiciones materiales concretas que van a estructurar el desarrollo de ciertas dinámicas. En el trabajo psicoanalítico, esto se estructura a través de lo que técnicamente pudiéramos denominar la “situación analítica” o las “condiciones del encuadre”.

Un primer elemento importante es relevar la función que cumple en el desarrollo de las condiciones para el despliegue del funcionamiento del inconsciente, pero también, apreciar el marco de condiciones materiales desde donde se inscribe su estructura, y por ende, los dinamismos allí generados.

Tal como plantea Castel, todo el psicoanálisis se inscribe dentro del marco de un contrato (Castel R., 1980), pero no es un contrato que designa un acuerdo entre sujetos, en el cual éste se externaliza a la situación que reúne a estos sujetos, sino que es la matriz productora de todos los efectos psicoanalíticos (Castel R., 1980), por lo que el trabajo del psicoanálisis puede ser entendido, fundado a partir del establecimiento de un dispositivo . A la luz de este concepto (dispositivo) parecería importante rastrear la noción que lo ha introducido como un dato fundamental en la estructuración y desarrollo de las condiciones materiales de subjetividad.

Esta noción ha sido planteada por Foucault, en términos de que en el tratamiento de las formaciones discursivas incorpora en la Voluntad de Saber, la noción de "dispositivo". El dispositivo sería la red que implica discursos, disposiciones, instituciones, reglamentos, leyes, enunciados científicos, proposiciones filosóficas, morales, no dejando casi nada de lado (Foucault M., 1989). Un aspecto central es la naturaleza del vínculo que puede existir entre estos elementos heterogéneos. También se observa su contenido de

control social al tener que responder a una urgencia (crisis institucional de los mecanismos de poder en el sistema dominante) y cumplir una función estratégica (conjunto de medidas y disposiciones que se toman para sujetar la injusticia social).

Control y sujeción son los conceptos que la sociología rescata para el análisis de los conflictos y el cambio. El uso de dispositivos es posible apreciarlo en distintos ámbitos de la vida social, los que se han generado como resultado -a su vez- del establecimiento de diferentes necesidades de transmisión, análisis y formación a lo largo de la historia.

Estos dispositivos pueden ser reconocidos en el amplio campo disciplinar, en sus esferas técnicas, teóricas y metodológicas. Será en función de las concepciones epistemológicas dominantes, cómo el dispositivo tomará nuevas formas, dando cuenta en su despliegue y conceptualización subyacente de esta misma hegemonía epistemológica.

En todo campo disciplinar es posible apreciar una metodología específica de trabajo. Es esta “forma de quehacer”, sumada a las concepciones que se desarrollarán a partir de la praxis disciplinar específica, son las que se unirán a representaciones de ese mismo quehacer, conformando “dispositivos”, los cuales van a responder a un intento de estructurarse como:

- un productor, de transformaciones y cambios;
- un artificio técnico, que a su vez es ingenioso y original;
- un provocador, que suscita disposiciones, posibilita el hacer, el crear;
- un revelador, que permite desplegar significados;
- un analizador, que posibilita analizar lo que se revela en su interior;
- un organizador técnico, que garantiza la intención de cambio.

Desde esta perspectiva en el ámbito de la salud mental, el dispositivo es pensado como un analizador. En el psicoanálisis, se pueden reconocer componentes centrales que hacen posible la cura y un conjunto de elementos: diván, sillón, horarios, sesiones, etc. junto con un proceso de transferencia por el cual el analista se convierte en el otro polo que cataliza el sistema inconsciente del otro, asume la función de analizador (Lapassade G., 1979). Esta concepción de dispositivo , como un analizador , plantea la posibilidad de que éste pueda desocultar significados y proceder a su análisis. Así ocurre en el campo del

análisis institucional, donde la generación de un dispositivo actuaría como una herramienta para quien está trabajando con una institución.

Esta herramienta, o este analizador institucional, está designando tanto a los acontecimientos y hechos que no son programados (dispositivo natural) como a las técnicas diseñadas expresamente (dispositivo artificial) para provocar la expresión de un material que permitiría desentrañar significaciones no manifiestas.

Foucault plantea que el dispositivo está en el centro de la constitución de la sociedad, por su trabajo de mediatización a través de procedimientos y tecnologías, de manera que disponen y moldean cuerpos y mentes. Por esa capacidad de mediatización y conformación a las reglas que toman la forma de decisiones y que marcan los límites dentro de los cuales debe ocurrir la acción, el dispositivo es entonces indisociable del poder, o con mayor precisión: es la red del poder mismo, el cual desempeña un papel estratégico en una sociedad o en una institución para dirigir las relaciones de fuerza hacia un punto o situación concreta. (Foucault M., 1993)

Al dispositivo se le puede entender además, como un conjunto claramente heterogéneo que implica discursos, instituciones, disposiciones arquitectónicas, decisiones reglamentarias, leyes, medidas administrativas, enunciados científicos, proposiciones filosóficas, morales, etcétera, en resumen: los elementos del dispositivo pertenecen tanto a lo dicho como a lo no dicho, al orden y al caos, a lo racional y a lo no racional. Por tanto, es la red que se establece entre estos elementos lo que configura un carácter articulador en varios niveles, los que se despliegan coherentemente y que pueden ser un punto de vista teórico, un marco espacio-temporal, un conjunto de técnicas y soportes, o un proceso con sus objetivos, medios y reglas de funcionamiento (Foucault M., 1993)

El funcionamiento del dispositivo entonces, estará determinado por las intenciones y se apoya sobre la organización estructurada de medios materiales, técnicos, simbólicos y relacionales que moldean los comportamientos y conductas sociales, tanto académicas como administrativas, cognitivas y comunicacionales, entre otras. En definitiva, se trata de una fundición de poder y conocimiento, poder que en su movimiento se hace gobierno y dirige cuerpos, mentes y emociones. Sin embargo, el poder que circula en las instituciones

puede llevarse a cabo con estrategias de dominación y de resistencia, pues existe un enfrentamiento de voluntades y un entramado de intereses

Si bien, es difícil usar el psicoanálisis para dar cuenta de la problemática social y política, no por ello estos aspectos dejan de estar implicados tanto en su teoría como en su práctica. El *núcleo prosaico* que organiza la existencia humana (*cuerpo, necesidades, violencia social*), no desaparece por el hecho de ser apartado de la escena analítica o de mostrarse, al ser interrogado por el psicoanálisis, sólo bajo la forma de esos pálidos reflejos anudados al deseo inconsciente. De hecho —y no podía ser de otro modo— de alguna manera, *"estas condiciones objetivas, infiltradas en el contrato analítico y reinterpretadas dentro del marco de su convención, estructuran también el mismo discurso psicoanalítico"*.(Castel R., 1980, p.74)

De cualquier modo, el conjunto psicoanalítico (teoría y práctica) *"en cuanto se funda sobre el establecimiento de un dispositivo original que coloca fuera de juego a los determinismos políticos y sociales en el cuádruple nivel de su instauración (el contrato analítico), de su desenvolvimiento (la relación dual), de sus materiales (las formaciones del inconsciente) y de sus conceptos (las categorías del discurso psicoanalítico)"*,(Castel R., 1980, p.36) este conjunto *"opera imponiendo una suspensión de la realidad, una neutralización de aquello que en la existencia ordinaria nunca es neutro"*.(Castel R., 1980, p.38) , de modo que *"lo que se pone así entre paréntesis continúa presente en la relación analítica, pero ha sido neutralizado, invalidado, disfrazado y se ha vuelto irreconocible"*.(Castel R., 1980, p.38) Así entonces, los determinismos políticos y sociales continúan fijando —junto con los biológicos— las condiciones de existencia del sujeto.

Ahora bien: en el psicoanálisis, señala Castel *"se continúa rechazando la realidad prosaica para que las fantasías, aunque sean colectivas, circulen en un espacio inconsciente ganado contra el espacio social habitual en el que circulan las informaciones, se intercambian las mercancías, se alquila la fuerza de trabajo, se anudan contratos humanos y nacen los conflictos sobre la base de problemas objetivos"*.(Castel R., 1980, p.44)

Esta oposición, que construye la escena psicoanalítica abriéndole paso al espacio del inconsciente en base al desalojo del espacio social (desalojo que no puede sino ser pasajero e ilusorio) representa así al mismo tiempo un requisito para la manifestación del inconsciente y una barrera para la expresión de lo social. La implicación del "núcleo prosaico" en el análisis debe ser rastreada entonces o bien, a partir de las marcas que produce en el inconsciente o bien, en base a la apertura del dispositivo y la elaboración de una teoría y una técnica específicas.

Como sea, el psicoanálisis tampoco en cuanto instrumento terapéutico puede prescindir de la dimensión social y política del sujeto. Dejarla de lado o apartarla significaría disminuir al sujeto, podarlo, aceptar que sería posible (y deseable) desarraigarlo, privarlo del sustrato del que se alimenta y vive: la subjetividad. Es cuando menos una manipulación indirecta que seguramente desembocará en un distanciamiento progresivo y paulatino de todo compromiso político y en la irrupción soterrada pero permanente de la resignación y el conformismo: se trata, en otras palabras, de un empobrecimiento del sujeto

Ahora bien: la relación terapéutica que se establece en el psicoanálisis contiene elementos muy particulares. En ella tiene lugar un trabajo conjunto entre los dos miembros de la pareja analítica, en el que la participación del paciente es clave. Pero en la relación analítica, de hecho, no solo está involucrado el inconsciente del analizando. Los Baranger señalan que *"lo que estructura el campo bipersonal de la situación analítica es esencialmente una fantasía inconsciente. Pero sería equivocado entenderlo como una fantasía inconsciente del analizando solo"*. (Baranger W. y M. 1969, p.140)

También el analista se encuentra involucrado en la escena analítica, y al mismo nivel que el paciente: solo su conocimiento de la teoría y su dominio de la técnica le pueden permitir (por vía del análisis de la transferencia y la contratransferencia) separar la paja del trigo y reconocer las modalidades de circulación y emergencia del deseo inconsciente en esa escena.

La interpretación misma, el acto de interpretar, su forma y su contenido, que trabaja sobre la transferencia cuidando de filtrar todo lo que pueda aparecer como interferencia del

medio exterior e incluso toma precauciones para que la relación contratransferencial no acapare la escena, está contaminada. De hecho, *"el interpretar, por neutral que sea en su forma, implica la participación de los sectores ideológicos (muy cargados afectivamente) del analista"*. (Baranger W. y M. 1969, p.104)

La implicación de lo social y lo político resulta así inseparable de la escena analítica, la cual pueblan desde las posiciones subjetivas de los participantes y desde la manera en las que están incluidas (implicadas) en el psicoanálisis. De tal manera, y en función de que *"la ideología «científica» del analista (los principios y conceptos psicológicos que utiliza en la interpretación) no es independiente de sus otras concepciones ideológicas"*. (Baranger W. y M. 1969, p.104) La ideología subyacente del analista se encarga de dirigir la escena, volcando en ella sus propias concepciones. Rol protagónico en ello tiene la propia teoría psicoanalítica, en la medida en que es el punto de referencia principal, el más directo, el más inmediato, de su práctica. Como es obvio, *"la teoría psicoanalítica puede moldear los juicios de un analista"*.(Renik O., 2002) sin embargo, en la medida en que estos juicios pierdan de vista su origen, sus lazos de dependencia, se "naturalizan" y funcionan como pantallas que ocultan las implicaciones del analista.

4.1.2.- La situación analítica y sus implicancias

El concepto de *encuadre* se refiere en términos descriptivos al hecho de encerrar o incluir dentro de sí a algo, bordear sus límites. Este término es también usado en la pintura para dar cuenta de la relación existente entre el cuadro y aquello que se ofrece como límite: el marco.

Esta noción es reciente en psicoanálisis, y originalmente estuvo ligada originalmente sólo para designar el dispositivo de investigación o tratamiento. Es Bleger quien introduce una concepción nueva y original, en la cual el concepto de encuadre intenta explicar aquello que recoge el continente psíquico más primitivo (Bleger J., 1997)

Freud en “*Consejos al médico en el tratamiento psicoanalítico*” (Freud S., 1912) y en “*Iniciación del tratamiento*”, (Freud S., 1913) plantea una serie de características, que se pueden entender como elementos constituyentes de los posteriores desarrollos de la noción de encuadre. En sus escritos, Freud se refiere a consideraciones horarias, honorarios, duración, frecuencia, posición corporal del analizado, la así llamada actitud neutral del analista ,etc.

Desde otras perspectivas, se encuentra una serie de definiciones que intentan designar el ámbito del encuadre : ya sea como la suma de todos los detalles de la técnica, o como los procedimientos acostumbrados de la práctica psicoanalítica que son parte integrante del proceso de psicoanalizar, o bien, como un acuerdo de normas y disposición mental del analista de introducir el menor número de variables en el desarrollo del proceso.

Todas estas definiciones dan cuenta que lo subyacente es sostener la idea de hacer posible un mínimo de interferencias a la labor analítica, de tal manera que el analista pudiera realizar estimaciones diagnósticas y pronósticas. Para que esto tenga eficiencia, es fundamental la idea de la existencia de ciertas constantes.

Más allá de este despliegue de características , lo fundamental de las visiones sobre el encuadre es el intento de constituir un marco contenedor para la experiencia movilizadora que es el trabajo psicoanalítico. En este sentido algunas visiones sobre el encuadre trabajan sobre la idea de cómo este rememora las estructuras más primitivas e indiferenciadas que establecen las bases para constituir al yo, en función de las experiencias frustrantes y gratificadoras, sirviendo como continentes de la enfermedad: cómo detectar, denunciar y contener la regresión, en tanto el encuadre puede ser entendido dando cuenta de un significado inconsciente de constancia parental.

Un punto fundamental es lo señalado por Liberman en torno a que si bien el encuadre resulta constante para el analista, no lo es para el paciente, ya que éste va adquiriendo distintos significados a medida que transcurre el proceso. Liberman plantea que el encuadre puede ser entendido como un conjunto de señales a la cual el paciente le va a atribuir diferentes mensajes (Liberman D., 1962) . El encuadre no tendría un

significado único, él puede convertirse en un lugar de proyecciones del paciente lo que permite dar lugar a la posibilidad de interpretar y entender por parte del analista.

En este sentido la importancia de la mantención del encuadre, sería crear las condiciones para que se desarrolle un trabajo, es por ello que cualquier modificación del encuadre, es una situación que debe resultar de un análisis de la situación y no de circunstancias reglamentarias. Meltzer , señala que la importancia del encuadre, especialmente en los inicios del tratamiento, da pie a la mantención del proceso analítico como modulador de las ansiedades del paciente. El analista debe , según este autor, ir redescubriendo constantemente el encuadre con cada paciente, hasta que se circunscriba y defina de modo que las ansiedades queden contenidas en él.(Meltzer D., 1996) Por ello mismo el encuadre debe ser firme, pero elástico, el proceso debe inspirar el encuadre pero no lo debe determinar.

Bleger alerta contra una visión rigidizante del encuadre, con su concepto de “mudez del encuadre”.(Bleger J., 1997) Esto sucede cuando el encuadre no se modifica , y el paciente lo acepta totalmente, sin siquiera hacer comentarios. Aquí es posible que puedan estar , soterradamente, las defensas más rebeldes. Al interior de esta postura de Bleger J., está la hipótesis de que en toda persona coexisten núcleos psicóticos y neuróticos. Es la parte neurótica la que percibe la presencia del encuadre y registra lo que pasa, cumpliendo una función de evaluación del encuadre. La parte psicótica de la personalidad aprovecha la falta de cambio en el encuadre para proyectar la relación indiscriminada con el terapeuta. Paradojalmente esta mudez se reconoce sólo cuando por alguna razón hay una alteración en el encuadre. Para este psicoanalista el encuadre se presta para que en él se transfiera y se repita la situación inicial de la simbiosis madre-hijo y para que se depositen allí los aspectos psicóticos no diferenciados.

Un hecho fundamental es la relación entre regresión terapéutica y el encuadre. Muchos psicólogos del yo plantean que el proceso psicoanalítico es de naturaleza regresiva y condición necesaria para que se constituya una neurosis de transferencia analizable (Rapaport D., 1967). Liberman, enfatiza la importancia de la atmósfera analítica en la regresión transferencial, y por lo tanto cómo el encuadre permite dar cuenta de una

disposición a transferir. Etchegoyen , plantea más extensamente que el paciente viene con su regresión, que su enfermedad es su regresión , lo que haría el encuadre es detectarla y contenerla (Etchegoyen H., 1988).

Para Sonia Abadi, un lugar destacado en esta discusión son los aportes de D. Winnicott. Para éste el encuadre cumple una función de *holding*, es decir, de un espacio transicional que hace posible la regresión como un proceso curativo, en tanto permite analizar la dependencia, dejando en suspenso sus organizaciones defensivas. El privilegio se da en el acompañamiento de la experiencia del paciente, reproduciendo en el encuadre la relación temprana con la madre sostenedora (Abadi S., 1996).

En un marco distinto, pero con algunas coincidencias, el encuadre para Bion, puede cumplir una función de *rêverie*: de contención, pero también de digestión de las ansiedades y predominios persecutorios del paciente, que son devueltos en forma de interpretaciones por el analista, aliviando y permitiendo la continuidad del proceso (Grinberg L., et al, 1991).

Piera Aulagnier postula el concepto de violencia del encuadre , como algo que está incluido en él. Ésta sería una violencia necesaria, que es estructurante, que hace posible al otro organizarse. Si estas anticipaciones no existieran, el bebé tendría dificultades para acceder a la vida psíquica. Esta violencia necesaria, desde el deseo de la madre, es constituyente del cuerpo erógeno, fantasmático y del deseo. (Castoriadis-Aulagnier P., 2004)

Cuando estos elementos definitorios de lo contenedor del encuadre son atacados, Kaës plantea que los efectos se expresan en un ataque a la seguridad e identidad del sujeto. Si el encuadre (el no-yo) se desestabiliza, el yo se convierte en el encuadre. (Käes R., 1993)

Todas las perspectivas anteriormente señaladas, están planteadas desde el ámbito de las funciones psíquicas del encuadre, sin embargo, un riesgo es olvidar que el encuadre es un conjunto de elementos que hacen posible una escucha, y se constituya en una defensa del analista, es decir, en una adecuación disciplinaria a un conjunto de reglas que se aplican normativamente.

Un aspecto que es imposible de ignorar y que debe ser incluido necesariamente en la relación analítica es lo que algunos autores, como Liberman, han llamado metaencuadre, refiriéndose a la instalación material del trabajo analítico en un ámbito social, ideológico y político. Es decir, contingencias que no están contempladas necesariamente en el contrato analítico y que se imponen desde fuera.

Una mirada ideologizante que puede cruzar las instituciones y la formación, y que es generalmente inadvertida, es basarse en el supuesto ingenuo de que el trabajo clínico y el propio psicoanálisis estuvieran en el campo de lo ahistórico y de la asepsia ideológica, sin reparar en el hecho de que la escucha, incluso la escucha psicoanalítica, aún desde el encuadre, es hecha desde un lugar social.

José Bleger en *Psicoanálisis y dialéctica materialista* (Bleger J., 1958) plantea que la sesión psicoanalítica, un lugar privilegiado de investigación, es constituyente de una situación que debe ser entendida como dando cuenta de una totalidad, en que cualquier modificación en su interior altera el campo. Lo que ahí surge es un original de la situación dada y no la mera exteriorización de algo ya totalmente presente en el psiquismo del paciente.

Todo encuadre, puede ser entendido como político e ideológico (o dicho al revés, no hay posibilidad de un encuadre que no sea ideológico) ¿Por qué? Porque cualquier encuadre supone una regla de aplicación universal. La universalidad de cualquier regla implica la anulación de la particularidad del caso y lleva la situación a un plano técnico.

El encuadre entendido sólo como un conjunto de reglas implica que no hay más decisión del analista que su consentimiento a la regla general, es decir, un compromiso del analista con la regla (o el lugar que la instituye), pero no con cada paciente en particular y en cada sesión.

Un concepto se aprende en la medida en que se reconstruye en la clínica. Este sólo adquiere dimensión concreta en la enseñanza de un caso, dejando siempre evidente la insuficiencia que no lo hace apto para el caso siguiente. Lo importante no es la neutralidad analítica sino la abstinencia.

El psicoanálisis en su preeminencia de lo particular y lo singular , funciona sobre la base del compromiso del analista en cada situación y en específico con cada paciente. Aceptar un paciente en análisis es un compromiso analítico que ya pone en cuestión toda idea de neutralidad. Cada paciente que fue aceptado en análisis por ese analista se transformará en una pregunta constante, respecto a la naturaleza transferencial y contratransferencial de esa elección mutua.

Podemos afirmar entonces que el centro del problema no pasa por la neutralidad sino por la abstinencia. Desde este momento, nos enfrentamos a la incerteza, sin garantía, como con cualquier paciente. Esto es porque con cada paciente que el analista decide atender, no tenemos claro las dinámicas operantes y cómo se constituirán las dinámicas de la dirección de la cura.

El trabajo terapéutico no puede ser entendido entonces, sólo como una técnica o un instrumento ejecutado por un profesional. Esta visión opera bajo el encubrimiento ideológico de que un analista actúa sólo como pantalla, es decir, el concepto de neutralidad analítica se presenta como algo que extraterritorializa al analista del conflicto social, más aún, que el propio dispositivo analítico está fuera de esta cuestión. (Sauval,M., 2006)

Schneider introduce un análisis que conlleva un cuestionamiento radical de la situación analítica. La estructura clásica y rigidizada sirve para la mantención de un poder reproductor, en el cual, la tarea es producir una infantilización y sumisión del paciente: Éste debe admitir un tratamiento cuyas reglas de juego no puede determinar él mismo (Schneider M., 1987).Schneider postula que en el trabajo analítico ortodoxo hay una especie de doble vínculo:

«El paciente ve en al analista un especialista que quiere explicarle naturalmente lo que no debe hacer. El analista, en cambio ,transfiere al paciénte la responsabilidad del curso del tratamiento y exige de él espontaneidad, mientras que al mismo tiempo establece reglas que determinan por completo la conducta, del paciente . Con ello el paciente recibe prácticamente la orden : sé espontáneo.

Haga lo que haga el paciente en esta situación , siempre obtiene una reacción paradójica del analista. Así, por ejemplo, si se queja de que su estado no ha mejorado aún, el analista lo atribuye a su resistencia ; pero lo interpreta como algo deseable, puesto que el paciente ha llegado a tener así un mejor conocimiento de su problema. Si el paciente dice que se siente mejor, el analista lo interpreta como resistencia y como un intento de escapar al tratamiento refugiándose en la mejoría antes de que él haya analizado su problema «real».

El paciente se halla en una situación en la que no puede comportarse como un adulto; pero si se porta como un adulto, el analista lo interpreta como infantil y por tanto inapropiado. Si el paciente rechaza una interpretación del analista , éste puede responder siempre que su interpretación se refiere a algo de lo que el paciente no se da cuenta por serle inconsciente. En cambio, si el paciente intenta introducir la inconsciencia como argumento de algo, el analista puede rechazarlo también indicando que el paciente no podría hablar de ello si fuese inconsciente” (Schneider M., 1987, pp. 143-144).

Desde esta crítica de Schneider, el paciente debe aprender a elaborar sus conflictos infantiles, los cuales son la escenificación de los conflictos familiares y sociales internalizados. Debe superar a su padre, pero sin cuestionar la relación con el padre-analista, al cual debe obediencia y respeto. Si lo hace y lo pone en duda, se interpretará como resistencia. Esto a pesar de la contradicción evidente con la lógica transferencial: justamente porque transfiere su relación no superada con el padre al analista, éste debiera tener que tomar sobre sí la rebelión contra el padre, en vez de proteger su lugar de super-padre.

Aquí se plantea una pregunta crucial. ¿Cómo el paciente va a superar su relación familiar internalizada de roles y poder, si la relación analítica reproduce de forma rigidizada un ordenamiento de poder incuestionable?. La única posibilidad para que esto se realice es que de objeto de análisis se convierta en sujeto propio. Esto supone una colaboración del analista en «dejarse caer», es decir, que colabore en su propia eliminación, trabajando desde el principio para que el analizando invierta la relación de rol analítica y se constituya en un sujeto.

Una pregunta especialmente importante de la práctica analítica, es cómo en ella se despliegan opciones teórico-técnicas que pueden tener una inevitable opción ideológica, la mayor de las veces de forma inadvertida. Tal como señala Schneider , una forma idealista de aproximarse a la teoría freudiana, es obturar la realidad externa, a favor de un escape a la realidad intrapsíquica de un modo alienante de las coyunturas presentes del individuo, desrealizando la realidad social, en virtud de un pasado ahistórico (Schneider M., 1987).

Para Schneider en la llamada situación analítica el sentido es crear una realidad lo más aséptica posible para que de este modo emerja libremente el pasado del paciente, por lo tanto, supuestamente libre de las condiciones actuales. Lo que se busca es que el paciente revele sus características al interior de la situación analítica, en la transferencia y no lo haga en la situación normal de su vida.

Desde una perspectiva más clásica, las reacciones más conflictivas del paciente suponen una acentuación casi exclusiva de un origen vinculado a las reminiscencias infantiles, es decir, una mirada en que lo intrapsíquico adquiere una importancia determinante. Es cierto que el presente se considera como un disparador de la reacción neurótica, pero no hay desde esta perspectiva una consideración de la situación social presente, sino sólo en tanto y cuanto ella remite a un pasado (es decir reducida a un objeto intrapsíquico) y el cual sería posible postular que está desplegado en la teoría de la cura, y que incluso es inconscientemente «buscado» a partir de las intervenciones del analista.

4.1.3.- El encuadre: ¿marco acotado o regla opresora?

En la medida en que el psicoanálisis instituido (y las instituciones en las que habita) tienden a adoptar una actitud conservadora, de mantenimiento de lo adquirido, la predisposición a alejar toda intrusión proveniente del mundo exterior se acentúa. El peligro de que las reglas y consignas generales con las que organiza la escena analítica se conviertan en un dogma inmodificable aumenta. Ahora bien, el dispositivo psicoanalítico, instalado en función de facilitar la expresión y el análisis de lo que el deseo inconsciente

del analizando deja traslucir en la relación transferencial, está organizado en sí mismo de una manera que favorece la prescindencia frente al contexto extraanalítico. Basta atenerse a su letra (sin necesidad de forzar sus preceptos ni de recurrir a otros nuevos) para convertir a la serie de normas con las que se buscaba montar un dispositivo dirigido a mantener a raya las interferencias e influencias extraanalíticas perturbadoras para dar lugar a una expresión más libre de la fantasía inconsciente del analizando, en una construcción sólida, pesada e impenetrable a todo lo que pueda parecer ajeno a la subjetividad más íntima.

Se transforma así a la consulta en un verdadero "barrio cerrado", a la manera en que los sectores acomodados de la sociedad se encierran en urbanizaciones cercadas para evitar la irrupción de los pobres, de los excluidos, de los que consideran peligrosos (y que sin duda representan la contraparte en el conflicto social subyacente, reprimido), lo que nunca consiguen, ya que sin ellos deberían prescindir de la mayoría de los servicios que han pasado a formar parte de su vida cotidiana (sin contar con que el peligro al que temen también anida en ellos mismos). Pero eso pone al psicoanalista en el ingrato lugar de "guardia de seguridad" del terreno. No era ese el sentido que las reglas tenían en Freud, claro, que siempre las consideró como "herramientas" y nunca les asignó valor de "verdades últimas". Se trataba de apoyarse en ellas para avanzar en el análisis, y si eso llevaba un cierto sesgo en cuanto a lo que podía aparecer en la escena analítica y lo que quedaba afuera de ella, él se mantenía atento a lo que sucedía afuera del consultorio, en "la cultura" (lo consideraba necesario para entender al sujeto mismo, ese sujeto que era siempre social), y reclamaba del analista que fuera una persona de "amplia cultura", alerta y al tanto de todo lo que sucedía en el mundo.

Las reglas que definen el encuadre (las cuales han evolucionado desde los tiempos de Freud) no surgieron, claro está, como un artificio caprichoso. Castel hace notar la importancia que han tenido en la génesis del psicoanálisis y en su desarrollo. Pero para él *"el psicoanálisis ha nacido por la axiomatización rigurosa de una situación intersubjetiva terapéuticamente orientada (la relación con determinados neuróticos), pero es indudable que no se reduce a ello"*. (Castel R., 1980, p.202)

Limitarlo a la relación en la que encontró su origen no hace honor al psicoanálisis. Freud siempre insistió en su carácter de teoría (científica) y de instrumento de investigación. En la práctica terapéutica, de hecho, las reglas del encuadre *"establecen un corte (que no excluye las transferencias laterales) entre lo que sucede en este lugar y lo «extraanalítico»;* *invalidan el sentido inmediato de los acontecimientos para concentrarse en la repercusión que ellos tienen en la economía inconsciente"* (Castel R., 1980, p.38). Esta "barrera sanitaria" es así la encargada de reprimir el "sentido inmediato" de lo "extraanalítico", de obligarlo a mantenerse oculto, fuera de la vista, y sólo le deja la posibilidad de expresarse de manera disfrazada, transpuesta. Pero este intento de apartar de la escena analítica el sentido de los acontecimientos es ilusorio. Como toda represión, no hace desaparecer la causa del sufrimiento (la molesta y perturbadora realidad extraanalítica, en este caso) sino que la obliga a disfrazarse, a manifestarse de maneras indirectas, a "transponerse" bajo formas distintas.

De hecho, las reglas del encuadre proporcionan un marco de referencias que cumple más funciones que las de organizar la relación intersubjetiva para un mejor trabajo sobre el deseo inconsciente del analizando. Representan en primer lugar una guía para orientar la tarea analítica, claro está. Pero por ello mismo se alzan además como un refugio, un punto firme de referencia al que el analista puede aferrarse en caso de duda o desorientación. La necesidad de aferrarse a algo fijo puede tener muchas y distintas causas -algunas de ellas muy atendibles y dignas de respeto- pero la tentación -y la posibilidad- de mantenerse aferrado al manual no deja de representar por ello un límite autoinfligido, un recurso al que se echa mano ante el temor, la duda, quizá la negativa a aventurarse por las agitadas aguas que suelen encontrarse al paso del análisis. La barrera para evitar las intrusiones molestas funciona así también como un límite fuera del cual es peligroso arriesgarse.

La tarea del análisis, como bien sabemos, no está dada. No alcanza con la repetición mecánica de movimientos ensayados, con la invocación ritual de ciertas fórmulas o con la aplicación de un cuerpo establecido de recetas. No admite un protocolo fijo, cerrado, de procedimientos terapéuticos. Exige un compromiso subjetivo importante por parte tanto del analista como del analizando. En ese sentido, hacer de las reglas del encuadre un dogma intocable representa una receta fácil para poder "hacer los gestos" del análisis sin la

necesidad de "poner el alma" en la tarea. Es una manera de cobijarse bajo el paraguas de lo instituido sin asumir riesgos.

De hecho, el encuadre también ha sido descrito como un "*conjunto de leyes cuyo cumplimiento es suministro superyoico de respetabilidad y prestigio profesional... de esta manera perderá el carácter de continente del proceso terapéutico para adquirir el de baluarte donde se refugiará el analista*". (Ulloa F. en Langer M., 1971, p.117)

Baluarte que le brinda respaldo, que le da prestigio, y que le permite mantenerse al margen, no implicarse a fondo en lo que el análisis concreto reclama mientras sigue gozando del respeto y el prestigio que el psicoanálisis como institución le brinda. De tal manera quedan desvirtuados por completo la función y el sentido que el encuadre tenía en su origen. Se lo convierte de facilitador en obstáculo, deviene en una traba que mantiene atado al analista dentro del territorio (el baluarte) circunscrito por las reglas.

Pero el encuadre no sólo puede ser usado como bastión por el analista. Puede además producir por sí mismo (cuando el analista por cualquier razón no consigue remontarse por encima de la letra de las reglas que lo conforman) efectos distorsivos en el análisis. Así, para Bleger, "*el encuadre puede (...) ser considerado como una «adicción», que si no es analizada sistemáticamente puede transformarse en una organización estabilizada, en la base de la organización de la personalidad, y el sujeto obtiene un yo «adaptado» en función de un modelamiento externo a las instituciones*".(Bleger J., 1997, p.25)

El encuadre proveería en tal caso no un marco de trabajo, un punto de apoyo desde el cual asomarse al inconsciente del analizando, sino una suerte de dispositivo modelador, que impondría ciertas características a la personalidad del paciente. Se haría así vehículo de una manipulación y resultaría una ingerencia en la subjetividad del paciente, una invasión que invalida de raíz toda la tarea de análisis y la reemplaza por otra cosa.

Hemos planteado que la puesta entre paréntesis de la realidad extraanalítica es ilusoria. En el encuadre se establece un "contrato", se fijan las reglas a las que analista y analizando aceptan de común acuerdo someterse para llevar adelante el análisis. Ahora

bien: Castel señala, siguiendo un planteo de Durkheim, que *"no todo es contractual en el contrato (...) [hay] requisitos sociales, políticos, económicos y culturales, en cuya ausencia la relación analítica no podría establecerse ni cumplir su propósito. Pero ellos están inscriptos en sus estructuras sin estar dados en su fórmula"*. (Castel R., 1980, p.55) Son requisitos: previos entonces al "contrato". Dan su forma al producto y nada puede desalojarlos de allí. Ignorarlo solo lleva a convertir en "natural" (a vaciar de contenido) todo lo que hay de construcción histórico-social en la relación analítica.

El analista se encuentra así en una suerte de encrucijada: sus propios instrumentos - la teoría psicoanalítica y el dispositivo del encuadre- pueden cerrarle el camino hacia el conocimiento y la expresión de una parte constitutiva del sujeto de la que no puede prescindir sin exponerse a dejar de lado aspectos esenciales de la persona a la que tiene por objeto. De hecho, el encuadre, que se presenta como un núcleo fijo y consistente, también lleva la marca personal del analista. Como señala Malfé, *"la concepción del mundo, del hombre y la vida social y el sistema de valores del analista concurren a determinar la configuración instituida de regularidades in-formativas del proceso analítico a la que se le suele dar el nombre de encuadre"*. (Malfé R., 1970, p.40-41)

De tal manera el "baluarte" se acomoda al gusto particular —a la modalidad— de cada analista. En ese sentido, en torno del dispositivo de encuadre se organiza una paradoja. La tentación de entregarse a la fácil seguridad que éste entrega, e incluso de utilizarlo en función de su propia satisfacción, sin dejar espacio suficiente o ignorando —es decir censurando, reprimiendo— lo que en el discurso del paciente desborda los marcos convencionales, es un nuevo obstáculo a vencer, y a vencer contra sí mismo. Al respecto, Caruso alerta que *"la actitud del analista es pues, difícil y paradójica. No debe guardarse de tener normas, sino de demostrarlas narcisistamente"*. (Caruso I., 1966, p.121)

De hecho, en el análisis, como en cualquier otro ámbito en el que actúan seres humanos, se discute poder. Poder del analista y poder del analizando, en primer lugar, pero también, por su través, otros poderes (poderes en otros ámbitos, en otras instancias), de los cuales uno y otro participan (o en los que aspiran a participar) de alguna manera. Las relaciones de poder son inherentes a los vínculos humanos. Siempre están allí. De tal

manera, no se trata de sortearlas o ignorarlas: "*el problema no consiste (...) en intentar disolverlas en la utopía de una comunicación perfectamente transparente, sino en procurarse las reglas de derecho, las técnicas de gestión y también la moral, el ethos, la práctica de sí, que permitirían jugar, en estos juegos de poder, con el mínimo posible de dominación*". (Foucault M., 1996, p.121)

El psicoanálisis, desde su inicio -desde Freud- rechazó por razones éticas, pero que son esenciales a la teoría psicoanalítica misma, todo tipo de manipulación del analizando por parte del analista, descartando todos los mecanismos que pudieran significar una influencia, así fuera la simple "sugestión". El psicoanalista que olvide o no le dé a esta postura la debida importancia termina cayendo en prácticas adoctrinadoras o adaptativas que en lugar de favorecer el desarrollo del sujeto lo quieren moldear de una determinada manera. Actitudes semejantes encierran (por más buena voluntad y disposición que las pueda impulsar) un profundo desprecio por la autonomía del sujeto, al que no aceptan reconocer y tratar en un plano de igualdad. Quienes así actúan se arrogan la capacidad de entender y defender mejor que el mismo analizando sus propios intereses. De tal manera, en el mejor de los casos, se colocan en una actitud teñida de paternalismo (que en el peor deviene abiertamente tiránica) y que no deja en el análisis lugar propio al deseo del paciente: lo reemplaza por el del analista, o quizá, a veces, pero por su mismo intermedio, el interés que se presenta como propio de la "sociedad", es decir, el que proponen y defienden sus sectores dominantes (que por algo dominan).

En ese sentido cabe admitir que incluso habiendo análisis, incluso cuando el analista presta su oído al sujeto y está alerta para moverse "*con el mínimo posible de dominación*", la cuestión no es tan simple respecto de lo que en el sujeto es rasgo absolutamente personal e íntimo y lo que corresponde al contexto histórico-social, así como de qué manera participan uno y otro en los investimentos libidinales.

El encuadre rigidizado también puede representar un obstáculo: "*el dispositivo analítico es tan cerrado, la violencia de su convención tan apremiante, que circunscribe todos sus eventuales efectos de liberación dentro del círculo de la intimidad subjetiva*".(Castel R., 1980, p.252).

El dispositivo montado para facilitar la expresión más libre del deseo inconsciente cierra las puertas a todo lo que en la subjetividad del paciente depende de ese "núcleo prosaico" que actúa desde la más irreductible materialidad externa. De hecho, el lugar que ocupa el psicoanálisis en la sociedad suele limitar su papel "liberador" (al menos su propia estructura así lo propone) a resolver ciertos aspectos del conflicto subjetivo.

La primera intrusión del contexto en la escena está dada por el sesgo de clase que marca a la relación analítica. A la pertenencia de clase del analista (la posición que ocupa dentro de la estructura social) se le suma la del analizando, que por ciertas características del encuadre se ha visto circunscrita a un limitado sector de clase, en condiciones de hacer frente a los tiempos y costos del análisis. El perfil sesgado que se produce llevó a que en su momento se lo designara con ironía (sobre todo en los Estados Unidos y en Canadá) como el "*Yarvis Syndrom*" (Kazarian S., y Evans D., 1997), por las iniciales (en inglés) de las características del paciente típico que habita los consultorios de los psicoanalistas: *Young, Attractive, Rich, Verbal, Intelligent, Sophisticated*. Esta fórmula describe con impiadosa mordacidad los límites del universo de investigación que cae bajo la vista del psicoanálisis y sintetiza una serie de rasgos particulares que no se pueden extrapolar linealmente al conjunto social.

El reclamo de Juan Carlos Volnovich en el sentido de "*romper con la condena de atender cuatro veces por semana durante cincuenta minutos e interminables años a pacientes de clase media*" (Volnovich J.C., 2005) da cuenta de ello. Esa limitación (y ese sesgo) impide ver más lejos y extender la teoría psicoanalítica más allá de lo que del sujeto se expresa en un sector social minoritario.

En todo caso, ningún sector está exento —ninguno lo está, en alguna medida— de contradicciones políticas e ideológicas. Cada sujeto es portador del conflicto histórico, aunque la historia —social y personal— haga que cada cual se ubique en él de una manera particular. En el consultorio, aunque sesgada por la selección de los pacientes, la realidad exterior siempre está presente. Como señalan los Baranger, "*es cierto que el paciente asocia, vivencia y siente en el «aquí y ahora», pero estas asociaciones y vivencias se han moldeado durante toda su vida, y está fuera de duda que el paciente repite en su sesión*

patrones de conducta estereotipados (y patológicos por su mismo carácter estereotipado)". (Baranger W. y M. 1969, p.84)

El estereotipo es un producto social, y pone en evidencia que la historia personal es también historia social. Es historia socialmente construida, y forjada dentro de la sociedad. Lleva las marcas de las luchas y conflictos históricos, las huellas de los proyectos, esperanzas e ilusiones que han atravesado al sujeto y lo habitan como "ser siempre social" hasta anclarse en su deseo inconsciente. La vida anímica del sujeto no se puede limitar a su propia interioridad, siempre incluye de una u otra manera al otro: "*como modelo, como objeto, como auxiliar y como enemigo*". (Freud S., 1921). El análisis entonces, desde estas perspectivas, no puede hacer oídos sordos a lo que el sujeto incluye en cuanto proyecto social, ya sea en sus relaciones personales más cercanas como en sus aspiraciones más amplias. No debiera reducirse a estudiar su economía pulsional, aunque sólo le sean accesibles los "pálidos reflejos indirectos" de la realidad exterior.

De tal manera que el dispositivo montado para mantener bajo control una situación signada por la plena asunción de los efectos que el propio método analítico (que no coloca al observador en el "exterior" del proceso de observación sino que obtiene sus datos justamente de la interacción entre observador y observado) puede convertirse en obstáculo. Para Loureau, "*la importancia asignada por el psicoanálisis al compromiso del observador en el objeto de observación arrastra al psicoanalista, y tras él al sociólogo, a consecuencias que, en verdad, no estaban incluidas en la teoría de Freud*". (Loureau R., 1975, p.20)

4.1.4.-La neutralidad : de operación técnica a convención

El problema de cómo abordar y entender la neutralidad es un tema que es recorrido desde las distintas ópticas psicoanalíticas y que desemboca inevitablemente en sus dimensiones técnicas, pero que expresa de forma más o menos explícitas, concepciones acerca de la relación terapéutica, del lugar del psicoanalista y del papel del dispositivo.

Dependiendo de la aproximación conceptual al tema de la neutralidad, ésta va a operar de un modo que privilegie una manera u otra de entender los nexos vinculantes entre realidad social y trabajo clínico; ya sea en una dimensión en la cual la pareja analítica queda a salvo de toda influencia social y política, privilegiándose una escucha fundamentalmente intrapsíquica, o bien otra, que incorpora y da cuenta de la inclusión e implicación de la relación.

Sigmund Freud, cuando usa la expresión alemana *gleichschwebende Aufmerksamkeit* (Freud S., 1912) para designar la atención pareja, libremente flotante, como aquella actitud que el analista debe sostener en la conducción de la cura, incorpora una noción que ha sido fundamental en el establecimiento de la técnica psicoanalítica.

El analista, debe evitar en la medida de lo posible, toda atención particular o privilegiada a un aspecto del discurso del enfermo, haciendo posible de esta manera que el analista pueda ejecutar lo más libremente que pueda su actividad inconsciente. Dentro de lo que se debe dejar “fuera” están las teorías personales del analista, los gustos, etc, de tal manera que esto no actúe en una dimensión censora u obturadora de ciertos contenidos.

Estos elementos, colaborarán al desarrollo de lo que se convertirá en una de las reglas fundamentales de la tarea del analista, creando las bases de lo que posteriormente se denominará *neutralidad analítica*.

El concepto de *neutralidad analítica* no parece ser un concepto que como tal haya desarrollado extensamente Sigmund Freud. Lo que Freud hace es incorporar la noción de neutralidad para dar cuenta de “una de las cualidades que definen la actitud del analista durante la cura. El analista debe ser neutral en cuanto a los valores religiosos, morales, y sociales, es decir, no dirigir la cura en función de un ideal cualquiera y abstenerse de todo consejo; neutral con respecto a las manifestaciones transferenciales, lo que habitualmente se expresa por la fórmula “no entrar en el juego del paciente”; por último, neutral en cuanto al discurso del analizando, es decir, no conceder a priori una importancia preferente, en

virtud de prejuicios teóricos, a un determinado fragmento o a un determinado tipo de significaciones” (Laplanche J. y Pontalis J., 1981, Pág.256).

A la base de esta comprensión subyace una dimensión inevitablemente ética, en tanto da cuenta de la necesidad, para el curso de la verdad del análisis, de abstenerse de cualquier aproximación que involucre el surgimiento de “contratransferencias”, entendidas en este caso como respuestas del analista frente a la influencia que el enfermo ejerce sobre los aspectos inconscientes del analista .

Freud incorpora los principios de privación o abstinencia para enfrentar las demandas de amor del analizante, presentes en la transferencia. Cualquier transgresión del analista en este sentido, sería entendida como una grave falta a la neutralidad.

La neutralidad analítica es entendida por Freud como el indispensable lugar que el analista debe mantener, para sostener la transferencia del paciente y contener sus propios elementos contratransferenciales, los cuales se sostienen fundamentalmente en el análisis del propio analista, lo que hace del análisis personal una exigencia ética ineludible de cualquier analista.

Freud, en “Nuevos caminos de la terapia psicoanalítica”, plantea que : *“Nos negamos de manera terminante a hacer del paciente que se pone en nuestras manos en busca de auxilio un patrimonio personal, a plasmar por él su destino, a imponerle nuestros ideales y, con la arrogancia del creador, a complacernos en nuestra obra luego de haberlo formado a nuestra imagen y semejanza”*. (Freud S., 1919, pág.160)

La neutralidad aparece en Freud vinculada a un esfuerzo de trabajar desde una perspectiva que ofreciera un marco de trabajo, en algún modo al rigor aparentemente neutral y “aséptico” de la ciencia, intentando reducir los aspectos subjetivos de la persona del analista, en la medida que los aspectos propios pudieran crear obstáculos a la observación del inconsciente.

Son autores postfreudianos, especialmente aquellos que trabajan desde la escuela inglesa, influidos por los aportes de Melanie Klein, los que al introducir la noción de

contratransferencia, incorporan la presencia de sentimientos en el analista, actuando activamente en la relación terapéutica

Es el análisis personal, la supervisión, la formación y los distintos aprendizajes que el analista va haciendo en el curso de su formación, lo que va a ir creando territorios posibles desde donde la contratransferencia se va a instalar, para ser ella un elemento servicial al análisis, o bien un elemento que obtura y escotomiza los desarrollos posibles de la cura. Sin embargo, es en la escena analítica donde la contratransferencia adquiere su status real, justamente en la medida que es movilizada a partir de las demandas del paciente, y por lo tanto instala al analista en un lugar determinado e impacta en el deseo del analista.

La objetividad del analista, queda por lo tanto siempre en una situación precaria, lo que obliga al trabajo recurrente de revisar la subjetividad del analista a través de su propio análisis y del autoanálisis de la contratransferencia.

Desde este intento es posible afirmar el sostenimiento del principio de abstinencia, de tal manera de generar una dirección y sentido de la cura, que haga posible que sea el paciente el que “hable” y que vaya estatuyéndose como un sujeto posible. Lo que queda en cuestión es la ilusión de un analista que con una “neutralidad benevolente” va a intervenir de modo objetivo.

Será solo la aceptación de esta implicación subjetiva, la que hará posible, previo reconocimiento de sus deseos, poder renunciar a los efectos perturbadores mediante el trabajo activo con su propia contratransferencia.

Owen Renik, plantea algunas críticas al concepto de neutralidad, postulando que aunque el concepto de neutralidad analítica tiene un sentido original, bien intencionado, ha dejado de ser útil en la medida que nos hace vivir en la creencia de su existencia y de su operatoria y que, sin embargo, no percibimos la influencia personal que ejercemos en nuestros pacientes, (Renik O., 1996).

Renik propone una crítica al concepto de neutralidad analítica, que resume en tres aspectos :

- 1) En cuanto no considera el modo en que tiene lugar el aprendizaje en el análisis y, por tanto, no describe la relación óptima que ha de existir entre los juicios del analista y los conflictos del paciente.
- 2) Porque sugiere una visión mal informada del rol de las emociones del analista en la técnica psicoanalítica.
- 3) Y por último, porque es expresión de una concepción errónea de la técnica analítica y, por tanto, contribuye a confundir qué es lo que disuade al analista de explotar al paciente. (Renik O., 1996)

Para este autor, todo esto trae consigo la dificultad de trabajar al interior de una visión que establecería que la actividad analítica del psicoanalista no consiste esencialmente en comunicar al paciente sus opiniones personales, y que por lo tanto, se desarrolla la defensa de la idea que lo que hace el analista no es dar su propia visión personal sino descubrir la del paciente. Así entonces, el peligro de influir en el paciente, y por lo tanto, la advertencia de esto queda oscurecida. (Renik O, 1996).

Específicamente Renik, plantea en relación a los riesgos de creer en la existencia inveterada de la «neutralidad analítica», que esta noción crea la paradoja que el psicoanálisis y el trabajo del análisis se pueden convertir en más dogmáticos, en la medida que este simulacro, fingido frente a los pacientes y frente a los propios analistas, afirmado en la pretensión de la neutralidad, establezca intervenciones desde un lugar libre de toda “contaminación”.

Es preferible, dice Renik, asumir previamente la ausencia de neutralidad y como ella constituye la esencia de nuestro método clínico. (Renik,O.,1996). Sin embargo , aún con el importante aporte de Renik, sigue estableciéndose al interior de un psicoanálisis que transita en el centro de una dinámica fundamentalmente intrapsíquica, donde la subjetividad que aparece es aquella que es constituida a través de la historia personal y las construcciones que cada sujeto ha ido conformando a lo largo de su historia personal . Lo que queda fuera es la constitución e implicación social del analista y cómo su ubicación histórica , es conformada desde lugares que trascienden la pura constelación intrapsíquica,

incluyendo al analista en tanto sujeto histórico, al interior de las complejas tramas de la ideología, lo social y lo político.

4.1.5.- Neutralidad y apoliticismo

En el psicoanálisis (para que tenga lugar), el observador no puede ser neutralizado. Lo que se analiza es tanto producto suyo como del analizando. Ahora bien, *"si reconocemos que no somos neutrales —que defendemos nuestras posiciones vitales y nos implicamos con pasión— comprometemos nuestra reivindicación de que estamos ofreciendo una terapia basada científicamente. Tememos que nuestra posición de no neutralidad nos convierta esencialmente en consejeros, incluso en clérigos seculares"* (Renik O., 2002). Esta advertencia de Renik, es posible plantearla como un temor justificado y que corresponde a cierta paradoja del análisis, que por una parte nos dispone a que no podamos eludir comprometernos a fondo con el paciente, pero que por otra parte, debemos evitar convertirnos en "clérigos", en "consejeros", en los encargados (además, ¿por quién, en nombre de qué?) de entregar "verdades" al paciente para que éste se avenga a ellas, para que adopte los puntos de vista que le ofrecemos, abandonando sus "errores".

Queda clara la distancia entre semejante actitud y lo que desde Freud propone el psicoanálisis en cuanto a un trabajo conjunto de investigación y rastreo en el inconsciente del analizando en busca de los nudos en los que lo censurado se expresa —en forma disfrazada, desplazada— y a desvelar el sentido y los caminos de esa represión para poder alcanzar nuevos equilibrios psíquicos con menor carga de represión y sufrimiento subjetivo.

De todos modos, la necesidad de apartar todo aquello que pueda interferir en la situación analítica en el sentido de influir sobre el paciente (y en primer lugar, el esfuerzo que realiza el analista por reconocer y controlar lo que de su propio deseo inconsciente se atraviesa en el camino del análisis), necesidad que se encuentra en la base de buena parte de los dispositivos del encuadre, puede fomentar esa idea de falsa neutralidad, de prescindencia del analista que en el fondo representaría, ni más ni menos, que una falta de

compromiso con el análisis, pero que incluye también un abuso de su posición dominante en la relación con el paciente.

François Roustang sostiene al respecto que *"el analista que se ausenta y que se obstina en querer ser sólo «nadie», introduce el análisis en un proceso perverso donde podría no poner nada en juego, donde sería mero espectador, pero donde en realidad se pondría a salvo, nunca atrapado, pero conformándose con ver al otro atraparse (...) Sin embargo, un amo jamás pudo hacer avanzar ni un paso el análisis; solo pudo hacerlo retroceder hacia las riberas de la magia y la religión"* (Roustang F., en Waisbrot, D., 2002, p.136) La prescindencia, en efecto, no sólo viola (bajo la capa de un presunto respeto a las reglas de encuadre) el compromiso adquirido por el psicoanalista con el paciente, sino que deja vía libre a la idea de que el mero despliegue autónomo de la fantasía del analizando *"fuera del vínculo transferencial* alcanzaría para llevar adelante la tarea del análisis. El analista podría limitarse entonces a facilitar la situación analítica, sin participar activamente en ella, manteniéndose "ausente", para que el análisis tuviera lugar. Acto de fe, como dice Roustang, o de superstición.

La neutralidad no existe, no solo en la relación intersubjetiva (en la transferencia y la contratransferencia se encuentra de hecho el principal material del análisis), sino tampoco en las cosas aparentemente menos vinculadas al deseo inconsciente del paciente. Incluso, según señala Willy Baranger, la regla de abstención ideológica, que se formula en términos de que *"el psicoanalista debe abstenerse de toda influencia sobre el analizando en el campo ideológico"*, y que *"debe evitar que sus convicciones propias en el campo religioso, político, filosófico, ético, etc., intervengan en el análisis de sus analizandos"*, *"es estrictamente inaplicable, e inaplicada de hecho"*. (Baranger W. y M. 1969, p.103)

Independientemente de la voluntad y el esfuerzo realizados para evitar que sus propias convicciones influyan sobre el analizando, *"el personaje del psicoanalista no es nunca ni social ni políticamente neutro. No es socialmente neutro por las modalidades de su formación, los signos visibles de su posición, los índices de prestigio que lo rodean y el carácter socialmente determinado de su práctica «liberal». No es políticamente neutro*

porque, aunque no exprese posiciones políticas, y sobre todo por esto, la situación objetiva que ocupa significa algo políticamente" (Castel R., 1980, p.47).

No decir nada, no pronunciar palabra, abstenerse de expresar opiniones, puede (dentro de ciertos límites) estimular la relación transferencial, pero no es estar callado: *"todo en el terapeuta habla al paciente, desde su casa, sus zapatos, su cara, sus tics, sus modismos, sus objetos, sus voracidades y repugnancias, sus interpretaciones y entonaciones"*. (Rozitchner L.en Carpintero E. y Vainer A., 2004, p.344)

Ese discurso (mudo pero elocuente) es una forma de comunicación, y como en toda comunicación, circula el poder. Poder político y relaciones personales de competencia, de dominio, de coerción. *"La idea de que podría darse una situación de comunicación que fuese tal que los juegos de verdad pudiesen circular en ella sin obstáculos, sin coacciones y sin efectos coercitivos parece pertenecer al orden de la utopía"*. (Foucault M.1996, p.110) Esa coacción (por involuntaria que quiera ser) no deja de intervenir en la relación, y debe ser objeto de atención (de análisis).

La neutralidad del analista es entonces mera ilusión, ya que su sola presencia habla por él con palabras mudas. Lo cual significa que el silencio (ese silencio cargado de significados, atravesado de poder) cumple una función comunicativa al mismo nivel que la palabra, aunque lo haga de una manera ciertamente disimulada, velada, no explícita. Es difícil sostener el interés de esa presunta prescindencia, encubridora de mensajes subliminales, institucionales, portadora acrítica del *status quo*. Más bien la situación analítica debiera ser planteada *"no como situación de una persona frente a un personaje indefinido y neutral (al final, de una persona frente a sí misma) sino como situación de dos personas indefectiblemente ligadas y complementarias mientras está durando la situación, e involucradas en un mismo proceso dinámico"*. (Baranger W. y M. 1969, p.129)

Ahora bien, ambos -psicoanalista y paciente- están involucrados a su vez en un proceso histórico. De hecho, para salir del reino de la pura ilusión, para tener existencia real *"el psicoanálisis no puede encerrarse sobre sí mismo desoyendo el estruendo de lo colectivo. (...) Para hacer algo frente al sufrimiento del otro hace falta un analista vivo, no atado a posiciones caricaturescas, con memoria y con deseo"*. (Waisbrot D., 2003, p.46)

La posición de Waisbrot lleva a la necesidad de incluir también la dimensión social e histórica del paciente. Tampoco entonces, el inconsciente es ajeno al mundo. El "núcleo prosaico", desde su irreductible materialidad y su dinámica histórica, fija las condiciones de existencia y determina las maneras y los contenidos en cuanto a lo que se puede pensar, sentir, imaginar, saber y desear. En la misma "transposición" de formas que llegan desde el contexto histórico-social a transformarse y disfrazarse hasta alojarse en el deseo inconsciente de cada sujeto, en la manera en que se lleva a cabo esa transformación, en los caminos que recorre, los atajos que elije, los rumbos que adopta, está inscrita la marca del mundo. Como señala Castel, *"las formaciones del inconsciente tienen ya una significación social y política, dado que son producidas por la neutralización de lo social y lo político"*. (Castel R., 1980, p.54) Neutralización específica, y por lo tanto marcada.

Si se insiste en ignorar los vínculos que enlazan al sujeto con su mundo, en fomentar las ilusiones de una neutralidad encubridora del inmovilismo, se caerá en lo que temía Castel: *"en tanto tiene el poder de hacerlo, el proceso analítico neutraliza. Reproduce el poder neutralizador del psicoanalista «neutral»"*. (Castel R., 1980, p.54) El psicoanálisis y su papel liberador, que posee una irrenunciable vocación transformadora desde su origen, puede transformarse al decir de Castel en una herramienta conservadora, esgrimida en defensa de la situación existente e ignorante —negadora— de las demandas sociales, así fuera solamente bajo la forma en que éstas se inscriben en el deseo inconsciente del sujeto.

4.1.6.-Neutralidad y relación transferencial: un arma de dos filos

Hablar de implicación social y política del analista significa enfrentarse al reclamo de neutralidad (de "abstención", incluso), o al menos de los requisitos a respetar para reducir al mínimo la influencia (y en particular el ejercicio de poder) del analista sobre el paciente. La neutralidad es un concepto controvertido, como vimos, y desde distintas

posiciones se lo califica de ilusorio e imposible de cumplir. Admitir que hay implicación, aún más allá del esmero que se ponga en evitar toda influencia consciente, es asumir que el analista con su sola presencia pone sobre la escena analítica una serie de voces (políticas y sociales, en particular) que hablan desde él, incluso desde su silencio, y transmiten mensajes al analizando. Mensajes que no son asumidos por él, ni conscientes, y ni siquiera dicen su propia verdad (la del analista) sino que completan su forma y toman sentido en el deseo inconsciente del paciente, más allá del deseo del analista.

El apoliticismo fomentado por las reglas clásicas del encuadre se fundaba en la reducción del concepto de lo político en el análisis a un conjunto de materiales alumbrados por la fantasía inconsciente, a una externalidad extraña al análisis, lo cual desembocaba en una neutralización del analizando a partir de la carga ideológica subrepticia que subyace en determinadas praxis analíticas. Esa “neutralización” del analizando hace que el conflicto histórico que inevitablemente -ya que es el que determina y organiza la existencia social de todos los hombres- opera en la escena analítica, vuelva a ser reprimido, quede oculto, lo que en la práctica se expresa en una lógica de moderación y control (represión internalizada) y provoca el distanciamiento progresivo y paulatino del analizando de todo compromiso político y la irrupción soterrada pero permanente de la resignación y el conformismo. De tal manera, la "neutralidad" así entendida, lejos de ser apolítica, tiene efectos políticos e ideológicos concretos, en el sentido más conservador y adaptativo.

Ahora bien: de lo que se trata en todo esto es nada menos que de la relación transferencial que se establece -y que debe establecerse para que el análisis sea posible- entre el paciente y el psicoanalista. Desde ya que *"nunca en este campo tratamos con factores aislados, ni tampoco con factores que pertenecen exclusivamente al analizando"*. (Baranger W. y M. 1969, p.83)

La transferencia funciona en ambos sentidos, y lo único que diferencia al analista de su paciente es su manejo de la teoría, su experiencia en el tema y el auto-conocimiento que su propio análisis y los controles a los que somete su práctica le muestran.

La implicación del analista es un hecho imposible de evitar y difícil de negar. Pero eso no da precisiones acerca de qué hacer con ella, de cómo manejarla. Owen Renik tiene

su fórmula: *"Para reducir al mínimo cualquier influencia personal desfavorable por parte del analista precisamos una metodología clínica que tenga en consideración el hecho de que la influencia de aquél se encuentra en la misma esencia de la técnica. Por muy diligente que sea el analista en sus esfuerzos auto-analíticos, sus observaciones, formulaciones e intervenciones estarán siempre influidas por factores personales que se encuentran al margen de la conciencia. Un analista es irremisiblemente subjetivo en el contexto clínico y la forma de mitigar la influencia restrictiva de esta condición subjetiva es establecer principios técnicos que la tengan en consideración (por ejemplo, admitiendo que el analista no puede conocer en todo momento, la forma y cuantía de la participación de su propia psicología en el trabajo analítico)".* (Renik O., 2003, disponible en <http://www.aperturas.org/articulos.php?id=0000188&a=Los-riesgos-de-la-neutralidad>)

Si al comienzo llama la atención el calificativo "desfavorable" que utiliza Renik para referirse a la influencia personal del analista (calificativo que asume la existencia inversa de una influencia "favorable"), pronto vemos que de eso justamente se trata: como no se puede evitar que las "intervenciones" del analista estén influidas inconscientemente por "factores personales", como es "irremisiblemente subjetivo" en la clínica, solo cabe asumir esa influencia como "esencial" a la técnica y establecer curiosos "principios técnicos" que consistirían en admitir que no se puede hacer nada al respecto. Más parece que se tratara para Renik de "neutralizar la neutralidad" para dejarle cancha libre a la influencia del analista sobre el paciente. La influencia "favorable", desde ya, no la otra (la "restrictiva"), que, aunque tampoco haya propuesta de "metodología" alguna para "reducirla al mínimo", se apartaría mágicamente del camino. Todo indica que estamos lejos de los planteos fundamentales que sostienen al psicoanálisis, basados en investigar el deseo inconsciente del analizando, y no en suplantarlos por el del analista. No cabe duda de que la solución al problema (porque hay un problema) debe buscarse por otro lado.

No está en discusión el hecho inevitable y natural, incluso saludable, en cuanto nos habla -le habla al paciente- de un analista humano y viviente, deseante y que *"cada vez que el analista elige el momento, el contenido, la forma verbal de una interpretación, introduce en la situación, no solo sus conocimientos científicos, su esquema referencial, su*

comprensión del analizando, el código que se ha establecido entre ambos, sino también su voz con sus inflexiones, su estilística particular, y a través de todo ello, algo de lo que siente en este momento".(Baranger W. y M. 1969, p.235)

Y a través de todo eso, se introducen -se implican- en la situación analítica contenidos que de manera directa o indirecta son escenario de esa "lucha por el sentido" que remite inmediatamente a la conflictiva social. Esto no habilita -todo lo contrario: obliga a redoblar las precauciones para evitarlo- a suplantar al paciente y a forzarlo (así fuera por la vía "persuasiva") a reemplazar sus valores por los del analista. En ese sentido, Caruso hace notar que *"el psicoanalista representa el principio de realidad ante su paciente: he aquí el principio de realidad, viene a decirle a través de sus interpretaciones. Pero ¿de dónde sabe él lo que es la realidad?"*.(Caruso I., 1966, p.97) En efecto, si *"la «realidad» es una construcción de la fantasía que nos permite enmascarar lo Real de nuestro deseo"*, si se nos presenta bajo la forma de un discurso en el que lo material es estructurado y cargado de sentido por nuestro deseo, mal puede el analista asomarse a "la realidad" del paciente sin pasar por el análisis del deseo inconsciente de éste, ni entender lo real material sin la mediación - y el análisis - de su propio deseo. Sin paciente (en ausencia de su deseo) no hay análisis, es obvio, solo "influencia" y manipulación.

De hecho el análisis trata justamente de todas esas cosas. La relación transferencial pone en la escena dos seres deseantes, y el psicoanálisis exige que sea analizado algo más que lo que viene del lado del analizando: debe reconocer -y analizar- la propia implicación subjetiva del analista. Aún más, convendría no limitar la contratransferencia al vínculo personal que el psicoanalista establece con el paciente e incluir todo lo que aquel trae a la escena analítica. En ese sentido, Jorge Volnovich destaca que *"Lacan es tal vez el primero en insistir en que la contratransferencia no está sólo referida al paciente, sino al deseo del médico. En otras palabras, lo que es interrogado en la contratransferencia es lo que lleva al médico a ser médico, al educador a ser docente, o al psicoanalista a ser psicoanalista"*. (Volnovich J., 1999, p.77) Esto se inscribe claramente en la línea marcada por Freud cuando advertía a los analistas sobre las tentaciones de buscar "apasionadamente", "éxitos" terapéuticos.

4.1.7.- Contratransferencia e implicación

George Devereux plantea en su obra clásica, « *De la ansiedad al método en las ciencias del comportamiento* » (Devereux G., 2003), una tesis fundamental que hace deslizar por diversos caminos cuestiones centrales del psicoanálisis. Devereux nos dice que a diferencia de Freud, que plantea la transferencia como el dato más fundamental del psicoanálisis entendido como dato de investigación, él propone a la contratransferencia como el dato de importancia más decisiva, ya que la información que puede sacar de la transferencia por lo general puede obtenerse por otros medios, lo que no ocurre con el análisis de la contratransferencia.

Devereux describe una serie de características a tomar en cuenta en este análisis, especialmente respecto a los datos de la ciencias del comportamiento generan ansiedades, a las que se trataría de esquivar creando una pseudometodología mediatizada por la contratransferencia, lo cual sería el causante de casi todos los defectos y dificultades de comprensión en la ciencia del comportamiento . Devereux menciona que el estudio científico del hombre :

- 1.- es impedido por la ansiedad que suscita el traslape entre sujeto y observador,
- 2.- requiere un análisis de la naturaleza y el lugar donde se deslindan ambos;
- 3.- debe compensar lo parcial de la comunicación entre sujeto y observador en el nivel conciente ; pero,
- 4.- debe rehuir la tentación de compensar la integridad de la comunicación entre sujeto y observador en el nivel inconsciente.
- 5.- Causa ansiedad y por ende, reacciones contratransferenciales.
- 6.- Deforma la percepción e interpretación de los datos y
- 7.- produce resistencias contratransferenciales que se disfrazan de metodología, lo que ocasiona nuevas distorsiones *sui generis*.

8.- Puesto que la existencia del observador, sus actividades observacionales y sus angustias (aún en la observación de sí mismo) producen distorsiones que son no sólo técnicas sino también lógicamente imposibles de eliminar.

9.- Toda metodología efectiva de la ciencia del comportamiento ha de tratar esos trastornos como los datos más significantes y característicos de la investigación de la ciencia del comportamiento.

10.- Debe usar la subjetividad propia de toda observación como camino real hacia una objetividad auténtica, no ficticia.

11.- Debe definirse en función de lo realmente posible y no de lo que “debiera ser”.

12.- Si se pasan por alto o se desvían por medio de resistencias contratransferenciales disfrazadas de metodología, esos “trastornos se convierten en fuente de error incontroladas e incontrolables.

13.- Si se tratan como datos básicos y característicos de la ciencia del comportamiento, son más válidos y productores de *insight* que cualquier otro tipo de datos.

Para Devereux, lo anteriormente señalado no significa que lograr una cierta objetividad sea imposible, ni que al mismo tiempo haya que construir una serie de filtros, o una técnica o una serie de artificios técnicos para tener un acercamiento más verdadero. Más aún, lo que habría que recordar es que esos filtros al mismo tiempo que podrían corregir algunas distorsiones, producen otras, que pasan por lo general inadvertidas (Devereux G., 2003).

Devereux plantea que estos filtros o artificios que pretenden una mayor objetividad sólo desplazan ligeramente el lugar de deslinde entre sujeto (objeto) y el observador y posponen el momento exacto en que aparece el momento subjetivo (decisión).

No es entonces el estudio del sujeto, como lo plantea la aproximación tradicional, sino del observador lo que nos proporciona acceso a lo central de la situación observacional.

La tarea de investigar tiene como misión fundamental -concerniente de un modo inherente a su estructura- intentar revelar un nuevo saber. Establecer la necesidad de la investigación, supone la asunción de que existe algo definido como no sabido. Sin embargo toda investigación, al provenir de fuentes diversas, va a plasmar en sus objetivos, en sus metodologías, las orientaciones o perspectivas que las animan. Estos factores

inevitablemente actúan sobre los resultados, generando nudos de implicaciones que se expresarán en lo siguiente: la definición de su objeto de investigación, las técnicas adecuadas para alcanzar y aprehender ese objeto, la determinación de criterios de análisis y hasta la forma de redactar y presentar sus resultados y conclusiones.

Es a través de sus consecuencias éticas y epistemológicas donde la tarea del investigador se muestra de un modo más conflictivo, tal como señala la investigadora brasileña Jacyara C. Rochael Nasciutti “ *¿Qué beneficios, inmediatos o en el largo plazo, podrían provenir de la investigación para esa población? O ¿estaría la investigación a servicio sólo del mantenimiento del status quo de la "investigación científica académica" del propio investigador y su institución?, o ¿sirviendo cómo instrumento de control social, o de mantenimiento de las desigualdades sociales?*”. (Rochael J., 2003, pág.1)

Esto pone de relieve los vínculos de la implicación y la ética, ya que en la medida que el investigador, desde el concepto de implicación, está involucrado subjetivamente con su objeto de investigación, se desmarca de cualquier consideración conceptual que suponga una neutralidad investigativa. Así entonces, es fundamental considerar los ámbitos donde ocurre esta implicación del investigador. Tal como señala Barbier, esto ocurriría en tres ámbitos (Barbier R., 1977) :

1) En el ámbito psico-afectivo: Dice relación a los elementos inconscientes determinantes de las elecciones, proyecciones e inversiones que el investigador hace en su práctica y que definen, por ejemplo, por qué un profesional elige investigar sobre niños desposeídos mientras que otro prefiere dedicarse al estudio de las relaciones profesionales en empresas.

2) En el ámbito histórico-existencial:

Trata de los valores sociales, de la ideología que como ente histórico inserto en una determinada clase o grupo social, el investigador incorpora en su existencia como proyectos de actor social;

3) En el ámbito estructural-profesional:

Percibe al investigador referenciado profesionalmente desde la posición de psicólogo, de asistente social, de sociólogo, de educador, de historiador, es decir, desde una posición de

saber conferido socialmente que, asimismo, definirá su mirada sobre su objeto de investigación como también desde los otros ámbitos, todos, por supuesto, indisociables entre sí.

Todos estos elementos, muestran que la mirada del investigador, es, en el mejor de los casos, una mirada «inadvertidamente» intencionada, que al «seleccionar» un campo, facilita un despliegue y constitución de un escenario posible, desde el cual se generan dinámicas específicas que contribuyen al desarrollo de un campo particular, campo que en última instancia es «creado» también por el ojo del investigador.

4.1.8.- Transferencia y contratransferencia: una dialéctica del vínculo social

Las relaciones transferenciales son complejas y se desarrollan en varios niveles, como todo analista bien sabe, y la diversidad de posiciones al respecto da cuenta de esa complejidad. Desde las primeras aproximaciones, que limitaban el concepto a la transferencia del paciente y a las reacciones inconscientes del analista frente a ellas hasta las posturas que incluyen en la contratransferencia todo lo que el analista pone en juego en el tratamiento o las que definen a la transferencia como reacción frente a la transferencia del otro, son relaciones esenciales al psicoanálisis y se las considera hoy el material principal de trabajo en la terapia psicoanalítica. Se generan por la propia estructura de base de la relación analítica, en la cual se encuentran (aunque sea en posiciones distintas) dos personas, dos seres deseantes. La imposibilidad de hacer del analista un simple "espejo" que sólo devolviera las proyecciones del analizando o "neutralizarlo" hasta lograr su desaparición de la escena abren tres posibilidades básicas para que el psicoanalista trabaje sobre su propia relación contratransferencial. (Moise C., 2007) Intentar reducir en todo lo posible las manifestaciones contratransferenciales, utilizarlas, pero controlándolas o usarlas como guía, asumiendo que la resonancia "de inconsciente a inconsciente" constituye la única comunicación auténticamente psicoanalítica.

El analista está implicado en el tratamiento, y debe analizar (dentro de lo que sus capacidades y conocimientos le permitan) su propia participación en la escena analítica. Willy y Madeleine Baranger señalan que *"el investigador analítico está presente en su totalidad en el diálogo, es él mismo su propio instrumento, y sólo una formación profunda impide que el instrumento intervenga para distorsionar groseramente las condiciones de la investigación"*. (Baranger W. y M., 1969, p.82)

Distorsión grave que puede llegar al desplazamiento del analizado y al fracaso del análisis.

La "formación profunda" se debe aplicar al análisis de la contratransferencia no con el objeto de "neutralizar" al analista, sino para discernir el papel que juega su deseo inconsciente en el tratamiento. En ese sentido, la implicación es completa: *"todos los valores del analista gravan su contratransferencia; de esto ha de ser siempre muy consciente"*. (Caruso I., 1966, p.122) Así como el paciente debe "abstenerse" de censurar lo que le viene a la mente para avanzar en el análisis, el analista -en pos del mismo objetivo- no debe censurar ninguno de los aspectos de su personalidad que se hacen presentes en la contratransferencia (debe evitar considerarlos "fuera de lugar"), de manera de poder analizarlos. Esto implica -entre otras cuestiones- a lo político y social. Entre las precauciones que le son exigibles está la de no subestimar los alcances de su implicación: *"es una ilusión idealista creer que el uno no debería o no podría traer nada consigo al encuentro. No hay encuentro abstracto ni libre de hipotecas. Lo peligroso es justamente hacerse esta ilusión: ahí se esconde solapadamente el narcisismo"* (Caruso I., 1966, p.122). La única manera -y ciertamente no puede ofrecer garantías absolutas- de eludir la tenaza que acecha al analista, atrapado entre la necesidad de involucrarse "con pasión" (como un ser vivo, deseante) en la escena analítica, y la de renunciar a su propio deseo inconsciente de "guiar" al paciente es la de analizar la contratransferencia.

Las relaciones transferenciales son las que estructuran la escena psicoanalítica. En la relación analista-paciente se juega el destino del análisis con las piezas del deseo inconsciente de cada uno de ellos, movidas desde las pulsiones en un marco determinado por la sociedad y la historia. Es una relación compleja: *"la pareja analítica se define por la*

identificación proyectiva recíproca de los integrantes, es decir por un interjuego de identificación proyectiva por parte del analizando y de identificación proyectiva y contraidentificación proyectiva por parte del analista. Este proceso tiene sus características especiales en el analizando y en el analista".(Baranger W. y M. 1969, p.167)

Esto que aparece como un juego de identificaciones y contraidentificaciones, es recorrido por el deseo inconsciente. En ese juego participa (está implicado) el sujeto (cada sujeto: analista y paciente) en tanto tal, es decir, completo. Sus "puntos de anudamiento", los vínculos libidinales que ha construido a lo largo de su historia con el mundo en el que desarrolla su existencia, marcados por las circunstancias e instituciones que lo atraviesan, traen a la escena analítica múltiples voces -algunas cercanas y reconocibles, otras apagadas y confusas, otras más disonantes y contradictorias- entre las cuales es tarea del análisis descubrir las que encierran las llaves del conflicto inconsciente.

El analista no sólo está implicado en ese juego sin posibilidad de retirarse, de ser neutral —lo que haría fracasar el análisis—, sino que es uno de los protagonistas. De tal manera, *"el analizando se vuelve (aunque con características muy distintas) depositario de proyecciones del analista. Se constituye así una estructura compleja en dos niveles distintos: una relación terapéutica asimétrica, por un lado, y una relación transferencial-contratransferencial, también asimétrica, por otro lado".*.(Baranger W. y M. 1969, pp.232-233)

Las asimetrías no corresponden a ningún criterio valorativo (las opiniones del analista no son "mejores" que las del paciente) sino a una ubicación distinta en la relación. El analista pone sus conocimientos de la teoría psicoanalítica y su técnica al servicio del análisis del paciente, renuncia al papel central, acepta poner de lado -en la medida de sus posibilidades- a su propio deseo para dejar lugar a la expresión más plena del paciente.

Ahora bien: *"la relación transferencial es narcisística y transcurre en dos planos coexistentes: uno, más manifiesto o visible, el del autismo, el cual nos presenta una barrera que no podemos sobrepasar y que Liberman estudió con el nombre de autismo transferencial; otro plano transferencial es el de la simbiosis, y es más inaparente o*

larvado; en él el mundo interno (narcisístico) del paciente está dentro del analista. " (Bleger J., 1997, p.90). Detrás de ese autismo transferencial (y también de la relación simbiótica) actúa el deseo del paciente. Pero el analista nunca es insensible, dispone de instrumentos para reconocer su propio deseo, y por ende para encauzarlo. El juego de imágenes proyectadas y reflejadas -quizás es más exacto decir "refractadas" - ya que el paso a través del deseo del otro las desplaza y las deforma, delimita el mundo de lo interpretable. Sin embargo no es —como a veces se pretende, y a pesar de que se circunscribe a lo que ambos personajes ponen en el juego— un mundo ensimismado. Por las voces —desde el deseo— de cada uno de ellos habla una realidad más amplia —tan amplia como la experiencia vital de los protagonistas lo permite—, la de la historia.

No es fácil sistematizar datos recolectados desde una práctica marcada por el involucramiento personal, ya que siempre, detrás de toda interpretación, sobrevuela el fantasma del deseo inconsciente del analista y la limitada cantidad de casos que cada analista tiene la posibilidad de tratar en su práctica profesional. Cada caso representa un detalle particular, específico, subjetivo, pero encierra un mundo completo.

Sin contar con la necesidad de desenmascarar cada vez al deseo inconsciente debajo de los disfraces con los que se viste. De hecho, en el proceso de identificación proyectiva *"la relación del depositante con lo depositado ha sido estudiada detenidamente (empobrecimiento o vaciamiento del depositante, dependencia de lo depositado, etc.), no así la relación entre lo depositado y el depositario"* (Bleger J., 1977, p.19). Los efectos de la implicación -en cuanto ésta tiene de transferencia- dependen de este tipo de relaciones.

No se trata de alcanzar -ni siquiera de buscar- algún tipo de ilusoria "neutralidad", aunque siga siendo imprescindible para el psicoanalista asegurarse de la mejor manera posible de no estar atravesándose y cerrando el paso a la expresión del inconsciente del paciente. En ese sentido, *"el auto-conocimiento (facilitado por el análisis de la actividad analítica durante el análisis didáctico) de este diccionario contratransferencial es la garantía esencial, y por supuesto relativa, de la «objetividad» del analista"*. (Baranger W. y M. 1969, p.82)

Para que el análisis sea posible, lejos de entregarse mansamente a la imposibilidad de "saberlo todo", el analista debe prestar atención (sin garantía absoluta, pero con máximo esmero) a su propia implicación en la relación transferencial.

Para Bleger, *"la relación transferencial tiende permanentemente a estructurarse como vínculo simbiótico porque al mismo tiempo que es una regresión, se reactiva el objeto aglutinado (la parte psicótica de la personalidad), debido también a que en un solo depositario (el analista) se acumulan, condensan, muy distintas experiencias que implican muy distintos objetos y partes del yo con muy distintas cualidades"*. (Bleger J., 1997, p.43) Del mismo modo, el analizando es el depositario de lo que el analista puede transferirle en función de sus propias implicaciones, por lo que este último debe hacer lo posible para eludir las trampas que su propio deseo inconsciente pone al paso del análisis y de lo que su propia relación transferencial pueda tener de simbiótica.

De cualquier manera, las relaciones transferenciales, aunque circulen en ambos sentidos, son asimétricas. Bleger resalta que *"ocurre la paradoja de que nosotros no podemos penetrar en el narcisismo del autismo, pero el mundo narcisístico del paciente ha penetrado en el psicoanalista y tiende a parasitarlo"*. (Bleger J., 1997, p.91)

De hecho, en la relación transferencial circulan también líneas de fuerza, se dirime poder. Y, nuevamente, esto sucede en ambas direcciones. *"Ferenczi (1933), dijo que la identificación con el agresor ocurre en la relación analítica. Los pacientes a menudo ven a los analistas como agresores y se identifican con ellos, y los analistas (con frecuencia inevitablemente y sin intención de hacerlo) actúan de verdad como agresores. Estoy de acuerdo. Pero la relación analítica, como cualquier relación, es un camino de doble vía y la identificación con el agresor también puede ocurrir, y de hecho ocurre, en la dirección opuesta. A juzgar por los relatos clínicos sumamente autorreveladores de su Diario Clínico, está claro que Ferenczi (1932), conocía de primera mano que los analistas también ven a los pacientes como agresores y que responden, al igual que los pacientes, identificándose. No profundizó en este fenómeno, es decir, no entró en muchos detalles acerca de las especificidades de los pacientes que se identificaban con los analistas como agresores"*. (Frankel J., 2002, p.12)

Estos conflictos de poder remiten de manera inmediata -aunque hayan sido objeto de desplazamientos, derivaciones, racionalizaciones, disociaciones, negación etc.- a los conflictos históricos que atraviesan la sociedad. De la red de vínculos que por ella circula salen, después de atravesar el tamiz de la historia subjetiva, la mayoría de los temas, modelos, ejemplos, etc., en la medida en que la imbricación del sujeto y la sociedad es constitutiva de la subjetividad y sus límites respectivos son siempre objeto de discusión y disputa. Así, la represión social internalizada en el sujeto hace hablar al conflicto social desde el deseo del sujeto, por lo que las relaciones transferenciales se estructuran de una manera que expresa la dialéctica del vínculo social.

En ese sentido, podemos señalar que Freud ha sido particularmente explícito en los efectos que generan estos sistemas de dominación de la subjetividad humana, cuando dicen relación con la caracterización del opresor. Lo específico, en este caso, es la recolonización del deseo inconsciente del analista. (Volnovich J., 1999)

El analista, así como no puede mantenerse "neutral" ni desentenderse de su deber respecto del paciente, no puede hacer negar el papel que su implicación política y social juega en el análisis. Hacerlo sería dejar vía libre a un juego de identificaciones que bloquea la relación. La identificación al opresor se apoya en la internalización de la represión social, y el juego de introyecciones y proyecciones desborda los límites estrechos de la relación intersubjetiva tal como ésta se presenta inmediatamente en el consultorio.

En efecto, los vínculos transferenciales se concentran principalmente sobre la relación analista-paciente, pero van más allá de ella. En toda circunstancia en la que el sujeto participa, pone en juego su afectividad, y en torno de ella circulan vínculos que se definen en buena medida en base a los procesos de proyección e introyección que llamamos transferenciales. En tal sentido, por ejemplo, Loureau sostiene la existencia de una transferencia de orden institucional. Con este concepto propone entender al analista "*en cuanto actor social que se implanta en una situación social*", (Loureau R., 1975, p.272) y lo relaciona a situaciones que se presentan a cada paso en la existencia social del sujeto: "*el patrón, el médico, el analista, es objeto de transferencia por todas las personas vinculadas con esa organización*". (Loureau R., 1975, p.272)

Aún más, se ha postulado que "*la transferencia-contratransferencia se da no solo en la situación analítica, sino también en todas las relaciones humanas, por lo tanto adquiere la característica de social en tanto que es un fenómeno universal, diada inseparable de la dialéctica vincular, constructora intersubjetiva de los seres humanos*" (Moise C., 2007, p.117). Todo vínculo se estructura entonces en base a una relación transferencial, y podríamos incluso agregar que no solo en la relación intersubjetiva: también las relaciones objetales o de investimento libidinal en general pueden ser descritas según un modelo parecido, al menos en la medida en que también se apoyan en mecanismos de proyección e introyección. No se trataría, claro, de "ser amado" por el objeto, sino indirectamente por lo que éste representa. Desde esta perspectiva, el juego de identificaciones tiene un alcance más vasto que el que aparece a primera vista, y se vale de objetos intermediarios para incluir a la totalidad de la experiencia del sujeto, en el cual la historia se ha incorporado (ha sido socializado) a través de su historia personal.

Si bien, es difícil usar el psicoanálisis para dar cuenta de la problemática social y política, no por ello estos aspectos dejan de estar implicados tanto en su teoría como en su práctica. El "*núcleo prosaico*" que organiza la existencia humana (*cuerpo, necesidades, violencia social*), no desaparece por el hecho de ser apartado de la escena analítica o de mostrarse, al ser interrogado por el psicoanálisis, sólo bajo la forma de esos pálidos reflejos anudados al deseo inconsciente. De hecho —y no podía ser de otro modo— de alguna manera, "*estas condiciones objetivas, infiltradas en el contrato analítico y reinterpretadas dentro del marco de su convención, estructuran también el mismo discurso psicoanalítico*". (Castel R., 1980, p.74)

De cualquier modo, el conjunto psicoanalítico (teoría y práctica) "*en cuanto se funda sobre el establecimiento de un dispositivo original que coloca fuera de juego a los determinismos políticos y sociales en el cuádruple nivel de su instauración (el contrato analítico), de su desenvolvimiento (la relación dual), de sus materiales (las formaciones del inconsciente) y de sus conceptos (las categorías del discurso psicoanalítico)*", (Castel R., 1980, p.36) este conjunto "*opera imponiendo una suspensión de la realidad, una neutralización de aquello que en la existencia ordinaria nunca es neutro*" (Castel R., 1980, p.38) , de modo que "*lo que se pone así entre paréntesis continúa presente en la relación*

analítica, pero ha sido neutralizado, invalidado, disfrazado y se ha vuelto irreconocible". (Castel R., 1980, p.38) Así entonces, los determinismos políticos y sociales continúan fijando —junto con los biológicos— las condiciones de existencia del sujeto.

Ahora bien: en el psicoanálisis, señala Castel "*se continúa rechazando la realidad prosaica para que las fantasías, aunque sean colectivas, circulen en un espacio inconsciente ganado contra el espacio social habitual en el que circulan las informaciones, se intercambian las mercancías, se alquila la fuerza de trabajo, se anudan contratos humanos y nacen los conflictos sobre la base de problemas objetivos".* (Castel R., 1980, p.44)

Esta oposición, que construye la escena psicoanalítica abriéndole paso al espacio del inconsciente en base al desalojo del espacio social (desalojo que no puede sino ser pasajero e ilusorio) representa así al mismo tiempo un requisito para la manifestación del inconsciente y una barrera para la expresión de lo social. La implicación del "núcleo prosaico" en el análisis debe ser rastreada entonces, o bien a partir de las marcas que produce en el inconsciente, o bien en base a la apertura del dispositivo y la elaboración de una teoría y una técnica específicas.

Como sea, el psicoanálisis tampoco en cuanto instrumento terapéutico puede prescindir de la dimensión social y política del sujeto. Dejarla de lado o apartarla significaría disminuir al sujeto, podarlo, aceptar que sería posible (y deseable) desarraigarlo, privarlo del sustrato del que se alimenta y vive: la subjetividad. Es cuando menos una manipulación indirecta que seguramente desembocará en un distanciamiento progresivo y paulatino de todo compromiso político y en la irrupción soterrada pero permanente de la resignación y el conformismo: se trata, en otras palabras, de un empobrecimiento del sujeto

Ahora bien: la relación terapéutica que se establece en el psicoanálisis contiene elementos muy particulares. En ella tiene lugar un trabajo conjunto entre los dos miembros de la pareja analítica, en el que la participación del paciente es clave. Pero en la relación analítica, de hecho, no solo está involucrado el inconsciente del analizando. Los Baranger señalan que "*lo que estructura el campo bipersonal de la situación analítica es*

esencialmente una fantasía inconsciente. Pero sería equivocado entenderlo como una fantasía inconsciente del analizando solo". (Baranger W. y M. 1969, p.140) También el analista se encuentra involucrado en la escena analítica, y al mismo nivel que el paciente: solo su conocimiento de la teoría y su dominio de la técnica le pueden permitir -por vía del análisis de la transferencia y la contratransferencia- separar la paja del trigo y reconocer las modalidades de circulación y emergencia del deseo inconsciente en esa escena.

La interpretación misma, el acto de interpretar, su forma y su contenido, que trabaja sobre la transferencia cuidando de filtrar todo lo que pueda aparecer como interferencia del medio exterior e incluso toma precauciones para que la relación contratransferencial no acapare la escena, está contaminada. De hecho, *"el interpretar, por neutral que sea en su forma, implica la participación de los sectores ideológicos (muy cargados afectivamente) del analista"*. (Baranger W. y M. 1969, p.104)

La implicación de lo social y lo político resulta así inseparable de la escena analítica, la cual pueblan desde las posiciones subjetivas de los participantes y desde la manera en las que están incluidas (implicadas) en el psicoanálisis. De tal manera, y en función de que *"la ideología «científica» del analista (los principios y conceptos psicológicos que utiliza en la interpretación) no es independiente de sus otras concepciones ideológicas"*. (Baranger W. y M. 1969, p.104) La ideología subyacente del analista se encarga de dirigir la escena, volcando en ella sus propias concepciones. Rol protagónico en ello tiene la propia teoría psicoanalítica, en la medida en que es el punto de referencia principal, el más directo, el más inmediato, de su práctica. Como es obvio, *"la teoría psicoanalítica puede moldear los juicios de un analista"*. (Renik O., 2002) sin embargo, en la medida en que estos juicios pierdan de vista su origen, sus lazos de dependencia, se "naturalizan" y funcionan como pantallas que ocultan las implicaciones del analista.

4.2.-EL PSICOANALISTA IMPLICADO

4.2.1.- La implicación y sus caminos

Implicación y compromiso van de la mano. Incluso hay quienes los usan casi como sinónimos. En otras versiones se reserva el término *implicación* para designar el involucramiento inconsciente —o al menos involuntario— el retorno, la aparición sobre la escena, en una situación determinada, de elementos provenientes de lo que el sujeto lleva consigo sin que se proponga volcarlo a ella, siendo el compromiso, inversamente, la marca de una participación consciente y premeditada.

Para Loureau "*la implicación no debe situarse en un eje valorativo, ella no es buena ni mala, simplemente es; la implicación no es una acción, no es un verbo, no se trata de implicarse más o menos, es una situación, una realidad, la realidad de la captura del actor y del sujeto por la transversalidad institucional*".(Loureau R. en Leguizamón S. disponible en <http://www.psicosocialdelsur.com.ar/vinculum/articulo007.htm>)

Como tal es ubicua, ineludible, universal. Siempre hay implicación, que se orientará en una u otra dirección según el tenor de lo que constituye al sujeto, de acuerdo a cómo haya sido conformada su subjetividad por los atravesamientos que lo marcaron a lo largo de su historia.

Ahora bien, aunque la implicación en general no sea en sí ni buena ni mala, sus efectos serán "buenos" o "malos" desde el punto de vista social como el sujeto implicado, por su constitución y su acción social, lo sea. Porque si la captura institucional del sujeto es inevitable — por constitutiva — encierra contradicciones, anomalías, mutaciones, cambios que hacen que la reproducción de la institución —y la de la sociedad— nunca sea perfecta, idéntica.

En ese sentido, cabe también destacar que en la implicación, aún considerada como un aporte inconsciente de elementos subjetivos a la escena -a la escena analítica, por ejemplo- sigue siendo el sujeto el que se implica, y todo lo que por su medio se implica en la escena está mediado por su propia subjetividad, por la manera en que la experiencia histórica y su historia personal la han marcado, por su propio deseo inconsciente. La implicación no resulta en una traslación mecánica de contenidos que han marcado al sujeto, sino de una reinterpretación de estos contenidos, filtrada por el deseo inconsciente. En ese sentido debieran considerarse como ligados siempre, en alguna medida, a la circunstancia concreta en la que se implican. El sujeto no es un mero transporte de marcas institucionales inscritas en su subjetividad, las cuales descargaría en cada ocasión, siempre iguales a sí mismas, siempre desempeñando las mismas funciones, cumpliendo con la reproducción programada. Esas huellas no son fijas, y su sentido, diferido en el tiempo, resulta resignificado por la experiencia.

El que más ha intentado sistematizar el concepto de implicación ha sido René Loureau, en su abordaje del análisis institucional. Desde textos muy tempranos, proponía analizar distintas formas de implicación, a saber: institucional, práctica, paradigmática, simbólica, e incluía como objeto de estudio la transferencia institucional. Posteriormente propondrá expresamente delimitar entre las implicaciones primarias y secundarias, ubicando en las primeras: a) la relación con el objeto de estudio b) la relación con la institución y, especialmente, la institución de investigación c) la relación con el patrocinio y con el mandato social. Entre las implicaciones secundarias considera niveles muy heterogéneos, entre ellos, la relación con el paradigma de la investigación. En otras palabras, hablar de implicación (estar implicado, en el sentido pasivo de una sujetación, y no implicarse, en el sentido activo y voluntarista) supone un análisis de vertientes sumamente heterogéneas, complejamente articuladas entre sí.

Loureau aporta —además de la clasificación entre implicación primaria y secundaria, relativa a las mediaciones que existen entre el origen del contenido implicado y su marca subjetiva— una serie de precisiones y distinciones de utilidad, que deberán tomarse como base para sucesivos desarrollos. Señala por ejemplo que *"el contenido de la transferencia es, sobre todo, el de la demanda o el requerimiento de intervención. La implicación*

sintagmática apunta al momento de lo imaginario (fantasía del grupo); la implicación paradigmática concierne al momento de lo real (la seriedad de la tarea, el reino de la necesidad). Entre ambos tipos de implicación surgen forzosamente algunas oposiciones". (Loureau R., 1975, p.272)

Estas son oposiciones que, por un lado, muestran la emergencia de contradicciones —contradicciones históricas, incluidas en las instituciones y hechas carne en el sujeto—, y en ese sentido ponen a la vista —como un síntoma— lo reprimido —abriendo la posibilidad de analizarlo—, y por el otro complican un poco más la tarea de analizarlo.

A las fuentes generales de la implicación —las marcas o contenidos no sabidos, que el sujeto lleva consigo y que asumirán su significado retroactivamente para determinar su acción—, las organiza en varios niveles —habla de implicación primaria y secundaria, como vimos—, y le agrega especificaciones acerca de los planos en los que lo hace. Así, propone diferenciar el nivel que implica la fantasía, que apela a la construcción de significados — lo define, siguiendo a Lefebvre, como el de "*la articulación de los datos disponibles para la acción*".(Loureau R., 1975, pp.270-271) -del plano más vinculado a lo real, a lo práctico, a la responsabilidad subjetiva, al empeño en la tarea —definido por Lefebvre como "*la explotación reflexiva de lo adquirido*" (Loureau R., 1975, p.271) —, más vinculado con otro tipo de características personales, en las cuales asume preponderancia "*el saber y el no saber acerca de lo que es posible y lo que no es posible hacer y pensar*" (Loureau R., 1975, p.271)

Se hace lugar incluso para diferenciar entre implicación práctica —la que "*indica las relaciones reales que este mantiene con (...) la base material de las instituciones*". (Loureau R., 1975, p.270) — e implicación simbólica, rubro en el que se acumulan contenidos diversos y significaciones múltiples: Loureau se refiere a ella señalando que "*es la implicación que más se expresa y menos se piensa. Es el lugar donde todos los materiales gracias a los cuales la sociedad se articula dicen, además de su función, otra cosa*". (Loureau R., 1975, p.271), y da como ejemplo el del sistema de parentesco simbólico, que "*sobredetermina de hecho los grandes agrupamientos, por intermedio de*

esos eslabones articulados del vínculo social" (Loureau R., 1975, pp.271-272) (familia, lugar de trabajo, reunión privada o pública, etc.).

Todo el tejido social, escalón por escalón, todos los vínculos, a todo nivel, funciona como un reservorio de signos que acumulan más significados que los que a primera vista les corresponden.

La implicación social y política del analista tiene como punto de partida sus posiciones político-sociales. Su "proyecto político", y también sus opiniones sobre la sociedad, su ideología, su experiencia, su práctica social. Pero en el bagaje que el terapeuta carga en el análisis y vuelca inadvertidamente sobre la escena analítica no solo pesa su proyecto político.

Como señala Waisbrot, *"la posición que el analista sostendrá en su práctica clínica está invariablemente en red con su posicionamiento ante las teorías (y aclaro, no digo aquí «su posición teórica»), sus compromisos de «fidelidad» con el diván de su analista, sus pertenencias identificatorias con sus maestros y con las instituciones que ofrecen un saber y un apuntalamiento (en el sentido fuerte, anaclítico), pero que le piden que se transforme en repetidor de sus discursos como moneda de cambio por semejante sostén"*. (Waisbrot, D., 2002, p.156)

En este sentido, cabe observar que no siempre reina una armonía total en la maleta del analista, y sus "pertenencias identificatorias", sus "compromisos de fidelidad" —por anaclítico que sea el apuntalamiento del que proveen al analista que se inicia— no están nunca libres de tensiones, de contradicciones. En cada momento y en cada circunstancia la resultante de las fuerzas encontradas —anudadas en torno de su deseo inconsciente— lleva a una "repetición" matizada de esos discursos, deformada, mestizada por su forzada convivencia dentro de la subjetividad.

La práctica social del analista asume un peso fundamental, la cual no es ajena a sus anudamientos identificatorios constitutivos (de hecho, de ellos depende en buena medida), pero goza de una autonomía relativamente amplia y está abierta (sujeta, incluso: no lo puede evitar) a nuevas experiencias e incorporaciones. El compromiso social y/o político

del analista, su implicación en actividades extraanalíticas, lo ponen en contacto con realidades distintas, con grupos sociales diferentes a los que encuentra en su consulta. Le permiten levantar la vista, ampliar el horizonte de su experiencia y de su conocimiento, escuchar voces distintas y otros discursos, anudar nuevos lazos. Todo eso lo hace desde su "ser analista" (su "ser social" toma apoyo en su "ser analista"), es decir que implica a su propia práctica específica en situaciones nuevas e, inversamente, produce efectos (modificaciones) sobre ella.

Jorge Volnovich señala al respecto que *"el discurso del psicoanalista implicado en la práctica políticosocial cambia el curso de las teorizaciones, hasta de la semiótica dominante en psicoanálisis. Son psicoanalistas en acto, implicados en un contexto transdisciplinar, enfrentando al poder del Estado. Esta es la cuestión. Allí donde dominaba la teoría del sujeto, emergen las teorizaciones sobre la subjetividad tanto en lo singular como en lo colectivo, tanto en lo político-económico como en lo socio-libidinal. Allí donde la transferencia era hegemónica introduce la implicación, allí donde quedaba privilegiado el silencio o la palabra del psicoanalista (la interpretación) aparece el acto poder, allí donde la tópica freudiana o lacaneana permitían pensar el sujeto y el conflicto en términos de lugares o registros, se desarrollan las figuraciones que permiten comprender las complejas articulaciones subjetivas en la sociedad actual. Allí donde solo tenía lugar el pasado, comienza a tener importancia el devenir"*. (Volnovich J.C., 2003 en www.estadosgerais.org/mundial_rj/download/1_Volnovich_101141003_esp.pdf)

El desarrollo de estos elementos supone desarrollar criterios con cierto grado de generalidad que permitan remontarse por encima de lo que se manifiesta en cada caso particular y reconocer la emergencia de estructuras comunes, de constantes, de repeticiones, de regularidades— para desenredar la madeja de articulaciones subjetivas que sostiene la sociedad.

4.2.2.- La implicación permanente

La implicación existe siempre. Nadie puede abstraerse de lo que lleva consigo a cuestas, ni evitar llevarlo a todas partes, aunque no necesite en cada momento echar mano de la mayor parte de ese bagaje ni pretenda utilizarlo con fin alguno. Estará allí incluso aunque el sujeto no lo sepa ni lo quiera saber. En ese sentido, el psicoanalista está implicado como un todo en la escena analítica, y le aporta todo su acervo en tanto sujeto constituido como ser social desde las distintas instancias materiales que explican su lugar y orientan su escucha. Esa “constitución de lugar” —y la orientación de la escucha que de ella deviene— afecta no sólo a la teoría y a la praxis clínica, sino que además delinea sus puntos ciegos, lo que le es dado ver y saber y lo que queda fuera del alcance de su mirada y de su entendimiento. La dificultad de revisar críticamente la propia producción psicoanalítica depende además del entramado institucional en el que se inserta el psicoanálisis —y el psicoanalista—, en el cual se reproducen —con las particularidades del caso— las contradicciones que recorren la sociedad. Los conceptos, las teorías —la superestructura en general—, también son objeto de lucha —"por el sentido"— y están sujetos a las relaciones de poder que atraviesan la estructura. El analista, atrapado en su circunstancia, cargado con lo que su experiencia le ha dado, resulta siempre marcado —inadvertidamente o a conciencia— por lo que lo rodea, y, como ser vivo, deseante, lejos de mantenerse indiferente, reacciona de una u otra manera, instintiva o meditadamente, con mayor o menor conocimiento de lo que pone en juego desde su deseo inconsciente.

En la medida en que haya vida y deseo, siempre habrá implicación. Y por lo tanto, también compromiso. De hecho, todo terapeuta está comprometido, puede no saberlo o saberlo a medias. En cualquier caso, de ese conocimiento —o de su negación inconsciente— depende la posibilidad que tenga el analista de analizar su propio compromiso o su propia

implicación, y de delimitar lo que en la situación analítica se debe al analizando y lo que le corresponde a él mismo. Como señala Castel, "*no tendría que haber motivos para que el psicoanalista olvide que es también un sujeto social, inserto en una realidad distinta de lo «real» analítico, sometido a un destino distinto del de las pulsiones, a determinismos distintos de los mecanismos y procesos psíquicos*". (Castel R., 1980, p.202)

Que esta realidad se presente al sujeto bajo la forma —subjetivada— de un discurso no borra su existencia autónoma, ni tampoco su papel determinante. El "núcleo prosaico" —material— tiene exigencias y mandatos imperiosos, que marcan los límites dentro de los cuales puede desplegarse la autonomía del sujeto y las formas que puede asumir en su despliegue. La modificación de esas exigencias históricas trasciende al sujeto: se encuentra en manos del proceso social, aún cuando el individuo —en tanto sujeto social y protagonista de la historia— sea en definitiva su forjador. De hecho, en la consulta los vientos de la historia soplan bajo un doble aspecto: como expresión de las contiendas sociales y como manifestación de los conflictos subjetivos. Pero ambos niveles se superponen. El conflicto social es expresión de sufrimientos subjetivos —la herida de la sociedad se expresa en los sujetos—, y el debate subjetivo lleva en su seno el conflicto social.

En la práctica, "*el psicoanalista, como su paciente, ha sido troquelado por su historia y es portador de mitos e ideologías que radican en su propia infancia. Analizar la contratransferencia es también analizar estos mitos y estas ideologías*". (Caruso I., 1966, p.201)

Sin ese análisis —con la negación en general (o la ignorancia en particular) de todo lo que el "núcleo prosaico" de la experiencia ha inscrito en el cuerpo subjetivo y del lugar que ocupa y la función que cumple la superestructura en la constitución del sujeto—, la relación transferencial está privada de una parte sustancial de su materia, y la recuperación del campo de objetivación y producción material del sujeto queda vedada. De tal manera, ese cuerpo subjetivo determinado libidinalmente por los otros no puede reconectarse —hacer uno— con el cuerpo objetivo de su subjetividad que le fue escamoteado. El psicoanálisis no cuenta con los instrumentos teóricos para "aprehender" lo social. Tampoco se ha preocupado por desarrollarlos. Pero ofrece una situación de escucha que —en la

medida en que se puedan levantar las barreras y resistencias teóricas, prácticas, institucionales y personales que han reprimido su expresión— puede ser clave para empezar a discernir los vínculos entre el desgarramiento social y las heridas subjetivas, entre lo que en el sujeto habla de lo colectivo y lo colectivo que habla desde el sujeto.

Juan Carlos Volnovich señala que "*podemos partir para el análisis del deseo del analista implicado al poder constituido por las instituciones que lo atraviesan y le dan sentido a su práctica y hasta a su existir como analista. En otras palabras, se trata del análisis de la implicación del analista al Poder en una sociedad globalizada en su vertiente más reaccionaria y belicista*". (Volnovich J.C., 2003 en www.estadosgerais.org/mundial/rj/download/1_Volnovich_101141003_esp.pdf)

Frente a este análisis, existe su contraparte: el del analista comprometido social y políticamente en un sentido liberador, implicado en contra de los mecanismos sociales de represión, consciente de los efectos de esa represión sobre la subjetividad y que intenta colaborar con el paciente en el análisis de su deseo inconsciente, para lo cual debe enfrentar la represión internalizada.

El compromiso del psicoanalista en tanto tal es en primer lugar con el paciente. En ese sentido excede incluso los marcos del análisis, aunque sea este el origen y el centro de su relación. Pero en ese compromiso el analista debe cuidar además que su implicación no degenera en manipulación. Un analista tiene derecho a rechazar un paciente —así como el paciente puede elegir su analista—, pero si lo toma asume obligaciones. Obligaciones del orden de la ética y obligaciones desde el psicoanálisis. En ambos órdenes tiene que evitar caer en la trampa del poder: debe salvar el obstáculo —¿la tentación?— de convertir su saber —el psicoanálisis— en un instrumento de su propio deseo inconsciente puesto al servicio de la manipulación del paciente. La asimetría que caracteriza a la escena analítica no debe apoyarse en un ejercicio de dominación, so pena de dejar fuera de escena al psicoanálisis.

Dice Igor Caruso: "*el psicoanalista debería saber claramente: que sus normas no son sino presímbolos de un conocimiento mejor, exactamente igual, por lo demás, que las normas del analizado*". (Caruso I., 1966, p.120)

En la medida en que mejor conozca los límites de su saber y los caminos de su propio desear, en mejores condiciones de interpretar —de devolver al paciente "lo que no sabe que sabe"— se encuentra. Desde ya: toda interpretación es construida en alguna medida desde el propio deseo inconsciente del analista —ya que éste no puede ser "neutral" o indiferente frente a su paciente—, pero en base a lo que el paciente expresa —en particular en la relación transferencial— acerca de su propio deseo inconsciente. Y en cuanto —consciente o inconscientemente— el terapeuta intenta suplantar lo no-sabido por el paciente por su propio deseo —así fuera, como tanto advertía Freud, el deseo de "curarlo"— se sale del terreno del psicoanálisis para internarse en otras aguas.

4.2.3.- Compromiso subjetivo y riesgo social

Las relaciones entre lo subjetivo y lo social —colectivo— forman el marco dentro del cual se constituye el "ser social" del mismo analista. En ese sentido, *"la relación que mantiene el psicoanálisis con el analista lleva siempre la huella de la relación del psicoanálisis con el medio social que lo rodea y, fundamentalmente, con el subgrupo cuyos ideales comparte"*. (Waisbrot D., 2003, p.73)

El "ser analista" lleva la impronta de lo que el psicoanálisis es en la sociedad: del lugar que ocupa, de las funciones que cumple, de las representaciones que evoca. Y si bien todas estas cuestiones están atravesadas por los conflictos históricos y son por lo tanto escenario de la "lucha por el sentido", en cada momento y en cada lugar hay una gama limitada de posibilidades en cuanto a lo que es "ser analista". La urgencia histórica —por sus efectos sobre el compromiso, sobre la implicación— puede obligar en determinadas circunstancias —a conciencia o sin ella— a dejar de ser analista —al menos momentáneamente—, a no actuar como tal, a dar prioridad a otras urgencias y a dejar el análisis —provisoriamente— de lado para atender apremios más acuciantes. O, inversamente, a priorizar en todo momento y circunstancia el ejercicio del análisis. Pero una y otra posición no son equivalentes desde el punto de vista de la tarea analítica. Defensa del sujeto —así fuera en desmedro pasajero de su análisis— o negación del mismo —así se la presente como preservación de su tratamiento— representan posturas antitéticas

no solamente desde la ética que en cada una de ellas anida —es decir desde el punto de vista del lugar que le reconocen al paciente— sino también en cuanto a lo que implican en términos exclusivamente analíticos: en el primer caso la suspensión se realiza para recuperar posiciones a favor de la expresión plena del sujeto y su deseo inconsciente, en el segundo se mantiene el "análisis" al precio de reprimir —de amputar— en él lo que expresa los aspectos del inconsciente ligados a lo colectivo, a lo social, al "otro", entonces, que siempre es plural. Y para que el sujeto pueda rediscutir los límites de su subjetividad "el otro" debe sin duda ser entendido desde una perspectiva amplia y no restringida a las relaciones personales más directas.

Las situaciones abiertas en los momentos de máxima tensión política, tienen una carga de urgencia que arrasa con las barreras subjetivas y pone sobre el tapete —sobre la escena analítica— lo que en momentos más calmos en la sociedad se mantenía larvado y reprimido. La violencia social y política, la lucha abierta, con su carga de sufrimiento subjetivo, emergen como síntoma de un conflicto larvado, de una herida abierta en el tejido social. Representan el retorno en la sociedad de lo que se mantenía reprimido, de una manera que evoca la emergencia del síntoma subjetivo.

En esas condiciones, la relación analítica se encuentra sometida a tensiones inusuales, invadida por fuerzas y conflictos que parecían externos —al menos hasta entonces se había logrado mantenerlos a raya, en las fronteras de la escena analítica—, de los cuales solo se llegaban a percibir en el análisis ciertos "reflejos" subjetivos. Llegado el caso, esa irrupción —por su violencia subjetiva— puede impedir la tarea de análisis, e incluso —por su materialidad objetiva— poner en riesgo la vida del analizado o del analista. Fuera este sentimiento una "simple" manifestación contratransferencial de su parte o correspondiera a la realidad de los hechos, las condiciones para avanzar en el análisis se encontraban ante una barrera infranqueable. Pero si estos casos y circunstancias pueden ser descritos como relativamente excepcionales —en realidad, bajo una u otra forma, son bastante más frecuentes de lo que se suele admitir—, tienen la virtud de mostrarnos a la luz del día lo que en momentos de calma atan relativa siempre como lo es la excepcionalidad de la violencias está oculto, disimulado. Dicho de otro modo: reprimido por la sociedad en el cuerpo del sujeto.

Nos cabe la tarea de atender a esto desde la escucha psicoanalíticas y elaborar herramientas para abordarlo en momentos en que aún es posible analizar —"ser analista"—, sin esperar a que las condiciones objetivas nos pongan frente al hecho consumado y debamos atender a las urgencias sin los instrumentos pertinentes y por lo tanto, sin análisis: "extraanalíticamente".

La implicación y el compromiso del psicoanalista no siempre —ni solamente— lo llevan a ocupar el lugar del oprimido, a asumir una posición a favor de la "liberación" del sujeto —de lo que en el sujeto está reprimido por la estructura social—. La despolitización —el vaciamiento de la dimensión colectiva del sujeto, en términos generales— y las prácticas adaptativas —manipuladoras, por ende, ya que parten de un estereotipo de lo que es "ser normal" y lo que el paciente "debe ser"— son frecuentes —en muchos casos se presentan incluso como la norma fuera de la cual "no hay análisis"— y representan un tipo de implicación más o menos consciente —ya que a veces la negación oculta el problema— en defensa del orden social establecido, del mantenimiento de la represión de lo colectivo en el sujeto.

Bauleo y Pavlovski señalan respecto del compromiso político del analista una situación interesante: *"en las situaciones de pánico grupal, el terapeuta se desempeña como buen continente de las angustias terroríficas del grupo cuando tiene un proyecto político, o está ligado a una organización política. Por una ausencia de información del contexto socio-político, puede tomar niveles imaginarios, al servicio de la negación, frente a una situación real de peligro para el paciente"*. (Bauleo, A. y Pavlosky E., en Bauleo A., 1977, p.113)

Este planteo recuerda de alguna manera —salvando las distancias y lo que en uno y otro caso está en juego en cuanto a alcances y consecuencias— al debate acerca de si los no-médicos podían o no ser analistas. En aquel caso acechaba detrás de la escena la enfermedad "física", que podía filtrarse entre mallas conceptuales demasiado direccionadas —o laxas— que no permitieran ver más allá del sufrimiento mental; en éste es un peligro de orden político-social el que puede amenazar al paciente si el terapeuta no está en condiciones de percibirlo como real. Para esa percepción no es forzosamente necesario ser

un militante —estar "ligado a una organización política"—, pero sin duda el "tener un proyecto político" consciente es determinante. De todos modos el planteo aquí hace referencia a las situaciones de "*pánico grupal*" y en función de ser un "*buen continente de las angustias terroríficas*". Es decir que los autores no se refieren directamente a la tarea de análisis, sino a cuestiones paralelas, indispensables sin duda para llevarlo adelante, pero distintas.

4.2.4.- Psicoanalismo y banalización

Robert Castel, desarrolla un nuevo concepto para dar cuenta de un “efecto específico del psicoanálisis”: el psicoanalismo (Castel R.,1980). Con este término Castel pretende describir algunas características de la relación entre el funcionamiento intrínseco de la relación analítica y ciertos mecanismos constitutivos de la ideología dominante.

Para este autor, expresar correctamente los derroteros conceptuales ligados a los dinamos de la difusión, reinterpretación e institucionalización del psicoanálisis , debe considerar una reinterpretación del funcionamiento del mismo dispositivo intrapsicoanalítico. Señala que, el dispositivo analítico es ya en sí mismo, un centro de producción de ideología.(Castel R.,1980)

El psicoanalismo sería justamente este efecto que se difunde como un acto que propicia la inadvertencia de la forma en que en los distintos niveles actúa el discurso del inconsciente, teniendo una implicancia social, pero cuyo origen está basamentado en el dispositivo analítico de la relación dual. Esta vinculación evidenciaría una especie de complicidad, que ligaría el modo de concebir y desarrollar el dispositivo analítico y ciertas constituyentes de la ideología dominante.

El psicoanalismo no es lo mismo que dar cuenta del psicoanálisis. Para Castel, “ *el psicoanálisis es la práctica y la teoría de los efectos del inconsciente que pone entre paréntesis las cuestiones de sus finalidades sociopolíticas : abstracción que...es defendible*

dentro de ciertos límites bien precisos y muy estrechos. El psicoanálisis es el efecto-psicoanálisis inmediato producido por tal abstracción. Es la implicación socio-política directa del desconocimiento de lo político-social, desconocimiento que no es un simple olvido, sino que es “un proceso activo de invalidación” (Castel R.,1980, pág 8)

Es decir, el impacto de este «olvido fundamental» puede generar como resultado una proceso activo de ideologización, que a partir de la relación que se establece desde el dispositivo analítico, se despliega en el psicoanálisis, situación que a veces es difícil percibir por los efectos prácticos y curativos que el psicoanálisis tiene con procesos angustiosos, su relación con el deseo, etc. Esto sin embargo, no altera conceptualmente el impacto sociopolítico que la práctica psicoanalítica desarrolla desde la configuración de la situación analítica.

El desconocimiento de las implicancias políticas de la práctica psicoanalítica no es azaroso, sino que estaría ligado intrínsecamente a los aspectos constitutivos de la teoría. Justamente porque “ *este desconocimiento obstinado no es producto del azar. En sus causas nos remite a las condiciones intrínsecas de la constitución de la doctrina. En sus consecuencias, es la clave del poder social que en creciente medida detenta el psicoanálisis, un nuevo tipo de poder que precisamente porque recusa las características más evidentes del ejercicio de la autoridad tradicional, se adecua tanto mejor a lo que hoy requieren las nuevas formas de dominación*” (Castel R.,1980, pág. 11)

Aunque el psicoanálisis se ocupa del inconsciente, de lo más íntimo del sujeto, y que las corrientes más conservadoras se aferren a los baluartes que le ofrecen refugio contra la "intromisión" de lo extraanalítico —y en particular de todo lo que venga del contexto político-social—, los psicoanalistas —casi sin excepción de tendencia— no se privan de opinar sobre los más diversos temas. Como señala Jorge Volnovich, "*actualmente, los psicoanalistas están en todas partes y hablan en todas partes: en la televisión, en la radio,*

en la política. Sobre todo, los medios de comunicación han sido los divanes preferidos por los analistas para depositar sus devaneos cientificistas" (Volnovich J., 1999, p.21).

La intención de Freud de echar una mirada desde el psicoanálisis sobre diversos aspectos de la sociedad pareciera haber encontrado multiplicidad de émulos entre los seguidores actuales de sus ideas.

La proliferación de voces y de ecos con resonancias psicoanalíticas ha tenido efectos diversos, e incluso de alguna manera contradictorios: por un lado la aceptación social de ciertos conceptos, que se han incorporado a la cultura —incluso fuera de los sectores "ilustrados", a nivel del público en general—; por el otro —aunque quizá se trate de la otra cara de la misma moneda— su transformación, su asimilación en el sentido más pleno de la palabra, el que da cuenta de los cambios —sustanciales, las más de las veces— a los que el organismo somete a los alimentos para incorporarlos. De hecho, como lo hace notar Perrés, *"resulta en nuestros días casi imposible referirse seriamente a cualquier ámbito de las mal llamadas "ciencias humanas" y/o "ciencias sociales" sin tocar en forma directa o tangencial conceptos producidos por el Psicoanálisis, vueltos cotidianos, e incluso banalizados por su aplicación indiscriminada (muy a menudo recuperados propositiva y sutilmente por la cultura, en el sentido de un efecto de neutralización)"* (Perrés J.,1998, p.2)

Si esa banalización tiene lugar en el ámbito de las "ciencias" —claro que con el propósito más o menos declarado y asumido de neutralizar sus eventuales efectos perturbadores—, en otros ámbitos —en manos de los medios masivos de difusión, por ejemplo— el vaciamiento conceptual resulta aún más feroz. De ello han sido cómplices —conciente o inconscientemente— muchos psicoanalistas, con una aplicación indiscriminada —e irreflexiva, ya que no proviene de ningún estudio serio y sistemático de los temas— de cierto "saber" de raigambre psicoanalítica al abordaje de asuntos de alto impacto público.

La cuestión no es neutra desde el punto de vista de sus implicaciones sociales y políticas: para Caruso, *"este psicoanálisis divulgado se ha colocado al servicio de una estructura social y cultural dominante, en vez de servirla, lo que sería más fácil de*

comprender, en la tarea de desenmascarar los prejuicios y tabúes de esta estructura" (Caruso I., 1966, p.16)

Esto no es totalmente extraño, sin embargo, que así sea, pues la tarea de desenmascarar los prejuicios y tabúes de la estructura exigiría un doble movimiento: por un lado un esfuerzo conceptual y teórico —que no siempre está presente en expresiones oportunistas que se definen por la búsqueda de notoriedad ni tiene espacio en las urgencias de los medios periodísticos—, y por el otro demandaría un compromiso concreto para vencer las resistencias que no dejan de surgir al momento de correr la cortina que oculta los fundamentos sobre los que se apoyan esos prejuicios. La improvisación y la urgencia inevitablemente hacen el juego de la estructura dominante, de lo ya instalado.

Para Castel, *"se puede identificar una primera zona de distorsión del psicoanálisis a partir de esta extensión de un método fuera de los límites dentro de los cuales se justifica su validez"*. (Castel R., 1980, p.201)

La aplicación indiscriminada del método psicoanalítico fuera de la situación analítica y al examen de situaciones muy alejadas de lo que el psicoanálisis está preparado para "aprehender" y enfrentar no puede sino producir confusión y distorsión, errores y malentendidos, es cierto. Pero Castel va más lejos: destaca la *"complicidad inmediata y esencial"* (...) *"que une el funcionamiento intrínseco de la relación analítica y ciertos mecanismos constitutivos de la ideología dominante (...), percibida con posterioridad en ciertos «usos sociales» particulares del psicoanálisis (que al pasar un umbral misterioso dejarían de ser socialmente neutros y políticamente asépticos), [que] es interpretada como una serie de «malos usos» o de alteraciones de la doctrina (en el registro de su «recuperación» o de su traición)"* (Castel R., 1980, p.8)

Para él, no se trata tanto de "distorsión" o "mal uso" del psicoanálisis, sino de un rasgo constitutivo, profundo, que se revela *a posteriori*, en las aplicaciones "sociales" que de él se hacen.

Esta es claramente una discusión difícil y de resultado incierto —ya que nada en la teoría psicoanalítica (nacida en la intimidad de las consultas y para el tratamiento de las

neurosis) habla de lo político o social ni está dirigido en esa dirección—, que solo podrá saldarse en la medida en que nuevos desarrollos teóricos puedan o no echar luz sobre los vínculos entre sujeto y sociedad y entre psicoanálisis e ideología. Sin embargo debemos recordar nuevamente la seriedad con la que Freud encaró la tarea, seriedad que muy pocos estudios posteriores pueden reivindicar. Así y todo, Freud nunca pretendió atribuirle a sus trabajos culturales otro carácter que el de "puntos de vista" desplegados sobre la sociedad desde la teoría psicoanalítica. Reservaba sus reclamos de "cientificidad" para el psicoanálisis en tanto ciencia relativa al sujeto.

Las dificultades para hacer extensivos los conceptos y métodos desarrollados por el psicoanálisis a los estudios sociales y culturales son evidentes. El psicoanálisis ofrece un instrumento para explorar el inconsciente, y en ese sentido su campo parece cerrado a toda aplicación exterior a éste a menos que nuevos desarrollos logren hacer de puente para salvar la brecha que va de la intimidad del sujeto hasta la dinámica social. Sin embargo, el dispositivo de escucha que ofrece el psicoanálisis no parece haber sido aún explotado a fondo, en todas sus posibilidades, en ese aspecto. Los elementos —los contenidos y las maneras— en que la sociedad ha marcado al sujeto y a su deseo inconsciente no han sido objeto de investigación sistemática. En la práctica, como señala Perrés, *"en todo psicoanálisis aplicado sabemos más sobre quién interpreta (y a menudo sobreinterpreta) que sobre el objeto interpretado, ya que se posibilita una masiva proyección del interpretador sobre su objeto, tratando de darle cierta inteligibilidad"*. (Perrés J., 1998, pp.5-6)

El psicoanalista ha estado en general —hasta ahora al menos— más pendiente de evitar la irrupción en la escena del análisis de lo que calificaba como "interferencias" que de analizarlas y en las "aplicaciones" en general ha quedado atrapado en las redes de su propio método, cerrado a lo político y social, con lo que solo atina a esa "proyección masiva".

Castel denomina "psicoanalismo" a *"la implicación sociopolítica directa del desconocimiento de lo político-social, desconocimiento que no es un simple «olvido» sino (...) un proceso activo de invalidación"*. (Castel R., 1980, p.8)

En su concepto, la ignorancia respecto de lo social y de lo político —ignorancia que ciertamente el psicoanálisis ha cultivado, y durante demasiado tiempo— es del orden de una activa participación en la negación —en la represión— de una dimensión del sujeto considerada peligrosa en exceso para la conservación del *status quo*. Sin embargo, nada hay en los descubrimientos freudianos que tenga necesariamente que avalar semejante papel. Nada impide tampoco —salvo los anacrónicos enfoques que convierten al encuadre en un baluarte destinado a neutralizar lo político-social— que la escucha psicoanalítica desarrolle instrumentos para reconocer y procesar en términos de teoría lo que de la sociedad y de la historia expresan las huellas que han quedado inscritas en el sujeto y que no pueden dejar de expresarse en su deseo inconsciente.

Mientras tanto, la "opinión psicoanalítica" siga su marcha, al precio de hacer estragos en la propia teoría y de ser funcional a los poderes instalados: *"el principal problema radica en que todas estas opiniones han contribuido a invisibilizar el poder político que las determina. En verdad, no sólo lo invisibilizan, también lo legitiman. Quiero que se me entienda: me parece adecuado que los psicoanalistas emitan sus opiniones en la medida en que asuman que todo acto psicoanalítico es también un acto político, ya que ningún profesional, intelectual o técnico puede situarse más allá de la sociedad que lo determina"*. (Volnovich J., 1999, pp.21-22)

El problema no es, ciertamente, el opinar —derecho elemental de todo ciudadano—, sino utilizar al psicoanálisis como un instrumento del poder en defensa del orden establecido, cobijarse bajo su paraguas protector para formular juicios personales de valor sobre temas y cuestiones que él no incluye y no puede —en el estado actual de cosas— incluir seriamente.

Por eso *"una teoría correcta de los procesos de difusión, reinterpretación e institucionalización del psicoanálisis en lo «extraanalítico», que tome en serio la amplitud y el carácter específico de su inscripción actual en las relaciones sociales de poder, supone una reinterpretación del funcionamiento del mismo aparato «intraanalítico». Esta reinterpretación deberá hacer comprensible cómo y por qué este aparato es ya en sí mismo —entre otras cosas— un centro de producción de ideología"*. (Castel R., 1980, p.8)

Producción de ideología, sin duda —como todo acto de pensamiento—, pero nada dice que ésta deba convertirse en un instrumento de defensa ni del analista, ni de una teoría o sistema social. El componente crítico del psicoanálisis —respecto del "*universalismo de la identidad*", del "*esencialismo del Sujeto moderno*", como señalaba Grüner, (2002) y de tantos prejuicios e ilusiones de su tiempo y aún del nuestro— sin duda no está muerto, y ni siquiera agotado. Basta para darse cuenta remitirse a la historia del movimiento psicoanalítico, en el cual el conformismo social y el colaboracionismo político —abierto o velado— siempre encontraron oposición.

Por eso, las advertencias de Castel contra la tendencia "*que intenta deducir las características objetivas de una institución de los avatares de la libido o, si se lo prefiriere así, que trata de hacer derivar la estructura de los conflictos psíquicos*" (Castel R., 1980, p.215) se aplica sin duda a esas vulgarizaciones y también, en buena medida, a ciertas corrientes orgánicas del psicoanálisis, pero de ningún modo puede acusarse al psicoanálisis en bloque de sostener la actitud delirante de "reducir los procesos colectivos a las categorías individuales" que denunciaba. (Rozitchner L., 2003)

De hecho, aún le quedan al psicoanálisis dos amplias vías de avance e investigación en relación al orden político-social: por un lado el de la exploración de lo que en el sujeto habla de la sociedad y de las maneras en que ambos se vinculan, y por el otro el que reclamaba Grüner (2002), en cuanto a la necesidad de "*darle a «lo reprimido» su lugar no sólo en la teoría del inconsciente que fundó Freud, sino también en una teoría de la historia y la cultura*", es decir de qué manera ciertos conceptos desarrollados por el psicoanálisis —no casualmente basados en conceptos generados fuera del ámbito de la psiquis, como los de censura, represión, desplazamiento, etc.— pueden ser empleados, con la nueva carga de sentido que el paso por el psicoanálisis les ha entregado —e incluso, por supuesto, desarrollados a la luz de los datos que ayuden a desentrañar—, para iluminar aquello que hasta ahora, en el interior del psicoanálisis, solo aparece como un pálido y engañoso reflejo de la realidad.

4.3.- INSTITUCIÓN Y PSICOANÁLISIS : UNA RELACIÓN DE IMPLICACIÓN

4.3.1.- La relacion entre institucion y psicoanalisis

Uno de los primeros autores que contribuyen a generar toda una escuela de pensamiento, en torno a la relación entre institución y psicoanálisis, es Elliot Jacques, senda que posteriormente continúan entre otros , J.Bleger , Bion, Käes, etc.

Suponer que las operaciones del pensamiento ocurren al interior de un ejercicio a-histórico, donde sólo priman determinantes individuales, es ignorar y reducir el descubrimiento freudiano. Si hay algo que el psicoanálisis no deja lugar a dudas, es como la institución de un sujeto se entrama al interior de redes materiales que finalmente estatuyen.

En algunas visiones se desliza la idea de que una institución psicoanalítica que se precie de tal debería fundarse en algo propio del psicoanálisis, y que no obraría como una formación social más. Desde esta perspectiva se ignora la preeminencia de otras determinaciones propias del ámbito social, pues supondría que en el seno mismo de una institución (que es una formación social), la legalidad que funcionaría en posición dominante sería la del psicoanálisis. Lo fundamental entonces es aceptar que toda institución, también la psicoanalítica, según Michel Sauval , actúa con arreglo a una organización histórica, lo cuál requeriría no forcluirlas con una declaración de principios de extraterritorialidad analítica. (Sauval M., 1998)

Más bien lo que observamos, al igual que en toda institución, es la tendencia a mantener ciertos mitos sagrados que son erigidos ritualmente como elemento definitorio de la identidad, y a través de la repetición, olvidar el sentido que constituye. Esta descripción, que pertenece a un funcionamiento inercial a toda institución, se convierte en una dinámica que se vuelve un peligro constante en todo intento de institucionalizar el psicoanálisis, en tanto esto da cuenta de la contradicción entre la oficialidad del poder

presente en toda organización con los consecuentes procedimientos y reglas articuladoras , creadoras de “realidad y de lo correcto”, y la naturaleza eminentemente subversiva de la escucha psicoanalítica.

En este sentido, la historia del movimiento psicoanalítico, como una especie de imago, nos prefigura un discurso posible e incluso las condiciones de su transformación, especialmente en tanto que la historia de la institución, es también la historia de los conflictos, competencias y descalificaciones, marcados por la efigie de su creador Sigmund Freud.

La historia de los vencedores institucionales se monta sobre el silencio hablante, sobre la falta de los excluidos y de los derrotados , o de los que no lograron las necesarias hegemonías y acuerdos políticos para imponerse. Por ello, en tanto continuadores de una tarea, el sujeto de una institución será el resultado histórico de las dialécticas que instituyen, y por lo tanto se corre el riesgo de repetir una y otra vez los mismos nudos que tantas veces ataron la relación entre institución y psicoanálisis, lo cual obliga a un ejercicio recurrente de poder pensar sobre lo no-pensado, tratando de leer en aquello que se presenta como ya leído y articulado.

Uno de las amenazas que acecha a toda institución, también a la psicoanalítica, es la de ser expresión de una verdad monopólica, donde se puede tender a asegurar a sus miembros a través de la pertenencia y el status asociado a ella y por lo tanto a la creación e implementación inadvertida de un marco ideológico dominante que actúa como modelo, provocando desarrollos del pensamiento inhibidos donde existe el riesgo de que se establezca implícitamente una manera correcta de opinar, una forma adecuada de pensar y comportarse, de tal forma que la conducta sumisa finalmente aparece como la fachada por todos mantenida, destinada a asegurar a la institución y la inserción en ella.

Esto sucede justamente porque toda institución se enfrenta a un problema crucial : al hecho fatal de que su estructura está creada y armada para reproducirse y mantenerse en el tiempo, por ello es que se tiende a castigar al disenso, es decir a todo aquello que aparentemente amenaza lo constituido y que se erija como alternativo. En las instituciones psicoanalíticas esto se puede expresar en la dificultad para desarrollar auténticos cuestionamientos, incluso de supuestos básicos de la teoría y la práctica psicoanalítica , dejando espacio sólo para adecuaciones formales de la técnica, estableciendo leyes acerca de conceptos como por ejemplo: análisis clásico, análisis modificado ,como si hubiese una identificación entre el psicoanálisis y una técnica, más aún como si el psicoanálisis fuese sólo una técnica, de tal forma que la forma del progreso quede signada sólo como la posibilidad de hacer aportes parciales sobre lo ya concordado.

Lo anterior abre una interrogante: ¿cómo dejarse nutrir y alumbrar por otras disciplinas y al mismo tiempo conservar el sello distintivo y característico de lo que define al psicoanálisis?. Es claro que en la medida que al interior del marco psicoanalítico no se establezcan tránsitos con otras disciplinas del mundo de la ciencia y de la cultura, el psicoanálisis se convierte en una especie de superciencia que se basta a sí misma y que pretende explicar todo, e inhibiendo además, la posibilidad de una lectura psicoanalítica que penetre a otros campos más allá del trabajo psicoanalítico individual.

Las dificultades del psicoanálisis en estos ámbitos plantean muchos problemas, algunos de los cuales escuchamos hasta hoy:¿cómo se despliega lo inconsciente en la institución?, ¿qué discurso es el que se produce y cual es la demanda que se suscita? Un hecho esencial que aporta el psicoanálisis es que nuestra subjetividad y nuestra palabra están presas de algo que las precede, y por lo tanto producidas por una compleja red de subjetividades, de sentidos prefigurantes, anónimos y fantasmáticos, de los cuales somos participantes y constituyentes. Esto es así en tanto la institución la tenemos que entender

como una formación de la sociedad y la cultura, expresando esa oposición radical entre cultura y naturaleza. Son formas y estructuras sociales instituidas por una ley o por tradiciones que nos regulan, nos preexisten y se nos imponen. En este sentido, Castoriadis (1989) aporta una distinción esencial: la diferencia necesaria que debemos hacer entre lo instituyente y lo instituido.

El imaginario social, con su necesidad de organización y funciones está en la fuente de la institución, pero también a la base de la alienación.(Castoriadis C., 1989) Justamente la alienación ocurriría cuando lo instituido domina a lo instituyente. La alienación la podemos entender como la autonomización y la dominancia de un momento definido como originario en la institución. Esto va a producir la autonomización y la dominancia de la institución respecto de la sociedad. Esto genera que la sociedad va a vivir sus relaciones con las instituciones en el modo de lo imaginario, por lo tanto, no va a reconocer en lo imaginario de las instituciones su propio producto (Castoriadis C. 1989)

Las finalidades de la organización pueden vincularse por ejemplo, con los peligros de la conformación de una trama burocrática, en la cual ella se autonomiza, descuidando la misión institucional y la relación servicial de la organización a estos propósitos. Siguiendo a Castoriadis, lo instituido va a suplantar y a reducir la función instituyente de la institución (Castoriadis C. 1989)

Sabemos también que toda institución u organización, además de ser una formación social y cultural de alta complejidad, realiza y da cabida a múltiples funciones psíquicas. Como plantea René Kaës “*Moviliza cargas y representaciones que contribuyen a la regulación endopsíquicas y aseguran las bases de la identificación del sujeto al conjunto social, constituyen el trasfondo de la vida psíquica en la que pueden ser depositadas algunas partes de la psique...cumpliendo funciones metadefensivas de angustia más primitivas*” (Kaës R., et Al., 1993, pág.25)

La capacidad de las organizaciones para poder contener funcionamientos heterogéneos en su interior, para aceptar la coexistencia de lógicas diferentes constituye una de sus funciones fundamentales. Esto hace posible la existencia, siguiendo a Kaës de “*un espacio psíquico diferenciado*” (Kaës R., et Al., 1993) y la posibilidad de expresión diversa, lo cual permite construir historia con actores que la realizan desde lugares distintos.

Esto es especialmente válido cuando la institución pretende afirmar la ilusión de una unidad imaginaria y hacer desaparecer la conflictividad inherente que la conforma, muchas veces negando y escindiendo las diferencias, sin percatarse que con esta actitud, lo que crece sostenidamente es el surgimiento violento de lo reprimido y el estallido por lo tanto, de los pactos inconscientes de compromiso.

Así entonces de modo inercial toda institución se enfrenta al peligro de fijar y rigidizar esta estructura, naturalizando sus roles y jerarquías, e impidiendo toda circulación de deseos que pudiera provocar cambios y modificaciones, promoviendo y desarrollando el status-quo y los consensos implícitos en la repartición del poder.

El psicoanalista argentino Fernando Ulloa, afirma que el trabajo psicoanalítico en una institución, debe hacer hablar al inconsciente, y no hablar del inconsciente (Ulloa F., 1995) haciéndonos reflexionar sobre lo que llama el efecto de encantamiento que el espejo que la institución genera en los miembros, ocultando lo latente. Por ello la labor analítica implica necesariamente interpelación de la institución, hacer evidente sus síntomas, nombrarlos y hacer posible una relación entre el saber y la verdad en sus miembros.

Entender las relaciones conflictivas de un grupo o de una organización como síntomas que hablan de algo que no está dicho, o que no puede decirse, ya sea porque se

reprime por el temor que provoca o porque no es posible ponerle palabras que lo identifiquen; es incorporar una lectura que instala a lo inconsciente como un eje articulador de conflictivas que es preciso escuchar, más allá de las visiones aparentes. La noción de síntoma permite al igual que en la enfermedad personal, apreciar que hay algo que se está procesando en el cuerpo del sujeto , en el cuerpo de la institución.

Una lectura facilista puede entender amenazantemente estos síntomas y refugiarse en el autoritarismo o en la simple aplicación de la norma; sin embargo, la capacidad para entender que los múltiples problemas o síntomas dan cuenta de algo que transita inadvertidamente, nos permitirá investigar qué es lo que está hablando en la apatía o en la aparente sumisión a los dictámenes de las jerarquías.

El problema del poder en la institución aparece como otro de los elementos más característicos de su dinámica, ya que en estos juegos de relaciones de poder se entreteje la instauración de una disciplina, de manera que esto conlleva el peligro de constituirse como un ejercicio de control en la producción de un discurso oficial. En tanto el psicoanálisis se convierte en una doctrina, de modo consustancial emergen ortodoxias y heterodoxias, expulsiones y exclusiones, desarrollándose una serie de líneas temáticas y hegemónicas, donde los integrantes le hablan al discurso tolerado y los discursos al grupo que sanciona, especialmente cuando la última instancia del poder en la institución es el proceso de los nudos transferenciales que se desarrollan en su interior y que dependiendo de su estructuración interna serán mucho más controladores y persecutorios o permitirán enfrentarlos y describirlos.

Tal como lo previene Bleger, toda institución genera un mandato de adaptación y por lo tanto la consecuente sumisión a la estereotipia institucional, ya que la funcionalidad institucional promueve la retención de los miembros sobre la base de una exigencia de identidad y conducta (Bleger J., 1971). Mientras más pasivo y “adecuado”

sea un grupo , la tarea dirigencial será más fácil y menos conflictiva. El problema que esta suerte de ideal grupal crea en virtud de los nudos transferenciales, de las proyecciones e identificaciones, la dificultad de la diferencia. La estabilidad institucional tiende a expresarse en monotonía y en un empobrecimiento de los desarrollos teóricos y técnicos. Para generar vitalidad, es preciso tolerar el discurso discrepante y romper la instauración de verdades oficiales y subversivas. Por supuesto que esta situación es amenazadora a un estado de equilibrio promoviendo en ocasiones la angustia y muchas veces la resistencia al cambio.

En tanto entendemos que lo característicamente refractario a toda verdad institucional definitiva, es el pensamiento psicoanalítico, la institución debiera dar paso a ejercer una función de continente, a una función de reverie de aquello que perturba y amenaza creando los canales y procesos para ese efecto, de tal modo de promover la novedad permanente y el desarrollo de la discrepancia al interior de los límites que la institución otorga. Cuando esto no ocurre , la institución se esclerotiza y se transforma en una instancia que para permanecer debe hacer uso de mecanismos conservadores y de rigidez, transformando la tarea analítica en una actividad burocrática de individuos simbiotizados con la institución, otros excomulgados y borrando del “libro de la historia” a quienes la abandonan. En ese marco se ha perdido toda pasión analítica y no hay tareas compartidas de búsquedas que otorguen cooperación y lazos sociales y vinculaciones entre quienes forman la institución.

El destino institucional, a través de su concepción de la formación, y del imaginario acerca de qué es un psicoanalista va a generar y promover una praxis concreta. En tanto la escucha psicoanalítica se privatiza y se retroalimenta en sucesivas recomprobaciones, va estableciéndose una idea dominante de la formación al interior de la institución analítica. que sólo exige mantener el cumplimiento de requisitos estrictos que den cuenta de un trayecto prefijado, pero que paradójicamente muchas veces dan cuenta más bien de una identificación con el analista y el desarrollo de un superyó institucional.

Esta mirada ideologizante que cruza las instituciones y la formación, es generalmente inadvertida y se basa en el supuesto ingenuo de que el trabajo clínico y el propio psicoanálisis estuvieran en el campo de lo ahistórico y de la asepsia ideológica, sin reparar en el hecho de que nuestra escucha, incluso nuestra escucha psicoanalítica, aún desde el encuadre, es hecha desde un lugar social.

Pensar psicoanalíticamente acerca de la institución psicoanalítica, permite aproximarse al trabajo psicoanalítico como un campo donde el inconsciente y sus efectos generan ligazones entre los miembros de la institución, y preguntarse cómo esto tiene implicaciones en el ámbito de la teoría y la práctica clínica. Entender de esta manera la inserción del psicoanálisis, supone percibir la inclusión política que la institución psicoanalítica y los mismos psicoanalistas desarrollan.

Para Sauval *“la politización inadvertida ocurre cuando en las divagaciones teóricas en torno al fundamento psicoanalítico de la institución de los psicoanalistas no tiene otro objeto que el de negar la posición dominante que tiene en ellas, como en todo funcionamiento asociativo, la lógica del mercado y del intercambio de mercancías”*. Por ello agrega Sauval : *“Hay algo de lo que nadie suele hablar en público: es del valor como mercancía que tienen los paciente, y lo mismo puede decirse de todo el conjunto de servicios y prestaciones que conforman el circuito psicoanalítico: supervisiones, enseñanza, derivaciones, transferencias, etc.* (Sauval, M.1998,2ªparte disponible en <http://www.sauval.com/articulos/carta2.htm>)

Un modo conjunto en que es posible pensar desde la praxis del trabajo psicoanalítico, requiere entender la práctica clínica como lugares de verdad y no solo de legitimación de incorporación a la empresa corporativa de las instituciones psicoanalíticas, liberando y desterrando toda oficialidad en que actúe impidiendo ejercer el acto soberano de pensar sin censuras.

4.3.2.-Institución psicoanalítica y conflicto social

Como era inevitable que sucediera, a partir de que el campo psicoanalítico creció y se diversificó y el conflicto social se hizo más agudo, también las contradicciones en su seno se tensaron. Terminaron por estallar cuando los conflictos sociales ya no pudieron ser reprimidos o mantenidos en el exterior, alejados, como algo aparte, ajeno.

Las relaciones entre subjetividad y orden social, desde Freud en adelante, nunca pudieron ser desestimadas en el psicoanálisis. Sin embargo, la corriente que podríamos llamar "hegemónica" muestra una fuerte tendencia a dejar de lado, a hacer oídos sordos a esas relaciones y a la manera en que están implicadas en el análisis. Pero las controversias desatadas en torno a esta cuestión atravesaban y atraviesan inevitablemente tanto a las instituciones como a la práctica psicoanalítica, y solo han podido ser reprimidas momentáneamente. Son ellas las que han desembocado en una serie de conflictos y rupturas institucionales que no respondían a disputas por el poder dentro de la institución sino a tensiones ideológicas y teóricas insolubles.

Nuevamente, esto puede ser entendido como la implicación social y política del psicoanalista (y del psicoanálisis) siempre existe. Ya sea consciente y asumida, caso en el cual cabe la alternativa de tomar en cuenta sus efectos en la escena analítica, o inconsciente y reprimida; por lo que los efectos de esa implicación permanecerán ocultos, disimulados, produciendo desde las sombras distorsiones al trabajo analítico. En tanto lo social y lo político son inseparables, esta represión clausura áreas completas de investigación estableciendo una censura a la que ninguna empresa de conocimiento puede sobreponerse.

Estos procesos y debates similares se vivieron en muchos países atravesando las instituciones. En la raíz de estos procesos se encuentra sin duda el hecho de que *"en tanto objeto real, la institución oculta la índole de las relaciones de producción y sirve de justificación a la clase dominante. En tanto objeto de conocimiento, la institución, por*

consiguiente, es sobredeterminada siempre por el análisis de la infraestructura económica". (Loureau R., 1975, p76)

La pérdida de vista de estos aspectos (su represión, por tanto), lejos de eliminar las contradicciones, las mantuvo larvadas, disfrazadas, como todo síntoma y al no lograr construir nuevos equilibrios, tiene el riesgo de llevar a este conflicto hasta un punto de estallido.

Desde ya que "no se puede entender nada de la estructura de la profesión psicoanalítica si no se ve que sus miembros luchan en una situación de competencia «liberal», primero entre ellos, pero además con otros especialistas (en primer lugar los psiquiatras), por el monopolio de un cierto tipo de bienes de salvación, como diría Max Weber". (Castel R., 1980, p.69)

Esa competencia está regulada por la institución psicoanalítica, a la vez instrumento de administración del capital simbólico dentro del campo específico y custodio de la ortodoxia, garante de la formación y agente de promoción social de sus miembros.

La institución aporta legitimidad social, garantías acerca del tipo de formación profesional y de las modalidades terapéuticas, seguridad al conjunto social y en especial al paciente respecto del analista. A cambio reclama acatamiento a sus normas, orientadas a garantizar su reproducción,

Las críticas e impugnaciones que llevaron en algunos casos a rupturas institucionales se centraban en la estructura y el rol social de las instituciones psicoanalíticas, convertidas en guardianas de una ortodoxia hecha dogma y dedicadas "al sostén del privilegio económico de quienes estaban en el vértice de la pirámide y a la formación de psicoanalistas cuya aspiración no era la evolución del psicoanálisis sino la «búsqueda de prestigio, status y logros económicos», a la vez que una ciencia apolítica y asocial".(Carpintero E., y Vainer A., 2004, pp.44-45)

Castel señala lo que podemos considerar el punto álgido de la controversia que atraviesa por entonces el campo psicoanalítico de la siguiente manera: *"la cuestión de las sociedades psicoanalíticas oculta en realidad el problema del lugar del psicoanálisis en la*

sociedad. «¿Cual debe ser la carrera profesional de los especialistas en la propagación de la doctrina?», y no «¿cuál es la situación social y qué les demanda la sociedad a éstos agentes sociales que son también los psicoanalistas?»". (Castel R., 1980, p.22)

En ese sentido, Castel reclama del psicoanálisis una actitud que haga que el psicoanalista y su institución, se sumerjan en la sociedad e indague lo que ella tiene para decir, que dé respuesta a las demandas que de ella salen. Para ello debe evolucionar, aprender, adecuarse, escuchar lo que de allí surge y construir, con su ayuda —críticamente—, los rumbos que puedan contribuir a enfrentar de la mejor manera el sufrimiento subjetivo y el desgarro social.

4.3.3.- Institución y sociedad

Pero la institución no agota su acción en la custodia de su identidad instituida, en la formación y promoción social de sus miembros o en el control de la producción teórica: para Assoun, la institución al socializar al síntoma, al dotarlo de dispositivos, y en cuanto la institución misma actúa como función instituyente responde al «síntoma social». (Assoun P.-L., 2001)

Así, es ella la encargada por la sociedad de definir y distinguir lo que es sintomático, irregular, anómalo, necesitado de tratamiento y atención "normalizadora", construir y darle forma al síntoma (en la manera en que lo hace y en las formas mismas que le adjudica), actúa en el nombre de la sociedad, transmite y reproduce sus pautas, incluso sus contradicciones.

La sociedad habla desde la institución, pero sobre ella "*el sustrato material, la infraestructura organizativa de la institución y su materialidad, hablan más alto que sus palabras articuladas*". (Loureau R., 1975, p.280)

En tanto la existencia social se define no por lo que se dice (o se piensa), sino por lo que se hace en la realidad. El ser social (determinado por las condiciones de existencia) se

expresa en la práctica social, y no en la secreta intimidad de las estructuras internas (por ejemplo el discurso institucional). De hecho, las relaciones entre institución y sociedad son complejas, y van mucho más lejos de las determinaciones más obvias que hacen a su funcionamiento interno, su forma legal, sus condiciones económicas de existencia, su participación en los mecanismos de poder o su papel en la superestructura ideológica. Toda institución (y las psicoanalíticas como las otras) establece a su vez una red de vínculos con otras instituciones o instancias (oficiales y privadas), con las cuales interactúa de maneras variadas que van desde la intervención en actividades subsidiarias o paralelas pero con una incidencia que se extiende más allá de sus propios miembros (publicaciones, enseñanza, celebración de congresos, etc.), la "sponsorización" y el subsidio de ciertos eventos o producciones, la participación en actos y ceremonias de diversa índole, el sostén público de determinadas causas y posiciones, hasta las que se originan en las cadenas de promoción y prestigio social y científico en las que se inserta y la intervención (directa o indirecta, a través de algunos sus miembros) en institutos académicos, asistenciales, culturales, etc.

De hecho, el mismo psicoanálisis, como teoría y como práctica, lleva las huellas, está marcado por su origen histórico, por su inserción social, por las maneras en que resulta atravesado por la estructura, y para avanzar necesita poner en claro sus vínculos, las maneras en las que el medio está implicado en él tanto como las vías por las cuales él se implica en el mundo. Esas implicaciones van más allá de lo que las instituciones psicoanalíticas y sus miembros encierran o promueven, ya sea colectiva o individualmente. Como señala Waisbrot, *"no cabe duda de que el psicoanálisis es un saber instituido"* (Waisbrot D., 2002, p.66).

Instituido como saber. Ser (estar) instituido impone de por sí condiciones. En tanto acción, la "institución" implica una relación en la cual un poder "instituyente" sanciona la instalación como tal de lo instituido y le fija sus límites: le atribuye un lugar definido, reconocible, la asunción de una identidad precisa, la aceptación de normas y criterios duraderos, persistentes (dotados entonces de cierta rigidez). No es una acción ligera ni exenta de consecuencias o de riesgos. Lo instituido tiende a hacerse inmóvil, conservador, a cuidar lo adquirido más que a avanzar y transformar lo dado. Principalmente se dedica a custodiar las fronteras, los límites instituidos.

A ese respecto cabe la observación de que *"todo saber instituyente, en tanto deviene saber instituido, porta en sí mismo el germen de su propia esclerosis"*. (Waisbrot D., 2002, pp.66-67)

La esclerosis (y con ella el envejecimiento, la decadencia y en última instancia la muerte) acechan en toda institucionalización. En ese sentido, las instituciones psicoanalíticas, desde que Freud decidió que la institucionalización del psicoanálisis (su cristalización en una estructura definida, y en particular la instalación de una voz "oficial", de un centro de poder) era una manera privilegiada de dar batalla por el reconocimiento social de su teoría, está expuesta (como cualquier otra) a estos riesgos. El psicoanálisis mismo debe tomar sus precauciones al respecto si no quiere que su teoría y su calidad de instrumento de investigación pierdan todo filo.

Como sea, no es posible aislar a la institución de la sociedad. Y cuando ésta hace oír su voz, resuena en todas partes. La institución está inserta en la sociedad y unida a ella por múltiples vínculos. En ese sentido, *"una institución psicoanalítica no deja nunca de ser una institución y está por ello atravesada por la dimensión estrictamente grupal e institucional, vinculada al registro económico y político de su inserción en la sociedad. Y esto más allá de todo deseo, y de las utopías que queramos imaginar y construir, provoca siempre determinados efectos institucionales"*. (Perrés J., 1998, p.8)

La voz de la sociedad, la que habla de sus padecimientos y de sus conflictos, y también de sus esperanzas e ilusiones, resuena en el psicoanálisis. El tipo de efecto provocado dependerá de las características del analista que actúa en su nombre, de la voluntad que muestre de buscar y encontrar respuestas a las demandas sociales, de su capacidad de conocer e interpretar las maneras en que lo que la atraviesa desde la sociedad condiciona su práctica, de la flexibilidad que pueda mostrar al momento de involucrarse e impulsar los desarrollos teóricos que den cuenta de las huellas subjetivas del sufrimiento social.

Para abordar las cuestiones relativas a la implicación social y política del analista es imprescindible seguir los caminos que sigue esa implicación. Si en general el "ser social" del sujeto se construye a través de la circulación a partir de la célula familiar de esa "cadena interminable de vínculos libidinales" a la que se refería Loureau, (1975) es al circular por la red de instituciones que atraviesa el sujeto (y lo atraviesan) que se va especificando. Desde este punto de vista, "el yo es un revoltijo de instituciones" (Loureau R., 1975, p.47) Cada una de ellas deja sus marcas en la constitución del sujeto, al punto que se podría sostener que "el sujeto no está dado antes de la institución ni a pesar o en contra de ella, sino que se da en tanto es instituido". (Loureau R., 1975, p46)

En los hechos, la subjetividad se erige justamente a partir de la circulación e inscripción en una compleja red de instituciones.

De tal manera, para entender al "ser psicoanalista" hay que remitirse a la "complejidad de instituciones" a través de las cuales circula y que lo constituyen. En términos generales "es necesario pensar en los puntos de anudamiento del analista en los conjuntos en los que se funda, que lo contienen, lo sostienen, pero que le demandarán a cambio reciprocidades". (Waisbrot D., 2002, p.71) Ser instituido (fundado) tiene un precio: ese anudamiento (como todo lazo) implica sujeción, dependencia, restricción de la libertad. El primer "punto de anudamiento" es la institución psicoanalítica que lo forma, lo controla y lo instituye como tal. En ella encontrará apoyo, formación, reconocimiento y vías de promoción y avance social a cambio de someterse a una serie de condiciones. Entre ellas, Waisbrot (2002) destaca lo que él llama "los vasallajes del psicoanalista":

"1.- La teoría y su transmisión (en sus dos vertientes, es decir, como productor y producido por dicha transmisión).

2.-El superyó de la cultura psicoanalítica, que supone un posicionamiento ético y un modo epocal y geográfico de cómo «debe ser» un analista

3.- El campo social donde se desenvuelven sus prácticas

4.- La práctica clínica". (Waisbrot D., 2002, p.19)

Cada uno de éstos "vasallajes" remite a varias vías de implicación social y política. En cada uno de ellas se dirimen las relaciones entre los destinos subjetivos y las condicionantes contextuales ; en cada uno de ellas se hará necesario elucidar lo que en cada momento corresponde al deseo inconsciente y la manera en que los conflictos del medio y los vasallajes institucionales están implicados en la escena analítica y obligan al psicoanalista a "elegir campo".

De hecho, *"lo reprimido o desmentido en las instituciones psicoanalíticas se transmite y se representa en la subjetividad del analista formado allí y que muchas veces puede ser objeto de una alianza inconsciente para que esos analistas no puedan preguntar y saber más allá del dogma impuesto"*. (Waisbrot D., 2002, p.66)

En la relación entre paciente y analista se pone en acción un juego de relaciones e identificaciones que tiene a la institución como fondo. En la relación entre analista e institución sucede algo parecido, lo que puede convertirse en una traba para la escucha. En palabras de Baranger, *"es cierto que la enseñanza psicoanalítica se consigue en parte a base de identificación introyectiva con el analista didáctico y los analistas de control, y que esta situación no es muy propicia para el desarrollo de un sentido crítico constructivo entre los analistas"*.(Baranger W.y M., 1969, p.87)

Filiaciones y sociedades pueden interferir en el sentido crítico en general, y también en la práctica concreta, en la medida en que la presencia de estos actores ocultos y el reconocimiento de sus voces en el discurso subjetivo sean ignorados por el analista.

Por otra parte Loureau señala que *"según Hauriou, la introyección del objeto institucional evoca de alguna manera la del objeto transicional de los psicólogos: siendo a la vez real e imaginario, se carga por ello de símbolos que, a diferencia de los demás símbolos sociales, son elaborados por el sujeto y adquieren para él un valor singular y no inmediatamente universal"* (Loureau R., 1975, p.58)

El analista incorpora así valores y consignas institucionales que se harán presentes de una u otra manera en el análisis y se le presentarán como singulares, escondiendo su proveniencia y dificultando la posibilidad de controlarlos.

De hecho, las instituciones son esenciales en la formación y transmisión de los vínculos libidinales, con lo que esto representa en cuanto a "lo que se puede hacer, decir y pensar", actuando como filtro, seleccionando lo que define el "ser psicoanalista" y reprimiendo lo que cae fuera de los límites instituidos. En ese sentido, *"el posicionamiento de un analista frente a la teoría, la transmisión del conocimiento y el superyó epocal y geográfico de la cultura psicoanalítica no es ingenuo sino, muy por el contrario, definitorio respecto de su práctica clínica."* (Waisbrot D., 2002, p.20)

En la escena analítica, en la intimidad de la consulta, se dan cita los conjuntos a los que están anudados tanto el paciente como el analista. La escucha analítica, centrada en la consulta privada, está atravesada por las instituciones que han constituido al psicoanalista, tales como el modelo de familia, las instituciones religiosas, las costumbres, los hábitos, la clase social, clubes y asociaciones a las que el analista pertenece, y obviamente la institución en la cual el analista se formó y de la cual es miembro. Ahora bien, esos conjuntos (con las instituciones psicoanalíticas en primer plano) configuran un escenario que dispone a la escena analítica como un campo de despliegue de la conflictiva social, una red de vínculos cruzado por contradicciones de distinto orden, muchas de ellas disfrazadas (naturalizadas), reprimidas, que retornan bajo formas desplazadas, derivadas, como "síntomas sociales" cuyos vínculos con los síntomas subjetivos es necesario precisar.

De allí la necesidad de estar alerta a las modalidades y caminos de su emergencia, de analizar la forma que asumen en la relación transferencial, y en particular *"la necesidad de interrogarse sobre los efectos de la transmisión de teorías y prácticas, buscar que cumplan con la función de ser herramientas (palabra que designa su utilidad instrumental) y que no se constituyan en verdades últimas, saberes sagrados y consagrados"*. (Waisbrot D., 2002, p.14)

En la medida en que son introyectadas y "naturalizadas", pierden en efecto calidad instrumental y flexibilidad para hacerse rígidas, convertirse en dogmas congelados. Y si el aparato de escucha se congela, si es incapaz de registrar la variedad de voces que se dan cita en la escena analítica, se convierte en un obstáculo que impide reconocer los matices y

modulaciones con los que la voz del sujeto (de su deseo inconsciente) da cuenta de cada una de ellas.

Uno de los modos de entender las crisis que llevaron a la ruptura de las instituciones psicoanalíticas es la consecuencia de la rigidez de la teoría y la práctica psicoanalíticas "consagradas", tales como eran transmitidas y conservadas por las instituciones correspondientes. En ese sentido, estas instituciones representaban un obstáculo, el más inmediato y el más visible, para cualquier desarrollo o investigación que aceptara una nueva aproximación a la problemática histórico-social y un replanteo de los aspectos que hacen al carácter de agente social inseparables del psicoanalista, es decir, que se propusiera prestar oídos a esas demandas de la sociedad para las que Castel reclamaba atención.

Los psicoanalistas que sentían la necesidad de implicarse desde su propia práctica en las cuestiones que planteaba el momento histórico y ocuparse de sus efectos en la subjetividad, podían veían cerrada la posibilidad de profundizar el análisis de la implicación del orden social y político en la escena analítica. En ese sentido, la ruptura con las instituciones que cerraban ese camino partiendo de la defensa de una "ortodoxia" que bien podía ser tildada de dogmática (y ciertamente representaba una posición conservadora) se convertía en la primera tarea, en el primer paso en la vía de la elucidación tanto de los elementos inconscientes en juego en toda implicación subjetiva como de la implicación consciente del psicoanalista en el debate social.

De cualquier manera, la crítica a las instituciones psicoanalíticas no reemplaza a la crítica social, y sin una profundización teórica de los entrecruzamientos e implicaciones que ocurren en la escena psicoanalítica, "*todos los análisis del funcionamiento económico y las implicaciones políticas y sociales de los grandes agrupamientos de psicoanalistas (y los efectos de ello sobre el psicoanálisis) serán rápidamente reducidos y degradados al nivel de simples cuestiones de orden institucional (por ejemplo, las críticas clásicas contra los encuadres y rituales en las instituciones de la IPA, o las críticas más recientes contra el dogmatismo y los procedimientos sugestivos del pase en las instituciones lacanianas)*" (Sauval M., 2002, p.5). Porque las instituciones están también (lo quieran o no, lo sepan o no) implicadas en la dinámica histórica.

En tal sentido, si la crítica en cuestión no logra trascender las generalidades para avanzar en la elucidación de los mecanismos de reproducción y de control social que encierran en sí mismas las instituciones psicoanalíticas (tanto como si se confunden los roles del psicoanálisis, queriendo hacer de él antes que nada un instrumento de cambio social) se corre el riesgo de que al psicoanalista implicado le pase lo que describía Langer: *"nos proponíamos salvar al mundo a través del psicoanálisis. Y no sabíamos, algunos lo ocultaron conscientemente, otros lo tenían reprimido, que como miembros de la clase dominante salvábamos únicamente a nuestros analizandos que pertenecían a la misma clase y participaban como nosotros de la explotación"* (Langer M., 1989, p.102).

El lugar que ocupa el psicoanálisis, en efecto (en tanto teoría y práctica concretas, y no solo a nivel institucional), entre los mecanismos de reproducción de las relaciones sociales dominantes, a pesar de los elementos que aporta al cuestionar de raíz la visión dominante sobre el sujeto, no puede ser soslayado. Debe ser objeto de estudios específicos y dar lugar a desarrollos que permitan romper con la lógica que le permite al sistema de dominación vigente "recuperarlo" e incluso ,en palabras de Castel, lo convierte en "recuperante".

4.3.4.- La institución implicada

La implicación social y política del psicoanalista tiene un primer punto de referencia en lo que representan las instituciones psicoanalíticas a las que cada uno pertenece y la actitud que asumen éstas frente a las circunstancias histórico-sociales en las que se desenvuelve su actividad. La relación entre la institución y cada uno de sus miembros admite cierto nivel de contradicción y conflicto, ya sea en función de cuestiones internas (básicamente disputas por el poder institucional) o de cuestiones relativas ya sea a los enfoques teóricos y prácticos, o por la emergencia dentro de la institución de los conflictos más amplios y generales que alberga la sociedad. Las contradicciones internas pueden llevar a la ruptura pero en la medida en que no llegan a ese extremo, la institución funciona

como un marco de referencia (hacia el interior, para sus miembros; hacia afuera, para la sociedad) para toda actividad que represente algún tipo de implicación social.

Como sea, la institución se apoya y actúa en nombre del psicoanálisis. Esto, a partir de la creación institucional impulsada por Freud como manera de llevar adelante la lucha por el reconocimiento del psicoanálisis. Consciente de los problemas que la institucionalización podía acarrear —Ferenczi, en particular, *"no había dejado de alertar contra la "patología de las asociaciones" hablando de lo que en ellas tiene demasiada tendencia a prevalecer: «la megalomanía pueril, la vanidad, el respeto de las fórmulas huecas, la obediencia ciega y el interés personal.»* (Major R. y Tallagrand C., 2007, p.120)

Freud intentó construir un instrumento sólido de acción que fuera la voz cantante del psicoanálisis en la sociedad. Enfrentaba una lucha ideológica, que involucraba a la teoría psicoanalítica y la filosofía que la inspiraba, lucha a desarrollar en dos frentes: por un lado el interno, en el cual la teoría estaba acechada por oportunismos de distinto tipo (entre los cuales los de aquellos que aceptarían de buena gana cambiar los conceptos centrales por una aceptación social); por el otro externo, frente a las resistencias que el psicoanálisis despertaba en los sectores dominantes de una sociedad que se negaba a aceptar los descubrimientos freudianos.

Perrés se pregunta: *"¿Freud, como pensador, puede ser considerado como sujeto político, creador de un discurso político, dentro de la larga tradición de la llamada "filosofía política"? ¿Freud, como persona, tuvo un accionar político, fue un actor político? ¿Existen, o no, nexos políticos de Freud y del psicoanálisis con el poder y la cultura? ¿El ejercicio del psicoanálisis, de Freud a nuestros días, tuvo y tiene un efecto político? ¿Cuáles han sido las implicaciones políticas de la existencia misma del psicoanálisis, como teoría, como práctica y como institución?"* (Perrés J., 1998, p.2).

Estas preguntas no admiten una respuesta ligera. Desde ya que *"hubo indiscutiblemente un Freud político, por más que hablemos de política institucional, que marcó desde una férrea conducción, por momentos muy autoritaria, toda una modalidad para el movimiento psicoanalítico. Hay allí toda una concepción de agrupación humana, de liderazgo, de lugares, de funcionamiento institucional, etcétera, centrada en la*

verticalidad. Ese es en muchos sentidos, el camino que siguió la institución psicoanalítica". (Perrés J., 1998, p.9)

Quizá sea preciso matizar. Freud siempre expresó —a veces con dureza, en tono de reproche frente a la actitud— su deseo de que sus discípulos lo relevaran en la dirección del movimiento psicoanalítico. Se resistía a ser considerado "imprescindible", a ser colocado —de una u otra manera— en el lugar del líder de una masa. Proponiéndose pasar "a un segundo plano" propuso —¿impuso?— a Jung para presidir la IPA, y aunque tuviera luego que arrepentirse de una decisión dictada por razones que poco tenían que ver con los principios, insistió siempre para que sus seguidores se prepararan para reemplazarlo. Su intransigencia intelectual estaba reservada a los contenidos del psicoanálisis, y en ello no había negociación posible.

En cualquier caso, lo que no se puede discutir es que la creación de la internacional fue, para Freud (y para el movimiento psicoanalítico en general) un acto político, darle una voz autorizada (institucional) al psicoanálisis para hablar en la escena pública. La internacional era así el instrumento político del psicoanálisis, que reclamaba ante los organismos oficiales y las otras instituciones por el lugar que consideraban le correspondía en el terreno de la psiquiatría, de la ciencia, de la cultura.

Esa lucha requería de una voz que podía no ser única, pero que debía ser clara y firme, libre de contradicciones secundarias que solo podían aportar confusión en momentos de definiciones clave. Estaba en juego la existencia social del psicoanálisis en general, y no algún detalle teórico o alguna posición circunstancial. El verticalismo y la rigidez originales deben ponerse en esa perspectiva: no se estaban dirimiendo posiciones individuales (y las de Freud menos que nadie) sino que se luchaba en defensa del psicoanálisis como un todo.

Queda el hecho de que la estructura construida resultaba marcada por los rasgos de la autoridad y la disciplina, y desembarazarse de ellos siempre es difícil. Pero en realidad, el efecto más notable no pasa tanto por la falta de diálogo o de participación internos como por la adopción, por parte de la institución que nació como la voz política del psicoanálisis, de una actitud cerradamente apolítica (antipolítica, incluso). En ese sentido, "muchos fueron momentos histórico-coyunturales en que las instituciones psicoanalíticas rehuyeron

pronunciarse por miedo a que su declaración “científica” o simplemente humanitaria pudiera ser leída como “política””. (Perrés J., 1998).

El apoliticismo, para empezar, no era (nunca puede serlo) absoluto. Eso con independencia del significado y del efecto político de la "prescindencia" política. De hecho, ciertas circunstancias excepcionales (tal vez, sintomáticas sin duda) mostraron los límites de esa posición. El psicoanalista, incluso el más acérrimo defensor de la neutralidad en el análisis, vive una existencia social, como todo el mundo. No puede mantenerse aislado de los conflictos que lo rodean. Ante ciertos hechos se siente obligado incluso a manifestarse y actuar. Ahora bien, esto vale para el psicoanalista en tanto persona, pero no tendría por qué arrastrar a las instituciones que han hecho de la neutralidad política una bandera. Sin embargo, hay ocasiones en que esa prescindencia ha sido dejada a un lado. En Francia, ante la situación que enfrentaba en la segunda vuelta electoral al candidato de la derecha (Chirac) contra el de la ultra-derecha (Le Pen), *"Jacques-[Alain] Miller (el hasta hace poco delegado general de la Asociación Mundial de Psicoanálisis, la internacional donde se afilia la EOL de Argentina), junto a los presidentes de las principales instituciones psicoanalíticas de Francia, llamaron a votar por Chirac. De ese modo, la supuesta neutralidad política que habían sostenido durante mucho tiempo, quedó redefinida, retroactivamente, desde este llamamiento político"* (Sauval M., 2002, p.5)

La retroactividad no es un concepto inocuo en psicoanálisis. Según él, *"el sentido de una experiencia o de una impresión es diferido en el tiempo"* por lo que *"lo que aparece con retraso da un sentido nuevo a marcas dejadas con anterioridad"* y *"recién en un tiempo aún por venir sabremos de las promesas o las amenazas de ciertas huellas no obstante archivadas"* (Major R. y Tallagrand C, 2007, p.6).

En Brasil estalló un escándalo de proporciones *"cuando corrió la noticia de que en Brasil “un psicoanalista era a la vez torturador” y que colaboraba con la dictadura. Ese caso dio pie a un rumor que fue acallado en la IPA durante años, hasta la publicación del libro de Helena Besserman Viana y la acogida que tuvo por parte de algunos personajes parisinos"*. (Hernández M., 2005, p.2) Rumor acallado, pero conocido. Amílcar Lobo (tal el nombre del torturador que hacía las veces de analista) mostraba la peor clase de implicación

política posible: aquella en la cual el presunto encargado de aliviar los sufrimientos subjetivos, de ayudar al sujeto a levantar las barreras que la represión de su deseo inconsciente levantan en el camino de su desarrollo subjetivo más pleno, de permitirle una mayor autonomía, resultaba ser el ejecutante directo de los peores sufrimientos y degradaciones, de las acciones políticas más perversas —delitos de lesa humanidad—, y ponía sus conocimientos al servicio de la represión social más siniestra. Todo ello con la complicidad de la institución, corporizada en la persona de su analista didacta, Leao Cabernite, que llegara a ser Secretario General de COPAL.

También la neutralidad (o el silencio) son cómplices en general del *status quo*, y hay situaciones en las cuales se convierten en "partícipes" activos de los delitos cometidos en el marco de la represión más abierta. Los reclamos para que la IPA se pronunciara públicamente contra las violaciones a los derechos humanos en la Argentina (Carpintero E. y Vainer A., 2004) fueron ignorados. Sin embargo sabemos que lo reprimido siempre termina por retornar. En 1981, Jacques Derrida "*denunciaba la complicidad* [de la IPA con la violación de los Derechos Humanos] *bajo el manto de la «neutralidad»*" "*Derrida acusaba cómo la IPA neutralizaba la ética y la política con una disociación entre la esfera psicoanalítica y la del ciudadano*". (Carpintero E. y Vainer, A., 2004, p.359)

Estas situaciones no carecían de antecedentes: al llegar al poder el nazismo en Alemania, "*la cuestión de la permanencia de los analistas judíos en el seno de la Sociedad Alemana de Psicoanálisis y del policlínico berlinés se plantea en forma dramática. En diciembre de 1935, Jones preside en Berlín la sesión en la que se aprueba la renuncia colectiva de los miembros judíos con el objeto de mantener una actividad psicoanalítica, así fuera bajo la égida de un Instituto de Psicología arianizado, dirigido por Matthias Göring, psiquiatra alemán de tendencia adleriana y primo del mariscal Hermann Göring. Debe mencionarse aquí que un analista alemán no judío, Bernardt Kamm, se rehusará a avalar esa política, renunciando también él a la Sociedad*" (Carpintero E. y Vainer A., 2004, p.117).

Esta claudicación institucional estaba destinada a "defender el psicoanálisis". Para el nacional-socialismo el psicoanálisis era una "ciencia judía", y los libros de Freud eran quemados en la plaza pública junto con los de Marx.

Sin embargo, a pesar de que los conflictos extraanalíticos no podían ya mantenerse fuera del consultorio, y que las instituciones se refugiaron en un apoliticismo "defensivo" que podía tener consecuencias relevantes, los cambios en el psicoanálisis mismo, en tanto teoría, fueron mínimos.

Esto seguramente está relacionado con el hecho señalado por Castel, en el sentido de que aunque el psicoanalista pueda "*reconocer la realidad de las contradicciones constitutivas de la formación social actual*" el psicoanálisis en cuanto tal "*está condenado a no tomar en cuenta las dimensiones no psicológicas (propriadamente históricas, políticas, económicas y sociales) de estas contradicciones*". (Castel R., 1980, p.203)

No cuenta con los instrumentos necesarios para "aprehender" lo social, y tampoco, por ende, de medio alguno de darles respuesta desde su propia realidad, desde su especificidad conceptual. Confrontada en su propia práctica con lo más apremiante del conflicto histórico, al que no había manera de mantener alejado ni de "neutralizar" y que se imponía con una fuerza tal que obligaba a un replanteo de las condiciones de encuadre, la teoría psicoanalítica solo atinaba a tomar nota de sus propias limitaciones en cuanto a las "*dimensiones no psicológicas*" con las que debía lidiar, sin poder procesarlas.

Castel había atribuido la "crisis" del psicoanálisis a que "*los intereses del ambiente están demasiado implicados para que pueda llegar espontáneamente a una revisión que podría destruir las ilusiones de extraterritorialidad con las que ha vivido medio siglo*". (Castel R., 1980, p.211)

De hecho, las "ilusiones de extraterritorialidad" no podían resistir el embate furioso de las fuerzas desencadenadas, pero su caída no produce por sí sola las alternativas y desarrollos teóricos necesarios. Solamente sienta las bases "objetivas", para que ello ocurra.

4.4.- EL PROCESO DE CURA Y SU DIMENSION SOCIAL

4.4.1- La cura y sus distintas versiones

El psicoanálisis es básicamente una teoría de la psiquis y un instrumento de conocimiento, es cierto, pero sus efectos terapéuticos han demostrado ser tan valiosos que han ocupado —de pleno derecho— el centro de la escena, al punto que es habitual —es la manera en que usualmente el psicoanálisis se presenta y se instala en la sociedad— circunscribir su práctica a la "cura", al alivio de los síntomas —sufrimientos— que el conflicto subjetivo produce. Ahora bien: los criterios de salud y enfermedad no son ningún concepto lo es— neutros: también en ellos vive el conflicto histórico. Son escenario, como decía Grüner de la lucha "*por la hegemonía ideológica, por la construcción del sentido*". (Grüner E., 2002)

Así, hay una definición que podríamos llamar "legal" u "oficial" —en la medida en que es la propia de las instituciones que fijan las normas a nivel estatal e incluso internacional—, que da cuenta de ciertos consensos sociales, es decir que expresa la relación de fuerzas actual en ese campo y se hace cargo de la necesidad de persuadir y no sólo imponer. Es decir: de conseguir que la represión se realice mayormente en el interior del sujeto: que éste adopte y acepte como suyas las restricciones y censuras que marcan su sometimiento sin necesidad de recurrir a una violencia abierta. Pero bajo estas condiciones, el elemento central en la definición de estos conceptos está siempre vinculado con la producción, incluso mucho más allá de lo que encierra la existencia de una rama de la medicina especializada en lo "laboral" y mucho más cercana como concepto y como práctica de un aparato de represión social que de un recurso médico. Enfermo, en nuestro

sistema, es antes que nada aquel que —por una u otra razón— no rinde de la manera esperada y debe ser devuelto a la producción.

En ese sentido, se asimila al sujeto a una máquina descompuesta, que necesita de una reparación. La cura no se vincula necesariamente con lo que es propio del individuo —su sufrimiento— como con su función productiva. Interviene un problema de costos, en el cual por un lado está el tratamiento y por el otro el lucro cesante que su retiro de la cadena de producción representa. Se "cura" para restablecer el buen funcionamiento de la maquinaria productiva, y solo de manera indirecta para que el individuo alcance el "*estado de completo bienestar físico, mental y social*", fórmula voluntariosa e imprecisa —vacía— que utiliza la OMS para definir la "salud". Es un proceso similar al que se da en la producción de mercancías: a éstas se las produce para su intercambio, y no para la satisfacción de alguna necesidad. Satisfacen necesidades solo en la medida en que eso es lo que las hace aptas para el intercambio.

De hecho, la enfermedad es también en sí misma, de una u otra manera, una construcción social. No solo porque se la vive, se la explica y se la trata de maneras históricamente definidas, sino porque ocupa un lugar en el funcionamiento global de la sociedad, y en la economía en particular. Hay enfermedades "de clase", como las hay que son "de interés público", para no hablar de las que son producidas directamente por las condiciones históricas (de vida, de alojamiento, de alimentación, por costumbres y prácticas sociales, etc.).

Las patologías dependen del lugar que cada cual ocupa en la sociedad y en la historia, y también lo hacen las medidas de prevención, el acceso a la cura y la existencia de recursos —tanto a nivel de conocimientos teóricos, dispositivos técnicos y prácticas médicas disponibles como al de los puramente presupuestarios— para hacerles frente y paliar sus efectos sociales y personales. Por eso parece atinada la observación de León Rozitchner cuando señala que los sectores dominantes "*hacen todo lo posible por ocultar la significación histórica y social de la enfermedad, en un esfuerzo por naturalizar las causas y emparentarlas más bien con las sequías y los terremotos*". (Rozitchner L., 2003, p.222)

La enfermedad debe ser presentada —para que no "degenere" en problema social— como un problema individual, producto de un "desastre natural" o de un "castigo divino", de una "falla" determinada por la herencia o simple resultado de la "mala suerte", pero siempre en condición de flagelo personal, inevitable y desvinculado de las condiciones sociales de existencia del sujeto.

Todas esas consideraciones se aplican —y muy directamente— al conflicto psicológico subjetivo. "Tara" genética o "debilidad de carácter" —hoy el término que podría ser mas usado es de "baja resiliencia"—, el sufrimiento mental es naturalizado —con especial énfasis en el carácter "interno", íntimo— y convertido en destino personal exclusivo. Ahora bien, desde otro punto de vista —el que reconoce en el sujeto un ser histórico unido a la sociedad por los múltiples y variados vínculos que determinan su existencia a todo nivel—, *"enfermo (...) es el lugar humano de una contradicción social vivida «como si» fuese exclusivamente individual y personal. Y esto es así porque cada uno la experimenta en los límites que la sociedad determinó como ajenos a ella en la carne propia"* (Rozitchner L., 2003, p. 219).

El sujeto —el enfermo— es el punto de emergencia de los "síntomas sociales", de aquello cuya existencia la sociedad no puede tolerar y reprime expulsándolo de sí para dejarlo alojado en el sujeto, el cual sufre en carne propia la contradicción social y la hace padecimiento subjetivo "como si" fuera un producto de su propia constitución interna.

Si la enfermedad es campo de lucha —lucha de sentido y lucha social directa—, la noción de "cura" no le va en zaga. Ya mencionamos el criterio que asimila cura a "reparación", concepto tomado de la mecánica, y que en ciertos casos llega a confundirse abiertamente con el de un simple "cambio de repuestos" (modalidad dominante en la actualidad en una actividad que solía desplegar creatividad, inventiva, dominio de variadas técnicas y habilidad manual). De hecho, la idea de "cura" carga consigo el sentido de "vuelta atrás", de "restablecimiento" o "recuperación" de la salud como una suerte de "reconstrucción" de lo dañado. En ese sentido, tiene un objetivo claro y preciso —un destino, una meta—, apunta en su dirección y fija procedimientos —protocolos— para

alcanzarlo. De tal manera, *"el criterio de curación implica en sí una actitud normativa"* (Baranger W. y. M., 1969, p.104)

El médico —armado de su saber sobre la enfermedad y los procedimientos terapéuticos— "ordena", dicta los procedimientos a seguir por el paciente, y éste —obligado por su ignorancia a remitirse dócilmente a lo que se le indica— obedece.

En análisis no hay recambio posible. Tampoco se trata de reparar un "daño" o de recuperar un estado anterior "libre de enfermedad". Nada de esto tiene sentido cuando hablamos de los padecimientos psíquicos. El psicoanálisis carece de la posibilidad de apelar a cualquiera de esos recursos. Y mucho menos admite el dictado de mandamientos por parte del terapeuta. Se apoya sobre un trabajo de exploración conjunto con el paciente, de sucesivas aproximaciones a lo no-sabido por él que se aloja en el inconsciente y sostiene su síntoma, y alcanza la cura no por medio de la restitución de la situación previa a la emergencia de los síntomas sino por la construcción por parte del analizando de un nuevo equilibrio psíquico sobre la base del material que el análisis le va revelando sobre su propio deseo inconsciente y los caminos por los cuales se ha llevado a cabo su represión. Es en ese sentido que Loureau señala que *"el acto analítico es lograr que el no-saber subjetivo se reconozca en la revelación bruta del analizador objetivo"* (Loureau R., 1975, p.287). Ese reconocimiento —esa anexión íntima de lo nuevo conocido— solo puede ser obra del sujeto libre.

No solamente en psicoanálisis no se trata de volver atrás, sino que, como señala Rozitchner, *"el problema consiste en ampliar los límites de la propia individualidad, esa que está (...) limitada desde dentro —el superyó— y desde afuera —las instituciones represivas— por la angustia de muerte"*. (Rozitchner L., 2003, p.70)

Ampliar los límites de la propia individualidad —alcanzar un crecimiento subjetivo— es tarea que apunta a la dimensión colectiva —político-social—: el espacio subjetivo se abre, avanza sobre lo histórico-social que a pesar de ser parte de su misma carne se le aparece como externo, desplazando o redefiniendo los *"límites que la sociedad determinó como ajenos a ella en la carne propia"*. En ese sentido, Rozitchner subraya que *"el problema es pues, para Freud tanto como para Marx, la recuperación de un poder expropiado: el poder*

colectivo sin recuperar el cual tampoco habrá recuperación del propio poder individual". (Rozitchner L., 2003, p. 65). Recuperar para el sujeto las fuerzas sociales que la historia —la social más aún que la personal— le arrebató.

De hecho, Rozitchner sostiene que *"no hay cura ni a nivel individual ni a nivel social que no incluya necesariamente —y esta es una condición no aleatoria sino necesaria— la formación de un poder colectivo efectivo para poder recuperar el poder perdido de la propia individualidad, porque la formación de ese poder colectivo implica ya, por su solo conglomerarse, objetivar la disminución real del poder represor que se nutre de las propias fuerzas, que son las nuestras"*.(Rozitchner L., 2003, p. 71). Así, la implicación social del sujeto está en relación directa con su capacidad de actuar, es decir con el poder que está en condiciones de ejercer. Poder que no tiene por qué ser (de hecho no es) exclusivamente el de su propia persona individual, sino que está dado por su participación de una capacidad social de acción con la que forma cuerpo pero de la que fue desposeído —en tanto ser social— por el desarrollo histórico.

4.4.2.-Síntoma y enfermedad

En realidad, en la medida en que la "cura" tenga por objeto remover los obstáculos que mantienen alejado al sujeto de la producción o significan una merma en su rendimiento, apuntará antes que nada a combatir los síntomas.

Pero —como bien sabe cualquier médico y los psicoanalistas tampoco ignoran— el síntoma no es la enfermedad. Solo es la voz de la enfermedad, la manera en que se expresa, en que se hace notar. Obturar el síntoma —reprimirlo— puede ser necesario y aún indispensable en ciertas circunstancias, pero si no se atiende a la enfermedad, el síntoma reaparecerá. En psicoanálisis —y en psiquiatría— bien sabemos de las muchas maneras en que un mismo síntoma —un síntoma de lo mismo— vuelve bajo una forma distinta a la original.

La enfermedad suele sortear las barreras que impiden asomar al síntoma reemplazándolo por otro. Hoy sin embargo, y particularmente en lo que hace a la sintomatología psíquica, hay una dirección médica en la cual la dirección fundamental es apuntada a la desaparición sintomática, y al uso de una tecnología en la que el sujeto mismo es negado. Ese movimiento, por desconocimiento o negación de los procesos mentales que llevan a la emergencia del síntoma, se hace cargo del mandato social de devolver al individuo a la línea de trabajo sin atender a lo que la enfermedad, en cuanto proceso con efectos subjetivos que van más allá del síntoma.

En ese sentido, un falso criterio de "eficacia" o "efectividad" se abre paso en lo que hace al padecimiento psíquico. Por eso, cuando Renik sostiene: *"al renunciar a la idea de que un analista es más efectivo porque es capaz de ser más objetivo que el paciente frente a los problemas de éste, no nos privamos de nuestra calidad de expertos ni eludimos nuestra responsabilidad. El trabajo de un analista no consiste en tener la razón, sino en ser efectivo. El valor de nuestra pericia no descansa en saber mejor que nuestros pacientes qué es lo correcto sino en conocer cómo hemos de implicarnos con ellos para que, en último término, puedan aprender más acerca de sí mismos"*. (Renik O., 2002)

De hecho, el propio Freud se resistió siempre a circunscribir el psicoanálisis a la terapéutica, y alertaba contra el *"furor curandis"*, advirtiendo al analista sobre la tentación de utilizar algún influjo sugestivo para conseguir en poco tiempo resultados visibles. (Freud S., 1912)

Sostenía que *"Para el psicoanalista, en las circunstancias hoy reinantes, hay una tendencia afectiva peligrosísima: la ambición de obtener, con su nuevo y tan atacado instrumento, un logro convincente para los demás"*. (Freud S., 1912, p.114). Vale decir que ni siquiera para convencer a los adversarios del psicoanálisis justificaba recurrir a recursos —influencia, sugestión— de los que afirmaba que no correspondían al *"psicoanálisis auténtico"*.

Los tiempos han cambiado —las condiciones no son las mismas—, y si el psicoanálisis en su conjunto encuentra aún alguna resistencia en ciertos medios, algunos de sus descubrimientos se han integrado en buena medida a la vida cotidiana de gran parte de

la sociedad. En ese proceso ha logrado imponer determinados conceptos, pero al mismo tiempo debe convivir con muchas versiones "populares" o "vulgatas" que recortan y deforman sus postulados, y se ve confrontado a la necesidad de tomar partido ante lo que "*es hoy un mandato social: devolver el sufrimiento a una conformidad*". (García Reinoso G. En Carpintero E., y Vainer A., 2004, p.14)

El padecimiento psíquico no siempre es invalidante desde el punto de vista laboral, pero se expresa muchas veces en actitudes y conductas molestas, socialmente perturbadoras, de resistencia o de rebeldía frente a las normas generales —o particulares— de convivencia y los valores socialmente admitidos. En ese sentido, el síntoma personal vuelve a hacerse síntoma social, y el malestar del sujeto se vuelca sobre la sociedad, que necesita reprimirlo. Es decir: devolverlo al interior del sujeto, censurarlo, conseguir que la censura se lleve a cabo en él y mantenga al síntoma sumergido bajo la forma de conformidad y sumisión a la norma social.

La utilización de la psiquiatría —de la salud mental en general— como instrumento de control social goza de una larga y variada historia. La forma en que en la ex URSS era tratada la "disidencia" o la inconformidad (como una enfermedad mental) ilustra la forma (extrema en este caso) una tendencia a calificar globalmente a la "inadaptación" como una actitud lindante entre la enfermedad y el delito. Hoy se generaliza la propensión a considerar "enfermas" ciertas conductas molestas que la sociedad no puede contener, y que los especialistas convierten rápidamente en "síndromes" que requieren de una intervención médica, es decir básicamente el empleo de medicación que adormece o modera el síntoma, aunque lo haga junto con el paciente. Su principal mecanismo de acción es el de reducir químicamente la voluntad o la actividad del sujeto.

El caso de los niños es particularmente alarmante y doloroso: los niños inquietos, que "no prestan atención", "no se concentran" o "no obedecen a sus padres" son cada día más medicados con el respaldo de una "ciencia médica" legitimadora de la represión y reducidos a la disciplina social. En esta actitud se combinan las expectativas de control social y —paradójicamente: tal parece que rinde más el sujeto dócil y pasivo que el activo y "rebelde"— las de rendimiento económico (o escolar, en el caso de los niños). De hecho,

"acosados por la necesidad de «hacer rápido», la tendencia es a medicar apresuradamente, dejando de lado la atención al sufrimiento del sujeto". (García Reinoso G. En Carpintero E., y Vainer, A., 2004, p.14)

Ocultar el síntoma antes de que afecte la tranquilidad social, aunque esto sea al precio de rebajar al sujeto y hacer oídos sordos a lo que su síntoma expresa: he allí un programa que entra en conflicto con todo lo que desde el psicoanálisis apunta a desarrollar al sujeto y dotarlo de mayor autonomía, para entregarlo a una tarea de "normalización", de sometimiento a dictados exteriores.

Todo esto saca buen partido de la tentación autoritaria que acecha en la relación médico-paciente: *"el discurso del médico puede convertirse en una nueva forma del discurso del amo: todo el mundo quiere tener buena salud y eso supone que el sujeto va a hacer desaparecer su vivencia del síntoma para ofrecerlo, por así decirlo, al dispositivo médico"*(Pavon H., <http://www.clarin.com/suplementos/cultura/29/10/2005>).

Para Assoun (2001), el discurso del amo es estéril en análisis: deja afuera al deseo del analizando y se vincula a las fronteras cercanas a las riberas de la magia y la religión. En términos del tratamiento psicoanalítico, el síntoma vuelve a ser reprimido, y no dejará de surgir bajo otras formas, probablemente más dolorosas para el sujeto, aunque quizá más inofensivas para el sistema.

Sin embargo, no todos las críticas deben atribuirse a una "vocación autoritaria" del analista: De hecho, *"la realidad cotidiana obliga a las nuevas generaciones de analistas y a una parte considerable de las no tan nuevas a someterse a una precarización cada vez mayor de su trabajo y a una licuación de sus métodos en nombre de un pretendido pragmatismo clínico que en realidad —y sobre todo desde las obras sociales y la medicina prepaga— encubre la mercantilización empresaria de la salud mental de la población"*.(Waisbrot D., 2003, p.66) Las posibilidades que una ampliación del universo poblacional al que el psicoanálisis podría acceder por la vía de su inserción en los nuevos ámbitos de trabajo se ven muchas veces frustradas por las condiciones que en ellos imperan. El enfoque mercantilista es el que fija los objetivos a alcanzar. No se buscan allí —no se le piden al terapeuta— soluciones reales al sufrimiento del sujeto, sino resultados

inmediatos en la remisión del síntoma. Y a esa mercantilización debe sumársele la que encierra la multiplicación de instituciones psicoanalíticas, cuya proliferación no corresponde muchas veces a diferencias teóricas —o técnicas— reales, a proyectos institucionales distintos, sino a cuestiones de prestigio y posicionamiento en el mercado.

Como sea, la cura tiene una dimensión social ineludible, ya sea por actuar sobre la relación entre sujeto y sociedad como por su implicación concreta en la dinámica social. El psicoanálisis ha proclamado y defendido —aún entre los que sostienen la necesidad de mantenerlo encerrado en el ámbito más estrecho del inconsciente— su respeto por lo propio del paciente. Sin ese respeto no hay análisis posible, solo "sugestión" o adoctrinamiento, es decir expresión del terapeuta. Pero desde el mismo Freud han habido intentos de ampliar las miras del psicoanálisis, de hacer extensivo lo que su método de investigación y sus descubrimientos respecto del funcionamiento de la psiquis implican al estudio de ciertos fenómenos sociales y de las características y modalidades de los vínculos que unen al conjunto social con el sujeto. En ese sentido, dice Rozitchner, *"si la teoría de Freud va más allá de la cura individual a la cual se la quiere restringir, para convertirla en un poderoso instrumento de análisis político y social, debemos reivindicar este aspecto colectivo e histórico"*. (Rozitchner L., 2003, p.48)

El compromiso del psicoanálisis con el mundo social y político, su capacidad de iluminar desde el inconsciente del sujeto la dinámica histórica, de participar o facilitar la construcción de conceptos y prácticas operativas que colaboren a disminuir el sufrimiento social junto con el individual, parece ser el camino para evitar que el psicoanalista que deseara e intentara "salvar al mundo con el psicoanálisis" como Mimi Langer recuerda, termine "salvando a nuevos explotadores", y que el paciente que desea "salvar al mundo" sea inmediatamente calificado de "inadaptado", dueño de una personalidad paranoide con tendencias autodestructivas que debe ser devuelto —en su propio interés— a la cordura.

4.4.3.- De la adaptación

La dialéctica entre adaptación – inadaptación que puede estar presente subrepticamente en el ámbito terapéutico, es también el sentido —la función— que el sistema le intenta marcar al psicoanálisis —como a las demás especialidades que se aplican a la salud mental—: ser custodio del orden social, reducir a los inadaptados, hacerlos entrar en razón, devolverlos al rebaño.

Ahora bien, desde una posición que reivindica la necesidad de un compromiso social y político del analista no solamente a partir de una perspectiva ciudadana sino también desde la práctica y el ejercicio del psicoanálisis, Mimi Langer cuestiona el empleo del psicoanálisis en defensa del orden establecido: "*¿«Actitud adaptativa» significa aceptación de la sociedad actual? El psicoanálisis, per se, no implica su aceptación. Pretende integrar al paciente a su ideología, eliminando contradicciones. Pero no adaptarlo*". (Langer M., en Carpintero E. y Vainer A., 2004, p.303)

De hecho, como señala Caruso, "*la adaptación no es en modo alguno un criterio unívoco; si sobrepasa el óptimo, se convierte en conformismo y puede ser en sí misma «neurótica»*". (Caruso I.1966, p.114) Adaptarse a qué, cómo y por qué: si el psicoanálisis no es un instrumento que en sí mismo encierre opiniones sobre la estructura social, su empleo para fomentar el conformismo del paciente y la aceptación del *status quo* puede en efecto representar una suerte de "neurotización".

El instrumento que debiera integrar al paciente a su ideología, eliminando contradicciones, sin asumir el papel de guía o de árbitro —sin tomar al psicoanálisis "*como juez, como concepción del mundo*", (Pavlovski E., en Carpintero E. y Vainer A., 2004, p.219) se convierte en vehículo de enfermedad, acentúa las contradicciones internas del paciente. Con el "pretexto" de resolver el conflicto social del que el síntoma "antisocial" del analizando se hace portador y representante, deviene en productor de mayor sufrimiento subjetivo.

Pero el reclamo de "normalización" —de reducción a la norma— por parte de los sectores dominantes es fuerte, y así, "*podemos observar el empleo más o menos científico*

del psicoanálisis al servicio de una forma social dominante, en nombre de la «adaptación» al «orden social». Precisamente en tales intentos corre el peligro de perder su sentido y de ser utilizado impropiamente como instrumento de una opresión concreta". (Caruso I., 1966, p.18)

Castel señala incluso un cambio de énfasis en el sentido del "*paso de una demanda de facilitar la adaptación del individuo a tareas parciales a una demanda de facilitar su integración global al sistema*" (Castel R., 1980, p.107). De tal modo resalta el aspecto principalmente político-social de esa "integración", en oposición a la simple "adaptación" a una actividad, más directamente vinculada a lo económico.

De cualquier manera, la economía nunca queda relegada, y mucho menos en la sociedad capitalista: "*Freud también previene contra la ideología de la eficacia (efficiency) que, mezclada con el proverbial time is money, se unen para atenuar la severidad del Superyó cuando se trata de lo que atañe a la ganancia. La multiplicación de las terapias breves, incluso ilusorias, se encuentra fácilmente en esta ideología*". (Major R. y Tallagrand C., 2007, p.187)

En la práctica, el proyecto social de "integración global" no se contradice con el de "adaptación individual". En el trabajo psicoanalítico suele asumir una forma vinculada a la capacidad de generar ingresos, (por un lado del paciente, como "síntoma" de salud, y por el otro del analista cuya eficacia en ese aspecto sería una medida de su capacidad de análisis).

Se ha señalado al respecto que "*el hecho de ser o de haber sido analizado (...) tiene por consecuencia mucho más frecuentemente una atenuación del radicalismo político (o un fortalecimiento del conformismo político-social) que la inversa*".(Castel R., 1980, p.50) Quizá podría leerse este hecho como el síntoma de una enfermedad del psicoanálisis, la que lo pone al servicio de objetivos que de ninguna manera están inscritos —"*per se*"— en su propio cuerpo conceptual ni corresponden a la "naturaleza" de las cosas o de la sociedad, sino que claramente responden a lo que Castel describía en cuanto a que se "*reproduce el poder neutralizador del psicoanalista «neutral»*".(Castel R., 1980)

Ahora bien, si, como sugiere Castel, el psicoanálisis "*ha transportado al dominio más «personal», el inconsciente, al movimiento de desposesión de la problemática del poder que el humanismo había cumplido en el plano de la subjetividad consciente*", (Castel R., 1980, p.240) se le debería el haber sido cómplice de esa "desposesión", al ocultar en el inconsciente —donde queda censurada, transpuesta, disfrazada, irreconocible— la violencia constitutiva de la sociedad. Pero también es posible plantear que ese proceso más parece haber sido el inverso: que el psicoanálisis es el que ha planteado las condiciones y abierto la posibilidad de levantar esa censura y traer a la superficie lo que había sido reprimido por la sociedad y encerrado en el inconsciente del sujeto por la dinámica histórica instalada por

4.4.4.- Manipulación y adoctrinamiento: los riesgos de la praxis clínica

El psicoanálisis pretende ser neutral en cuestiones políticas e ideológicas. No porque la ideología le resulte extraña —se encuentra con ella a cada paso en su investigación del inconsciente, en la transferencia y en la contratransferencia—, ni porque le sea ajena sino porque rechaza la posibilidad de hacerse el vocero de una ideología en particular. Dice Igor Caruso que "*sería prostituir el psicoanálisis el querer defender con su ayuda una ideología dominante e intentar ahogar toda protesta con medios psicoanalíticos. Puesto que el psicoanálisis debe contribuir a hacer posible la decisión libre de un hombre, sería un grave abuso por parte de esta disciplina el querer con su ayuda estructurar su personalidad en el sentido de la ideología dominante e incluso, como a veces se oye, desestructurar primero la personalidad, para hacerla entonces permeable a la ideología dominante («lavado de cerebro»)*". (Caruso I., 1966, p.208)

Llegados a este punto nos volvemos a encontrar con la paradoja que rodea a la "neutralidad". De hecho, Owen Renik sostiene la necesidad de asumir el peso —la carga— de nuestras propias opiniones —al menos las referidas al conflicto del paciente— volcándolas en el análisis. Afirma que "*hemos hecho grandes esfuerzos por evitar reconocer que la emisión de nuestras opiniones personales acerca de cómo resuelve el*

paciente los conflictos cruciales de su vida, constituye la esencia de nuestra actividad como psicoanalistas clínicos. El concepto de neutralidad analítica ha jugado un rol crucial en nuestra actitud evitativa" (Renik O., 2002).

Limitado así el campo a las ideas sobre el análisis, la exhortación parece casi una obviedad: no hay análisis sin opinión, sin interpretación. La neutralidad analítica, no puede nunca referirse a eso. Pero sí alude a una situación que nunca se puede eludir: *"quien dice interpretación dice mediación, paso necesario por una tercera persona docta, y por lo tanto posibilidad de manipulación. La interpretación es también una técnica de poder"*. (Castel R., 1980, p.105) De lo que se trata es de que en la relación analítica, para que la expresión del deseo inconsciente del analizando sea libre, debe buscarse el mínimo posible de dominación. Es una cuestión ética, desde ya —y con eso ya sería suficiente—, pero también operativa: si es el "amo" el que habla, el inconsciente del paciente calla y el análisis no puede tener lugar.

Cuando de cuestiones relativas a la ideología política y el compromiso social se trata, valen las mismas consideraciones, con el agregado de que sobre algunas posiciones —las que globalmente podríamos denominar "contestatarias"— pesa una carga negativa, por un lado ideológica —en tanto la ideología dominante rechaza lo que puede resultar en un cuestionamiento a la situación existente—, y por el otro—y esto es quizá aún más grave— psicoanalítica —en la medida en que la corriente central del mismo tiende a asimilar la "contestación" en sí misma con una expresión neurótica. Por eso cabe insistir en que, desde el psicoanálisis *"la misión del psicoterapeuta es la de ayudar a su paciente a descubrir su propia ideología; lo contrario sería adoctrinar dogmáticamente, pretendiendo el terapeuta ser poseedor de la verdad ideológica"*. (Bustos D., 1974, p.16).

Así, lo que Renik en el fondo parece reclamar no es el derecho a opinar, sino el "sinceramiento" de la influencia del analista sobre el paciente: *"el analista es capaz de presentar a un paciente una nueva perspectiva y, conociendo las del paciente, se cuestionan aquellas que constituyen la base de sus problemas. Ambos llegan a encuentros cruciales de tesis y antítesis, por decirlo de alguna forma, que luego resuelven a través de un proceso de negociación (...) Creo que es más conveniente que estas negociaciones se*

conviertan en asuntos de escrutinio consciente y explícito. Aunque muchas veces es casi inevitable que acontezcan más allá del control consciente de los participantes". (Renik O., 2002).

Lo que podemos discutir de los planteamientos de Renik , es que parece reivindicar una posición con ciertas características omnipotentes, que da cuenta de un lugar de "autoridad" destinado a "cuestionar" las perspectivas del paciente —cuestionamiento que es difícil relacionar con lo que en el análisis se trata, y que la interpretación psicoanalítica más bien busca evitar-. Describe la relación transferencial como una suerte de "toma y saca" —"tesis y antítesis"— que se saldaría en una "negociación". La expresión es sintomática. El análisis parece ser para Renik un "mercado", en el que paciente y terapeuta "intercambian perspectivas". Su reclamo de un "escrutinio consciente y explícito" de las "negociaciones" muestra a lo sumo el lugar —inexistente— que en su consulta le otorga al análisis —al "control consciente"— de la relación transferencial. Su declaración en el sentido de ayudar al paciente a "aprender más acerca de sí mismos" se muestra como una fórmula que en la práctica consiste en "enseñarle" al paciente la "nueva perspectiva" que debe adoptar. La "eficacia" en estas condiciones está vinculada al empleo de ese "algo de influjo sugestivo para conseguir en poco tiempo resultados visibles" contra el cual Freud advertía.

La tarea del analista es sin duda compleja y delicada, sujeta a múltiples acechanzas, paradojas, inseguridades e incógnitas. La "influencia" puede funcionar incluso en el sentido contrario: "si el analista se deja invadir por la contraidentificación proyectiva —digamos, por el halago de sentirse depositario de una figura idealizada, omnipotente, del analizado— renuncia a su tarea, y el análisis fracasa". (Baranger W. y M., 1969, pp.143-144)

5.- CONCLUSIONES Y DESAFÍOS

5.1.- Procesos y dificultades

El psicoanálisis y su relación con la teoría de la implicación, tiene hoy en día una cantidad innumerable de desafíos, se hará referencia sólo a alguno de ellos , particularmente aquellos que se relacionan con las temáticas desarrolladas en esta tesis, en la medida que su despliegue hace posible estatuir ciertos derroteros por donde la investigación de nuestra disciplina debe seguir profundizando.

Un área de dificultades se relaciona con la controversia que inevitablemente el psicoanálisis enfrenta con la hegemonía de los modelos médicos , y cómo estos han influido en la propia teoría y en los modelos de observación psicoanalítica.

Estas “modalidades clínicas” desarrollan una cierta política de rectificación y de “devolución” a la normalidad del paciente. Desde este enfoque el terapeuta conduce al paciente hacia los indicadores de “normalidad” , los cuales están definidos a priori – hasta en forma de manuales – y se establecen en una conceptualización discursiva con la consiguiente implantación de las técnicas y teorías que las sustentan.

Esto se menciona, porque evidentemente estamos frente a una gran estrategia cuyo resultado derivado genera una acción política destinada a neutralizar los impactos necesariamente subversivos que el psicoanálisis desde su origen contiene.

Estas estrategias que en los hechos aparecen destinadas a reducir el psicoanálisis a

la psicología o bien a un saber médico - lo que se advierte en los múltiples intentos de pretender objetivar al paciente en la relación transferencial, para dar cuenta de un modo posible de investigar y conocer –son expresiones de un deseo de inscribir al psicoanálisis desde una perspectiva globalizada o totalizada, inhibiendo su potencia crítica y de desinstalación permanente.

Frente a esta política, promovida desde los grandes centros institucionales, es imposible pretender la afirmación de un psicoanálisis que se establezca como neutral. El psicoanálisis toma partido por el deseo, más aún en tanto y cuanto es un método que al mismo tiempo devela e instala al sujeto en su dimensión conflictiva, con todo el impacto social que esto supone (Galende E., 1994).

Estos elementos configuran esencialmente un “corpus ético” del psicoanálisis que lo identifica y lo distingue y que posee, en tanto son ejercidos radicalmente, un claro sentido subversivo.

En la medida, que desde la “sospecha” psicoanalítica toda construcción es potencialmente defensiva, el efecto de verdad de su revelación tiene un sentido que genera una inclusión social conflictiva.

Plantear que el psicoanálisis conlleva necesariamente una política, no quiere decir que se afirme la idea de una cosmovisión o una ideología inherente a él. El psicoanálisis no establece verdades sino que más bien hace posible que ella hable a través del discurso que el paciente va reconociendo como propio y “desmarcándose” de aquello que ha marcado su existencia.

En tanto tarea y práctica del psicoanálisis, los psicoanalistas se inscriben al interior de una práctica humana y por lo tanto social, ya sea en tanto son hablados desde los lugares que los instituyeron y los instituyen como analistas, ya sea cuando se instaura en el propio acontecer clínico con los pacientes. Por lo tanto la necesaria reflexión acerca de la relación

con lo político, no pasa porque en tanto psicoanalistas debamos ejercer una acción permanente de “interpretación y psicoanálisis de la política”, sino más bien por una reflexión continua y precisa acerca de cómo se presentan y constituyen las dimensiones políticas presentes en la práctica clínica.

Es en relación, a estos efectos de verdad, y su consiguiente impacto en el lazo social, que no es posible afirmar la neutralidad política del psicoanálisis y del psicoanalista. En tanto discurso y praxis clínica interviene de modo particular en la escena de las relaciones sociales

Esta comprensión es muy crucial para el psicoanálisis, ya que la práctica del psicoanalista, se despliega al interior de un sistema social que promueve el borramiento de toda diferencia y que intenta disponer al psicoanálisis justamente en la perspectiva contraria a lo que es su origen fundante: el relevamiento del sujeto único, la expresión de la diferencia sobre el discurso único y naturalizante.

Un psicoanálisis que aborde conceptual y técnicamente no sólo lo concerniente a las estructuras psíquicas y como éstas se conforman constituyendo al sujeto, sino que además de incorporar el análisis de la contratransferencia y la transferencia, pueda establecer cómo la ideología y las alienaciones sociales crean una historia - la que no es sólo el resultado de las relaciones familiares - es un psicoanálisis que concibe a la situación analítica como un campo microsociales en que se reproducen las contradicciones macrosociales y que, por lo tanto, sitúa al analista en un lugar de escucha en el cual necesariamente percibe su propia implicación, y en esa medida está más a salvo de reproducir una posición no sólo teórico-técnica de una escuela psicoanalítica particular, sino además un lugar social y político desde el cual se piensa y se habla inadvertidamente.

Por lo tanto el reconocimiento de la implicación, supone una necesaria interrogación con carácter permanente, acerca de las responsabilidades sociales del psicoanálisis, y sobre cómo los efectos de la escena del dispositivo analítico impactan al sujeto en su inclusión social, y cómo el analista está ya a su vez implicado políticamente, en tanto desconoce el efecto político de su praxis, especialmente cuando ignora el rol de agente social al cual como psicoanalista está expuesto.

La tarea del psicoanálisis, en tanto recupera la tradición crítica freudiana, devela sus contradicciones y la conflictiva en la inclusión social del sujeto, supone la capacidad en el trabajo clínico para problematizar la realidad, mostrando sus complejidades y sus tensiones .

La práctica psicoanalítica, sin duda, no tiene objetivo político directo. Su fin es ayudar en el proceso de liberar a un sujeto de sus derroteros neuróticos, para intentar apropiarse de sí mismo, de tal manera de percibir la realidad de su historia personal, al interior de una miseria histórica en la cual todos somos cómplices y víctimas al mismo tiempo .

No podemos entonces deducir del psicoanálisis ningún modelo o proyecto político específico. Sin perjuicio de que el dispositivo de la cura psicoanalítica, que hace posible la exploración del individuo al interior de su historia personal, debiera tener implicancia directa en la escena social histórica (Caruso I., 1996).

En este sentido , un trabajo analítico que sólo sea un juego de palabras , o que establezca como meta solo “lo imposible del goce”, del deseo, de la unidad del sujeto, es decir, que sólo liquide ilusiones pero no abra esperanzas, estaría destinado a una praxis social en última instancia conformista.

Romper la fatalidad de la repetición neurótica, justamente posibilita futuro y novedad, no la de la ilusión neurótica, sino la de la asunción de la vida. Qué hará el paciente con este descubrimiento, no es tarea del psicoanálisis, dependerá, del analista, del analizado y de las condiciones históricas. (Suárez A., 1989)

5.2.-Síntoma personal, conflicto social

El tema de la implicación social y política del psicoanalista está vinculado directamente con el de su compromiso. No porque la indiferencia en esas áreas esté exenta de contenidos —y efectos— sociales y políticos, sino porque es a partir de un compromiso activo con esas cuestiones que el tema se plantea. El psicoanalista que pretenda mantenerse "neutral" y sueñe con poder apartar de su camino lo que la historia ha construido y lleva consigo, no se planteará el tema. Por ilusoria que sea su demanda, los recursos psicológicos para hacer a un lado un tema molesto —como bien sabemos los analistas— son numerosos y eficaces. No hasta el punto de eliminar la molestia, pero sí de hacerla irreconocible. Negación, represión, racionalización; la batería de mecanismos de defensa ofrece un variado menú de alternativas para ello. Sepultado el tema y disimulado bajo apariencias prestadas, el malestar, lejos de desaparecer, se "transpone" y asume formas más tolerables, aunque también ellas cobren su precio y no estén libres de sufrimiento.

Ahora bien, si el resultado de esas maniobras no expresa la asunción consciente de los contenidos del deseo sino, muy por el contrario, los niega o los reprime, poniendo en evidencia su carácter perturbador, parece asunto que cada cual debería resolver en su propio análisis. Sin embargo, podría argumentarse también que esa represión no es totalmente subjetiva. De hecho, contiene un elemento en cierto modo "objetivo", ya que no sólo se apoya en el propio aparato conceptual y técnico que el psicoanálisis ha construido específicamente para investigar el inconsciente sino que es sostenida y fomentada desde gran parte de las instituciones. Vale decir que la ausencia de esta problemática en la escena analítica y su negación por parte del terapeuta no pueden ser consideradas "neuróticas" en el sentido pleno de la palabra, sino que en buena medida son producto de lo que es el psicoanálisis en su forma actual. Su propia estructura determina qué es lo visible y lo analizable, con lo que la represión de lo político-social sería constitutiva del psicoanálisis, y el "neurótico", en última instancia, sería él.

No obstante, el psicoanalista, como ser social, está inmerso en esa problemática extraanalítica —lo mismo que sus pacientes—, y su "neutralidad" —y sobre todo, su indiferencia— pueden ser consideradas como sintomáticas.

Bien se ha dicho que "*psicoanálisis es lo que hacen los psicoanalistas*" (Greenson R., 2002), lo que devuelve el problema a sus orígenes: el psicoanálisis no es excusa para la negación o la prescindencia. Si los psicoanalistas asumieran su propia dimensión político-social, el psicoanálisis también lo haría. Al precio de ciertos cambios, sin duda.

De hecho, el rechazo de la problemática histórico-social no ha impedido al psicoanálisis —que claramente no ha muerto— desarrollarse, sólo ha dirigido sus avances en una dirección que lo ha alejado de ella. La "neutralidad" siempre es ficticia.

En realidad, tampoco el psicoanalista que se compromete activamente con el *status quo* profundiza las relaciones entre lo subjetivo y lo político. Le alcanza con el mantenimiento de lo existente. Lo cual incluye sin duda cambios menores, ajustes, innovaciones parciales, en la medida en que no afecten la marcha general de la sociedad ni alteren las relaciones de fuerza existentes.

De tal manera, son los psicoanalistas que asumen un compromiso personal en las cuestiones políticas y sociales los que se han preocupado por el tema de la implicación. Eso lleva a explorar principalmente dos niveles: en primer lugar, respecto de la manera en que juega su propio compromiso en la escena analítica —en la que podría interferir y desembocar en una manipulación inconsciente del analizando— y en segundo término, en relación a la forma en que el psicoanálisis resulta marcado por la implicación en él de la estructura social, en cuanto a los límites que le pone, los puntos ciegos que determina, las funciones que le asigna en la reproducción del orden social establecido.

Hacia falta la voluntad de apartar al psicoanálisis del *establishment* que lo incorporaba como opción novedosa y negarse a considerarlo condenado a ser un instrumento funcional a la dominación para asomarse a los caminos —y los efectos— de la implicación social y política en el análisis.

Cuando Freud pensaba llevar la "peste" en su viaje a los Estados Unidos no se refería a los efectos revolucionarios que el psicoanálisis podía llegar a tener sobre la estructura de la sociedad o respecto de las relaciones políticas existentes. Tampoco lo hacen la mayoría de los psicoanalistas que reivindican el carácter "revolucionario" de los descubrimientos de Freud. En general estos planteos apuntaban más bien, por un lado a los efectos que algunos conceptos y contenidos podían tener sobre una cantidad de costumbres, de prejuicios y de ilusiones que estaban profundamente anclados en el imaginario social, y por el otro, a lo que el método psicoanalítico proponía en cuanto a modelo epistemológico. Como bien sabemos, uno y otro aspecto fueron de alguna manera "digeridos" por la sociedad: rechazados por algunos sectores, sin que el rechazo implique náusea social visible; asimilados por otros, sin que se noten síntomas de indigestión. Hubo hasta lugar para la indiferencia: sectores importantes —mayoritarios, quizá— de la población han seguido adelante con su vida sin ser siquiera rozados por el psicoanálisis y su "ponzoña" conceptual.

Sin embargo, la insistencia en atribuirle potenciales efectos subversivos ha existido: Hitler hizo quemar los libros de Freud no sólo por ser "judíos", sino además con la consigna de actuar "contra *la exageración de la vida instintiva que disgrega el espíritu, por la nobleza del alma humana*". (en Major R., y Tallagrand C., 2007, p.7)

El ocultamiento, la negación "oficial" de lo político y social por un psicoanálisis que reniega de esa dimensión del hombre cumple así con la "depuración" necesaria a su aceptación social. Lo que Jung quiso hacer al precio de despojar a la libido de su carácter sexual, la "ortodoxia" lo logró separando al sujeto de su dimensión política y social.

Como sea, la presencia de lo político y lo social en la escena analítica no puede ser ignorada sino al precio de una negación interesada o del orden de la neurosis. No hay sujeto "en sí", por fuera de la sociedad, el "otro" está presente en el "sujeto" y convierte en social la psicología individual. Desde la inclusión del niño en la familia, se anudan lazos entre sujeto y sociedad. El recorrido del sujeto por la vida —testimonio de su historia personal— lo lleva a través de una serie de instituciones —construcciones de la historia social— con las cuales va tejiendo la red de anudamientos y de implicaciones a los que queda enlazado. La

constitución social del sujeto lo hace portador y vocero de los atravesamientos institucionales —histórico-sociales— que ha sufrido.

Pero la sociedad, inscrita en el cuerpo del sujeto a través de su experiencia personal de las instituciones social e históricamente determinadas, no es ni monolítica ni armoniosa. Es portadora de cesuras, enfrentamientos, rivalidades, contradicciones, tensiones y conflictos de distinto tipo, campo de batalla de fuerzas discordantes, a veces inconciliables. En períodos normales, la mayoría de esos conflictos se encuentran reprimidos, ocultos, puestos fuera del alcance de la vista por medio de procedimientos tanto ideológicos —engaño, persuasión, seducción, tentación, sugestión, etc.— como coercitivos —intimidación, amenaza, terror, violencia abierta. Conflictos y tensiones sociales —disfrazados por la costumbre y naturalizados por el uso o expulsados brutalmente de la escena— se hacen carne en cada cual. Han sido relegados al interior de los sujetos, que los sufren como propios. De tal modo, el síntoma subjetivo encierra la conflictiva social.

Pero el conflicto —como todo lo reprimido— no desaparece, sólo se esconde, se "traspone" como subjetivo y asume las formas que el sujeto —su historia, su deseo— le da. En ocasiones reaparece, vuelve a la superficie: es devuelto por el individuo a la sociedad. Tal lo que sucede a gran escala en tiempos de guerra o de revolución, pero también a menor escala, e incluso con menor intensidad, en los conflictos sociales y políticos que continuamente recorren la sociedad. En esas circunstancias la represión subjetiva no alcanza a tapar el síntoma social, y éste retorna.

Todo vínculo social está cruzado por el conflicto histórico latente y determinado por relaciones de poder que construyen los equilibrios inestables que sancionan el dominio en la vida social de ciertas fuerzas sobre otras. La emergencia de este conflicto, y las formas que asume, dependen de los límites que en cada caso y en cada momento —en cada individuo— se fijan entre sujeto y sociedad. Lo social que está guardado en el sujeto vuelve a saltar a la escena pública cuando la represión interna es desbordada y el sometimiento —la conformidad, la represión del deseo— a un destino vivido como individual se ve cuestionado, interpelado, ya sea por las circunstancias históricas, materiales, que atraviesa el sujeto o por las vicisitudes de su vida psíquica. El sufrimiento personal se reconoce

entonces como colectivo, el lugar del conflicto de desplaza, el debate subjetivo se hace público.

El paso del sujeto a través de una red de instituciones determina las marcas sociales que lleva consigo, las contradicciones y conflictos que lo atraviesan. En última instancia, esos conflictos remiten a la violencia constitutiva de la sociedad, violencia inscrita en todo producto histórico, incluyendo los signos con los que se organiza el mundo —la "realidad"— en forma de discurso al interior del sujeto. Ahora bien, la institución oculta la índole de las relaciones de producción. La estructura de dominación construye subjetividad de manera sesgada, con miras a su propia reproducción. La ideología dominante —hegemónica— marca al sujeto, lo convierte en parte del sistema y le permite operar en su interior. En ese sentido tiende a favorecer la emergencia de *sujetos ya-no-sociales* y *ya-no-políticos*.

Pero la copia nunca es perfecta —no lo es ni siquiera a nivel genético— y, además, el "modelo" mismo incluye —aunque de la manera disfrazada y naturalizada propia de lo reprimido— las tensiones y conflictos que atraviesan la sociedad. El hombre, como ser social, por más que lleve inscritas en su cuerpo las huellas de su recorrido institucional, está lejos de ser un producto mecánico de esos atravesamientos: es el sujeto de la historia y protagonista de su destino. Con los materiales que su historia personal pone a su alcance elabora una síntesis propia, a nivel de su deseo inconsciente, en el establecimiento de sus ideales, de sus principios y convicciones y en la definición de sus metas. Con ellos construye su juego personal de identificaciones, de afinidades y odios. Con ellos también traza su camino, rediscute en cada momento con la estructura social los límites de su propia subjetividad, construye utopías y multiplica sus fuerzas. O se somete, refrena sus ímpetus, sacrifica sus objetivos personales a los dictados de la estructura.

De tal manera, la función reproductiva de las instituciones constituyentes de la subjetividad no desemboca forzosamente en la reproducción del sistema como un todo. Es cierto que en cada momento hay límites en cuanto a lo que se puede pensar y desear, pero la manipulación ideológica nunca produce los resultados esperados. Esta idea de un borramiento total, corresponde más al orden de la fantasía que al de las realizaciones efectivas. De hecho, el sujeto es sede del conflicto social, lo vive en carne propia en su

existencia objetiva y en su vida subjetiva. Está continuamente en disputa —en forma más o menos abierta y explícita o velada y reprimida, con mayor o menor intensidad, con o sin conciencia de ello— con la sociedad que lo aliena y lo oprime. Incluso los miembros de las clases dominantes viven en su propia carne el conflicto, que les opone a los explotados como enemigos peligrosos de los que debe protegerse, a sus pares como competidores despiadados de los que también debe cuidarse y a las autoridades e instituciones —aún las que defienden genéricamente sus intereses— como otras tantas instancias que limitan la omnipotencia que le promete el dinero.

La dimensión social y política del sujeto es un hecho. Esto vale tanto para el psicoanalista como para el paciente. Política y sociedad se instalan —se implican— en la escena analítica de la mano de cada uno de ellos, de manera más o menos armónica o contradictoria. Pero también el psicoanálisis tiene una dimensión política, asumida o reprimida según la actitud del analista que lo practica. Es al mismo tiempo un producto histórico —y por lo tanto marcado por los conflictos constitutivos de la sociedad— y un actor en la escena político-social, en la que ocupa un lugar determinado por la correlación y el juego de fuerzas sociales en pugna —tanto en su propio interior como externamente— y cumple funciones, de acuerdo sin duda a los mandatos de la estructura pero de maneras que pueden ser críticas, calificadas por su propia actitud de resistencia o sumisión a esos mandamientos.

De todos modos, el psicoanálisis tal como ha sido construido y se lo entiende hasta hoy, en tanto ciencia del sujeto, no puede aspirar a convertirse en instrumento de poder, y ni siquiera de contrapoder. No tiene los medios para hacerlo. Para Castel, "*el psicoanálisis, en el mejor de los casos, sólo puede hablar de emancipación, de liberación, etc., dentro del marco de una aventura personal*". Castel R., 1980, p.15)

Sin embargo, la liberación personal —el sacudirse las servidumbres inconscientes que ponen al sujeto no en pos de satisfacer su propio deseo sino haciendo de la represión social un síntoma —un sufrimiento— personal, no solo no es un objetivo menor, sino que no es contradictoria con la lucha social, aunque no se confunda con ella. El psicoanálisis es un

instrumento clave para rescatar al sujeto de esa servidumbre, para devolverle las dimensiones —social y política, en particular—, de las que el sistema lo priva.

Tampoco se pueden descartar *a priori* las posibilidades que abre el método psicoanalítico, aunque no hayan sido explotadas a fondo. De tal modo, los aportes del psicoanálisis respecto de los mecanismos psíquicos y de las maneras en que lo no-sabido está presente e interviene en la subjetividad muestran un modelo de investigación que quizá no se agote en ella. El no-saber dice en efecto más que lo que calla: señala no solamente lo que se oculta sino una determinada manera de ocultarlo.

5.3.- Las configuraciones de la implicación

En todo vínculo hay implicaciones. Éstas, como los mismos vínculos humanos, se estructuran en una compleja red por la que circulan conocimientos y fantasías, valores y deseos, proyectos y posibilidades. Están recorridas por líneas de fuerza y remiten en última instancia a los conflictos histórico-sociales. Algunas son obvias, se dejan desenmascarar sin mayores complicaciones; otras son resbalosas, huidizas, cambian de aspecto o de lugar en cuanto la atención se posa sobre ellas. Para colmo se escalonan en niveles o estratos: cada implicación pueden ser el vehículo de otras, más ocultas, más remotas, más difíciles de aislar. Así, la implicación político-social del analista —del sujeto en general— expresa de una u otra manera las marcas que ha recibido en su recorrido por la vida —su experiencia subjetiva de la sociedad y de la historia—, y carga entonces también con las huellas que historia y sociedad han dejado en las diversas instituciones que lo han constituido, así como las que se hacen presentes, a su vez, en las teorías de las que se vale. En esta cadena de implicaciones —detrás de cada eslabón— se encuentran siempre cuestiones recurrentes —las que determina el "núcleo prosaico"— pero no forzosamente se presentan cada vez bajo la misma forma. Ni siquiera está garantizada la coherencia. Hay tensiones y conflictos, las relaciones de fuerza son cambiantes, los equilibrios inestables.

Paciente y psicoanalista están inmersos —cada cual a su manera— en una red de relaciones cargadas libidinalmente que son objeto de implicación. A su vez, comparten la situación analítica, desde lugares distintos. Aunque no lo sepan, aunque lo rechacen o lo nieguen activamente, aportan a ella —implican en ella— su perspectiva particular —determinada por la organización que su propio deseo inconsciente hace de las marcas recibidas— respecto de la realidad político-social. A ello concurren elementos conscientes e inconscientes. Ahora bien, esa implicación de lo social en la escena analítica, de la mano de analista y paciente —y del propio psicoanálisis— es un producto histórico, y como tal también portadora de contradicciones. El sujeto lleva en su carne el conflicto social. La sociedad reprime lo que no puede mostrar de sí misma sepultándolo en la subjetividad del individuo, lugar donde el sufrimiento social se hace síntoma personal.

Las tensiones y contradicciones sociales y políticas se hacen inevitablemente presentes tanto en la transferencia como en la contratransferencia. El analista alerta a los efectos de su propia implicación inconsciente en la escena, debe eludir la trampa de intervenir —inadvertidamente— en representación de la sociedad o como su adversario, para atenerse a la problemática subjetiva del analizando. Pero debiera también cuidarse de no reducir el discurso del analizando a mera interioridad. En esa intimidad se aloja también el debate histórico, y las marcas que deja la represión social —su interiorización— en la subjetividad no deben ser objeto de una nueva represión si lo que se busca es aliviar el sufrimiento personal. La redefinición de límites entre sujeto y sociedad —qué es lo que seguirá formando parte del conflicto subjetivo y qué será devuelto a la sociedad para su tratamiento por otros medios— es lo que define las posibilidades de crecimiento subjetivo.

La implicación es una red de varios niveles. No sólo se implican en la escena los miembros de la pareja analítica. También dentro del psicoanálisis —en cuanto teoría del inconsciente— están implicadas las tensiones políticas y sociales que constituyen la sociedad, y desde allí se vuelcan a la escena del análisis. Esas tensiones —como todas— se saldan en base a relaciones de fuerza. Ciertas posiciones avanzan en desmedro de otras. Los efectos concretos de esa "lucha por el sentido" son muy evidentes en los debates acerca de la función del psicoanálisis y su relación con los enfoques "adaptativos" que lo ponen al servicio directo del conformismo, es decir de la naturalización de la represión social y la

sumisión a los dictados de la ideología dominante. Traer a la superficie estas cuestiones, tenerlas en cuenta, tomar conciencia de su intervención en la escena analítica y de sus efectos sobre el análisis resulta esencial para reducir los puntos ciegos y llevar a la teoría a la conquista de nuevas posiciones desde las cuales alumbrar el camino emprendido.

En el estado actual de la teoría y muy principalmente, lo que incluye en cuanto a lo político y lo social se encuentra en cierto modo "reprimido". Esa represión debiera ser objeto de atención específica, de investigación, por parte del psicoanalista. En la escena analítica se define un lugar de observación privilegiado en el que la relación entre analista y paciente —en la cual se anudan todos los niveles de la experiencia subjetiva, organizados en torno de los postulados de la teoría psicoanalítica— permitirá sin duda la emergencia del "síntoma" del psicoanálisis. La escucha debiera estar abierta también a su voz, aunque para ello sería necesario establecer pautas y criterios que permitan un trabajo de análisis a dos niveles —paciente, psicoanálisis— sin que las interferencias lleven a confusiones o a molestas superposiciones.

El complejo y sutil juego de implicaciones que se pone en movimiento entre analista y paciente, entre ambos con el marco de referencia que organiza la observación —la teoría y el encuadre psicoanalíticos—, y más lejos aún con el contexto histórico, exige dirigir la atención a la vez sobre la emergencia de lo político-social tal como está impreso en el inconsciente del paciente, sobre los efectos relativos a la transferencia y la contratransferencia que pueda tener la implicación del analista, y sobre los obstáculos que la propia teoría siembra al paso de ese análisis. Siempre teniendo en cuenta que las mismas características de las barreras que se alzan en el camino del conocimiento son las que dan las pistas fundamentales respecto de los procesos represivos, ya que —como ha demostrado el psicoanálisis— importa más la manera en que se lleva a cabo el encubrimiento que el contenido del mismo. Una escucha diversificada puede quizá presentar problemas de dispersión de la atención, pero los beneficios que puede ofrecer merecen que se investigue en esa dirección. En cualquier caso, el psicoanálisis seguirá siendo antes que nada una teoría del sujeto, y la prioridad en ese sentido será siempre la de analizar las maneras en que estos anudamientos sobre la escena analítica intervienen en el trabajo sobre el inconsciente.

Los desarrollos de la teoría y del método psicoanalítico en el abordaje de cuestiones a escala de la sociedad exigen la puesta a punto de herramientas conceptuales específicas.

De hecho, el psicoanálisis en tanto teoría y práctica no puede mantenerse indiferente a lo que el paciente manifiesta en su síntoma. Debe ser capaz de distinguir en ese síntoma lo que es irreductiblemente íntimo —aunque tenga una forma históricamente determinada— y lo que responde a un mandato social que no sólo es ajeno al deseo del paciente —aunque hable desde su mismo cuerpo— sino expresión hostil y potencialmente destructora de una dominación externa. De cualquier manera, el síntoma —aún el síntoma social— es el primer paso de la cura. Expresa el malestar, le da una voz al sufrimiento, y al hacerlo marca los caminos de la solución.

Se suele decir que si se puede formular una pregunta es que hay una respuesta para ella. De la misma manera, el psicoanálisis nos enseña que en el síntoma está la clave de la cura. A lo que agrega que esa clave no consiste en el contenido del síntoma sino en su forma, en lo que lo lleva a constituirse de una determinada manera y no de otra. El síntoma en medicina funciona de la misma manera, y bien saben los médicos que no se trata de eliminar el síntoma sino lo que lo produce. Pero el psicoanálisis ha aportado una manera renovadora de interrogar a un síntoma que —a diferencia del de la clínica médica— se desplaza, muta y nunca es igual a sí mismo. La "semiología analítica" trabaja sobre la relación terapeuta-paciente y saca buen partido de ella.

Para internarse en la trama que dibuja la implicación social y política del analista y en el juego de implicaciones de ese origen que se hacen presentes en el análisis —aún cuando se mantengan reprimidas, soterradas, en las sombras—, sería necesario seguir los caminos que siguen esos involucramientos. De tal manera, si el "ser social" del sujeto se construye a través de su recorrido por esa "*cadena interminable de vínculos libidinales*" —cuyo primer eslabón es la célula familiar— a la que se refería Loureau (1975), al punto de que el yo se puede asimilar a "*un revoltijo de instituciones*", una parte de la tarea deberá sin duda consistir en poner algo de orden en ese "revoltijo". Pero el análisis de las instituciones en general y en particular, de sus características ideológicas, conceptuales, organizativas, representativas, de las imágenes que evoca, de los valores, virtudes y defectos —reales o

imaginarios— que se le atribuyen no es algo que se pueda hacer en abstracto —salvo en sus grandes líneas—, ya que no sólo las instituciones cambian continuamente al paso del tiempo, sino que lo que representan para cada individuo no es nunca igual, y hasta puede convertirse en su opuesto.

La investigación misma es campo de disputa —disputa por el sentido, sobredeterminada por el conflicto social— y, en consecuencia, debe lidiar con las escurridizas servidumbres sociales y políticas vinculadas a las huellas de la inscripción del contexto histórico-social en la mente —en el inconsciente, a nivel del deseo— del investigador. De tal modo, el psicoanalista se ve confrontado y obligado a desentrañar el contexto social y político tal como éste está incluido a varios niveles: en el aparato teórico del que se vale, en su propio cuerpo, en su propia práctica y en el cuerpo del paciente. Si no lo logra, la tarea analítica navegará a ciegas —o al menos con una visibilidad reducida por niebla— en un mar de escollos que la obligan a desviar continuamente su rumbo y amenazan con hacer naufragar el análisis.

Castel (1980) menciona —como ya se ha visto— un "cuádruple nivel" en cuanto a los determinismos políticos y sociales que actúan sobre el psicoanálisis pero que han sido reprimidos, colocados "fuera de juego", en su teoría y en su práctica. Se trata en primer lugar del nivel de su "instauración" es decir el del contrato analítico, signado por el hecho de que "no todo es contractual en el contrato" y que hay requisitos —en particular políticos y sociales— que no figuran explícitamente —están implicados, entonces— pero sin los cuales no hay relación analítica posible. En segundo lugar, presenta al plano del "desenvolvimiento" del análisis, es decir el de la "relación dual", el de la práctica, atravesada por las implicaciones tanto del paciente como del analista, habitualmente negadas y explícitamente apartadas. Agrega luego, el nivel de los "materiales" que produce y sobre los que trabaja el psicoanálisis, las "formaciones del inconsciente", que también llevan ocultas en su interior las huellas sociales y políticas de los atravesamientos del sujeto; para terminar con el de sus "conceptos", o sea "las categorías del discurso psicoanalítico". Ellas también han sido expurgadas de todo lo que parezca vinculado al contexto político-social y se comportan como si éste les fuera ajeno y se movieran por fuera de él.

Estos cuatro niveles se refieren específicamente a las maneras en que resulta implicado —y reprimido— el contexto histórico-social en el psicoanálisis. No son compartimientos cerrados, ni autónomos, va de suyo. Cada uno de ellos incluye nuevas derivaciones, se subdivide, exige atención particular. El conjunto conforma una densa jungla, surcada por senderos que a veces se cruzan y otras ni se tocan, por los que circulan conceptos, nociones, proyectos, ideales, fantasías, deseos, ilusiones, relativos al "núcleo prosaico", que se hacen presentes y se repiten cambiando de forma, en múltiples versiones distintas, a menudo irreconocibles y hasta enfrentadas. Entre ellos hay tensiones, en efecto, son el vehículo de conflictos que se dirimen en base a las relaciones de fuerza que en cada punto y en cada momento imponen un sentido y cierran el paso a sus adversarios.

5.4.- Analizar, una tarea imposible: las consecuencias del analista implicado.

Nos encontramos entonces con diversos tipos de atravesamientos: desde los histórico-personales del investigador, en los que hay que analizar los determinantes sociales constitutivos (origen, clase social, género, edad, raza, tradición familiar y cultural, religión, nivel económico, migraciones, transculturación, movilidad social, contradicciones ideológico-práxicas, deformaciones etnocéntricas, escotomas, autoimagen narcisista, etcétera), y los núcleos conflictivos emergentes de esos niveles, como también los puntos ciegos concomitantes; además de los concernientes —entre otros— a los niveles de pertenencia grupal e institucional, al saber constituido y legitimado (con mayor o menor sometimiento o autonomía frente a los mismos), a sus marcos éticos, ideológicos, políticos, a sus propios propósitos y ambiciones como investigador, a las dimensiones del poder o la circulación de poderes en el sentido foucaultiano y las ineludibles resistencias al mismo, a los deseos manifiestos o latentes de ingresar a la "institución del prestigio", todo ello leído desde el propio investigador. Se impone además hacer otra lectura diferente desde los efectos grupales, institucionales, científicos, sociales, políticos, culturales, etcétera, generados por la investigación. Todos estos niveles, heterogéneos, complejos e interrelacionados, nunca pueden ser autoanalizados cabalmente por el propio investigador,

en principio por las resistencias que suscitan, pero también por la imposibilidad de abarcarlos en su variada complejidad.

El psicoanálisis además se encuentra limitado cuando quiere abordar la realidad extra-psíquica, al no disponer "*de categorías para aprehender el poder, lo social, lo político, etc., en su objetividad no psíquica*". (Castel R., 1980, p.201)

Freud tenía claros estos límites, y, si bien, sus esfuerzos estaban claramente orientados en dirección a la investigación del sujeto —y sus descubrimientos dan cuenta de ello—, siempre se ocupó de lo que sucedía en el mundo, lo que lo llevó, por un lado a tomar en cuenta a la "cultura" en general —en el doble nivel de la expresión del sujeto y de su función constitutiva y determinante de la subjetividad—, y por el otro, a intentar iluminarla desde el psicoanálisis, aún a sabiendas de que con ello no iba a llevar mucha claridad al tema y solo alcanzaría a proyectar sobre él una "luz indirecta", imprecisa y quizá en muchos aspectos engañosa, que necesitaba del complemento que pudieran aportar otros "puntos de vista" más específicos para que sus impresiones no quedaran borrosas, fuera de foco. Pero aún así no tomó la tarea a la ligera. En sus trabajos culturales queda claro que no los encaraba con la actitud de quien dedica su tiempo libre a un "hobby" sin mayores exigencias. Basta ver sus estudios sobre la *Gradiva*, sobre Leonardo o sobre el Moisés de Miguel Ángel —para no hablar de los más francamente "teóricos" o que dedicó a una temática más amplia y ambiciosa, como *El malestar en la cultura*, *Psicología de las masas y análisis del Yo* o *El porvenir de una ilusión*— para darse cuenta de que las "*simples analogías*" que construye, y a las cuales recomienda tratar con "*mucha prudencia*" no son opiniones vertidas a la ligera sino producto de estudios serios y fundamentados. Sin duda su famosa referencia a las tres imposibilidades: la de gobernar, la de educar y la de psicoanalizar no habrá sido ajena a los límites que encontraba al paso y a su conciencia respecto de la enormidad de relaciones y cuestiones que se anudan entre el sujeto y la sociedad.

Imposibilidad relativa, claro. De hecho, se gobierna, se educa y se psicoanaliza. Con las dificultades del caso, con resultados más o menos felices y desde las posiciones relativas muy distintas de estas actividades respecto de la represión del sujeto —y en

particular frente a la introyección de las normas sociales—, que van desde la promoción hasta el antagonismo. Pero si es posible educar —inculcar la norma— como gobernar —reducir a la norma con las armas de la fuerza o de la conformidad— nunca se lo hace de manera acabada. Lo reprimido por la norma sigue vivo, y retorna de una u otra manera en cuanto las circunstancias lo permiten. Tampoco el análisis —que está posicionado frente a la norma social de una manera esencialmente distinta y, muchas veces en su abordaje del conflicto subjetivo, se descubre en conflicto con ella— está en condiciones de agotar su tarea: aún si tuviera los medios para alcanzar una hipotética "liberación" total del hombre respecto de todas las trabas al desarrollo subjetivo que la sociedad ha construido dentro suyo, no estaría en condiciones de actuar sobre las condiciones sociales e históricas —materiales— que generan y sostienen esa actividad represiva. Lo que se avanza por un lado, es devorado por el otro.

La imposibilidad no se refiere entonces tanto a los obstáculos que se alzan en el camino del conocimiento del deseo inconsciente y de las múltiples determinaciones que actúan en la constitución de la subjetividad, ni tampoco a las resistencias inconscientes o a la inhabilidad del analista. Todos estos factores pesan sin duda —y a veces mucho—, pero la cuestión de fondo consiste en que desde el análisis no se tiene acceso a —no se puede actuar sobre— los aspectos histórico-sociales, que son por un lado constitutivos del sujeto y por el otro, determinan su existencia social. Es decir que la "imposibilidad" más bien da cuenta de los impedimentos para llevar al análisis a término, para completarlo. Baranger señala que *"si estimamos como Freud que el proceso analítico es «interminable», y si, como él, pensamos que un re-análisis periódico es imprescindible para los analistas, la «finalización» de un análisis no puede en ninguna manera compararse con la transformación de una oruga en mariposa. La mariposa no puede volver a su estado de oruga, el analista sí (y también el analizando).* Baranger W. y M., 1969, p.252).

El análisis no es, en efecto, el capullo dentro del cual la larva cambia de forma para construir su forma adulta, definitiva. Tampoco se trata de volver al estado de oruga, en realidad. Pero tanto analista como analizado mutan y evolucionan, responden a las condiciones que les marca el mundo material dándole forma y lugar en su subjetividad.

El sujeto —el enfermo— no es mera interioridad. Lleva en sí al otro, a lo colectivo. Vive en su cuerpo las heridas y desgarros de la sociedad, hace suyos los sufrimientos sociales. Su padecer señala el punto de emergencia de los "síntomas sociales", de los dolores cuya existencia la sociedad no puede contener sin fracturarse y logra expulsar hasta convertirlos en parte del sujeto, el cual ofrece su carne para sufrir la contradicción social como padecimiento subjetivo, como si fuera un producto de su propia constitución interna. En la medida en que el análisis no tenga acceso a la contradicción social, el análisis será, si no del todo imposible, por lo menos imposible de terminar.

Y si se le acepta al psicoanálisis alguna función del orden de la "terapia social" por su actuación sobre la parte subjetiva del padecimiento social, la magnitud del objetivo y la escala de la intervención nos vuelven a poner frente a la noción de lo interminable, de lo irrealizable.

5.5.- Utopías y desafíos

El psicoanálisis no es una teoría de las relaciones sociales. Se ocupa del sujeto, de su inconsciente. En líneas generales incluso se podría decir que se ha ensimismado en el sujeto, dejando de lado su dimensión social, colectiva. Ahora bien, sujeto y sociedad son inseparables, comparten un mismo espacio. Espacio doble, o desdoblado, si se quiere: conviven en el ámbito colectivo y también se enfrentan en el interior del sujeto. Las fronteras que marcan el territorio que a cada uno de ellos le corresponde en el espacio compartido, separando lo que pertenece a lo íntimo y lo que es propio de lo colectivo, son, como se ha visto, lugar de disputa. Entre la sociedad y el sujeto hay siempre tensiones, conflictos abiertos de mayor o menor peso, que se manifiestan en uno y otro plano: se solapan, se superponen, se confunden. La controversia social, la lucha política, le ponen voz a sufrimientos subjetivos —el desgarramiento social se abre en los cuerpos de los sujetos—, y el conflicto subjetivo lleva en su seno la herida de la sociedad.

En cuanto el conflicto —subjetivo o social— amenaza el equilibrio, es reprimido. Queda entonces soterrado, larvado, disimulado, naturalizado. Es el psicoanálisis el que ha desarrollado herramientas para rastrear las manifestaciones del deseo inconsciente, reprimido en el sujeto, para desenmascararlo detrás de sus muchas y cambiantes figuras. Con ello ofrece criterios conceptuales de abordaje de lo no-sabido, de lo no-dicho, que sin duda, pueden ser desarrollados para "*hacerles lugar en la teoría de la historia y de la cultura*", como pedía Grüner. (2002)

Pero además, con la exploración del inconsciente, el psicoanálisis se asoma también directamente a lo colectivo tal como ha sido inscrito en el sujeto. Freud, consciente de las muchas dimensiones del sujeto, reclamaba de los analistas —enfrentados a una problemática subjetiva producto del entrecruzamiento de múltiples instancias— una cultura amplia y atenta a sus diversas expresiones, capaz de entender y de moverse con soltura y conocimiento de causa en los distintos planos de la experiencia del sujeto. Lamentablemente, no siempre la necesidad de esa "amplia cultura" ha sido suficientemente considerada, y aún mucho menos, aprovechada. El dispositivo montado con el objeto de abrir paso al inconsciente se hizo a costas de la expulsión, más o menos consciente, de lo colectivo de la escena analítica, hasta caer en prácticas "adaptativas" y manipuladoras, cargadas de conformismo social y político, carentes de verdadero espíritu crítico y que desperdiciaban en gran medida las posibilidades que esa sólida y amplia formación cultural ofrecían para abocarse al conocimiento de las maneras en que sociedad y sujeto se oponen y se complementan, se condicionan y se influyen, se atraen y se repelen, de las líneas de fuerza que los atraviesan y los vasos que los comunican.

La apertura del dispositivo analítico de escucha a las voces de la historia y de la cultura que hablan por la boca del paciente—en cuyo cuerpo se han hecho carne— y la elaboración de una teoría y una técnica específicas para el abordaje de esos anudamientos permitiría sin duda recuperar terreno en esas asignaturas pendientes, de modo de abrir una vía de acceso a lo reprimido por la sociedad en el aparato psíquico del sujeto, señalado por Rozitchner como "*el último extremo de la proyección e interiorización de la estructura social en lo subjetivo*". (Rozitchner L., 2003, pp.13-14)

Si admitimos que lo "inconsciente" de lo colectivo no tiene existencia fuera del sujeto, habrá que desarrollar los instrumentos idóneos para rastrearlo allí donde vive, y el psicoanálisis puede aportar al socioanálisis una batería conceptual y metodológica renovadora sin caer en las reducciones psicologistas propias del "psicoanalismo" que hacían temer a Castel por los riesgos de una eventual "psicocracia" (Castel R., 1980)

La oposición entre lo individual y lo colectivo debe sin duda ser replanteada. Si aceptamos que "*son apenas dos modalidades del Ser de lo social*", como proponía Grüner (2002), disociadas al efecto de permitir un mejor control social y con la consecuencia de una incompatibilidad conceptual que impide entender los nudos vinculantes y habilitantes de lo social y lo psíquico, y admitimos la necesidad de construir los puentes entre el psicoanálisis y las teorías que describen lo histórico social, podremos —sin perder de vista el marco de referencias que en cada caso le da sentido a los conceptos y las teorías— elaborar instrumentos para el análisis —por ejemplo— de los "mecanismos de defensa" tal como funcionan a nivel social y no exclusivamente en el interior de la psiquis.

En su momento, Freud tomó una serie de conceptos del habla cotidiana, referidos a vínculos y acciones habituales en la vida de todos los días para describir los mecanismos inconscientes que descubría en su análisis de la neurosis. Se cargaron así de nuevos sentidos, se enriquecieron y desarrollaron vínculos nuevos (o dejaron al descubierto relaciones que no eran visibles en la escala social) entre ellos mismos y con la realidad. Podrían ser devueltos hoy a la sociedad, resignificados por su paso por el psicoanálisis.

Hay de hecho un vínculo originario —constitutivo del concepto— que determina su empleo en el ámbito social o psíquico. Este vínculo es un buen punto de partida para esa retroalimentación, pero no debe llevar a confusiones. Las diferencias entre un plano y otro son reales, y —por ejemplo— los conceptos de "inconsciente colectivo" o de "pulsión social" —entre otros— han sido ya objeto de debate desde los tiempos de Freud, siendo desechados por él. Revertir sobre la sociedad desde el psicoanálisis lo que éste había tomado prestado exige sin duda un trabajo serio de investigación que eluda las trampas de una traslación directa: el peligro de la caricatura acecha detrás de los acercamientos que se queden en la superficie, en un mero paralelismo, sin profundizar el análisis para hacerle decir también a

la sociedad "lo que no sabe que sabe". Lo que han adquirido en su trabajo sobre la psiquis conceptos como los de negación, represión, racionalización, desplazamiento, disociación, formación reactiva, proyección —como también los de *acting-out*, identificación con el agresor, introyección, sublimación, regresión, forclusión, resistencia, etc.—, vale la pena de ser analizado en detalle.

Si la sociedad está implicada en el sujeto, habla por su medio y manifiesta sus síntomas en él, también el "síntoma social", el "malestar estructural", ha de presentarse de manera distorsionada. De tal manera, para devolverle a lo reprimido su lugar en una teoría de la historia no basta con repetir a diestra y siniestra la noción, por muy ingeniosa que sea su aplicación sino que sería necesario desentrañar los caminos —subjetivos y sociales— por los cuales esa represión circula entre los hombres y los elementos que la hacen echar anclas en una u otra ribera. Nuevamente, no se trata tanto del "contenido" de la represión —en general bastante obvio— sino de comprender lo que la lleva a "transponerse" en una u otra forma. El compromiso del psicoanálisis con el nivel de lo político y social, su capacidad de iluminar desde sus descubrimientos respecto del inconsciente del sujeto el conflicto histórico-social, de hacer un aporte efectivo en dirección de disminuir —junto con el sufrimiento individual— los traumatismos sociales, tiene pues ante sí abierta la doble vía de abordar lo colectivo tal como se inscribe —y se esconde— en el sujeto, por un lado, y de reanudar los vínculos que gran parte de sus conceptos mantenían —mantienen— con la realidad extrapsíquica sin perder el filo que el psicoanálisis les ha conferido ni pretender hacer de esa realidad material una mera colonia del psiquismo.

5.6.- Analizar al psicoanálisis

El hecho de que la práctica de los psicoanalistas se haya organizado casi por completo en torno al tratamiento de las neurosis en consulta privada, ha determinado el marcado sesgo de la información con la que trabaja y elabora sus conceptos teóricos y sus procedimientos técnicos. Este sesgo constitutivo, como se ha visto, incluye en primer lugar

la desaparición de lo político y lo social de la escena analítica, tanto a nivel de la teoría como de la práctica. Esta "sordera" analítica no es global ni indiscriminada. Se orienta directamente al filtrado y expulsión de la dimensión colectiva del sujeto ligada a sus condiciones de existencia. La cultura, al menos en principio, no recibe un tratamiento semejante —no se la rechaza—, aunque las invocaciones de Freud a una formación amplia y diversificada no hayan tenido consecuencias específicas mayores en el análisis del sujeto y se hayan centrado en el abordaje de algunos fenómenos propios del arte y de la cultura desde la óptica psicoanalítica, con resultados a veces fascinantes, pero nula incidencia sobre las relaciones sociales.

El debate y el conflicto —aquello que debía alejarse de la escena analítica para no interferir en la libre expresión del inconsciente subjetivo— no están ausentes de la cultura —también allí existe el conflicto social—, aunque sin duda las mediaciones entre las condiciones materiales de existencia y la cultura hacen que lo que esté en juego suela manejarse con un distinto nivel de urgencia o de virulencia. Sin embargo, el sesgo antisocial y antipolítico es tan marcado, tan direccionado, que podríamos sospechar que se trata de una verdadera censura que cumple la tarea de reprimir contenidos dolorosos, indigestos, insoportables, tal como sucede al interior del sujeto y también en la sociedad, con las diversas expresiones de resistencia social, de indisciplina o "rebeldía" personal, o incluso de simple desobediencia, rechazadas desde la sociedad hacia el interior del sujeto, donde se transformarán en síntoma y sufrimiento íntimo. En ese sentido podríamos hablar —con las precauciones y reservas del caso— de una suerte de "neurosis" del psicoanálisis, en cuyos síntomas se expresan sus propias fracturas y conflictos constitutivos.

El desafío sería entonces el de "analizar al psicoanálisis" para levantar las barreras que su propia estructuración neurótica alza en el camino de su desarrollo más pleno, de la liberación de todas sus potencialidades, de abolir las servidumbres que hacen obstáculo a su crecimiento autónomo. Propuesta utópica sin duda, delirante tal vez, pero que obliga a profundizar el símil empleado para encontrar en el interior del psicoanálisis, en su estructura, los puntos de apoyo conceptuales sobre los cuales podría construirse este análisis y que implica también tomarse el trabajo de analizar las resistencias, internas e

institucionales, y las dificultades teóricas o prácticas —incluso ideológicas y políticas— que han llevado a cabo la represión de lo político-social e impiden la tarea.

De cualquier manera, el psicoanálisis cuenta hoy con instrumentos más diversificados para la recolección de datos y la investigación, tanto de la psiquis como del sufrimiento social, que siempre se hace carne en el sujeto. El desarrollo de una variedad de prácticas terapéuticas basadas en la teoría psicoanalítica, la participación de los psicoanalistas en instituciones asistenciales, les ha abierto la puerta de un público distinto que el que se veía reflejado en el *Yarvis Syndrom* y llevado a ocupar una posición distinta respecto de las reglas del encuadre. El psicoanálisis hoy ha salido en buena medida del encierro del consultorio, diversifica su práctica, ocupa lugares en hospitales y universidades, desarrolla tareas asistenciales junto con ONGs: y todo ello, como pedía Juan Carlos Volnovich (2003), sin que los psicoanalistas sean ya "excomulgados" por ello.

Las instituciones tradicionales —custodios de una "ortodoxia" cuya rigidez se vincula con la parálisis— ofrecen resistencia, claro está, pero su voz ya no es *la* voz del psicoanálisis, que se ha convertido en un coro y ha diversificado su repertorio. Está así en condiciones de reunir esas experiencias, sistematizar los datos recogidos y tomar vuelo componiendo nuevas partituras que den cuenta de la recuperación de la dimensión colectiva del sujeto y de sus anudamientos sociales y políticos.

El psicoanálisis no se ha ocupado hasta el momento por desarrollar instrumentos teóricos para "aprehender" lo social, es cierto. Pero ha construido criterios y nociones para la escucha de lo no sabido que aún tienen mucho para decir respecto tanto de lo que en el sujeto habla con palabras disfrazadas de lo colectivo como de lo colectivo que habla con voz prestada desde el sujeto. Vencer las resistencias externas, depende de la manera en que se posiciona en el debate social —del bando que elige en él, en sus distintos niveles, desde el relativo a la ciencia hasta el más abiertamente político—, de las alianzas que pueda construir y de las armas conceptuales que sea capaz de poner en liza. Vencer las resistencias internas —de las instituciones que hablan en nombre del psicoanálisis, pero además de la propia teoría— exige un paso más, el que hemos dado en llamar "analizar el análisis".

La tarea no es sencilla, y como todo análisis, no está dada. Precisa en primer lugar de un trabajo sobre el propio analista, que para ampliar el dispositivo de escucha —dispositivo marcado por los numerosos atravesamientos de las instituciones que han constituido al psicoanalista— debe aprender, por medio del análisis —con los ajustes teóricos necesarios— de sus relaciones transferenciales a reconocer los caminos de su propia implicación política y social y sus efectos sobre la escena analítica.

Los límites, que en su propia constitución, el psicoanálisis aún encuentra para aprehender el poder, lo social, lo político, en su objetividad no psíquica no le quitan la posibilidad de disponer de un lugar de escucha —lugar construido desde lo teórico y la práctica más que lugar físico— en el cual resuenan todas las voces que llegan desde esos ámbitos a provocar ecos en cadena en la relación transferencial, voces que hablan por boca del analizado y del analista, voces también que han dejado su impronta dentro de la teoría psicoanalítica misma.

Tarea colectiva, sin duda. Se trata de generar condiciones grupales (equipos de investigación y seminarios, por ejemplo) que alienten una reflexión colectiva que permita encontrar —construir— maneras originales de entrecruzar experiencias, de sumar las distintas observaciones, de combinar las facetas y aspectos que cada caso revela, integrar los perfiles que desde cada punto de vista son accesibles, completar los distintos panoramas —siempre parciales— que se ofrecen a la mirada.

Tarea de colaboración y de cooperación, entonces. Manero Brito (1992) propone poner en juego la clínica con los pares y en la institución psicoanalítica a la que se pertenece. Sin duda: aunque no se trate de repetir enfoques superados respecto de los criterios de objetividad a los que debe atenerse toda observación con aspiraciones científicas, la única manera de reconstruir en forma más o menos aproximada una totalidad que siempre se presenta fragmentada —por partes— reside en la posibilidad de fusionar una multiplicidad de miradas, de hacerlas convergentes. Pero esto no es suficiente: una vez más —como siempre— es necesario tomar partido, "elegir un lugar". Solo así se puede discernir en el propio enfoque —y en el de los demás— lo que está marcado por el punto desde el que se mira y de qué manera esta marca —esa posición— se refleja en el objeto.

Elegir lugar implica al mismo tiempo debate, oposición de argumentos, discusión y polémica, afirmación y refutamiento. El conflicto social vive en los conceptos, se aloja en los signos. La lucha por el sentido a desarrollar para sostener los desarrollos conceptuales está sobredeterminada por el conflicto social; de su resultado depende la posibilidad de fijar el rumbo de los nuevos enfoques teóricos y la afirmación de su práctica social y el reconocimiento de su carácter científico.

Debate de poder, finalmente, respecto de la misma institución psicoanalítica, que por sus mismas redes operantes suele actuar como eje de reproducción, generando en muchos casos, por ignorar —en un ejercicio de negación— las redes de implicación en las cuales se sustenta, especialmente las que se relacionan con lo social y lo político, y conformarse sólo con reconfirmar lo ya sabido.

BIBLIOGRAFIA CONSULTADA

1. ALVAREZ U., Fernando, *La cuestión del sujeto. Prólogo a M.Foucault*, Ed. Altamira, La Plata, 1996.
2. ASSOUN, Paul-Laurent, *Freud y las Ciencias Sociales*, Ed. Del Serbal. Barcelona, 2003.
3. ASSOUN, Paul-Laurent, *El prejuicio y el ideal. Por una clínica social del trauma*, Ed. Nueva Visión, Buenos Aires, 2001.
4. BAJTIN, Mijail, *Marxismo y filosofía del lenguaje*, Madrid, Alianza Editorial, 1992.
5. BARANGER, Denis, *Epistemología y metodología en la obra de Pierre Bourdieu*, Prometeo Libros, Buenos Aires, 2004.
6. BARANGER, Willy y Madeleine, *Problemas del campo psicoanalítico*, Ed. Kagieman, Buenos Aires, 1969.
7. BARANGER, Willy, *Artesanías psicoanalíticas*, Ed. Kagieman, Buenos Aires. 1994.
8. BARBIER, René, *La investigación-acción y la institución educativa*, Ed. Gauthier-Villars, París, 1977.
9. BAULEO, Armando y PAVLOVSKY, Eduardo, *Psicoterapia en situaciones excepcionales*, en BAULEO, Armando, *Contrainstitución y Grupos*, Editorial Fundamentos, Madrid, 1977.
10. BERMANN, Gregorio, *Las Psicoterapias y el psicoterapeuta*, Paidós, Buenos Aires, 1964.
11. BLEGER, José, *Simbiosis y ambigüedad*, Ed. Paidos, Buenos Aires, 1997.

12. BRAUNSTEIN, Néstor, *Psiquiatría, teoría del sujeto, psicoanálisis (hacia Lacan)*, Siglo XXI, Buenos Aires, 1992.
13. BOURDIEU, Pierre, *Los usos sociales de la ciencia*, Ed. Nueva visión, Buenos Aires, 2000.
14. BUSTOS, Dalmiro, *El Psicodrama. Aplicaciones de la técnica psicodramática*, Editorial Plus Ultra, Buenos Aires, 1974.
15. CARPINTERO, Enrique, y VAINER, Alejandro, *Las huellas de la memoria. Psicoanálisis y Salud Mental en la Argentina de los '60 y '70.*
Tomo I: 1957-1969. Topía Editorial, Buenos Aires, 2004.
Tomo II: 1970-1983. Topía Editorial, Buenos Aires, 2005.
16. CARUSO, Igor, *El Psicoanálisis, lenguaje ambiguo*, Fondo de cultura económica, México, 1966.
17. CASTEL, Robert, *El psicoanalismo, el orden psicoanalítico y el poder*, Ed. Siglo XXI, México, 1980.
18. CASTORIADIS-AULAGNIER, Piera, *La violencia de la interpretación, del pictograma al enunciado*, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 2004.
19. COOPER, David, *La gramática de la vida*, Editorial Ariel, Barcelona, 1978.
20. CASTORIADIS, Cornelius, *La institución imaginaria de la sociedad: Vol II. El imaginario social y la sociedad*, Tusquets Editores, Barcelona, 1989.
21. CASTORIADIS, Cornelius: *Hecho y por hacer*, Buenos Aires, EUDEBA, 1998.

22. DEJOURS, Christophe, *La banalización de la injusticia social*, Topía Editorial, Buenos Aires, 2006.
23. DEVEREUX, George. *De la ansiedad al método en las ciencias del comportamiento*, Ed. siglo XXI, Buenos Aires, 2003.
24. FEYERABEND, Paul, *La ciencia en una sociedad libre*, Ed, Tecnos, Madrid. 1996.
25. FEYERABEND, Paul, *Adios a la razón*, Ed, Siglo XXI, Madrid, 1982.
26. FOUCAULT, Michel, *El sujeto y el poder*, Traducción de Santiago Carassale y Angélica Vitale, en <http://www.campogrupal.com/poder.html>, epílogo a la segunda edición del libro de Hubert L. Dreyfus y Paul Rabinow: Michel Foucault: *beyond structuralism and hermeneutics*, publicado por la Chicago University Press, 1983.
27. FOUCAULT, Michel, *Vigilar y castigar*, Ed. Siglo XXI, Buenos Aires, 1989.
28. FOUCAULT, Michel, *Microfísica del poder*, Ed. La Piqueta, Madrid, 1993.
29. FOUCAULT, Michel, *Hermenéutica del sujeto*, Ed. Altamira, La Plata, 1996.
30. FOUCAULT, Michel, *Defender la sociedad*, Ed. Fondo de cultura económica, México, 2000.
31. FRANKEL, Jay, *Explorando el concepto de Ferenczi de identificación con el agresor. Su rol en el trauma, la vida cotidiana y la relación terapéutica*, Aperturas Psicoanalíticas, Revista de Psicoanálisis, Julio 2002, No.11. Artículo publicado originariamente en Psychoanalytic Dialogues. A Journal of Relational Perspectives, vol. 12, No. 1, p. 101- 139.
32. FREUD, Sigmund (1912), *Consejos al médico sobre el tratamiento psicoanalítico*, Obras Completas, Tomo XII, Editorial Amorrortu, Buenos Aires, 1994.

33. FREUD, Sigmund (1921), *Psicología de las masas y análisis del yo*, Obras Completas, Tomo XVIII, Editorial Amorrortu, Buenos Aires, 1994.
34. FREUD, Sigmund (1930), *El malestar en la Cultura*, Obras Completas, Tomo XXI, Editorial Amorrortu, Buenos Aires, 1994.
35. FREUD, Sigmund (1930), *El porvenir de una ilusión*, Obras Completas, Tomo XXI, Editorial Amorrortu, Buenos Aires, 1994.
36. GARCÍA BRAVO, Ma. Haydeé , *Relación ciencia-sociedad, la propuesta de Pierre Bourdieu bajo la noción de campo científico*, Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades/UNAM. México,2006.
37. GALENDE, Emiliano, *Psicoanálisis y salud mental, para una crítica de la razón psiquiátrica*, Ed. Paidós , Buenos Aires , 1994.
38. GREENSON, Ralph R. , *Técnica y práctica del psicoanálisis*. Ed.siglo XXI, México,2002.
39. GRINBERG, León et Al, *Nueva introducción a las ideas de Bion*, Ed.Tecnipublicaciones, S.A. , Madrid,1991.
40. GRÜNER, Eduardo, *El fin de las pequeñas historias. De los estudios culturales al retorno (imposible) de lo trágico*. Editorial Paidós, Buenos Aires, 2002.
41. GRUPPI, Luciano, *El concepto de hegemonía en Gramsci*, Ediciones de cultura popular, México, 1978.
42. HERNÁNDEZ GARCÍA, Manuel, *El fin del psicoanálisis es... su principio*, Revista Vigencia del Psicoanálisis, en www.encuentropsicoanalitico.com, México, D.F. Año 1, No.1. Septiembre 2005.

43. HORNSTEIN, Luis, *Intersubjetividad y clínica*, Ed.Paidós, Buenos Aires, 2003.
44. KAËS, René, *el dolor social no se cura en el diván*, diario Clarín de Buenos Aires, Argentina , 21 de abril de 2002.
45. KAËS, René et AL , *La institución y las instituciones, estudios psicoanalíticos*, Ed.Paidós, Buenos Aires, 1993.
46. KAZARIAN, Shane , EVANS, David, *Cultural Clinical Psychology: Theory, Research , and Practice*, Oxford University Press, EE.UU,1997.
47. LANGER, Marie, *Cuestionamos*, Granica Editor, Buenos Aires, 1971.
48. LANGER, Marie, *Vicisitudes del movimiento psicoanalítico argentino*, en Langer, Marie, *Mujer, Psicoanálisis, Marxismo*, Ediciones Contrapunto, Buenos Aires, 1989.
49. LAPLANCHE, Jean, PONTALIS Jean-Bertrand, *Diccionario de psicoanálisis*, Ed. Labor, Barcelona, 1981.
50. LOUREAU, René, *El análisis institucional*, Ed.Amorrortu, Buenos Aires, 1975.
51. LOUREAU, René, *El análisis institucional nace como crítica a lo instituido*, Fragmentos del libro *Libertad de movimientos. Una introducción al análisis institucional*,. Ed. Eudeba, Buenos Aires,2001.
52. LEGUIZAMÓN, Sergio A., *Reflexión (De cuando uno viaja pensando)* disponible en <http://www.psicosocialdelsur.com.ar/vinculum/articulo007.htm>, abril,2005.
53. MAJOR, René, *Prólogo* , a la revista bajo su dirección dedicada al tema “L’État freudien”, *Cahiers Confrontation*, nº 11, París, primavera 1984
54. MAJOR, René y TALLAGRAND, Chantal, *Freud. Una biografía política*. Topía Editorial, Buenos Aires, 2007.

55. MALFÉ, Ricardo, *Consideraciones críticas sobre aspectos ideológicos y técnicos de la práctica psicoanalítica habitual*, en *Revista Argentina de Psicología*, N° 4, Buenos Aires, junio de 1970.
56. MANERO BRITO, Roberto, *La novela institucional del socioanálisis*, Ed.Colofón, México. 1992.
57. MOISE, Cecilia (Compiladora), *Psicoanálisis y sociedad. Teoría y prácticas*, Ediciones Continente, Buenos Aires, 2007.
58. PAVÓN, Héctor, "El malestar social no se psicoanaliza", entrevista a Paul-Laurent Assoun, en: <http://www.clarin.com/suplementos/cultura/2005>
59. PERRÉS, José, *Freud: ¿sujeto político y crítico de su cultura? (Sobre Freud, la política y lo político)*, ponencia presentada al Seminario de Especialización Democracia, autoritarismo, intelectuales: Reflexiones para la política al final del milenio, organizado por la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (Flacso), Sede México, el Centro de Investigación y Docencia Económicas (CIDE), la Universidad Autónoma Metropolitana, Xochimilco y el Instituto de Investigaciones Sociales, de la Universidad Nacional Autónoma de México. Publicado en *Imagen Psicoanalítica*, de la Asociación Mexicana de Psicoterapia Psicoanalítica, México, año 6, núm. 10, México, DF, 1998.
60. POPPER, Karl, *La lógica de la investigación científica*, Ediciones Tecnos, Madrid, 1985.
61. RASCOVSKY, Arnaldo, *La matanza de los hijos y otros ensayos*, Ediciones Kargieman, Buenos Aires, 1975.
62. REICH, Wilhelm, *Reich habla de Freud*, Ed. Anagrama. Barcelona, 1970.

63. RENIK, Owen, *Los riesgos de la neutralidad*, The Psychoanalytic Quartely. Vol. LXV. Nº 3, Pág. 495-517. En español: *Los riesgos de la neutralidad, Aperturas Psicoanalíticas hacia modelos integradores*. Revista de Psicología, Nº 10, disponible en: [http://www.aperturas.org/articulos.php?id=0000188&a= Los-riesgos-de-la-neutralidad](http://www.aperturas.org/articulos.php?id=0000188&a=Los-riesgos-de-la-neutralidad), marzo 2002.
64. ROCHAEL N., Jacyara, *La investigación por encargo ¿a quién sirve?* Revista Polis nº5, Revista académica de la Universidad Bolivariana, Santiago de Chile, 2003.
65. ROZITCHNER, León, *Freud y los límites del individualismo burgués*, Siglo XXI Editores, Buenos Aires, 1972.
66. ROZITCHNER, León, *Freud y el problema del poder*, Editorial Losada, Buenos Aires, 2003.
67. SAUVAL, Michel, Sauval, *El fracaso de las instituciones psicoanalíticas*, 2ª parte disponible en <http://www.sauval.com/articulos/carta2.htm>, 1998.
68. SAUVAL, Michel, *Los bordes problemáticos del psicoanálisis y la lucha de clases*, desgrabación de la primera clase de un seminario organizado por el Centro de Estudiantes de Psicología de la Facultad de Psicología (Universidad Nacional de Buenos Aires), con el mismo título, disponible en : <http://www.sauval.com/articulos/bordes.htm>, 13 de septiembre de 2002.
69. SAUVAL, Michel, *Psicoanálisis y práctica hospitalaria*, Revista electrónica *Acheronta*, en www.acheronta.org, Nº 23, 2006.
70. SCHNAIDER, Michel, *Neurosis y lucha de clases*, Siglo XXI Editores, Madrid ,España. 1987.

71. STOLOROW, Robert, *Reflexiones autobiográficas sobre la historia intersubjetiva de una perspectiva intersubjetiva en Psicoanálisis*, Ponencia presentada en el encuentro realizado por el Instituto de Formación en Psicoterapia Psicoanalítica y Salud Mental. Madrid ,España, Noviembre, 2002.

72. THOMÄ, Helmuth, *La transferencia y el encuentro psicoanalítico*, Artículo presentado en la conferencia: "La espontaneidad y el encuentro psicoanalítico", organizada por el grupo independiente de la Sociedad Psicoanalítica Británica, Abril, 1993.

73. ULLOA, Fernando, *Extrapolación del encuadre analítico en el nivel institucional: su utilización ideológica y su desideologización*, en Langer, Marie, *Cuestionamos*, Granica Editor, Buenos Aires, 1971.

74. ULLOA, Fernando, *Novela clínica psicoanalítica*, Ed.Paidós, Buenos Aires, 1995.

75. VEZZETTI, Hugo, "El psicoanálisis y la cultura intelectual", en *Punto de Vista*, Nº 44, Buenos Aires, noviembre 1992.

76. VOLNOVICH, Jorge R., *Los cómplices del silencio: Infancia, subjetividad y prácticas institucionales*, Ed. Lumen Humanitas,Buenos Aires, 1999.

77. VOLNOVICH, Juan Carlos, *El psicoanálisis será autogestivo o no será!*, Estados Generales del Psicoanálisis: Segundo Encuentro Mundial, En : // www . estadosgerais .org /mundial_rj/download/1_Volnovich_101141003_esp.pdf, Río de Janeiro,2003.

78. VOLNOVICH, Juan Carlos, *Treinta años después de la primera ruptura de la asociación psicoanalítica argentina: "Cuando la campana de cristal empezó a asfixiarnos"*, en *Lecturas de Psicoanálisis*, disponible en: <http://www.rosak.com.ar/pag/0040.htm> , 2005.

79. WAISBROT, Daniel, *La alienación del analista. Efectos de la institución del psicoanálisis en su subjetividad*, Ed. Paidós, Buenos Aires, 2002.

80. WAISBROT, Daniel, WILINSKI, Mariana, ROLFO, Cielo, SLUCKI, Daniel, TOPOROSI, Susana (Compiladores), *Clínica psicoanalítica ante las catástrofes sociales. La experiencia argentina*, Ed. Paidós, Buenos Aires, 2003.

81. ZIZEK, Slavoj, *Sublime objeto de la ideología*, Siglo XXI Editores Argentina, Buenos Aires, 2003.